GUNNAR
SCHWARZ



LAS CHICAS DORMIDAS

THRILLER

FEUER WERKE VERLAG

El libro

—Las chicas dormidas no sienten dolor.

Cuando, al amanecer, aparece el cadáver salvajemente mutilado de una joven, la policía parte en un principio de un homicidio clásico. Sin embargo, dos profundas puñaladas en la cabeza y el hecho de que el cuerpo haya sido colocado como si durmiera desconciertan al equipo de investigación del comisario David Richter y de la médico forense, la doctora Nora Mors. Poco después, cuando asesinan a una segunda joven de la misma forma bestial y Nora empieza a descifrar la firma, tan enferma como clínica, que hay detrás de los hechos, queda claro que se enfrentan a un asesino en serie sin escrúpulos.

Juntos, los investigadores se adentran cada vez más en los abismos de lo humano, hasta que Nora acaba en el punto de mira del asesino y este la enfrenta al dolor de su propio pasado oscuro.

El autor

No podría haber sido de otra manera. Nací a finales de los setenta en una familia de escritores, así que mi camino hacia la literatura estaba, en cierto modo, predestinado.

Inspirado por mis padres y mis hermanas, empecé a escribir mis primeros relatos cuando era adolescente y desarrollé un estilo literario lleno de matices. El género en el que me siento más en casa es el thriller. El deseo de crear, con mis propias palabras, una tensión palpable me impulsa a trabajar en mis historias cada día.

Cuando dejo el escritorio, es para dar largos paseos con mi perro. La tranquilidad de la vida rural del norte de Alemania me inspira y deja espacio para nuevas ideas. Me gusta la calma y la soledad. Y aunque no soy precisamente tímido ni poco agraciado, he decidido mantener mi rostro en secreto… por ahora.

Antes de empezar a leer

Una historia cambia cuando viaja — pero su tensión permanece.

Esta nació en alemán y ahora habla español.

He hecho todo lo posible por conservar su filo, su ritmo y su pulso.

Si encuentras alguna frase que no suene del todo bien, por favor escríbeme a feedback@gunnarschwarz.de — tus comentarios marcan la diferencia.

Espero que disfrutes de la lectura.

Las chicas dormidas

Thriller

Gunnar Schwarz

Edición original: septiembre de 2022

© FeuerWerke Verlag, todos los derechos reservados

Maracuja GmbH, Laerheider Weg 13, 47669 Wachtendonk, Germany

Diseño de cubierta: Chris Gilcher (Buchcoverdesign.de) con material de Adobe Stock: Adobe Stock ID 350098018, Adobe Stock ID 144826960 y freepik.com

Corrección de estilo: Ulrike Rücker, Leipzig
Traducción: encargada por FeuerWerke Verlag
Revisión editorial: a cargo de Gunnar Schwarz

La trama y todos los personajes son ficticios. Cualquier coincidencia o similitud con otras personas reales es fortuita y no intencionada. Todos los textos e imágenes de este libro están protegidos por derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin el permiso expreso del autor, del titular de los derechos y del editor.

Índice de capítulos

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo

Prólogo

EMPAPADA EN SUDOR, Josephine despertó de una pesadilla atroz. El pulso se le disparó. Intentó calmarse, inspiró unas cuantas veces hondo. Luego abrió despacio los ojos, con la esperanza de orientarse. Pero no reconoció nada familiar. No estaba tendida en su cama. Ni siquiera era su casa.

Le dolía la cabeza y estaba completamente desconcertada. Josephine quiso incorporarse, pero no lo consiguió. Tenía los miembros flácidos. ¿Por qué no podía moverse? Solo entonces notó que tenía las manos y los pies atados. Pero no era solo eso. Todo su cuerpo estaba paralizado.

Entonces lo vio y recordó dónde estaba. De inmediato la invadió el pánico. Quiso forcejear contra las ataduras, pero su cuerpo no respondía. Con los ojos desorbitados de miedo, lo vio acercarse a ella con un objeto largo y puntiagudo. No alcanzaba a distinguir qué era; no había visto nunca nada parecido, pero resultaba amenazador. Y se acercaba.

Hizo todo lo posible por moverse, pero yacía rígida. Quiso gritar pidiendo ayuda, pero lo único que salió fue un quejido amortiguado. Impotente, tuvo que mirar cómo él se inclinaba sobre ella y acercaba el funesto instrumento a su cabeza. Su aliento cálido le rozó la cara y la hizo sentir con más intensidad las frías gotas de sudor que le corrían por la frente.

Le dieron náuseas.

Le lanzó una última mirada compasiva y luego le giró la cabeza suavemente hacia la derecha.

Al principio sintió alivio por no tener que mirarlo más, pero lo que vio después no resultó menos aterrador. Estaba mirando su propio reflejo.

¿Qué pretendía? ¿Quería asegurarse de que no se perdiera ni un ápice del horror? Josephine no podía creer lo aparentemente tranquila que yacía allí, observándolo impotente mientras trabajaba.

Con el instrumento en la mano, alzó el brazo todo lo que pudo. Dentro de ella rugía una batalla; sus pensamientos corrían desbocados buscando una vía de escape. Habría querido abandonar su propio cuerpo. Pero era inútil. Creyó que gritaba, pero de nuevo solo se le escapó un leve gemido cuando la punta afilada descendió hacia su cabeza y se hundió profundamente en su cráneo.

Por un brevísimo instante creyó oír cómo la barra fría se abría paso por su cráneo con un chasquido húmedo y un crujir. Luego la atravesó un dolor punzante, se adueñó de ella y la envolvió en la oscuridad.

Capítulo 1

El insistente timbre de su móvil de servicio sacó a David de un sueño profundo. A tientas lo tanteó, abrió los ojos a duras penas y miró la pantalla. Las 5:30 y su jefe llamaba. No auguraba nada bueno.

—Andreas, ¿qué sucede? —se puso al habla con la voz aún un poco ronca.

—Buenos días, David. Ha aparecido un cadáver en Jungbusch, Mannheim.

De golpe se despejó por completo. Se incorporó en la cama y cogió algo para apuntar. —¡Dispara!

—Un estibador ha encontrado esta mañana, antes de empezar el turno, el cadáver de una mujer en la orilla del canal de enlace, cerca de Teufelsbrücke. Podemos descartar una muerte natural: la joven tiene dos aparentes puñaladas profundas en la cabeza. Estamos ante un homicidio. Estoy montando una comisión especial y quiero que usted lleve la investigación.

David llevaba mucho tiempo esperando una oportunidad así. Por fin podía demostrar de qué era capaz. Apuntó con avidez los datos y las instrucciones.

—Debería ir al lugar del crimen lo antes posible. Los compañeros ya están acordonando ampliamente la zona, la Policía Científica va de camino y la Medicina forense de Heidelberg también está avisada. Enviarán a una colega que vive en Mannheim, así que debería llegar en breve. Usted será su contacto. Póngase con el estibador que encontró el cadáver y nos avisó, y averigüe a quién más hay que tomar declaración. Y avise a Leon. Cuando hayan terminado con todo, vengan a comisaría para la reunión de situación.

—De acuerdo. Voy para allá. Hasta luego.

David saltó de la cama y fue directo al baño. No le quedaba tiempo para ducharse, pero al menos se echó un poco de agua fría en la cara para espantar los últimos restos de sueño. Una mirada de comprobación al espejo mostró unos ojos marrones bien despiertos, aunque el pelo negro seguía algo revuelto. Con un poco de gel arregló lo peor. Mientras se metía en unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga, se sujetó el móvil entre el hombro y la oreja y llamó a su compañero Leon.

Él sonaba tan dormido como David unos minutos antes, pero no había perdido nada de sus pullas habituales. —Tío, ¿no te bastó con arruinarme anoche la jugada en nuestra cita a cuatro? ¿Qué quieres a estas horas, joder? Estaba...

—Leon —lo interrumpió—, tenemos un homicidio en Jungbusch, en Teufelsbrücke. Müller me ha encargado la dirección. Ven. Te pongo al día allí con los detalles.

Leon se puso serio al instante. —Entendido. Hasta ahora.

La mirada de David cayó sobre el sándwich empezado de la noche anterior. Dudó un segundo si comérselo rápido de camino, pero llevaba ya el tiempo suficiente en la Kripo Mannheim como para saber que, ante la vista de un cadáver por la mañana, era mejor saltarse el desayuno. En su lugar, ya se tomaría un café después.

Cogió su cuaderno de notas y su placa con la tarjeta profesional y dejó que la puerta del piso se cerrara tras él.

A las seis de la mañana, el tráfico en las calles de Mannheim aún era escaso. Mientras cruzaba la Kurpfalzbrücke, ya iba dándole vueltas a la víctima. Las lesiones en la cabeza eran frecuentes y los apuñalamientos —sobre todo en el céntrico y fiestero barrio Jungbusch— no eran ninguna rareza. Pero puñaladas en la cabeza —y dos, además— tenían un cariz especialmente brutal.

Poco después de la mezquita vio las luces azules parpadear como relámpagos en el cielo amaneciendo. Al final de la Jungbuschstraße

divisó el cordón policial. Aparcó justo delante, se identificó ante los compañeros y luego se coló por debajo de la cinta, directo hacia el paseo de la orilla y el pequeño puente de ladrillo rojo de Teufelsbrücke.

Primero se le fueron los ojos a las grúas altas y a las enormes montañas de grava que se amontonaban al otro lado de la orilla. Allí debía de trabajar el estibador que había encontrado el cadáver. Luego miró a la derecha, por el paseo. Los altos edificios de ladrillo rojo parduzco, ocupados mayoritariamente por empresas, destilaban un auténtico encanto portuario. Sus fachadas eran las únicas superficies que no estaban cubiertas por completo de grafitis. Detrás se alzaba el bloque marrón de la *Popakademie*, aquel día inusualmente tranquila, la célebre escuela universitaria de música de Mannheim, y los bloques grises de la residencia de estudiantes. En el asfalto de la calle había antiguas vías incrustadas. A la vera del camino se alineaban bancos sembrados de botellas de cerveza vacías y estructuras de acero herrumbrosas hasta la indecencia. Después empezaba la pradera en pendiente, delimitada en la orilla por piedras grandes y angulosas. Allí abajo yacía el cadáver de una joven, cuyo cuerpo la Policía Científica estaba cubriendo por sectores con láminas de plástico para preservar posibles rastros de ADN. Por experiencia, sabía que tendría que armarse de paciencia hasta que el equipo terminara.

David cerró los ojos para absorber la escena con todos los sentidos. No quería solo ver, sino también oír y oler; empaparse de todo lo que el autor y la víctima habían percibido aquí. Todo podía ser importante.

Oía el tráfico, más lejos el traqueteo de la regional y los chillidos de las gaviotas que sobrevolaban la zona. El olor de la fábrica de chocolate cercana lo impregnaba todo. Sin embargo, no era un aroma apetitoso que hiciera la boca agua; olía más bien a cacao quemado, rancio y sucio, como el propio Jungbusch. Se mezclaba con la mugre hedionda de la ciudad: gases de escape, cerveza

rancia y el agua turbia del Neckar, que golpeaba sin descanso la orilla.

Cuando David volvió a abrir los ojos, vio, junto al cordón policial, a Leon con una mujer vestida con un mono blanco de protección que se recogía el largo cabello rojo oscuro en un moño. En el suelo, a su lado, había una maleta. Tenía que ser la forense.

Fue hacia allí para presentarse. —David Richter, investigador responsable del caso de asesinato. Miró unos ojos decididos, verdes pardos, enmarcados por unas finas pecas, apenas perceptibles en la nariz y los pómulos.

—Nora Mors, de la Medicina Forense de Heidelberg.— Su apretón de manos fue firme.— ¿Qué tenemos? No parecía dispuesta a perder el tiempo con banalidades.

—Una mujer joven con dos profundas heridas punzantes en la cabeza. La ha encontrado hace apenas dos horas un trabajador del puerto en la orilla del canal de enlace. No puedo decir mucho más. Criminalística aún está con el precintado del cadáver.

Justo en ese momento subió por la ladera un compañero del departamento con dos trajes protectores y, pocos instantes después, se los entregó a David y a Leon. —Aquí ya hemos terminado, en lo esencial. La víctima no llevaba nada que la identificara: ni bolso, ni cartera, ni siquiera el DNI. Por eso hemos escaneado sus huellas para identificarla a través del sistema AFIS.

—¿Se ha encontrado el arma del crimen? —preguntó Leon, que ya se colocaba la capucha del traje protector sobre su pelo rubio y desgreñado.

El compañero negó con la cabeza.

—¿Estaba el cadáver en el agua?

—No. Ni idea de por qué está ahí abajo. En cualquier caso, está seca e iba completamente vestida. Hemos embalado su ropa como efecto, pero por lo demás lo hemos dejado todo en su estado original. Sin indicios evidentes.

—Vale, gracias. Ahora bajamos y nos hacemos una idea por nosotros mismos —dijo David, que para entonces también iba de blanco de pies a cabeza.

Esperaron a que se marchara el resto de los forenses y luego bajaron los tres por la pendiente.

El cadáver no estaba directamente en la orilla, sino algo escondido bajo una pequeña plataforma mirador, protegido de miradas curiosas desde el paseo. Probablemente por eso no lo encontró un transeúnte, sino el trabajador del puerto de la obra de enfrente.

La joven yacía sobre el costado derecho, con las manos bajo la cabeza a modo de almohada. Tenía los ojos cerrados y el pelo largo, castaño oscuro, peinado hacia atrás. De no ser por el profundo agujero, ya seco de sangre, en la sien, uno habría podido creer que dormía. David no había esperado una estampa tan apacible. —¿Matar a alguien con tanta brutalidad y luego colocarlo casi con cariño? Vaya contradicción —pensó en voz alta—. Eso podría indicar que el asesino quiso deshacer o minimizar lo que había hecho.

—Suele ocurrir cuando el autor tenía una relación personal con su víctima —añadió Leon.

—Hm —hizo David—. Entonces sería un lugar raro para un crimen pasional.

Nora Mors levantó con cuidado la cabeza, ya algo rígida, de la víctima y la giró poco a poco hacia el otro lado, lo que dejó a la vista la segunda herida punzante en la sien izquierda. —A la víctima no la mataron aquí —concluyó, señalando el suelo apenas manchado de hierba verde y piedra clara—. Demasiada poca sangre para dos heridas de punción tan profundas.

Con delicadeza devolvió la cabeza a su posición inicial. Entonces reparó en las muñecas de la joven, en las que se apreciaban marcas rojas. Los pies también presentaban hematomas rojizos a la altura de los tobillos. —Al parecer, estuvo atada.— En el brazo izquierdo descubrió un pequeño punto de punción con costra de sangre.

Levantó el brazo para poder inspeccionar su cara interna. En el pliegue del codo había una lesión similar.— Es posible que la víctima fuera sedada.

David negó con la cabeza. ¿Qué demonios había tenido que pasar esta chica?

Nora giró a la joven boca abajo para poder examinarle la espalda. Con mucha suavidad, le apartó el pelo hacia delante.

A David no se le escapó la delicadeza con la que Nora Mors trataba el cadáver; casi parecía cuidadora. Eso la diferenciaba del desapasionamiento habitual de los médicos.

—El cadáver fue recolocado tras el fallecimiento —explicó—. Fíjense en el patrón de las livideces.

Ambos se acercaron. Toda la parte posterior del torso estaba amoratada con un tono azulado.

—Como las livideces se distribuyen siguiendo la gravedad, podemos suponer que la víctima murió en decúbito supino. Las zonas de apoyo quedan libres.— Señaló el coxis y los omóplatos, que habían permanecido claros.— La coloración llega hasta la línea axilar media.— Mostró la axila, donde las livideces se iban difuminando.— Eso significa que estuvo un buen rato boca arriba. Después, la transportaron hasta aquí, también en posición tumbada.

—Eso significa que tenemos que preguntar por vehículos llamativos —dijo David, que se volvió hacia el canal, conectado con el Neckar, y añadió—: O por barcos.

Leon dejó escapar un gemido de fastidio. —Sí, eso nos acota la búsqueda una barbaridad.

—¿Qué hay del momento de la muerte? ¿Podemos acotar la hora? —volvió a dirigirse David a Nora Mors.

Ella presionó con un dedo enguantado sobre una lividez. La huella quedó blanca en ese punto. —Las livideces solo se pueden borrar hasta unas diez horas después de la muerte.— Tomó unas pinzas y alzó con ellas los párpados de la víctima.— Mucosas resecas. Un

signo del estadio temprano post mortem —constató. Sacó con rapidez un frasquito de su maleta y dejó caer unas gotas en el ojo.— Las pupilas todavía reaccionan.— Probó la movilidad de brazos y piernas.

David pudo ver que Nora tenía que empujar con suavidad las extremidades para poder moverlas y flexionarlas. Apartó la mirada un instante. Escenas así nunca le dejarían indiferente. En cambio, los despiertos ojos azules de Leon siguieron observando con atención cada gesto de la forense.

—La rigidez cadavérica aún no está completamente desarrollada. Como no aparece hasta dos a cuatro horas después del fallecimiento, no debe de llevar mucho tiempo muerta. ¿Cuándo se ha encontrado exactamente el cadáver?

—Tenemos que interrogar aún al trabajador del puerto, pero habrá sido antes de que empezara su turno; así que, calculo, poco antes de las cinco —respondió David.

—Me gustaría estar presente en la conversación. Tengo que asegurarme de que no ha movido el cuerpo antes de poder pronunciarme definitivamente sobre la hora de la muerte.

—Ningún problema. Hasta donde sé, está esperando arriba con los compañeros.

Nora Mors cerró el maletín de un golpe, se puso en pie y con su teléfono móvil hizo unas cuantas fotos más del lugar del hallazgo. Luego volvió a girar a la víctima a su posición inicial, de modo que la cara ya no quedara sobre la hierba. —He terminado con el reconocimiento externo. Podré decir algo más preciso tras la autopsia. Hizo señas a los empleados de la funeraria para que bajaran; arriba ya aguardaban con una camilla. —Pueden trasladar ahora el cadáver a la Medicina forense —les dijo a los hombres.

Nora, David y Leon observaron las maniobras y luego ellos también regresaron al paseo junto al río. Al llegar arriba se quitaron la ropa de protección y buscaron con la mirada al trabajador del puerto.

En las inmediaciones del cordón policial esperaba un hombre bajito y robusto que fumaba, deseando por fin poder prestar declaración. Cuando vio que los tres se acercaban, tiró la colilla y se echó hacia atrás el pelo grasiento y ralo. —Buenos días. Manfred Klopp —se presentó. Estaba pálido y sujetaba con cierto temblor un café que los compañeros le habían dado para tranquilizarle.

—Buenos días, señor Klopp. David Richter, de la brigada de homicidios. —Le mostró la placa.— Esta es la médico forense doctora Nora Mors y mi compañero Leon Sander.

Ambos asintieron a modo de saludo.

David sacó su cuaderno de notas y un bolígrafo. —¿Usted ha encontrado el cadáver y ha avisado a la policía?

Klopp tragó saliva con dificultad. —Sí.

—Por favor, cuéntenos con todo detalle cuándo y cómo ha encontrado el cuerpo.

Señaló hacia los montículos de grava al otro lado de la orilla. —Trabajo ahí enfrente en *TBS Transportbeton*. Mi turno empieza a las cinco. Como mi tren llega tan temprano, siempre soy de los primeros y me fumo otro en el puente.

—¿Puede decir una hora exacta?

Klopp lo pensó un instante y luego respondió: —Diría que he estado en el puente sobre las cinco menos cuarto.

David anotó la hora.

—El caso es que estoy allí, fumándome mi pitillo, cuando veo a la mujer tumbada bajo la plataforma, en la otra orilla. Al principio pensé que estaba dormida, porque estaba muy quieta. Pero no tenía pinta de indigente; iba demasiado bien vestida. Así que primero le grité desde el otro lado. Como no me contestó, me acerqué. Entonces vi el agujero en su cabeza y tuve claro que estaba muerta. He llamado enseguida a la policía.

—¿Tocó o movió el cadáver? —preguntó Nora Mors.

—No; cuando me he dado cuenta de que estaba muerta, me he asustado y no me he atrevido a tocarla. La policía, por teléfono, también me ha dicho que no tocara nada —se justificó.

—Ha hecho bien, señor Klopp —lo tranquilizó David.

—¿En qué posición encontró el cadáver? —insistió de nuevo Nora Mors.

—La mujer estaba de lado, con un brazo bajo la cabeza. Por eso pensé que dormía.

—¿Había alguien más? ¿Quizá algún compañero, o alguien paseaba por el paseo de la ribera? —intervino ahora Leon.

Klopp negó con la cabeza.

—¿Le llamó algo más la atención? ¿Había un coche cerca o un barco desconocido fondeado? —preguntó David.

—No, todo como siempre.

—De acuerdo, gracias por su ayuda, señor Klopp. —Señaló a los agentes junto a los coches patrulla.— Por favor, facilite a los compañeros sus datos personales. Luego puede irse a casa. La actividad portuaria queda suspendida por hoy.

Manfred Klopp asintió y se alejó en dirección a los agentes. Mientras tanto, ya se encendía el siguiente cigarrillo.

Cuando el trabajador del puerto estuvo fuera de oído, dijo Nora Mors: —Partiendo de que el cadáver no se ha movido desde que lo colocaron en la orilla, estimo la hora de la muerte entre la una y las tres de la madrugada.

David anotó el intervalo.

—Voy a expedir de inmediato el certificado de defunción para los familiares —añadió en voz más baja.

David se dio cuenta de que su voz había perdido de pronto el tono aséptico y, en su lugar, expresaba una profunda compasión. —Muchas gracias, doctora Mors. Aquí aún tenemos faena un

momento. ¿La veré luego en la reunión de coordinación en la comisaría? Buscó su mirada, pero ella la rehuyó.

—Por supuesto.

—Puede utilizar nuestras dependencias en la comisaría para los trámites, si quiere.

—Es muy amable. Muchas gracias. Hasta luego. —Esbozó una sonrisa cansada y luego asintió a David y a Leon antes de marcharse.

Capítulo 2

Entretanto era pleno día, y el sol brillaba pese a la tragedia que se había consumado allí. Delante del cordón policial reinaba ahora un gran ajetreo, pues ya habían llegado los empleados de las empresas de la zona y descubrieron que no podían entrar en los edificios. Todos ellos tendrían que ser interrogados por los investigadores. También la familia y los amigos de la muerta. Nora estaba más que aliviada de librarse de esa parte. El destino atroz y el dolor infinito que tenían que soportar los allegados… Solo imaginarlo le resultaba insoportable. Prefería a los muertos. Ellos ya habían pasado por lo peor y, sobre la mesa de autopsias, le susurraban a Nora su historia. Prefería ayudar a sacar la verdad a la luz de ese modo, como mujer en la sombra. Un papel que prefería no solo en la sala de autopsias. Los vivos podían ser muy hirientes; los muertos, no. Por eso limitaba el número de contactos estrechos a un círculo reducido, compuesto sobre todo por su familia: sus padres y su hermana Clara, a la que adoraba por encima de todo. Ella le reprochaba a Nora con regularidad que era una adicta al trabajo. Puede que tuviera razón, y a menudo se preguntaba si no debería prestar más atención a su vida privada, pero en el instituto de medicina forense se movía en terreno seguro. Para ella se había convertido casi en un segundo hogar. Justo el día anterior se había quedado hasta altas horas con un caso de seguros en el que había que aclarar la causa de la muerte para la cobertura de los costes. Por fin había podido cerrar el expediente, de modo que los familiares recibirían ahora la suma que les correspondía. Seguro que era un consuelo escaso, pero al menos había podido ayudar. Esos pequeños éxitos lo eran todo para Nora. A cambio aceptaba encantada noches cortas, máxime cuando de todos modos padecía problemas de sueño. Así que aquella mañana ya estaba despierta cuando recibió la llamada por el caso de asesinato

en el Jungbusch. Como médico forense, no era la primera vez que se enfrentaba a un homicidio. Pero un acto tan brutal no era, ni siquiera en Mannheim, algo de todos los días. Ya estaba intrigada por la historia que la desconocida le contaría.

Nora subió a su coche, cerró la puerta del conductor y llamó a los compañeros de la Medicina forense Heidelberg.

Tras sonar apenas un par de veces, su colega respondió al otro lado de la línea: —Medicina forense Heidelberg, doctor Philipp Kramer.

—Soy yo, Nora. Escucha, en breve os llegará el cadáver de una joven con dos puñaladas en la cabeza. Es la víctima del homicidio en Mannheim. Su identidad aún no está clara. Ya he realizado in situ un reconocimiento cadavérico. Hoy probablemente no llegue a la oficina. Voy directa a la comisaría. Allí habrá luego una reunión de coordinación. Puede alargarse. Hago allí mismo el papeleo y programo la autopsia para mañana por la mañana. ¿Os encargáis de todos los preparativos?

—Claro, nos ocupamos. Me gustaría asistir, si te parece bien —dijo con esperanza.

—Encantada. Te aviso en cuanto esté la autorización para la autopsia.

—Vale, hasta luego.

Nora guardó el móvil de nuevo en el bolso del asiento del acompañante y arrancó.

La Jefatura de Policía estaba en L6. Las calles del centro de Mannheim no tenían nombre; cada manzana se identificaba con una letra del alfabeto y las casas dentro de la manzana se numeraban. Como Nora había crecido allí, se orientaba bien en la selva de letras y números de la ciudad en cuadrícula. Aparcó frente al histórico edificio de la comisaría y dejó que la vista resbalara por la fachada de arenisca marrón. En cuatro plantas se alternaban estucos y altos ventanales con elegantes arcos de medio punto.

Entró en la jefatura por una puerta verde de acero, de dos hojas, con un llamador anticuado. Nora quedó impresionada por el imponente vestíbulo, de estuco blanco y columnas que desembocaban en una cúpula. Una puerta acristalada cerrada le impedía el paso. Cuatro pequeños peldaños la conducían a un mostrador tras cuyo cristal antibalas se sentaba una mujer robusta en el registro. Al verla, la mujer activó el interfono. —Sí, dígame.

—La doctora Nora Mors, de Medicina Forense de Heidelberg —mostró su carné profesional—. Estoy asignada al caso de homicidio en Jungbusch. El investigador David Richter me ha dicho que puedo utilizar las dependencias de la comisaría antes de que tenga lugar la reunión de situación.

—Espere aquí. Ahora vienen a por usted —devolvió con cierta brusquedad y cortó la comunicación.

Nora solo podía suponer a quién llamaba la mujer tras el cristal. Algo insegura, se quedó en el vestíbulo vacío, cambiando el peso de una pierna a otra, mientras lanzaba miradas curiosas a través de la puerta de cristal hacia la amplia caja de escaleras. Estaba un poco nerviosa. Nunca había apoyado a una comisión especial. Los homicidios que había tratado hasta entonces eran menos delicados y seguían un procedimiento estándar. Tenía curiosidad por ver cómo se desarrollaría la colaboración con la policía en un caso así.

Por fin bajó corriendo la amplia escalera curvada un hombre fornido, de pelo canoso. Sonriendo, le abrió la puerta y le tendió la mano. —Andreas Müller, jefe de la comisión especial. Buenos días.

Nora miró unos ojos castaños claros, rodeados de numerosas y encantadoras patas de gallo. —Dra. Nora Mors, de la Medicina forense de Heidelberg. Le estrechó la mano.

—David ya me ha informado de que necesita un lugar tranquilo para trabajar. Ha ofrecido que use el despacho que comparte con su compañero.

—Muy amable, gracias.

—Solo tenemos que caminar un poco; las dependencias de Homicidios están en el edificio nuevo. Sígame.

Subió tras él la escalera hasta la igualmente imponente primera planta. Allí también dominaban los altos techos antiguos con estuco. Las lámparas colgantes instaladas aquí reforzaban aún más el aire señorial de la sala.

Torcieron por un pasillo que desembocaba a su vez en una caja de escaleras. Tras guiarla Müller por una puerta de conexión, acabó en un edificio nuevo sin adornos. Allí todo estaba pensado para la funcionalidad: suelos de PVC gris cubrían un pasillo largo del que se abrían los distintos despachos. Reinaba mucha actividad. Müller abrió la puerta de una oficina pequeña con dos mesas de ordenador enfrentadas. A la izquierda reinaba cierto caos: papeles apilados sin orden, una taza de café usada junto a varias bolsas de tentempiés. A la derecha, justo lo contrario. Todo tenía su sitio y estaba limpio.

Müller señaló el lado derecho. —En el sitio de David puede ponerse cómoda. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—No, gracias, voy servida.

—Estamos hasta arriba con los preparativos para la reunión de situación. Le avisaré en cuanto empecemos.

—Muchas gracias —dijo Nora y dejó su bolso en la mesa de David.

Cuando Müller cerró la puerta tras de sí, ella echó un vistazo. En las paredes colgaban numerosas fotos de David y Leon tanto en el trabajo como en privado, casi siempre juntos. Parecía que los dos se llevaban bien. Leon aparecía sobre todo en alguna fiesta y en casi todas las fotos ponía una mueca. A Nora se le escapó una sonrisa al ver aquellas imágenes tan tontorronas. Las fotos privadas de David no lo mostraban tan desinhibido como a Leon. Solía sonreír amablemente a la cámara. En una foto aparecía, al parecer, con sus padres: él, erguido con uniforme; el padre, a una distancia respetuosa, con la mano apoyada con orgullo en el hombro de David; la madre, rodeándolo afectuosa con un brazo. El parentesco era inconfundible: madre e hijo tenían los mismos ojos cálidos y

marrones. En la mirada de David, sin embargo, se adivinaba cierta seriedad. Nora se lo imaginaba bien como jefe de investigación. Seguro que David era adecuado para comunicar la triste noticia a los familiares.

De inmediato volvió a pensar en su caso actual, en que David también tendría que darles a los padres de esa chica la terrible noticia. Pero antes debían averiguar quién era su desconocida. El trabajo de Nora sería entonces reconstruir la historia de la chica. Pero lo primero era sentarse al escritorio y rellenar el certificado de defunción.

Dos horas y varias llamadas telefónicas después, Andreas Müller volvió a asomar la cabeza por la puerta de la oficina. —Señora doctora Mors, ya estamos listos. David Richter y Leon Sander han regresado también de la inspección ocular del lugar de los hechos. Todos esperan abajo, en la sala grande de reuniones.

—Perfecto, acabo de terminar —respondió Nora mientras recogía su documentación.

Siguió a Müller hasta una sala de reuniones enorme en la planta baja del edificio nuevo. Le recordó al aula magna de su época de estudiante de Medicina. La sala estaba llena hasta la última silla. Nora se sorprendió de cuánta gente formaba parte de la comisión especial. Tomó asiento en una de las sillas laterales, buscó con la mirada a David Richter y a Leon Sander y los vio delante, en la primera fila. David le asintió. Se alegró de haber conocido ya aquella mañana a los dos investigadores. Con dos caras conocidas se sentía algo menos extraña entre aquella multitud.

Andreas Müller se levantó y se situó en el atril. Al instante se hizo el silencio en la sala. —Hoy por la mañana, a las 4:45, el trabajador portuario Manfred Klopp encontró el cadáver de una joven en la orilla del canal de enlace, cerca de Teufelsbrücke. Nos avisó de inmediato. El patrón lesional consiste en dos profundas heridas de arma blanca en la cabeza, a la altura de las sienes. Proyectó con el proyector un primer plano de las heridas en la pantalla. —La joven

no llevaba documentación, pero sus huellas dactilares han dado un positivo en el Sistema Automatizado de Huellas Dactilares. La víctima es Josephine Weiland, de diecinueve años. Hizo una breve pausa para que los presentes anotaran el nombre. —Aún vivía con sus padres y era alumna del Lessing Gymnasium. Estos datos coinciden con una denuncia por desaparición presentada por los padres, que también ha entrado esta mañana en las dependencias policiales. No echaron en falta su ausencia hasta primera hora de hoy. La Policía Científica no ha encontrado indicios evidentes en el lugar; el cadáver fue cubierto con cinta adhesiva para la toma de muestras de ADN. Aún no tenemos resultados. No se ha hallado el arma homicida. Es posible que obtengamos más indicios al respecto tras la autopsia. La Fiscalía ya ha autorizado la autopsia. La Medicina forense de Heidelberg nos ha asignado a la señora doctora Mors para el caso. —Müller señaló hacia Nora para presentarla a los compañeros que aún no la conocían.

A Nora le incomodaba un poco que todas las miradas estuvieran puestas en ella. Se levantó con cautela para dejarse ver. Como sintió que debía aportar algo, dijo—: La autopsia tendrá lugar mañana a las ocho de la mañana. Luego volvió a sentarse.

—También en lo que respecta al posible lugar del crimen, confiamos en obtener pistas tras la sección. En el transcurso del examen externo del cadáver, la doctora Mors pudo determinar que la víctima fue asesinada en otro sitio y solo después trasladada al lugar del hallazgo. Encontrar la escena del crimen, por tanto, es prioritario. —Cambió ahora a una toma de cuerpo entero—. A pesar de la extrema brutalidad del homicidio, el cuerpo fue colocado casi con mimo tras la muerte. Por ello, no se puede descartar una relación personal entre autor y víctima. Avanzaremos de dentro hacia fuera. El apartado de Investigaciones lo dirige David Richter. Le cedo la palabra.

David se puso en pie y ocupó el lugar de Müller frente al atril.—Los datos aportados por Manfred Klopp ya se han verificado y se ha confirmado su veracidad. Pasó la noche en casa con su mujer, que

ya lo ha corroborado; cogió como de costumbre el tren a las cuatro de la madrugada y llegó a las 04:35 a la parada del canal. A las 04:45 encontró el cadáver en la orilla. Como ya se ha mencionado, la doctora Mors pudo determinar que el asesinato propiamente dicho tuvo lugar en otro lugar. Ya hemos inspeccionado minuciosamente los alrededores. Dado que el lugar del hallazgo está tanto en el canal del Neckar como cerca de una vía de tráfico, el autor pudo haber accedido a la orilla con una embarcación o con un coche. Existe un acceso desde la carretera al paseo entre la *Popakademie* y la residencia de estudiantes. —Para ilustrarlo abrió Google Earth—. Debemos considerar, por tanto, ambas posibilidades. Por desgracia, la escuela de música no dispone de videovigilancia. La doctora Mors ha fijado la hora de la muerte entre la una y las tres de la madrugada. En los demás edificios hay principalmente empresas, una galería de arte y un bar que cierra a las 23:30. Es decir, el autor descargó el cuerpo sin que nadie le molestara: o fue pura suerte o lo tenía bien planeado. La única videovigilancia es la de la gasolinera Aral, más adelante en la carretera principal. No es imprescindible que el autor pasara por allí, pero como está abierta las veinticuatro horas, puede que el dependiente del turno de noche se fijara en algo. Merece la pena intentarlo. Necesito a alguien que interrogue al hombre y revise las grabaciones desde la posible hora del crimen hasta las cinco de la mañana. Además, un equipo debe asegurarse de que ninguno de los empleados de las empresas hiciera horas extras y, en su caso, de que no viera nada. En cuanto al acceso por vía fluvial, es probable que los que más se hayan percatado de algo sean los estudiantes de la residencia, ya que está en el desvío del canal hacia el Neckar. Para esto necesitamos varios equipos que vayan puerta por puerta y pregunten a la gente. Leon Sander y yo iremos, tras esta reunión de coordinación, a casa de los padres de la víctima y nos encargaremos de interrogar a los familiares más próximos.

A continuación, David Richter formó los distintos equipos de rastreo.

Tras poco más de dos horas, dieron por concluida la reunión. Nora se sentía bastante abrumada. Para ella, sin embargo, fue un alivio que ya supieran quién era la pobre chica. Mañana dejaría que su cuerpo hablara.

Cuando David Richter se acercó a ella, le entregó el certificado de defunción para los padres de Josephine, en el que ya había añadido el nombre de la víctima.—Muchas gracias por dejarme usar su despacho. Supongo que, como investigador al mando, estará mañana por la mañana en la autopsia, ¿verdad?

—Sí, allí estaré. La verdad, estoy un poco nervioso. Es mi primera apertura de cadáver. —Hizo una mueca—. No me malinterprete, quiero estar presente; creo que en una sección así se obtienen valiosas percepciones que un informe no puede sustituir.

—Es cierto. Y no tiene por qué avergonzarse de estar inquieto por la sección. Al contrario, me parece refrescante cuando uno no está demasiado curado de espanto. En nuestros trabajos, uno se insensibiliza demasiado rápido.

Él pareció aliviado.

—¿Tiene usted un estómago fuerte?

—Ya lo veremos —respondió con un guiño.

Ella se rió. —Bien, entonces nos vemos mañana por la mañana en Medicina Forense de Heidelberg. Es el edificio 4020. Avisaré de que viene.

—De acuerdo, hasta mañana —se despidió.

Nora lo siguió con la mirada, pensativa. Mientras ella ya terminaba su jornada, David Richter y Leon Sander aún tenían la espantosa tarea de informar a los padres de la muerte de su hija. Una parte de ella admiraba su coraje; la otra agradecía poder irse a casa y recuperar algo de sueño antes de examinar a Josephine Weiland a la mañana siguiente.

Capítulo 3

LOS Weiland vivían en una casa adosada, en el barrio de Käfertal. Un vistazo previo a los datos personales les había revelado que Katharina Weiland era florista y Richard Weiland, funcionario de Hacienda. La casa llevaba la inconfundible impronta de la madre de Josephine. En el jardincito delantero lucían las primeras flores al sol de última hora de la tarde, y en cada ventana había un jarrón con flores. En cuestión de minutos, David y Leon iban a destruir para siempre la apacible idílica de aquel hogar.

David sintió un nudo en la garganta cuando pulsó el timbre. Solo pasaron unos segundos hasta que se abrió la puerta de entrada, como si los dos ya los estuvieran esperando. La visión de Katharina Weiland casi lo noqueó. Era una versión mayor de Josephine: los mismos rasgos finos, incrustados en una tez de porcelana, solo que llevaba el pelo castaño a la altura de los hombros. Una auténtica belleza. En comparación, Richard Weiland, con su pelo oscuro entrecano y a cepillo y esos ojillos tras las gafas sin montura, parecía un ratón gris. El tópico hecho realidad de un funcionario de Hacienda.

Ambos miraron a David con esperanza y, al mismo tiempo, con miedo, después de que se presentara a sí mismo y a su compañero y les enseñara su placa.

—¿Han encontrado a nuestra Josephine? —preguntó la señora Weiland.

—¿Quizá entramos primero? —sugirió David. Pero su expresión afectada ya lo había delatado.

Katharina Weiland se llevó una mano a la boca y con la otra se sostuvo en su marido. Richard Weiland le pasó un brazo por los

hombros, protector, pero él mismo parecía tambalearse.

—¡Dígamelo! ¡Ahora! —le exigió a David.

David se mordió con fuerza el labio inferior. Luego soltó la noticia: —Señora y señor Weiland, siento tener que decirles que esta mañana hemos encontrado a su hija muerta. Ha sido víctima de un delito violento. Mi más sentido pésame.

Katharina Weiland lanzó un grito de dolor y se vino abajo. Su marido quiso sostenerla, pero lidiaba con sus propios sentimientos; se dejó caer a su lado, en el suelo, y le cogió la mano. A la señora Weiland la sacudió un fuerte ataque de llanto y empezó a hiperventilar.

Leon no sabía cómo comportarse; se quedó rígido y miró al suelo, compungido.

David acudió en su ayuda. Se agachó, le puso una mano en el hombro a Katharina Weiland y le habló con voz calmante: —Míreme, señora Weiland.

Ella alzó la mirada, atormentada.

—Intente respirar despacio conmigo. Inspire muy hondo y suelte el aire despacio, durante mucho tiempo. —Él respiró con calma a su lado para que pudiera seguir su ritmo—. Concéntrese en mí. Muy despacio.

Poco a poco su respiración se fue ralentizando.

—Bien. Ahora nos levantamos y entramos juntos. —David se volvió hacia Leon—. ¿Me echas una mano un momento?

Por fin Leon salió de su parálisis y ayudó a David a acompañar a la señora Weiland al salón, sosteniéndola por los brazos, hasta el sofá. La mirada de David fue a parar al exuberante ramo de flores que adornaba la mesa del comedor. La alegría de los colores chillaba en aquella escena. Cerró un instante los ojos y se dirigió a Richard Weiland, que se había sentado en un sillón como en trance: —¿Dónde está su cuarto de baño?

Él señaló en silencio por el pasillo.

David fue al baño para mojar un paño con agua fría. Mientras dejaba correr el agua fresca por sus muñecas para serenarse un poco, le subió a la nariz el olor a pétalos de rosa. En la encimera, a su lado, había un cuenco decorativo con un popurrí de pétalos. Las flores secas le recordaron que la vida de Josephine también se había marchitado. Se preguntó si la señora Weiland podría volver alguna vez a mirar un ramo sin pensar en el día en que él y Leon entraron en su casa para hablar con ella de la muerte de su hija y averiguar quién había podido acabar tan bruscamente con su vida. Miró al espejo y se ordenó a sí mismo que se controlara. Por muy duro que fuera, tenían que interrogar a los padres de Josephine para descartarlos como sospechosos y obtener información. Aunque su instinto le decía que los padres no tenían nada que ver con la muerte de su hija, aun así debían investigar en todas las direcciones.

Decidido, volvió al salón y le dio a Katharina Weiland el paño frío para que se lo pusiera en la nuca. Para entonces, ella se había calmado lo suficiente y solo sollozaba en voz baja.

Entonces se dirigió a los dos Weiland: —Siento tener que pedirles esto, pero ¿pueden contarnos qué pasó ayer? Esta mañana han denunciado la desaparición de Josephine.

Richard Weiland carraspeó. —Ayer por la tarde Josephine llegó a casa del colegio y por la noche volvió a salir.

David sacó su cuaderno. —¿A qué hora fue?

—Sobre las dieciocho.

—¿Dijo adónde iba?

El señor Weiland negó con la cabeza. —Era muy reservada. No era la primera vez que no sabíamos dónde estaba. Pero cuanto más la acosábamos a preguntas, más se encerraba en sí misma. Así que, en algún momento, dejamos de interrogarla. No tendríamos que haber cedido. —Sollozó y se quitó las gafas para secarse las lágrimas.

David le dio un pañuelo y esperó a que se recompusiera.

—Aunque a veces se hacía tarde, siempre volvía a casa. Solo que esta vez no. Cuando esta mañana hemos visto que no estaba en su cama, hemos sabido que había pasado algo.

—¿Qué hora era cuando se dieron cuenta de que Josephine había desaparecido?

—Las seis y media. A esa hora suele levantarse.

David y Leon se cruzaron una mirada de decepción. Quedaba fuera de la franja temporal del crimen y era cualquier cosa menos una coartada sólida.

—Entonces, desde que vieron por última vez a Josephine ayer por la tarde, ¿ustedes dos han estado en casa todo el tiempo? —insistió David.

Ambos asintieron.

—¿Sola? —preguntó Leon.

—Sí, por supuesto —replicó Katharina Weiland, tajante y visiblemente indignada.

—¿Ha hablado por teléfono con alguien en ese tiempo?

—No —respondió Richard Weiland—. Solo esta mañana, cuando hemos buscado a Josephine. Antes de avisar a la policía, hemos llamado primero a sus amigos. Pero nadie sabía dónde estaba.

—De amigos ya no se puede hablar —interrumpió Katharina Weiland, alterada. Aparentemente, el carácter de los señores Weiland era muy distinto.

—¿A qué se refiere? —preguntó Leon.

—En los dos últimos años Josephine ha cambiado mucho. Siempre fue introvertida y más bien tímida. Pero tenía una mejor amiga, Emilia, y gracias a ella entró en una pandilla. Sin embargo, con diecisiete empezó de repente a retraerse cada vez más, también de su grupo de amigos. Al principio pensamos que era una pubertad tardía; hasta entonces nunca habíamos tenido dramas adolescentes ni nada por el estilo. Me preocupé de verdad. Dejó de maquillarse,

perdió muchísimo peso y solo llevaba ropa ancha, como si quisiera esconderse. Se encerraba constantemente en su habitación. En el colegio también le iba cada vez peor. Hablamos con su tutora de confianza, pero estaba tan desconcertada como nosotros y no podía explicarse el bajón de notas de Josephine. En el colegio no parecía haber pasado nada. Nos dijo que Josephine apenas participaba ya en clase. Parecía tener la cabeza siempre en otra parte. Intenté hablar con ella varias veces, pero me esquivó cada vez. Ni siquiera con nosotros quería ya abrirse, y eso que siempre habíamos tenido una relación muy íntima. Sabía que tenía que haber ocurrido algo. Llegó un momento en que estaba tan desesperada que incluso leí su diario a escondidas. —Bajó la mirada, avergonzada.

David buscó las palabras adecuadas para que siguiera hablando y, por fin, dijo: —¿Qué madre no haría eso en una situación así?

Katharina Weiland asintió, más para sí que para David. —No ponía nada. Llevaba tiempo sin escribir. Y Emilia tampoco sabía qué le pasaba.

—¿Cuál es el apellido de Emilia? —quiso saber David.

—Bangert. Emilia Bangert.

—¿Y fue una de las amigas a las que han llamado esta mañana?

—Sí, pero como he dicho, Josephine también había roto el contacto con ella.

—Necesitamos los datos de contacto de todas las personas a las que han llamado esta mañana. ¿Sabe quiénes formaban parte de esa pandilla en la que estuvo Josephine?

—Sí.

—Por favor, anótenos los nombres y también el de la tutora de confianza.

Asintió.

—Bien, señora Weiland —dijo David con calma y posó brevemente una mano en su brazo—. Luego preguntó: —¿Podemos ver la

habitación de Josephine? Pudo ver el dolor que volvía a aflorar en sus ojos—. Seremos muy cuidadosos —añadió.

—Se la enseño —dijo Richard Weiland y se puso en pie.

Katharina Weiland se quedó en el salón. No quería presenciar cómo dos hombres extraños violaban la privacidad de Josephine.

La habitación de Josephine estaba en la planta superior de la casa. El señor Weiland tampoco quiso estar presente durante el registro, así que dejó a David y a Leon solos.

Leon guardó silencio por el momento. Sabía que su compañero siempre necesitaba un instante para empaparse de la atmósfera de un lugar.

Al principio David solo echó un vistazo. La habitación de Josephine no era la de una adolescente tardía. Parecía más bien un espacio despersonalizado, sin carácter alguno. Como si le hubieran arrancado la vida. No conseguía sentirla allí dentro. Los colores eran tonos tierra sobrios. Todo estaba orientado a la funcionalidad: un escritorio color crema con una silla gris, un armario de madera marrón, una cama sin adornos. Incluso la ropa de cama era de un blanco aséptico. Sin colores chillones, sin estampados, nada que destacara. En las paredes había dos cuadros de paisajes idílicos, pero ninguna foto personal, ningún póster. Ningún recuerdo. David se acercó a una estantería sobre la cama. Contenía sobre todo libros de texto y algunas novelas. Nada apuntaba a un hobby: ni instrumento musical, ni equipo deportivo, ni lápices de dibujo. Se dirigió al escritorio y abrió los cajones. Allí encontró una pequeña libreta de un rosa delicado. La abrió. —Su diario.

Leon se acercó.

—La última entrada es de enero de 2019. De verdad llevaba mucho sin escribir nada.

—Mañana Emilia y yo planeamos nuestra escapada corta para el verano. ¡Woohoo! ¡Estoy taaan emocionada!

Eso sí sonaba mucho más a adolescente. Le pasó el diario a Leon. Este hojeó un momento y luego lo dejó de nuevo en su sitio.

En el cajón había además algunas postales que se habían escrito las dos chicas y unas cuantas fotos sueltas en las que reían y posaban orgullosas para la cámara. ¿Dónde había quedado la Josephine despreocupada de entonces? *¿Qué te ha pasado*?

David volvió a cerrar el cajón y dejó que la mirada resbalara por el escritorio. Allí, en cambio, todo era aséptico: un estuche para los bolígrafos, un bloc, un calendario y su portátil. Lo abrió y pudo arrancarlo sin contraseña de seguridad. En la unidad había documentos del colegio. Fue mirando las fotos. Encontró algunas en las que se veía a jóvenes y a ella misma de fiesta. Seguramente era la pandilla.

—Vaya, ahí sí que iba arreglada —observó Leon.

—Bueno, y en algún momento dejó de hacerlo. Tampoco veo maquillaje por ninguna parte. —David abrió su armario, que contenía sobre todo conjuntos discretos. Aspiró el olor del interior—. No hay perfume, ni ropa llamativa, ni maquillaje. Diría que es una cuestión de estilo, pero ¿quién lo cambia así de la noche a la mañana? Tiene que haber algo más detrás. Me da la impresión de que quería ocultar su belleza. Según la señora Weiland, también adelgazó mucho. O bien estaba descontenta con ella misma y con su cuerpo, o con un trastorno alimentario estaba respondiendo a algo que la había marcado profundamente. Tal vez la acosaban o algo peor. Muchas veces estos cambios de conducta son también señales de un abuso.

—Pero la profesora de confianza dijo que en el colegio no había pasado nada —intervino Leon.

—Créeme, cuando se trata de acoso, los críos se las apañan igual sin que la profesora se entere. Y quizá el incidente se produjo fuera del colegio. —David volvió a centrarse en el portátil y abrió la bandeja de entrada del correo. Vacía. Como no suponía que

Josephine no hubiera recibido nunca un correo, tenía que haberlos borrado todos—. ¿Dónde está su móvil?

—En la escena del crimen no se encontró ninguno.

—Tendremos que localizarlo. —David volvió a dar una vuelta por la habitación—. Josephine Weiland es como un fantasma. Parece que se ha esforzado al máximo por ocultar algo o por ocultarse a sí misma.

—Quizá sabía que su madre la espiaba y por eso lo borró todo —dijo Leon.

—Puede ser.

Era como si la personalidad de Josephine hubiese desaparecido de esta habitación junto con ella. Desde luego, así no se habría imaginado David el cuarto de una chica de diecinueve años, más bien el de su padre.

De camino hacia abajo ojeó las demás estancias. Enfrente estaba el dormitorio de los padres. Allí volvía a imponerse el estilo de Katharina Weiland: orquídeas en los alféizares, al lado un buda y un bonsái, una foto de un arroyo colgaba sobre la cama. A la derecha había montado un rincón de costura.

Al lado estaba el despacho de su marido. Esta habitación se diferenciaba claramente del resto. La dotación de oficina estaba dominada por maderas nobles y oscuras, sin decoración, ni una sola flor, pero mucha más tecnología: ordenador, varios monitores y un equipo de sonido.

A David le resultaba fascinante lo mucho que, a veces, los opuestos se atraían. Una mujer floral, creativa, y un funcionario de Hacienda, sólido y seco. Él mismo no se veía con una mujer que no tuviera absolutamente nada en común con él. La idea de enriquecerse mutuamente le parecía bonita, pero para él era mucho más importante que le entendieran y compartir de verdad las cosas.

Cuando volvieron al salón de los Weiland, preguntó por el móvil de Josephine. Ambos no lo habían visto; Josephine lo llevaba casi

siempre encima. Las llamadas de los padres habían ido todo el tiempo al buzón de voz. Su bolso también había desaparecido. El agresor debió de quedárselo o deshacerse de él. David pidió el número; quizá los técnicos podrían averiguar dónde se había registrado por última vez el móvil en la red.

Después tendrían que preguntar a los vecinos para confirmar las coartadas de los padres y para saber si alguien había notado algo. Pero antes de irse, tenían que informar aún a los Weiland de la autopsia prevista para mañana. La idea de que el cuerpo ya maltrecho de su hija no encontraría descanso ni siquiera tras la muerte debía de ser horrible para los padres. Pasaría aún un tiempo hasta que pudieran enterrar a Josephine. A David siempre le parecía terrible que, en los casos de asesinato, los allegados nunca pudieran despedirse como es debido. Y así terminó su visita a los Weiland como había empezado —con una noticia espantosa.

Capítulo 4

El cuerpo refrigerado de Josephine Weiland yacía sobre la mesa de autopsias de acero de Nora y esperaba poder por fin hablarle. Para Nora, esas eran las auténticas últimas palabras de una persona. Y las escuchaba con toda atención. Allí, en la sala de autopsias, alicatada de un blanco clínico y bañada por una luz de neón cegadora, se movía en terreno seguro. Solo los gruesos bloques de vidrio de la pared exterior dejaban pasar algo de luz diurna. Todo estaba cuidadosamente dosificado y libre de cualquier violencia, tristeza o dolor. La sala de secciones era para Nora como un terreno neutral que convertía todo en pura inocencia. Lo único poco habitual era que hoy, además de su colega Philipp y la auxiliar de preparación Suri, también estuviera presente David Richter. Permanecía con los hombros tensos, a cierta distancia frente a Nora, junto a la mesa. Y aunque su postura transmitía fortaleza, su expresión no podía ocultar que estaba alterado. Nora lo interpretó como una mezcla de compasión, tensión e interés. Conocía demasiado poco al investigador para juzgar si acertaba, pero en cualquier caso, a través de él flotaban por la sala unas emociones inusitadamente intensas.

Volvió a centrarse en aquello en lo que se sentía segura y procuró explicarle los pasos de manera comprensible. —Esta mañana ya he sometido el cadáver de Josephine Weiland a una tomografía computarizada para hacerme una idea previa de las lesiones craneales. El hueso parietal está fracturado en ambos lados, el tejido cerebral está muy dañado, y el trayecto de la herida penetra muy adentro en el cerebro.

Los finos rasgos de David se contrajeron, pero él le indicó con un gesto que continuara, y ella prosiguió: —Pero antes de comenzar la

autopsia, realizamos un examen externo.

Como por ensalmo, Philipp Kramer, que le asistía según lo acordado, pulsó el botón de grabación de una grabadora. Llevaba una cámara de fotos colgada del cuello. Toda la autopsia debía documentarse y, conforme al principio de doble control, ser revisada por un segundo forense.

—Josephine Weiland, mujer, diecinueve años, con un infrapeso marcado. La extrema delgadez podría deberse a un trastorno de la alimentación. Marcas rojas en muñecas y tobillos permiten suponer una sujeción. —Nora tomó una lupa y examinó minuciosamente la piel de brazos y piernas—. En la parte anterior del cuerpo no se aprecian más huellas. —Con ayuda de Philipp giró el cadáver de Josephine boca abajo para poder examinarle la espalda—. Leves excoriaciones en las zonas de apoyo —es decir, en los omóplatos y el coxis—. Por lo demás, no se aprecian hematomas. No se ven fibras.

Esperó a que Philipp registrara fotográficamente las erosiones y luego devolvieron juntos a Josephine a la posición de decúbito supino.

—Dado que la lesión en la cabeza debió de ser extremadamente dolorosa, en realidad tendrían que verse lesiones de defensa mucho más marcadas. Supongo que la víctima estaba sedada. Dos punciones en el brazo izquierdo —una en la parte superior del brazo y otra en el pliegue del codo— apuntan a ello. Tomo una muestra de sangre para Toxicología. —Nora introdujo una aguja en el pliegue del codo de Josephine y dejó que su sangre fría fluyera a un tubito.

—¿Cuánto tarda en estar el resultado de la analítica de sangre? —preguntó David Richter.

—Si indico la urgencia, el resultado estará mañana. Además, voy a tomar un exudado vaginal.—

Desvió la mirada con respeto cuando ella separó con firmeza las piernas de Josephine Weiland para examinar su zona íntima.

La reacción de David Richter le recordó a Nora que aquí, a diario, cruzaba un umbral. Ya estaba acostumbrada a invadir la intimidad

corporal de los fallecidos. A los vivos, en cambio, por lo general no se acercaba tanto. Solo se desprendía de su pudor al enfundarse la bata de médico antes de entrar en la sala de autopsias. —La zona vaginal no presenta lesiones. No parece abuso sexual.—

Ahora se dirigió a la asistente de preparación. —Suri, puede retirar el cabello ahora.—

Mientras la máquina cortaba la larga melena castaña de Josephine como si fueran ramas de una copa de árbol, le explicó a David: —Si es posible, por consideración a los familiares, intentamos dejar el cabello intacto incluso cuando abrimos el cráneo. Pero con una lesión en la cabeza como esta es imprescindible que tenga una visión despejada del cuero cabelludo.—

Él asintió en silencio.

Para no médicos como David Richter, eliminar un rasgo tan distintivo como el cabello debía de suponer una despersonalización, pero para Nora todo aquello no eran más que medidas para comprender lo mejor posible la historia de la víctima. Ahora que Josephine yacía calva ante ella, tenía vía libre para ver los dos orificios en sus sienes, que permitían una profunda visión hasta la duramadre. —Las heridas de entrada son circulares, de un centímetro de diámetro como máximo; el trayecto tisular es liso.— Philipp se colocó a su lado y fotografió ambas heridas.

—La profundidad exacta del trayecto la veremos tras abrir el cráneo.— Nora cogió un bisturí y lo colocó por encima de la nuca, bajo la oreja izquierda de Josephine. Con un único movimiento fluido separó la piel del cráneo y la cortó hasta la otra oreja. Luego la volvió del revés como una prenda y la desplazó todo lo posible hacia delante, hasta poder voltear el rostro de Josephine y dejar el cráneo al descubierto. Echó una mirada de comprobación a David Richter para asegurarse de que no iba a vomitar ante aquella visión. Aunque se había quedado bastante pálido, por lo demás mantuvo el tipo.

Prosiguió: —El cráneo presenta, a lo largo de los trayectos de entrada, sendos orificios; el hueso parietal está fracturado en ambos

lados.—

Philipp era muy alto y tuvo que inclinarse hacia delante para captar en primer plano los dos orificios y los huesos craneales deformados.

Entonces Nora tomó una pequeña sierra eléctrica y abrió el cráneo de forma circular. Intentó ignorar el olor a hueso quemado mientras se inclinaba sobre la bóveda craneal para examinarla. —El trayecto atraviesa la duramadre.— Poco a poco fue acercándose al núcleo de Josephine Weiland. Después de retirar la calota con un cuchillo para parénquima, por fin pudo echar un vistazo a la sustancia cerebral gris, gelatinosa, que había constituido a Josephine. Estaba perforada en ambos lados. —Se prolonga a través de las meninges blandas. Voy a extraer ahora el cerebro para seguir el trayecto.—

Con cuidado liberó el órgano de la cavidad craneal. Suri lo recibió, lo limpió bajo la ducha al final de la mesa de autopsias y luego lo colocó sobre la mesa puente, por encima de las piernas de Josephine, donde habitualmente se seccionaban los órganos. Por lo general, la mayoría de la gente se quedaba perpleja al ver a la asiática, de apenas un metro cincuenta y constitución menuda, encargarse de un trabajo tan bruto, pero David Richter no pareció sorprendido.

Él se acercó para no perderse nada. Nora se dio cuenta de que estaba lidiando con aquel aspecto inusual y los olores penetrantes, pero aun así lo seguía todo con atención. Tuvo que admitir que no esperaba tal autocontrol. Al fin y al cabo, era su primera autopsia.

Esperó a que Philipp tomara de nuevo algunas fotos; después colocó el cuchillo en el vértice y dividió el cerebro en dos mitades con un corte longitudinal vertical. En los bordes del corte el trayecto ya no se veía. Así que tendría que ir avanzando paso a paso. Tomó una de las brillantes mitades y la cortó en láminas. Sin fijar, el tejido estaba resbaladizo y era difícil de seccionar. Tuvo que apretarlo con fuerza para mantenerlo medianamente compacto. Sin embargo, cuando tras apenas unas pocas láminas localizó el final de la lesión por arma blanca, se detuvo en seco. *Esto no puede ser*.

David había notado su mirada de desconcierto. —¿Qué pasa?—

—La puñalada tiene siete centímetros de profundidad e incluso ha penetrado en el sistema límbico. Termina recién en la amígdala.— Se estremeció por dentro al pronunciar en voz alta aquella palabra.

—Parece usted sorprendida—, constató David Richter.

—Y lo estoy. No tengo ni idea con qué arma se podría conseguir eso.—

—¿Por qué no?—

—Las lesiones del hueso craneal y de la piel apuntan a una herramienta larga, lisa y puntiaguda. Al menos tan larga como la herida de entrada —es decir, de siete centímetros o más— y de medio a un centímetro de ancho. La estocada se hizo con mucha precisión, es decir, de un solo empuje. Para poder asestar un golpe tan dirigido, el instrumento necesita un mango que se pueda empuñar bien, algo como una lezna larga o un destornillador puntiagudo. Pero para atravesar la tabla del cráneo, de un centímetro de grosor, un instrumento así no basta. Incluso un hombre fuerte necesitaría aplicar una fuerza masiva para, con un solo empuje, atravesar el cráneo, las meninges y las circunvoluciones hasta penetrar en profundidad en el sistema límbico.—

—Quizá el arma fue accionada mecánicamente. ¿Podría haber sido, por ejemplo, un taladro?—, aventuró David Richter.

Nora negó con la cabeza. —Entonces el hueso estaría mucho más astillado. Puedo descartarlo.—

Alzó la vista hacia los ojos verdes y pensativos de Philipp. —¿Tiene alguna idea?—

Él negó con su melena rubia oscura. —Por desgracia no, estoy tan desconcertado como usted.—

—Hm—, hizo David y abrió su cuaderno para anotar ya algunos detalles. —Pero ¿que el autor fuera un hombre está claro?—

—Cien por cien no puedo asegurarlo, claro. También hay mujeres muy fuertes que quizá podrían asestar un empujón así, pero me inclino a pensar que fue un hombre —confirmó Nora. Su mirada cayó en la segunda mitad del cerebro, aún sin cortar, en la que también se abría un agujero—. Hay algo más que me resulta extraño. La causa de la muerte fue una pérdida de sangre considerable debida a la herida punzante y una probable inflamación cerebral posterior. Josephine Weiland habría muerto ya con la primera puñalada; la segunda, en realidad, no era necesaria.

—Vale. Pero no lo hizo cegado por la ira, eso no encaja con su proceder tan preciso. O bien el autor quería simplemente asegurarse, o bien la segunda puñalada tiene un significado simbólico —reflexionó David Richter.

Nora volvió a coger el cuchillo de la mesa de autopsias y diseccionó también la otra mitad del cerebro. Se detuvo en seco.—La segunda puñalada tiene la misma profundidad. También termina en la amígdala.

—¿Puede haber sido intencionado?

—Descártelo. La amígdala es muy pequeña, está profunda en el cerebro y en cada persona se encuentra en un punto distinto. Más bien creo que en ambas ocasiones aplicó la misma fuerza de empuje y, por azar, alcanzó la amígdala. Pero sería una casualidad muy extraña. —Un escalofrío helado le recorrió la espalda.

—Así que el asesino mata a Josephine Weiland con dos puñaladas potentes y precisas en la cabeza, con un arma desconocida —resumió David de nuevo los resultados hasta el momento—. Y aun así, la segunda puñalada no habría sido necesaria, porque la primera ya fue mortal. Después la transporta del lugar del crimen a Teufelsbrücke. Allí no se limita a abandonarla sin más, sino que coloca el cadáver casi con cariño en la orilla, de manera que parece que está durmiendo en paz. —Frunció el ceño, mientras Nora asentía —. Pero nada de esto tiene sentido.

—Lo sé. Nunca he tenido un caso tan raro sobre la mesa.

—Yo tampoco —intervino Philipp Kramer, documentando las lesiones en el cerebro ya diseccionado.

Nora se quedó pensativa un momento y luego cambió de tema con decisión, sustituyendo de nuevo el cuchillo pequeño por el bisturí.—Quizá el resto de su cuerpo nos dé alguna pista.

Volvió a situarse junto a Josephine, frente a la mesa, y esta vez aplicó el bisturí a la altura de la clavícula. La parte superior de la incisión en Y la practicó con rapidez; para el tramo largo —desde el esternón, atravesando el tejido graso, pasando junto al ombligo, hasta el pubis— tuvo que emplear bastante más fuerza. Philipp la ayudó a separar la capa amarilla de grasa y a dejar al descubierto la caja torácica. Luego cogió las tijeras para hueso y cortó las costillas. Los huesos estallaron con estrépito bajo sus cortes.

Tras retirar el esternón, por fin pudo asir el corazón y los pulmones de Josephine y extraerlos de la cavidad torácica. Les echó un vistazo y los palpó.—Corazón y pulmones parecen sanos los dos. —Se los pasó a Suri para su limpieza y, a continuación, extrajo el estómago, que dejó deslizarse en una bandeja. Al abrirlo, salió ácido gástrico corrosivo.

Ante el hedor nauseabundo de las comidas medio digeridas, David Richter dio un paso atrás. No había mucho que encontrar, sin embargo. Josephine Weiland apenas había comido.—El estómago presenta un contenido inusualmente escaso. Eso confirma la sospecha de anorexia.

—Los padres de Josephine Weiland tenían la misma sospecha —intervino entonces David Richter—. Dijeron que en los dos últimos años había adelgazado mucho. Y que estaban preocupados porque se había retraído tanto.

Nora miró pensativa el cuerpo abierto de Josephine Weiland. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué había tenido que morir de un modo tan atroz? Tenía la sensación de que solo le habían contado la mitad de la historia. Josephine aún le ocultaba algo. Tomó muestras de orina y de líquido cefalorraquídeo, pero su cuerpo no le ofrecía nada más

por el momento. Pensó en los pobres padres de Josephine, que esperaban para poder despedirse de su hija y darle sepultura. Retendría el cadáver un día más por si el caso arrojaba nuevos hallazgos, pero después recomendaría a la fiscalía que autorizase la entrega del cuerpo. Al fin y al cabo, lo había documentado todo.

Su mirada se posó en la mesa de autopsias, donde los órganos de Josephine estaban alineados con esmero junto a su cerebro diseccionado. Todo lo que quedaba de ella eran recuerdos seccionados. Los recogió y los devolvió a la cavidad abdominal de Josephine. En toda su vida, corazón y cerebro no habían estado nunca tan cerca. Aquello que en vida se pretende separar con tanto celo, Nora lo reunía siempre al final de cada autopsia: sentimientos y pensamientos.

Con manos expertas volvió a suturar la cavidad abdominal y el tórax. Cuando terminó, solo el hilo negro a lo largo de la incisión en Y delataba que el interior de Josephine había estado al descubierto hacía apenas unos minutos. A continuación, rellenó el cráneo vacío con celulosa y lo cerró de nuevo con la calota seccionada. Tras devolver el cuero cabelludo a su posición y suturarlo, su bonito rostro volvió a reconocerse. Nora la miró con tristeza. Ojalá pudiera preguntarle a Josephine qué la atormentaba y quién le había hecho tanto daño. Tal vez David Richter tuviera más éxito con sus pesquisas y lograse recomponer el mosaico roto de sus recuerdos.

Capítulo 5

DAVID salió de las oscuras dependencias de la sala de autopsias al amable campus universitario del Alt-Klinikum Heidelberg. Aspiró con deleite el aire fresco. Se alegró de no haber tenido que vomitar durante la autopsia, aunque el hedor del contenido estomacal de Josephine Weiland había sido casi insufrible. Resultaba de algún modo macabro que Medicina Forense estuviera en un lugar tan idílico —en pleno centro y con vistas al boscoso Königsstuhl—. El Campus Bergheim en sí era un recinto bonito, con praderas verdes, árboles viejos, acogedores bancos de madera y hermosos edificios antiguos. Los institutos ocupaban en su totalidad edificios históricos donde se apreciaban claramente las influencias góticas: por todas partes, miradores, ventanales altos y tejados puntiagudos con pequeñas torrecillas adornaban las casas de arenisca roja y blanca. Su mirada subió hacia los bloques de vidrio de la sala de secciones que interrumpían la fachada de piedra de medicina forense. El zumbido de los generadores de la cámara frigorífica de abajo le recordó que el triste destino de Josephine no era el único que se investigaba allí. Se preguntó cómo Nora Mors lo lograba día tras día. Había muchas cosas en ella que le daban que pensar. Con su melena castaña rojiza, sus pecas traviesas y sus ojos color ámbar, junto al cuerpo frío y pálido de Josephine Weiland irradiaba la vida en persona. Desprendía una gracia, una presencia tan intensa, que encajaba con dificultad en aquel entorno mórbido. Y, sin embargo, parecía pertenecer exactamente a ese lugar. Durante la autopsia le había dado a David la impresión de querer anclar a tierra y retener en este mundo el envoltorio vacío de Josephine Weiland, cuya alma hacía tiempo que había abandonado su cuerpo. También de Nora Mors se había marchado algo. Solo que él no sabía qué. Por alguna

razón, el fuego de su pasión apenas ardía ya a pequeña llama. Recordó que a su juicio uno se insensibilizaba demasiado rápido en este trabajo. Pero Nora Mors le parecía todo menos fría. Más bien era como si se prohibiera a sí misma vivir a pleno pulmón y, con ello, se pasara al bando de los muertos.

Por desgracia, la autopsia no había arrojado los resultados esperados, pero al menos David tenía ya algunas pistas. El autor era probablemente un hombre, desde luego fuerte, y había planeado el crimen. Demasiados elementos del caso hablaban en contra de un arrebato fortuito. El asesino iba a por Josephine, sin duda. Tal vez el motivo tuviera que ver con el cambio que había experimentado la joven. El señor Weiland no tenía la complexión necesaria para la acción —además, los interrogatorios de los vecinos del día anterior habían confirmado la coartada de los padres de Josephine—. Por la mañana, David ya había encargado a Leon que citara en la jefatura de policía a los antiguos amigos de Josephine para tomarles declaración. Ya era hora de hincarle el diente a esa pandilla.

Cuando David llegó a la jefatura de policía, los chavales —algunos acompañados por sus padres— aguardaban ya en el pasillo a que les tocara el turno de ser interrogados. Se encontró con Leon en la sala contigua a la de interrogatorios, donde se realizaría la grabación en vídeo.

—¡Por fin apareces!—lo saludó impaciente. A todas luces, Leon estaba ya en la parrilla de salida. Los interrogatorios eran lo suyo. Allí podía dejar salir de vez en cuando al poli cabrón. A veces David tenía incluso que frenarlo un poco, porque esa táctica no siempre era efectiva. La empatía era más bien la fortaleza de David. Pero como equipo eran imbatibles.

—Había atasco en la autopista.

—¿Y? ¿Qué tal la autopsia? ¿El desayuno se ha quedado dentro?—bromeó Leon.

—Sí, se ha quedado.—David devolvió un instante la sonrisa pícara de su compañero y fue al grano—. El arma homicida sigue sin estar

clara. Sin embargo, el autor era fuerte y, con toda probabilidad, masculino. Además, planificó el crimen. Buscamos a alguien con un buen motivo. Sigo pensando que el cambio físico y anímico de Josephine puede tener que ver con el caso. Propongo que empecemos por su mejor amiga, Emilia Bangert. Era quien mejor conocía a Josephine y, quién sabe, quizá nos dé un sospechoso antes de pasar a los chicos.

—De acuerdo.—Leon se frotó las manos con expectación.

—Cálmate un poco con la chica—lo amonestó—. Si te lanzas demasiado, quizá se cierre en banda.

Leon puso los ojos en blanco.—Vale.

El compañero ante los monitores de vigilancia se volvió hacia ellos. —Las cámaras están en marcha, y los sistemas listos para grabar.

—Pues vamos.—David abrió con brío la puerta al pasillo, y las cabezas de los jóvenes se alzaron sobresaltadas. Aprovechó la ocasión y lanzó una rápida ojeada a los rostros que lo miraban fijamente. Primero, la llorosa Emilia Bangert; a su lado, un joven cuya expresión compasiva no se dirigía a él, sino que permanecía fija en Emilia; y dos tipos fornidos que ahora echaban los hombros hacia atrás y le plantaban, seguros de sí, el mentón marcado. *Dos machos alfa*, pensó David.

—Emilia, ¿podría venir con nosotros, por favor?—Le rozó el hombro con suavidad.

Su madre le acarició la espalda y le asintió con ánimo. David se fijó en que Emilia apretaba la mano del joven a su lado antes de incorporarse despacio.

Emilia Bangert era del mismo estilo que Josephine, solo que mucho más baja, algo que disimulaba con tacones altos. Los tacones repiquetearon sordo sobre el suelo de PVC cuando David la condujo a la pequeña sala de interrogatorios, climatizada. Esta estaba adrede bastante desnuda para ofrecer la menor distracción posible. Apenas había una mesa con sillas en el centro y un aparador con bebidas en la pared derecha. En la pared izquierda y en el techo había cámaras

bien visibles. David hizo que Emilia se sentara en el lado de la mesa hacia el que apuntaban. Él y Leon tomaron asiento frente a ella.

El rímel de Emilia se le había corrido, y sus pestañas, veladas por las lágrimas, dejaban con cada parpadeo nuevos surcos negros bajo sus ojos color avellana.

—¿Quiere beber algo?—preguntó David, señalando la botella de agua mineral que había sobre la mesa junto a una pila de vasos.

Emilia asintió en silencio y pellizcó nerviosa el pañuelo arrugado que tenía en la mano.

—No tiene por qué tener miedo—dijo con calma mientras le servía. Luego le acercó el vaso y le dedicó una sonrisa alentadora—. Josephine era su mejor amiga, ¿verdad?

Al instante, volvieron a llenársele los ojos de lágrimas.—Antes, sí.

—¿Desde cuándo ya no es así?

—Desde hace unos dos años. Josephine se apartó muchísimo —no solo de mí, de todos.

—¿Sabes por qué?

Ella negó con la cabeza. —No. He intentado muchas veces hablar con ella, pero siempre se cerraba en banda. Había algo raro. Quiero decir, adelgazó muchísimo y casi no hablaba. Me preocupé. Pero cuanto más la apremiaba, más se encerraba. En algún momento cortó el contacto del todo. Creo que mi interrogatorio constante la tenía harta.

—¿Cuándo exactamente empezó a cambiar así?, intervino entonces Leon.

—En algún momento del invierno de 2020.

—¿No recuerdas ningún hecho concreto?

—No.

—Pero antes Josephine estaba en vuestra pandilla, ¿no?, repreguntó David.

Emilia asintió. —Yo la presenté a los chicos. Tim y Max son los colegas de mi novio, Florian.

—¿Florian es el que estaba sentado junto a ti en el pasillo?

—Sí. Nos llevábamos todos muy bien. Jo me dijo que le encantaba por fin estar también en una pandilla. Antes siempre tenía problemas para integrarse; era muy tímida. Pero en el grupo se volvió de verdad muy segura, muy guay.

—¿Y Josephine estaba con alguien?

—No, pero podría haber elegido entre Tim y Max. Los dos estaban coladitos por ella y lo sabía todo el mundo.

Eso sí que era un buen motivo. —¿Así que competían por ella?

—En cierto modo, sí. Emilia pareció darse cuenta de que con aquella afirmación metía en un lío a sus amigos. —Pero no era una competición de verdad. Solo le echaban piropos y le hacían regalos a ver quién ganaba. Tim y Max son buenos amigos —aseguró.

—¿Alguna vez Josephine se sintió agobiada por eso?, preguntó David.

—Que yo sepa, más bien lo disfrutaba.

—¿Y ella estaba enamorada de alguno de los dos?

Emilia bajó la mirada a la mesa, avergonzada. —No estaba segura. Creo que no quería hacer daño a ninguno, pero tampoco quería perder la atención.

—¿Y cómo se comportaron Max y Tim cuando Josephine se apartó?

—Como todos. Estuvieron intentando hablar con ella bastante tiempo, pero al final se rindieron.

Leon ya no pudo contenerse. —¿Y así, de buenas a primeras, se acabó el gran amor?

Emilia Bangert levantó la vista, sobresaltada. —No, claro que no. Los dos también estuvieron de luto, a su manera.

—¿Cómo fue eso?

—Estaban abatidos, los dos. Max intentó durante mucho tiempo llamarla y escribirle. Pero nos bloqueó a todos.

David probó otro enfoque. —Tú estabas en la misma clase que Josephine, ¿verdad?

Asintió.

—¿Sabes si quizá hizo amistad con alguien más?

—No, si ya lo he dicho: Jo se aisló por completo, de todo y de todos. Y tampoco participaba ya de verdad en clase. Llegué a preguntarme si iba a sacarse el Abi.

—¿Y cómo era la relación con sus padres?

—En principio siempre bien, pero por lo que me contó su madre, también se apartó de ellos.

David decidió que ya era el momento de ir más directo. —El cadáver de Josephine se encontró cerca de Teufelsbrücke, en la orilla del canal de enlace. Había percibido que Emilia se estremecía al oír mencionar el cuerpo de Josephine. Lo dejó reposar un instante y luego preguntó: —¿Tenía ese lugar algún significado para ella?

Emilia se esforzó en recordar. —No, que yo sepa.

—¿Ibais a menudo al Jungbusch, quizá de fiesta?

—No más que a otros sitios. A Jo, de todas formas, no le iban mucho las fiestas.

—¿Alguno de vosotros tiene licencia de navegación o conocéis a alguien que tenga una barca?

Aquello pareció desconcertarla del todo. —No.

—Una última pregunta: ¿Dónde estuviste anteayer entre las dieciocho y las cinco de la mañana de ayer?

—Estuve en casa de mis padres.

David anotó los datos de Emilia en su cuaderno. La creyó. Sus reacciones eran espontáneas y sin filtros. Solo quedaba una última

prueba. —Gracias por tu ayuda, Emilia. ¿Estarías dispuesta a darnos una muestra de ADN?

Por un instante se sorprendió, pero luego preguntó: —¿Y qué tengo que hacer?

David sacó un bastoncillo para el frotis bucal y un formulario. —Cuando hayas rellenado esto, te tomo una muestra de saliva. Solo tienes que abrir la boca.

Emilia rellenó el formulario y se dejó tomar la muestra de ADN sin poner reparos. Aún no habían recibido respuesta de Criminalística sobre si se había encontrado alguna traza, pero no estaba de más tener preparadas muestras de comparación por si acaso. Además, así podía comprobar quién era colaborador y quién no.

Después, David acompañó a Emilia de nuevo con su madre. A continuación quería encargarse de los pretendientes de Josephine. Su mirada se topó con los fríos ojos azules de uno de los dos forzudos. Contrastaban con el negro de su pelo, perfectamente peinado, y por eso llamaban aún más la atención de lo que ya lo hacían. David le asintió. —Tú eres el siguiente, ven conmigo.

El joven lo siguió con aplomo hasta la sala de interrogatorios y se sentó con desparpajo en la silla en la que hacía un momento se había encogido Emilia Bangert.

David notó que, a su lado, Leon se tensaba como si adoptara una postura de ataque. Era como un bull terrier tirando de la correa, esperando a que su dueño lo soltara. Pero David quería saber antes cuánto de aquella chulería era puro teatro, y solo entonces permitir que Leon lo alimentara aún más con sus provocaciones.

Buscó entre sus papeles. —¿Y usted es…?

—Tim Stahl —respondió con voz firme.

—Va a otro instituto distinto al de Emilia y Josephine, igual que los otros dos chicos. ¿De dónde conocía usted a Josephine Weiland?

—Emilia la trajo una vez. Desde entonces estuvo en nuestra panda.

Eso sonaba personal. —¿Hasta el final? —preguntó David sin malicia.

Tim carraspeó. —No, desde hace unos dos años ya no.

—¿Y hubo algún motivo concreto para su retirada repentina?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —Miró a David con provocación.

—No sé. —David se inclinó hacia delante y apoyó los brazos sobre la mesa—. ¿Quizá porque estaba usted enamorado de ella?

Aquello pilló a Tim desprevenido. Por un instante se le descompuso el gesto. Pero en un abrir y cerrar de ojos volvió a controlarse. —Sí, lo estaba. Pero, como quizá ya haya averiguado, yo no estaba con ella. Así que ¿cómo voy a saber qué se traía entre manos?

Tim Stahl respondía con contra preguntas. Quería ganar tiempo, quizá para trazar una estrategia. La cuestión era por qué. Algo ocultaba, David lo notaba. —Pero no era usted el único que estaba enamorado de ella, ¿verdad?

—Naturalmente que no. ¿La ha visto alguna vez?

Leon ya no pudo contenerse. —Sí, por desgracia muerta y brutalmente maltratada, tirada en la orilla del río como un trozo de basura —se le escapó.

Toda la sangre se le fue de la cara a Tim.

David aprovechó el momento de sorpresa. —Más exactamente, la encontraron en Jungbusch, cerca de Teufelsbrücke.

Tim tragó con dificultad. En sus ojos se veía claramente el pánico. David había dado con algo.

—¿Le dice algo ese lugar?

Tim se irguió. Su postura era tensa ahora. —Claro que conozco Teufelsbrücke. ¿Quién no?

Otra vez con una contra pregunta. David decidió seguir presionándolo. —O sea, que ustedes iban allí a menudo, como grupo, a salir de fiesta.

—¿Qué significa a menudo?

—Sabe perfectamente lo que significa. Responda a la pregunta —le soltó Leon de malas maneras.

—Bueno, decir *a menudo* sería exagerar. No es que **fuésemos** cada fin de semana ni nada, pero de vez en cuando, después de una ruta de bares, acabábamos allí. A Josephine no le iba mucho ese rollo y, por eso, iba todavía menos que nosotros al Jungbusch.

—Pero alguna vez fue con vosotros allí —insistió David.

Tim miró a la mesa. —Sí, en el *Nachtwandel*.

El *Nachtwandel* era un festival conocido en Mannheim que convertía el Jungbusch en una milla cultural de lecturas, exposiciones y conciertos. También se integraba en el evento el paseo del puerto junto al canal. Que David recordase, siempre montaban un escenario en la pequeña plataforma mirador bajo la cual habían encontrado el cadáver de Josephine.

—¿Cuándo exactamente estuvo ella?

Tim pareció pensárselo. —Hace dos o tres años o así.

David no se tragó esa inseguridad. —¿Quiénes estuvieron?

—Pues todos —aseguró—. Josephine, Emilia, Flo, Max y yo: toda la panda.

Eso sí lo recordaba. —¿Y estuvisteis también en el paseo de la orilla?

—Probablemente sí. Aquella noche estuvimos por todo Jungbusch, como suele pasar en el *Nachtwandel*.

David reflexionó. El *Nachtwandel* se celebraba siempre en octubre. —¿Y poco después ya no quería saber nada de vosotros?

—No, no fue así —protestó Tim—. Josephine se aisló de nosotros ya en el año nuevo.

—Y usted lo aceptó sin más —provocó de nuevo Leon.

—No podía obligarla a quedar con nosotros. —Le relampaguearon los ojos.

—¿Dónde estuvo anteayer entre las dieciocho y las cinco de la mañana de ayer?

—Tuve entrenamiento de balonmano de seis a siete, y después estuve en casa. —La respuesta llegó sin vacilar lo más mínimo.

David examinó a Tim. Un jugador de balonmano. Era alto y tenía los brazos musculosos. Tendría la complexión necesaria para el acto, y había algo en su comportamiento que le chirriaba. Tim parecía del tipo que se cogía lo que quería. Un amor no correspondido era un motivo de peso. David se detuvo en seco. Una violación explicaría perfectamente el comportamiento de Josephine: el retraimiento, esconder su cuerpo y cualquier rasgo de feminidad. —¿Estaría dispuesto a darnos una muestra de ADN? —Señaló el bastoncillo, ya preparado en su envoltorio.

—Claro. —Le sonrió. Había recuperado la confianza. A todas luces no parecía temer nada. Aun así, aquella sonrisa y aquella chulería eran una reacción bastante extraña para un supuesto amigo de luto. David lo apuntó en la lista de sospechosos; ese tipo tenía algo turbio en su haber, estaba clarísimo. Y no descartaba el asesinato. Le pidió el nombre del club de balonmano de Tim para poder comprobar su coartada y luego le tomó una muestra.

Después le tocó el turno al rival de Tim, Maximilian Hochstätt. Tenía una complexión igual de deportiva que Tim Stahl, pero, con su pelo rubio y la piel bronceada, era un tipo completamente distinto, más bien el típico niño bonito. David podía imaginarse vivamente cómo ambos habían pugnado por la atención de Josephine.

Con Max, David necesitó otra estrategia. En cuanto se sentó, le preguntó: —Así que usted y Tim estaban enamorados sin ser correspondidos de Josephine Weiland.

A Max se le subieron los colores, abrió mucho los ojos y balbuceó: —¿Qué tiene que ver…? ¿Cómo…? —Tomó aire hondo y, por fin, dijo

—: Eh, bueno, sí, yo estaba enamorado de Josephine, pero no era un amor no correspondido.

—Ah, ¿ella correspondía a sus sentimientos? —preguntó David, sorprendido.

Ahora Max esbozó una sonrisa tímida. —Aunque no estábamos juntos, creo que sí sentía algo por mí.—

—¿Y por Tim también sentía algo?— David fingió estar confundido.

Max desvió la mirada. —Puede que flirteara con los dos. Pero si no hubiera cambiado tanto, habríamos acabado juntos al cien por cien. —

—¿Y por qué cambió de repente? Suena como si os hubierais llevado muy bien. ¿Llegó a confiar en ti alguna vez?—

—No, no lo hizo—, respondió triste. —No se abrió con nadie.— Sonó como si quisiera consolarse con esa explicación.

—¿Y tú lo aceptaste sin más?—

Alzó la vista. —Claro que no. Estuve mucho tiempo intentando hablar con ella. Le he escrito, he intentado llamarla y, cuando en algún momento nos bloqueó a todos, hasta le escribí una carta. Pero ni siquiera a eso respondió.—

—¡Guau!— Leon alzó una ceja con desdén. —Vamos, que la acosaste.—

—No la acosé—, dijo Max indignado. —Solo me preocupaba por ella, porque me gustaba mucho. Pero jamás la presioné.—

—¿Y Tim lo hizo alguna vez? ¿La presionó?—, preguntó David.

Max vaciló un instante. —Tim era algo más directo que yo. Pero, que yo sepa, nunca la presionó.—

—¿Es cierto que Josephine estuvo alguna vez con vosotros en el *Nachtwandel*?—

Pareció desconcertado por la pregunta. —Sí, hace dos años estuvimos allí todos juntos.—

David anotó el año en su cuaderno y también que Max había respondido sin vacilar.

Este acertó a decir un —¿Por qué?—.

—Porque el cadáver de Josephine ha sido hallado en el paseo fluvial, cerca de Teufelsbrücke, donde en el Nachtwandel siempre montan el escenario—.

Maximilian tenía cara de haber recibido una bofetada. David leyó en su rostro tristeza, shock e incomprensión, pero no pánico, todo lo contrario que en Tim hace un rato. Max sí parecía realmente sorprendido.

—¿Ese lugar tenía algún significado para Josephine o para vosotros?—

—No. Solo íbamos de vez en cuando al Jungbusch. Para el Nachtwandel conseguimos convencerla, porque le interesaba el arte —.

—¿Pasó algo aquella vez?—

—No.—

—¿Y no se apartó poco después?—

Maximilian lo pensó. —No inmediatamente—, contestó arrastrando las palabras. —No fue hasta unos meses después.—

—¿Estuvisteis todo el tiempo juntos?—

—Sí, creo que sí.—

David no creía que pudiera averiguar ya nada importante, pero su intuición le decía que entonces había pasado algo. Así que solo le preguntó por la coartada de Max.

—Estuve en el gimnasio y luego en casa. He estado estudiando.—

David anotó los datos y examinó la complexión de Maximilian. Él también habría tenido fuerza suficiente para clavarle a Josephine algún objeto punzante en el cráneo. —¿Estaría dispuesto a darnos una muestra de saliva?—

—Por supuesto.—

Así que Maximilian también fue cooperativo. Se sometió al procedimiento y luego salió cabizbajo. Ya solo faltaba uno: Florian Meller, el novio de Emilia.

En comparación con los otros dos chicos, era un tipo discreto: rostro estrecho y pálido, pelo rubio ceniza y ojos verde grisáceo. Su complexión era más bien enclenque. Por tanto, difícilmente habría podido cometer el crimen. Pero David esperaba aún poder sacarle alguna información sobre Tim y Max.

—¿Está con Emilia?—, inició el interrogatorio después de conducir a Florian a la sala de entrevistas.

Los ojos de Florian brillaron de orgullo. —Sí, ya desde hace tres años.—

—Suena a algo serio—, se mostró David impresionado. —¿Y Tim y Max no tienen novia?—

—No, ahora mismo no.—

—Pero los dos estaban enamorados de Josephine, ¿no?—

—Sí, pero ella, por lo visto, no de ellos.—

—¿Eso les enfadó?—

Florian se encogió de hombros. —Que yo sepa, no.—

—Venga ya, entre hombres se habla de estas cosas.— David le guiñó un ojo con aire conspiratorio.

—Pues no. Además, yo tengo a Emilia.—

Leon soltó una carcajada. —¿Y por eso no tienes charlas de tíos?—

—Con Max y Tim no se habla de temas de pareja.—

David se lo podía imaginar. Florian parecía mucho más sensible que los otros dos chicos. Se preguntó cómo se habían hecho amigos tres personalidades tan distintas. —¿Hablan de otros problemas?—

—Rara vez. Prefiero hablar con Emilia.—

El mundo de Florian parecía girar única y exclusivamente en torno a su amada.

—¿De qué hablan entonces?—

—La mayoría de las veces, del instituto. No tenemos tantos intereses en común.—

—Pensaba que erais amigos los tres.—

—Sí, pero nos conocemos desde niños. Aunque hemos tirado por caminos algo distintos, siempre hemos seguido siendo amigos.—

Eso explicaba, claro está, aquella extraña combinación. En el fondo, Florian era digno de envidia. Max y Tim debían de ser buenos protectores para alguien tan sensible como él, y seguro que ya le habían ahorrado más de una jugarreta.

—Hace dos años Josephine estuvo con vosotros en el *Nachtwandel*. ¿Es cierto?

—Eh... sí, estuvo.

—¿Pasó algo entonces?

Florian estaba visiblemente desconcertado por la pregunta. —No. ¿Qué se supone que iba a haber pasado?

—Lo pregunto porque su cadáver se encontró en el puerto, cerca de Teufelsbrücke, aunque, por lo visto, rara vez iba al Jungbusch.

—Hm... pero entonces no pasó nada, al menos que yo sepa.

Florian empezó a ponerse inquieto. David se preguntó si estaría pensando en ir con Emilia para cogerle la mano. Como el chico no le parecía muy sospechoso, se limitó a preguntarle, para terminar, lo mismo que a los otros sobre su coartada.

—Estaba en casa —respondió Florian—. He estado estudiando y he hablado por teléfono con Emilia.

¡Por supuesto! De Florian Meller no iban a sacar mucho. Aun así, también le tomaron una muestra de saliva y luego lo dejaron marchar.

David lo siguió al pasillo y observó cómo los dos amantes se echaban de inmediato en los brazos, como si llevaran semanas sin verse.

A David le resultaba admirable que Florian y Emilia, a su edad, ya hubieran encontrado a alguien que lo significaba todo para ellos. Él, con sus treinta y seis años, no había tenido nunca la sensación de tener a alguien a quien poder confiarle todo.

Echó un último vistazo a la pandilla reunida. Dos chicas y tres chicos: un grupo de amigos desequilibrado, que no cerraba bien por culpa del amor y el deseo. En aquel momento, los principales sospechosos de David eran Max y Tim. Tenían los mejores motivos. Además, Tim se comportaba de forma muy sospechosa. Pero eso no tenía por qué significar nada. A menudo eran personas discretas y colaboradoras como Max las que cometían una acción así. Aún no podía descartar casi nada y, por tanto, a todas luces le había tocado un caso especialmente complejo con el que demostrar su valía. Ahora esperaba fervientemente que la policía científica hubiera encontrado algo con lo que, al menos, poder cotejar las muestras. Porque, si no, seguirían sin ninguna pista.

Capítulo 6

TRAS un largo día de trabajo en el instituto de medicina legal, Nora se encontraba ahora en un atasco en la autopista, de camino de Heidelberg a Mannheim. En el constante ir a tirones, se dejó llevar por sus pensamientos. Hoy había tenido varias autopsias, pero la de Josephine Weiland no se le iba de la cabeza. No solo porque el caso era tan misterioso, sino también porque tenía la desalentadora sensación de no haber contribuido mucho a resolver el enigma. Con disgusto pisó el freno cuando se encendieron de nuevo las luces rojas del coche de delante. Su trabajo siempre había sido muy importante para ella, pero el caso de Josephine Weiland le daba la inusual sensación de que una vida dependía de ella: un sentimiento antiguo, bien reprimido, que en realidad había querido desterrar definitivamente gracias a su profesión. Quizá también se debía a que esta vez trabajaba con la policía. Eso la sometía a una presión especial. Al fin y al cabo, se dirigía a la siguiente reunión de situación y seguía sin poder presentar resultados revolucionarios. En su mente repasaba una y otra vez la autopsia, pensaba qué podía haber pasado por alto, cuál podría haber sido el arma. Pero los detalles no le aclaraban nada. Nora esperaba que David Richter y su compañero hubieran averiguado más en sus interrogatorios.

Cuando por fin llegó a la comisaría, la sala de reuniones ya estaba llena. David Richter le había guardado un sitio a su lado y la llamó con un gesto para que se sentara allí.

Nora sonrió. David Richter le parecía muy competente, entregado y terriblemente amable, y se alegraba de tenerlo como interlocutor.

—Y bien, ¿hay algo nuevo? —preguntó expectante mientras se sentaba.

David Richter se inclinó hacia ella. —Quizá. Dos chicos de la pandilla de Josephine estaban colados por ella. Al parecer, jugaba con la atención de ambos. Hemos tomado muestras de ADN.

Sonaba prometedor. —¿Tienen los chicos la complexión adecuada para la agresión?

Él asintió. —Ambos son altos y corpulentos. Y hace dos años parece que ocurrió algo en el *Nachtwandel*.

—¿Y qué?

—Eso aún no lo sé, pero mi intuición rara vez me engaña.

Nora lo miró sorprendida. ¿Un investigador que se fiaba de su intuición? Siempre había pensado que en un trabajo en el que —al igual que en el suyo— todo se basaba en pruebas no había lugar para conjeturas. Pero David Richter, al parecer, se dejaba guiar con inusual frecuencia por sus emociones.

Su conversación se vio bruscamente interrumpida cuando Andreas Müller, con voz alta, dio comienzo a la reunión de situación. —Es el día dos de la Soko Weiland. Las investigaciones van a toda máquina; algunas secciones han llegado a **los** primeros resultados. Empezamos hoy con la policía científica, que ha concluido sus análisis.

Nora notó que David Richter, a su lado, de repente se tensaba cuando el jefe de Criminalística se acercó al atril.

—No hemos podido asegurar ningún rastro ni en el lugar del hallazgo ni en el cadáver de Josephine Weiland ni en su ropa, ni restos de fibras. El autor no dejó huellas dactilares ni ADN, y no hay ningún indicio del posible lugar del crimen.

Leon Sander maldijo en voz baja. —¡Mierda! —David Richter dejó caer los hombros, decepcionado.

No dejar absolutamente ningún rastro no era fácil y volvía a apuntar a un asesinato bien planificado y no a un arrebato.

El jefe de la policía científica prosiguió: —El investigador Richter también nos ha facilitado los datos técnicos del móvil de Josephine Weiland para localizarlo. —Hizo una breve pausa, pero su mirada desalentadora ya dejaba entrever el resultado—. También aquí: nada. Su última conexión fue cerca de la casa de los padres de Josephine. A partir de ahí, la señal desaparece. Parece que el móvil fue destruido.

Esta vez se oyó un murmullo en toda la sala.

—Cedo la palabra al apartado de investigaciones.

David Richter cerró los ojos y se pasó la mano por la cara. Parecía cargar el peso del mundo sobre los hombros. Luego se rehízo, se levantó y se acercó al atril. —Nos hemos centrado en el entorno más cercano de Josephine Weiland. Seguía viviendo en casa de sus padres. El señor y la señora Weiland tienen trabajos estables, nunca han dado problemas y cuentan con coartada para la hora de los hechos. Nada apunta a que puedan ser sospechosos. Tanto los padres como sus amigos cuentan que Josephine cambió hace dos años y se volvió más reservada. Tal y como ha quedado hoy claro en los interrogatorios al antiguo grupo de amigos, dos de los tres chicos de ese círculo estaban enamorados de ella y, por lo visto, albergaban esperanzas. Ahora mismo es donde vemos la mayor sospecha. Ambos sospechosos nos han entregado voluntariamente una muestra de saliva. Por desgracia, de momento no nos sirve de nada, porque no podemos cotejarla con nada. A continuación verificaremos las coartadas de los amigos y hablaremos con la profesora de confianza. El lugar donde apareció el cadáver no era un sitio habitual para Josephine Weiland. La única conexión que hemos encontrado hasta ahora fue una visita al *Nachtwandel* hace dos años. Las entrevistas a las empresas de la zona y a la residencia de estudiantes no han aportado novedades. Actualmente seguimos a la espera del informe de los compañeros que están revisando las grabaciones de la gasolinera.

De pronto, un compañero de las filas traseras pidió la palabra. —¿David? —dijo, poniéndose en pie.

David Richter alzó la vista con un atisbo de esperanza. —¿Sí?

—Hemos terminado la revisión justo antes de la reunión. Por desgracia, en las grabaciones tampoco se aprecia nada sospechoso. Esa noche hubo poco movimiento, era un día laborable. Y al encargado del turno de noche tampoco le llamó nada la atención. —El compañero puso cara de disculpa antes de volver a sentarse.

A David Richter se le escapó un suspiro de frustración. —Vale, gracias. —Luego prosiguió—: Evidentemente, el crimen se planificó con antelación. La autopsia de esta mañana apuntó en la misma dirección. Además, hemos llegado a la conclusión de que, por la gravedad de las lesiones, el autor tuvo que ser un hombre y de complexión fuerte. Lo mejor es que los detalles técnicos los explique la doctora Mors. —Le asintió con ánimo.

Nora se levantó con resignación. Así que también le tocaría aportar un par de datos decepcionantes. Se consoló pensando que, al menos, no era la única sin ningún gran avance que mostrar. A todas luces se enfrentaban a un auténtico maestro.

Dos horas después, Nora por fin llegó a su acogedor piso de dos habitaciones en Feudenheim. Ese barrio casi rural estaba en el extremo de Mannheim y era, por tanto, un punto de partida ideal para coger rápidamente la autopista hacia la Medicina Forense de Heidelberg, y, a la vez, estar cerca de su familia en Mannheim: las dos únicas cosas que le importaban en la vida.

Apenas echó el pestillo, dejó caer agotada el bolso al suelo y se apoyó en la pared. Por fin estaba en terreno seguro. Se quedó un instante quieta, aspirando el aroma reconfortante de su hogar. Luego se quitó de un puntapié los botines de cuero marrón que le martirizaban los pies y fue directa a la botella de merlot que tenía en la encimera de la cocina para servirse una copa. Bebió de pie los primeros tragos de vino tinto y saboreó la suavidad que le descendía por la garganta. Con la copa en la mano, echó la cabeza hacia atrás

y con la otra se masajeó la zona tensa de los hombros. Solo entonces, al deshacerse de toda la tensión, se dio cuenta de cuánto la había desgastado el día.

Volvió a sonar el móvil en su bolso. Nora esperaba que no fuera una llamada de trabajo. Estaba realmente exhausta. Al ver el nombre de su hermana Clara en la pantalla, se sintió aliviada. Era su confidente más cercana y, en los momentos difíciles, siempre estaba ahí para Nora.

Nora fue al salón, se acomodó con la copa de vino tinto en su pequeño sofá y descolgó. —¡Hola, hermanita!—

—¡Hola, cariño!

¡Qué bien le sentaba oír su voz!

—Suenas cansada. ¿Estás bien?

¿Cómo conseguía siempre captar su estado de ánimo con tan pocas palabras? —Sí, solo he tenido un día de trabajo agotador.

—¿Segura de que solo es eso? —insistió.

A su hermana no podía ocultarle nada. —Tengo un caso nuevo en el que tengo que colaborar con la Kripo.

—¿Hablas de la mujer que encontraron muerta en Jungbusch? —preguntó Clara, horrorizada.

—Sí. Esta mañana ha sido la autopsia.

—¡Dios mío! —se le escapó a Clara. Tras una breve pausa, preguntó—: ¿Has podido ayudar a la policía?

Nora dio un buen trago de vino antes de responder. —No demasiado. Hay muchas incongruencias en el caso. La víctima presenta graves lesiones en la cabeza, pero apenas signos de defensa. Ya el primer golpe fue mortal y, aun así, le asestaron un segundo. Y con el arma del crimen tampoco estoy segura. —Manoseó nerviosa los flecos de su manta de lana—. Le dañaron la amígdala en ambos hemisferios.

Clara guardó silencio un momento. Luego preguntó en voz baja: —¿Quieres que me pase por tu casa?

—No, tranquila. Me preparo algo de cenar y me voy a la cama. Estoy muerta de cansancio.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. —No debería haber sacado el tema. No estaba preparada para reabrir viejas heridas. Cambió de tema de golpe—: ¿Qué tal tu día?

—Bien. —Pero Clara no iba a dejarse desviar tan fácilmente—. Kai y yo vamos a tomar algo con unos amigos el fin de semana. Vente —propuso.

—No, mejor no.

—Hace mil que no sales. Un poco de aire te vendrá bien.

—Ni siquiera sé si me tocará trabajar el fin de semana. Pero te digo algo en cuanto lo sepa.

Clara soltó el aire de forma audible. Sabía cuándo se estrellaba contra el muro de su hermana, y no podía esperar más concesiones. —De acuerdo. Pero avísame en cualquier caso si me necesitas, ¿vale?

A Nora se le hizo un nudo en la garganta. —Lo prometo. Oye, tengo que comer algo ya, antes de que se me cierren los ojos —cortó la conversación.

—Vale. Te quiero —se apresuró a añadir Clara.

—Yo también. Nora colgó y lanzó el móvil lejos, sobre la mesa de centro, como si le quemara. Lo miró con hostilidad. Clara era de las pocas personas ante las que se mostraba vulnerable. Pero a veces lo detestaba. No siempre era bueno que alguien pudiera calarte de esa manera. La vulnerabilidad te hacía débil. Y Nora no podía permitírselo. Tenía que mantenerse firme: por el caso, por Josephine Weiland. De un solo trago apuró lo que quedaba de Merlot y se incorporó. Alzó la cabeza con orgullo. Si le transmitía fuerza a su

cuerpo, la sensación real llegaría por sí sola. Estaba convencida de ello.

Permaneció así unos instantes; luego se levantó y fue a la cocina para meter una pizza congelada en el horno. Pero su cabeza parecía no querer seguir a su cuerpo. Porque, mientras el queso y la salsa de tomate de la pizza iban desprendiendo por el piso un aroma especiado y dulzón, Nora se quedó junto al horno caliente y volvió a pensar en el caso. Incluso durante la cena sus pensamientos siguieron orbitando alrededor de Josephine Weiland y de su asesinato. La acción había sido brutal y a sangre fría. Por las heridas precisas se veía que el autor no había vacilado ni un segundo. ¿Serían capaces de eso dos jóvenes celosos?

Se sirvió otra copa de vino, con la esperanza de que la adormeciera lo bastante como para poder dormir. Pero ni el vino la dejó tranquila. Pasó la noche entera imaginando cómo habían matado a la pobre joven, qué miedos y qué dolores debió de padecer. Solo podía esperar que Josephine hubiese estado sedada durante la agresión. El resultado de la analítica de sangre seguro que mañana le diría más al respecto. Pero ni ese pensamiento era realmente reconfortante. Nora era incapaz de desconectar. Durante horas se revolvió de un lado a otro en su estrecha cama.

Cuando por fin se durmió, soñó con un hombre sin rostro, de pie junto a su cama, que la observaba mientras dormía. Se gritó a sí misma para advertirse, pero su voz fue demasiado tenue. Y así tuvo que contemplar impotente cómo el desconocido sin rostro tomaba impulso y le clavaba con todas sus fuerzas un objeto brillante en la cabeza.

Capítulo 7

NORA se despertó sobresaltada, empapada en sudor, de su pesadilla. Instintivamente se llevó la mano a la sien para asegurarse de que no estaba herida. Luego agarró a toda prisa el vaso de agua que había en la mesilla y dio unos buenos tragos. Una mirada al reloj le reveló que solo había dormido unas pocas horas y que, una vez más, estaba despierta mucho antes de que sonara el despertador. Por amarga experiencia sabía que ya no volvería a dormirse. Cansada, se sentó al borde de la cama para activar la circulación. Se sentía hecha polvo. Lo único que la ayudaba ahora era el café, y en cantidades industriales.

Dejó persianas y cortinas aún echadas y, aturdida, arrastró los pies hasta la cocina para poner el café. Mientras se hacía, se quitó el pijama empapado de sudor frío y se metió bajo la ducha. El chorro de agua caliente le regaló por un instante una sensación de cálido amparo. Pero en cuanto dejó de correr el agua, la tensión regresó.

Se envolvió el pelo mojado en una toalla, la retorció en forma de turbante y se miró al espejo con ojo crítico. El cansancio le había dejado ojeras. Ni siquiera las pecas, que solían darle un aire alegre, lograban suavizar su tez pálida. Pero un poco de maquillaje lo arreglaría.

Poco después, los signos de la noche corta quedaron ocultos bajo una crema con color y un toque rosado de colorete. Tras aplicarse también máscara de pestañas, su mirada pareció mucho más despierta. Volvía a llevar su máscara, su escudo. Fue dejando entrar la luz en el piso, abriendo uno a uno persianas y cortinas. Luego se puso un top verde, un pantalón marrón y los botines de ayer, y se quitó el turbante para dejar que el pelo se secara al aire. Húmedo

parecía casi castaño oscuro, pero en cuanto se secara, volvería a brillar con reflejos rojizos.

Para entonces el café ya estaba listo. Se sirvió una taza y se sentó con ella a la mesa de la cocina. Mientras daba pequeños sorbos a su café matutino en el más absoluto silencio, no pudo evitar pensar en la conversación de ayer con su hermana y en la invitación a tomar algo. Nora sabía que era otro de esos intentos por emparejarla, y que Clara lo hacía con buena intención, pero, aunque su última cita quedaba muy lejos, aún no estaba preparada para volver a meter a un hombre en su vida y dejar que se le acercara. Al pensar en su última relación, el viejo dolor volvió a aflorar. Si su ex, Adrian, estuviera aquí, la presión que ella misma se imponía con el caso volvería a ser motivo de discusión entre los dos. Podía oírlo casi con claridad. Desbordado, le diría que tenía que mantenerse firme y que debía ignorar sus miedos. Que no debía permitir que un error le arruinara la vida entera. Que ni los médicos eran infalibles. Sus palabras duras volverían a herirla y ella se cerraría aún más.

Cuando notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, se prohibió de inmediato pensar ni un segundo más en Adrian. Apuró la taza, fue al pasillo y echó una última mirada al espejo. El maquillaje seguía en su sitio; el pelo ya estaba seco y lucía un brillo castaño rojizo. Nadie imaginaría cómo estaba por dentro. Ahora volvía a ser la doctora Nora Mors.

Echó el resto del café en un termo, cerró con llave su piso y puso rumbo a la Medicina Forense de Heidelberg.

En cuanto llegó a su despacho, no pudo evitar la urgencia por saber si Toxicología había terminado el análisis de la muestra de sangre de Josephine Weiland. Y, en efecto, ya estaban los resultados. Abrió el informe con expectación. Pasó por encima de los valores endógenos y del frotis vaginal, que no mostraba nada llamativo. Luego se desplazó hasta los compuestos exógenos. En sangre se detectó midazolam. Nora frunció el ceño. Por las dos marcas de punción y las escasas lesiones defensivas ya había supuesto que Josephine

había sido sedada, pero el midazolam no era un sedante cualquiera, sino la benzodiacepina estándar en anestesia médica; se utiliza en las operaciones para inducir la anestesia y no se consigue con facilidad. El autor tenía que pertenecer al ámbito médico o farmacológico, o al menos conocer a alguien del gremio, para hacerse con este tipo de sedante.

Nora se quedó pensando. El midazolam podía administrarse tanto por vía intravenosa como intramuscular. Josephine tenía puntos de punción en la parte superior del brazo y en el pliegue del codo. El autor podría haberla dejado fuera de combate primero con una inyección en el brazo y luego haber mantenido la sedación a través de una cánula, quizá incluso durante un periodo prolongado. Sin embargo, eso no tenía por qué significar que a Josephine se le hubiera ahorrado el dolor. El midazolam puede administrarse en distintas intensidades. Según la dosis, uno puede quedar completamente fuera de juego o simplemente relajado. Incluso es posible que el cuerpo quede paralizado mientras la persona sigue plenamente consciente. Pero para ello hacía falta un conocimiento básico de medicina o farmacología. Dos puntos de punción apuntaban, no obstante, a un ajuste fino de la dosis. ¿Había actuado aquí un profesional? Como mínimo tenía que existir algún vínculo con la medicina, eso estaba claro. Y con eso por fin tenía una información útil para la Kripo.

Marcó rápidamente el número de David Richter.

—Buenos días, doctora Mors —la saludó animado—.

—Buenos días, señor Richter. Tengo una información que podría interesarle. Ya tenemos los resultados de sangre.—

—Cuénteme. En este caso dependemos de cualquier indicio.—

—A Josephine Weiland la sedaron con midazolam, o bien en varias ocasiones o durante un periodo prolongado. El midazolam es un anestésico que se utiliza en medicina y que hay que dosificar con mucha precisión. Además, no es algo a lo que se tenga acceso con

facilidad. El hombre al que buscan debe ser o bien médico o farmacólogo, o tener conexiones en ese entorno.—

—¿Está segura?—

—Sí. ¿Por qué?—

David Richter soltó un suspiro desesperado. —Porque nuestros dos principales sospechosos son estudiantes de instituto. No cuadra.—

—Aun así podrían tener conexiones, quizá por la familia o por amigos. En paralelo, me gustaría comprobar si Josephine Weiland estaba en tratamiento por alguna enfermedad. ¿Podría averiguar quién era su médico de cabecera para que yo solicite la historia clínica?—

—Por supuesto. Hablaré con los Weiland. ¿Han arrojado las muestras algún indicio de enfermedad?—

Nora echó un vistazo a los análisis del líquido cefalorraquídeo y de la orina. —No, el resto de las muestras es anodino. Aun así, no se puede descartar que estuviera en tratamiento, ya fuera por una enfermedad o por un trastorno alimentario.—

—Averiguaré quién era su médico de cabecera y luego le aviso. Muchas gracias por la información, doctora Mors.—

—De nada —dijo Nora y colgó con la buena sensación de haber contribuido por fin al caso.—

***

David bajó el móvil y miró a los ojos azules de Leon, que lo habían observado con curiosidad durante la llamada. Ahora quería, claro, que lo pusieran al tanto. David miró alrededor. Estaban en el pasillo, intensamente iluminado por luces de neón, del Lessing Gymnasium y esperaban a que la campana señalara el final de la clase. Aún reinaba un silencio sepulcral en el corredor. David bajó la voz cuando habló. —A Josephine Weiland la sedaron con midazolam, un

anestésico de uso médico. Tenemos que buscar conexiones con el entorno médico o farmacológico—.

Leon arqueó una ceja, sorprendido. —Eso no suena en absoluto a nuestros dos principales sospechosos.—

—Lo sé —respondió David entre dientes—. Pero la doctora Mors no saca conclusiones precipitadas. No habría llamado si no estuviera segura. Me fío de ella. Además, quiere saber quién era el médico de cabecera de Josephine. Después de hablar con la profesora de confianza llamaré a los Weiland.—

—Esperemos que Tim y Maximilian tengan trapos sucios. Si perdemos a los dos como sospechosos, nos quedamos con las manos va…—

Leon fue interrumpido por el chirriante repique de la campana. Al poco, la puerta del aula se abrió de golpe y una marea de alumnos salió al pasillo entre empujones y charlas a gritos, dando algún golpe a David y a Leon al pasar.

El ruido y los codos desplegados devolvieron a David de golpe a su propia época escolar, cuando aún le desbordaban sus sentidos agudizados. No le gustaba recordarlo, porque asociaba ese tiempo sobre todo con compañeros crueles, presión por todos lados y la frustrante sensación de no encajar en ninguna parte. Odiaba el colegio con todas sus fuerzas. Esperaron a que amainara el tumulto y luego entraron en el aula, donde una mujer delgada, de pelo castaño a la altura de los hombros, estaba de pie junto a la mesa del profesor ordenando sus papeles. Se movía de un lado a otro y su falda larga se balanceaba al ritmo de sus movimientos.

—¿Señora Seifert? —la interpeló David.

Ella dio un respingo y se volvió hacia ellos.

—Discúlpeme, no quería asustarla. David Richter, de la brigada de Homicidios. —Le tendió su placa—. Y este es mi compañero, Leon Sander.—

La señora Seifert tuvo que reírse de su propia asustadiza reacción. —¡Qué va! —dijo casi avergonzada, luego les estrechó la mano—. Melanie Seifert. —Varias pulseras tintinearon en su muñeca—. Seguro que vienen por Josephine. He oído lo que ha pasado. La pobre.— Los miró con unos suaves ojos castaños, tristes.

David no tuvo problemas en imaginársela como profesora de confianza. Irradiaba calidez, empatía y también fortaleza. Esa delicada determinación la convertía en una mezcla perfecta de figura materna, amiga y autoridad. De adolescente, él habría estado encantado de tener una profesora de confianza así. Esperaba que Josephine también lo hubiera visto y se hubiera confiado a la señora Seifert.

—Estamos intentando averiguar quién podría haberle hecho algo así. Según sus padres y amigos, en los dos últimos años Josephine cambió mucho y se fue encerrando en sí misma.—

—Es cierto. Era como si se fuese desvaneciendo poco a poco. Josephine era una chica tan alegre y vital. Tenía grandes metas y era una de mis mejores alumnas. Pero en algún momento cambió, sí. Se volvió ensimismada, dejó de participar en clase y llegó incluso a apartarse de su mejor amiga, Emilia.—

—¿Cuándo exactamente notó ese cambio?—

La señora Seifert se lo pensó un instante. —Hace unos dos años. ¿Sabe cuál fue el motivo?

—Esperábamos que pudiera decírnoslo —respondió David, algo decepcionado.

Ella soltó un suspiro. —Por desgracia, no. Busqué varias veces hablar con ella, pero no quiso confiarse conmigo. Aun así, tuve la impresión de que su estado iba a peor. Al final no era más que la sombra de sí misma, pálida y demacrada, parecía una cáscara vacía. Naturalmente también hablé con los padres, pero los Weiland estaban igual de desconcertados. Una vez incluso reuní a toda la familia para hablar. Pero Josephine solo se sintió acorralada.

—¿Qué impresión le dieron los padres? ¿Tenía Josephine buena relación con ellos?

—En esencia, sí. A los padres les dolía muchísimo que Josephine fuera tan hermética. Por lo demás, siempre habían sido muy cercanos.

—Ha dicho que Josephine también se apartó de Emilia.

—Sí, a Emilia le dio mucha pena.

—¿Josephine llegó a hacerse amiga de alguien más?

—Que yo sepa, no. Dentro de la clase no tenía trato con nadie. En los últimos meses, sin embargo, tuve la sensación de que Josephine se iba a algún sitio después del colegio. Al menos, de repente siempre tenía prisa por irse, como si tuviera citas.

David sacó su cuaderno. —¿Eran días concretos?

—En parte. Al principio eran días sueltos sin un ritmo fijo, luego siempre los martes y los jueves, y con el tiempo llegó a faltar varios días enteros.

—¿Alguna vez vino alguien a recogerla?

La señora Seifert negó con la cabeza.

Entonces Leon sacó el móvil. —Josephine formaba una pandilla con Emilia. Estos tres chicos también estaban en el grupo. —Fue abriendo las fotos de Tim, Maximilian y Florian y se las enseñó—. ¿Conoce a estos chicos? ¿Ha visto a alguno de ellos alguna vez en el recinto escolar o frente a él?

—Sí, cuando Josephine todavía era amiga de Emilia, los chicos venían a recogerlas a menudo al colegio.

—¿Y cuándo dejaron de ser amigas?

—Desde entonces solo veo a uno, a Florian, el novio de Emilia.

—¿Y a los otros dos ya no los ha vuelto a ver por aquí?

—No, lo siento.

—No pasa nada. Nos ha ayudado mucho, señora Seifert. Si se le ocurre algo más o si oye cualquier cosa, por favor, llámenos. —David le tendió una tarjeta.

Cuando él y Leon salieron de nuevo del colegio, dijo: —Puede que al final Josephine sí estuviera en tratamiento médico.

—Desde luego, las citas periódicas apuntarían a eso —le dio la razón Leon.

Mientras volvían hacia el coche, David marcó el número de los Weiland.

Al segundo tono contestó Katharina Weiland. Su voz sonaba agotada, con un atisbo de esperanza. Probablemente pensaba que David llamaba para anunciarle un avance en la investigación. Ojalá pudiera hacerlo. La señora Weiland se merecía, como mínimo, saber qué le había pasado a su hija. Odiaba tener que decepcionar a esa mujer una y otra vez. —Buenas tardes, señora Weiland. Le habla el investigador David Richter. Acabamos de salir de nuestra conversación con la profesora de confianza de Josephine, la señora Seifert. Nos ha dicho que tenía la impresión de que Josephine acudía a citas regulares después del colegio. ¿Sabe usted algo al respecto?

—De citas concretas no sé nada. Pero, como ya le dije, últimamente Josephine desaparecía a menudo sin decirnos adónde iba.

—Entonces, ¿no le consta si Josephine estaba en tratamiento médico o algo parecido?

La pregunta cogió visiblemente por sorpresa a Katharina Weiland. —No, ¿qué tipo de tratamiento médico?

—Solo es una conjetura que estamos comprobando. ¿La han operado recientemente y por eso la han tenido que anestesiar?

El asombro de la señora Weiland fue a más. —No. Josephine sería reservada, pero de una operación nos habríamos enterado.

—Por supuesto. ¿Tenía Josephine contacto con alguien del ámbito médico o farmacológico?

—Que yo sepa, no.

David procuró que no se le notara la decepción. —Perdone la confusión. Solo estamos siguiendo una pista. Y necesitaríamos, por favor, el nombre y los datos de contacto del médico de cabecera de Josephine.

—Es el señor doctor Winkler. Espere, que busco rápido su tarjeta. —Se oyó cómo Katharina Weiland dejaba el teléfono y parecía rebuscar algo. Luego volvió a coger el móvil y le dio a David la dirección y el número del médico de cabecera.

—Nos pondremos en contacto con usted en cuanto haya novedades. Muchas gracias por su ayuda, señora Weiland —cerró la llamada.

Para entonces ya habían llegado al coche. Por encima del techo, David le dijo a Leon: —Antes de volver a la comisaría, hagamos una parada en la consulta del doctor Winkler. Quiero hablar con él antes de que Nora Mors solicite la historia clínica.

—Perfecto, pues vamos.

Subieron al coche y pusieron rumbo a Käfertal, esta vez tras una pista menos personal de Josephine.

Capítulo 8

En la consulta del doctor Winkler había un ajetreo tremendo. La sala de espera estaba llena de pacientes, las auxiliares corrían de un lado a otro por el pasillo y el teléfono de recepción no dejaba de sonar. La mirada de la empleada sentada allí saltó, estresada, del timbre del teléfono a la montaña de papeles y de ahí a David y Leon. Al final se decidió por ellos. —¿Qué puedo hacer por ustedes?

David y Leon mostraron su placa. —Leon Sander y David Richter, de Homicidios. Tenemos que hablar con el Dr. Winkler sobre Josephine Weiland. Era su paciente.

La empleada abrió mucho los ojos. —El Dr. Winkler tiene hoy muchas citas. Intentaré encajarles.

—No me ha entendido bien. Somos de la Policía Criminal de Mannheim —dijo Leon con firmeza—. El asunto es urgente y no puede esperar.

La mujer puso cara de susto. David supuso que el Dr. Winkler podía ponerse desagradable cuando algo no salía según lo previsto.

—Por supuesto. Un momento, por favor. —La auxiliar se levantó y desapareció en una sala de exploración. Los dos oyeron voces apagadas, sonaba a discusión. Al cabo de unos minutos salió de nuevo con la cara encendida y dijo en voz baja—: El señor doctor Winkler les espera.

David le dedicó una sonrisa de ánimo. —Muchas gracias.

El Dr. Winkler estaba sentado, orgulloso, tras un macizo escritorio de caoba. Detrás de él, una amplia estantería con libros aparentemente médicos ocupaba toda la pared. El resto del espacio libre lo adornaban certificados. El médico era ya algo mayor y no parecía una persona accesible. David no podía imaginar que una chica joven como Josephine se le hubiera confiado.

El Dr. Winkler no consideró necesario levantarse ni ofrecerles asiento. A todas luces quería quitárselos de encima cuanto antes. En su lugar, se recostó en su sillón de cuero y preguntó, algo molesto: —¿Vienen por una de mis pacientes?

Leon se sentó en una de las dos sillas frente al escritorio y se acomodó de forma ostensiblemente relajada. A David no siempre le convencían las provocaciones de Leon, pero en este caso probablemente era la mejor estrategia para lidiar con la arrogancia del Dr. Winkler. Por ello tomó asiento en la silla junto a su compañero. —Sí, usted era el médico de cabecera de Josephine Weiland.

—¿Por qué era? —Los miró severo por encima del borde de sus gafas.

Por lo visto, el Dr. Winkler aún no sabía nada del asesinato.

—Por desgracia, Josephine Weiland fue víctima de un delito violento —dijo Leon.

La mirada engreída dio paso a una sorpresa genuina. —¡Dios mío! —exclamó el Dr. Winkler y, asombrado, se quitó las gafas.

David retomó la conversación. —Por lo visto, en los dos últimos años Josephine Weiland ha decaído mucho, tanto física como mentalmente. En el curso de la investigación necesitamos saber si estuvo en tratamiento con usted por alguna enfermedad o si le confió algún suceso.

—No. Ni lo uno ni lo otro. Pero una dolencia grave la habría detectado —respondió el Dr. Winkler.

—¿Y un trastorno psíquico? —insistió David.

—También. —Alzó la barbilla con orgullo.

David tuvo que contenerse para no soltar un suspiro de desesperación. Tenía la sensación de estar pisando hielo muy fino en esa conversación. Parecía interpretar cada pregunta como un ataque a su competencia médica. Aun así, David tenía que seguir. —¿Y derivó a Josephine Weiland en los dos últimos años a algún especialista porque hubiera que operarla? —No le habría extrañado que el Dr. Winkler respondiera que, en tal caso, la habría operado él mismo.

—No, la señora Weiland venía rara vez a mi consulta. Por lo general, solo cuando cogía una infección.

Sonaba convincente. A un hombre así Josephine solo lo habría buscado en caso de necesidad y desde luego no le habría confiado sus problemas. —¿Cuándo fue la última vez que estuvo en su consulta?

El Dr. Winkler se volvió a poner las gafas, abrió un cajón con carpetas colgantes y sacó la historia clínica de Josephine Weiland para ojearla. —Hace medio año; tenía un cuadro gripal.

—¿Y ahí vio la causa de su fuerte pérdida de peso? —no pudo evitar Leon la pulla.

—¿Cómo dice? —preguntó el Dr. Winkler con tono amenazante.

—Nada, solo pregunto. Si no tenía una enfermedad grave, no fue operada y además estaba en perfecto estado anímico, no queda mucho para explicar por qué adelgazó tanto.

—¿Acaso también es usted médico?

—En absoluto —respondió Leon con una sonrisa—. Esa suposición se basa únicamente en el sentido común.

—¿Cómo se atreve?

El Dr. Winkler se levantó y ahora resultaba abiertamente amenazador. Para desactivar la situación, David también se puso en pie e hizo un gesto conciliador. —Nadie pone en duda su

competencia médica. Mi compañero solo quiere incluir todas las eventualidades en la investigación. Seguro que lo comprende.

El señor Dr. Winkler se estiró la bata, adoptó de nuevo una postura digna y volvió a sentarse.

David permaneció de pie. —Entonces, ¿de verdad no le llamó la atención nada inusual en el estado de Josephine? Cualquier indicio, por pequeño que sea, podría ayudarnos.

—Solo puedo repetirme: desde el punto de vista médico, con Josephine Weiland todo estaba perfectamente.

Aquí habían terminado. De este hombre no iban a sacar información útil. —Muchas gracias por su colaboración, Dr. Winkler. Puede dejar la historia clínica fuera. La doctora Mors, de la Medicina forense de Heidelberg, la solicitará para sus exámenes. Le rogamos que le remita toda la documentación íntegra.

Antes de que el Dr. Winkler pudiera volver a poner un reparo, se despidieron y abandonaron su consulta. David esperaba que Nora Mors pudiera extraer alguna pista de la historia clínica. Ella tenía mucha más competencia, perspectiva y empatía que ese insensible, egocéntrico y envejecido médico de familia. De haber estado ella, seguro que lo habría puesto en su sitio con argumentos médicos. David la llamó en seguida para ponerla al tanto del Dr. Winkler.

Cuando David y Leon llegaron a la comisaría, un compañero ya los interceptó en el pasillo. —Hemos terminado de comprobar las coartadas de esa pandilla.

—¿Y?

El compañero negó con la cabeza. —Todas las coartadas son a prueba de balas.

—¡Mierda! —se le escapó a Leon.

—¿También las de Tim Stahl y Maximilian Hochstätt?

—Por desgracia, sí.

Ahora David también soltó una maldición.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Leon.

David se aferró al único clavo ardiendo que les quedaba. —Elaborad mapas de relaciones de la pandilla. Sobre todo de Max y Tim quiero saberlo todo, todo lo que podáis averiguar. Fijaos especialmente en conexiones con la medicina o la farmacología. Tengo que saber si alguno de ellos tuvo acceso al sedante midazolam. Leon y yo volveremos a ponerlos bajo la lupa.

—Hecho. —El compañero asintió con brío y desapareció en su despacho.

También David y Leon fueron a su despacho compartido y se sentaron ante sus ordenadores. Tocaba el viejo y bueno trabajo de escritorio. Cada miembro de la Soko Weiland tenía, mediante una unidad compartida, acceso a todos los documentos e informaciones relevantes del caso. De este modo se garantizaba que, en todo momento de la investigación, todos los implicados dispusieran del mismo conocimiento.

David añadió a la documentación los hallazgos obtenidos hoy y luego abrió la carpeta con los datos de Tim Stahl. Lo primero que apareció fue la foto del carné de Tim. David miró los fríos ojos azules del joven. Había algo en él que no cuadraba. David lo notaba. Repasó de nuevo la información que habían reunido hasta entonces. Los padres eran ambos abogados de éxito; la hermana también estudiaba Derecho. Como los demás de la pandilla, Tim estaba a punto de terminar el bachillerato. Las prácticas realizadas en el bufete de su padre permitían suponer que el destino de Tim estaba ya sentenciado. Tim Stahl era alguien acostumbrado a conseguir lo que quería. Y a Josephine no había logrado tenerla. David no podía imaginarse que lo hubiera aceptado sin más. Sin embargo, Tim se movía en círculos jurídicos, no médicos. Tampoco en la familia extensa aparecía ningún médico o farmacéutico.

A continuación, David investigó a los miembros del club de balonmano de Tim. ¿Podría haber sido amigo de alguien con

conexiones en ese ámbito? ¿En qué ocasión podía conseguirse anestésicos de uso hospitalario? Amplió cada vez más el radio del entorno de Tim, comprobó conexiones, revisó conocidos y a los conocidos de estos… Pero incluso tras una hora aún no había dado con ninguna relación con médicos o farmacéuticos que pudieran haberle proporcionado midazolam o ejecutado el delito por él.

David cerró la carpeta de Tim Stahl y, en su lugar, abrió la de Maximilian Hochstätt. Él y Tim, junto con Florian Meller, estaban en la misma clase. Su padre era informático, su madre diseñadora gráfica autónoma. Unas prácticas y un posterior trabajo a tiempo parcial en publicidad hacían pensar que quería estudiar Marketing. Otra vez ningún indicio de medicina ni nada parecido. La familia de Max estaba compuesta principalmente por economistas. David recordó que Maximilian había contado que la noche del crimen estuvo en el gimnasio. Los compañeros ya habían averiguado a cuál iba. Comprobó si allí se limitaba a entrenar en las máquinas o si también asistía a algún curso. Nada: Maximilian Hochstätt no era de deportes en grupo. David investigó aficiones e intereses pasados, llegó incluso hasta la infancia, pero tampoco en su segundo principal sospechoso había ninguna conexión con la medicina o la farmacología. Cada nueva información que le llegaba de su equipo se cribaba en busca de un vínculo así, pero no arrojaba más resultados. A David le echaba humo la cabeza.

Mientras tanto, Leon había vuelto a comprobar las posibles conexiones de Florian y Emilia con la medicina o la farmacología, pero tampoco había dado con nada. Seguían con las manos vacías.

David dio un respingo cuando Andreas Müller asomó la cabeza y los llamó a la reunión de situación. *Mierda*. Ya había pasado otro día sin que hubieran avanzado. Y con este caso quería demostrar de lo que era capaz. El último hilo de esperanza que le quedaba era que Nora Mors hubiera dado con algo en la historia clínica de Josephine Weiland.

Hoy había llegado antes y los esperaba delante de la sala de reuniones.

David prácticamente se abalanzó hacia ella. —Hola, doctora Mors. ¿Le ha remitido el doctor Winkler la historia clínica de Josephine Weiland?

—Sí, me la ha enviado. Con la colegial sugerencia de que no voy a encontrar nada en ella. Vaya elemento más desagradable.

—Desde luego —le dio la razón Leon—. Hacía tiempo que no me cruzaba con un pijo tan arrogante.

—Y bien, ¿ha encontrado algo en la historia clínica? —preguntó David.

—Por desgracia, no. En realidad no había mucho que encontrar, porque Josephine rara vez acudía al doctor Winkler. La última analítica se hizo hace un año y solo evidenció una carencia de vitaminas y nutrientes. A lo sumo es otra confirmación de un posible trastorno alimentario, pero no se desprende de ahí ninguna enfermedad grave. Y, por lo demás, no hay ninguna anomalía en su historia clínica.

—¿Tampoco hace dos años por la época del *Nachtwandel*?

Nora Mors negó con la cabeza. —Nada.

—¡Maldita sea!

—¿Han podido establecer, en alguno de los conocidos, una conexión con el ámbito médico o farmacológico? —preguntó con curiosidad.

—No, tampoco hemos avanzado.

—Bueno. Ahora he recomendado a la fiscalía que libere el cadáver de Josephine Weiland para que sus padres puedan enterrarla —dijo Nora Mors en voz baja. De pronto, en su voz volvió a colarse una tristeza inusualmente honda.

David asintió abatido. Pensó en el matiz de expectación que había notado en la voz de Katharina Weiland en la última llamada. La

próxima llamada que recibiera no sería una que le trajera alivio ni claridad, no sería una que le ayudara a entender mejor a su hija y su destino, sino una que no haría sino acercarle aún más el horror que su hija había sufrido. Tenía que ponerle rostro a ese horror sin nombre, presentar a un culpable y dar a los Weiland la razón del violento fallecimiento de su hija. Nada era peor que no saber por qué había pasado todo aquello. Mientras los Weiland siguieran a oscuras, no podrían procesar su pérdida. David tenía que probar un enfoque nuevo y preguntar a los propietarios de los bares del paseo del puerto por algo llamativo en 2019. Tal vez la banda que tocó entonces en la plataforma mirador hubiera oído o visto algo. Aunque era improbable que, después de tanto tiempo, alguien recordara algo, tenía que intentarlo. No le quedaba otra posibilidad.

Una hora después, David y Leon recorrieron con los noctámbulos de juerga por Jungbusch. Grupos achispados se abrazaban cantando, en cada esquina se oía un idioma distinto, de vez en cuando les llegaba el olor a marihuana y un yonqui hecho polvo hablaba solo. Pero a David todo eso le daba igual. Esa noche quería averiguar todo lo posible sobre el *Nachtwandel* de hacía dos años. Por fin llegaron al bar, situado justo en el paseo del puerto. Su fachada acristalada, muy iluminada, ofrecía vista directa a la plataforma donde, durante el *Nachtwandel*, solían montar el escenario. En las mesas junto a la ventana, la gente comía hamburguesas, apuraba copas y conversaba por encima de la música. David esperaba que el dueño no hubiera cambiado en los últimos dos años.

Al entrar en la angosta y alargada barra, los golpearon un aire bochornoso y un ruido agotador de retazos de conversación y música. Como David absorbía siempre cada detalle, tanta impresión a la vez solía estresarle. Pero aquella noche no se iba a librar. Se alegró de tener a Leon con él. A él todo aquello no le afectaba. Ya se dirigía hacia el camarero de barra, muy tatuado y lleno de piercings, que, detrás de la barra iluminada de colores, manejaba con destreza varias botellas para preparar un cóctel. Llevaba el pelo largo

recogido en un moño pequeño. Al ver a los recién llegados, preguntó sin dejar lo que hacía: —Hola, amigos. ¿Qué os pongo?

David sacó su placa. —Una información.

El barman abrió los ojos de par en par. —Tranquilo, colega —alzó las manos en gesto de paz, con *self* tatuado en la palma izquierda y *love* en la derecha—.

—¿Es usted el dueño?

—No, ese es Paul. Está detrás —dijo como si hablara con un colega.

—Entonces llévanos, por favor, con Paul —replicó Leon en el mismo tono.

A regañadientes, el barman dejó allí su obra a medio hacer y les hizo señas para que pasaran detrás de la barra.

David y Leon lo siguieron por una puerta hacia la parte de atrás. Tras pasar por la cocina, llegaron a una sala que debía de hacer las veces de despacho, aunque parecía más un cuarto privado. Un hombre, también cubierto de arte corporal, estaba sentado a una mesa y hablaba con otro que fumaba de pie junto a la puerta trasera. Ambos interrumpieron su conversación y miraron a David y Leon con expectación.

—Paul, estos dos son de la policía y tienen preguntas —dijo el barman al hombre de la mesa.

—David Richter y Leon Sander, de la Kripo Mannheim —precisó David, mostrando de nuevo la placa. Ir de paisano solía causar más efecto en el barrio de marcha. Así quedaba claro que no se trataba de una bronca típica de bar ni de una redada de drogas, en las que los compañeros iban siempre de uniforme. Hasta el colega que fumaba apagó entonces su pitillo y entró, curioso.

—¿Desde cuándo es suyo el bar? —empezó David el interrogatorio.

—Desde hace cinco años —respondió Paul.

—Supongo que participa en el *Nachtwandel* anual, ¿no?

—Claro.

—Entonces también estuvo en el *Nachtwandel* de 2019, ¿no?

—Sí. ¿Por qué?

—Ya sé que fue hace mucho. Aun así tengo que preguntarle si entonces le pareció algo raro. Cualquier cosa llamativa podría ayudarnos a esclarecer un homicidio.

—¿Tenéis idea de lo que se monta aquí durante el *Nachtwandel*?

—Puedo imaginármelo —dijo David. La noche de hoy, en comparación, era más bien tranquila y el gentío aún manejable—. Y sé que por aquí ve entrar y salir muchas caras. Aun así le pido que mire unas fotos. Asintió a Leon; este sacó el móvil y le enseñó a Paul fotos de Josephine y de la pandilla.

—Lo siento, tío, pero esos críos no me suenan de nada.

David ya se lo imaginaba. Aun así, había merecido la pena intentarlo. —¿Recuerda qué bandas tocaron fuera, en la plataforma, en 2019?

—Así, a bote pronto, no sabría decirlo. Pero un colega nuestro es músico y suele cerrar él porque después se viene al bar con nosotros: *Playing Aces*. Pedazo de banda.

—Sí, tienen mucha madera —le dio la razón su colega—. ¿Te acuerdas? Después de su bolo aquella vez nos quedamos de fiesta aquí hasta las tres de la mañana. Menuda fiesta.

Empezaron a recrearse en recuerdos y a comentar detalles de aquella noche. Leon se sumó con soltura a la charla, intentando así rascar más información. Pero David ya tenía claro que allí no iban a sacar nada. Aun así no pensaba rendirse. Estaba decidido a pasarse por los otros bares de la zona y enseñar las fotos. Sabía que era un gesto desesperado, pero al menos no se quedaba de brazos cruzados. Y mañana contactaría con los organizadores del *Nachtwandel* de 2019. No podía quitársele de la cabeza que allí había pasado algo y que, de algún modo, estaba relacionado con el caso.

Capítulo 9

Sarah se sentía hecha polvo. Apenas podía abrir los ojos de lo agotada que estaba. Tenía los brazos y las piernas extrañamente pesados y rígidos. La garganta la tenía áspera y reseca, y yacía incómoda sobre una superficie húmeda y pegajosa. Estaba empapada de sudor. Hacía un instante había creído oler gasolina, pero el hedor ya se había desvanecido. ¿Lo había soñado? Tenía la cabeza extrañamente vacía; no recordaba nada. ¿Dónde demonios estaba? Con un esfuerzo enorme consiguió abrir los ojos. La deslumbró de inmediato una luz cegadora, que la hizo parpadear a su pesar y despertó un dolor sordo que le martilleó la cabeza. Aquel latido le resultaba familiar, le recordaba algo. Ya había pasado por ello: el despertar desorientado, el dolor punzante en la cabeza, el sudor frío. Miedo. Una oscura corazonada le trepó por dentro. Había tenido miedo. ¿Pero a qué? ¿O a quién? Quiso incorporarse, pero el cuerpo no le respondía. Notó un pinchazo y un latido molestos en el pliegue del codo. Dejó a sus ojos un momento para acostumbrarse al entorno intensamente iluminado. Luego bajó la mirada. Tenía clavada en el pliegue una aguja de perfusión conectada a un gotero. Le habían inmovilizado brazos y piernas a un sillón de tratamiento. Quiso tirar de las ataduras, pero sencillamente no podía moverse. ¿Qué demonios estaba pasando?

La mirada le corrió, presa del pánico, por la estancia desnuda y sin ventanas. Un monitor y varios aparatos técnicos la rodeaban. Casi se le paró el corazón cuando descubrió a un hombre en la esquina. Estaba sentado, inmóvil como una estatua, y la observaba con gesto triste. Un escalofrío helado le recorrió la espalda a Sarah. ¿Por qué no la ayudaba?

Y de pronto lo recordó.

Conocía a ese hombre. Era la razón de su miedo. Abrió los ojos de par en par, presa del pánico, y empezó a sollozar. ¿Por qué la hacía pasar una y otra vez por ese infierno? ¿Cuántas veces más tendría que soportarlo?

Pareció comprender que Sarah había recuperado la memoria, porque se levantó, resignado, y cogió un instrumento que reposaba en la bandeja a su lado. Brillaba frío bajo la luz cegadora de las lámparas. Sarah quiso rebelarse, pero lo único que se erizó fueron los pelos de la nuca. Tenía los músculos flojos; las extremidades, reposando como si las ataduras fuesen casi innecesarias. La mente de Sarah libraba una batalla que su cuerpo ya había abandonado y perdido. Era como si alma y cuerpo ya se hubieran separado, como si el cuerpo de Sarah ya no le perteneciera. Se enfadó consigo misma.

Cuando él se acercó con el instrumento, volvió a sudar. Debió de notar el sudor frío de su frente, porque tomó con los dedos enguantados una gasa y se la secó con un gesto extrañamente solícito. Cuando le acarició el cabello con cuidado, apartó la mirada, asqueada. Eso no pareció gustarle. La obligó a que le mirara. Podía oler el látex de sus guantes, sentía el caucho impersonal sobre la piel.

—Voy a liberarte —dijo con compasión.

A Sarah se le llenaron los ojos de lágrimas. Había luchado tanto por la vida, y ahora iba a acabar antes de tiempo, de forma brutal.

Le giró la cabeza hacia un lado. Ahora miraba su propio reflejo. Quería que se asegurara de que, efectivamente, quedaba liberada. Pero no pensaba darle ese gusto. Era el único triunfo que le quedaba. En el espejo pudo ver cómo colocaba la parte puntiaguda de la herramienta sobre su sien, mientras, con la otra mano, tomaba impulso, dispuesto a asestar el golpe de gracia. Cerró los ojos y pensó en sus padres, a quienes por fin volvería a ver. Se aferró a ese pensamiento cuando la punta afilada le penetró el cráneo. El sobradamente conocido crujido de los huesos y el olor acre,

demasiado familiar, de la sangre fresca la acompañaron hacia la oscuridad, hacia la liberación.

Capítulo 10

NORA no dejaba de oír el móvil en su mesilla, mientras el hombre sin rostro permanecía junto a su cama y la observaba dormir de nuevo. En la mano sostenía un objeto brillante y puntiagudo que ella aún no alcanzaba a distinguir. Sabía que estaba a su merced, indefensa. Nadie podía ayudarla; nadie sabía el peligro que corría. El número que hacía sonar el teléfono sin parar era el suyo. Ella misma se llamaba para avisarse. Esa revelación, tan chocante, fue al fin la que la arrancó de la pesadilla. Pero el timbre no cesó. Confusa, miró hacia la mesilla, donde su móvil no dejaba de berrear. Asustada, lo cogió y echó una mirada vacilante a la pantalla iluminada. Al leer el nombre de David Richter, sintió primero alivio. Pero enseguida cayó en la cuenta de que era temprano, un sábado por la mañana, y que una llamada a esas horas no auguraba nada bueno. Se humedeció los labios resecos antes de descolgar. —¿Nora Mors?

—Buenos días, doctora Mors. Siento sacarla de la cama, pero tenemos otro asesinato y necesito su pericia en el lugar del hallazgo del cadáver.

La sensación reconfortante de que otra persona la llamara se esfumó de golpe y dejó paso a la amenaza de una espada de Damocles suspendida sobre su cabeza. En lo más hondo ya lo sabía, pero aun así tuvo que preguntar: —¿Fue el mismo autor?

—Me temo que sí —respondió David Richter, y sonó casi triste—. El cadáver de mujer que han encontrado esta mañana presenta dos heridas de arma blanca en la cabeza y ha sido colocado en una postura de sueño apacible. Solo que el lugar del hallazgo es otro.

A Nora le subió por la garganta un frío terror. El caso de Josephine Weiland ya era bastante terrible; ahora tenía que revivirlo todo. El horror acababa de duplicarse. —¿Dónde han dejado el cadáver esta vez?

—Bajo el puente del tranvía en el Exerzierplatz, allí donde desde **la** Bundesstraße 38 sale la bajada hacia el barrio de Wohlgelegen—.

Nora guardó silencio.

—¿Está todo bien, señora Mors?

—Eh, sí, solo me sorprende. Wohlgelegen es un barrio muy distinto de Jungbusch. Hasta donde sé, es una buena zona residencial, ¿no?

—Sí, lo es. Y además está bastante lejos del lugar donde apareció el primer cadáver. Pero el modus operandi no deja lugar a dudas: es el mismo hombre. Nos enfrentamos a un autor en serie.

Un asesino en serie. ¿Por qué tenía que ser el primer caso de Nora en la Kripo Mannheim tan complejo y brutal? Notó cómo el corazón se le encogía y un sentimiento opresivo le ocupaba el pecho. Nora intentó apartar sus emociones y abordar el caso con frialdad. Quizá, gracias al segundo asesinato, pudiera obtener más información de la que no había logrado con Josephine Weiland. El día anterior había autorizado la entrega del cadáver porque ya no podía revelarle nada más.

La voz preocupada de David Richter la arrancó de nuevo de sus pensamientos. —¿Se encuentra bien, Nora?

Se sobresaltó. Enseguida se obligó a controlar mejor sus emociones. Esforzándose por mantener un tono objetivo, dijo: —Sí, salgo para allá ahora mismo.

Tras una breve pausa, cerró la conversación con estas palabras: —Ya hemos acordonado ampliamente el lugar del hallazgo. Lo mejor es que vaya por la Dudenstraße y aparque luego detrás del puente.

—De acuerdo. Hasta ahora. Colgó, respiró hondo y luego se miró de arriba abajo. Otra vez el camisón estaba empapado de sudor por

la pesadilla, pero hoy no tenía tiempo para su ritual fortalecedor. Tendría que completar la transformación en la fuerte y controlada doctora Nora Mors a toda prisa. Corrió a la cocina para poner café, se quitó el pijama, se lavó por encima y se puso la ropa del día anterior. Cuando terminó de preparar su bolso, el café ya había pasado. Lo vertió en su termo, se lo encajó bajo el brazo y salió disparada del piso.

Nora siguió la ruta recomendada por David Richter y aparcó el coche detrás del puente. Antes de bajarse, dio otro sorbo a su café. Luego cogió su maletín forense y un mono de protección y avanzó con el corazón en un puño por el puente hacia el acordonamiento policial. Hoy era un poco más tarde que en el último asesinato. El cielo nocturno ya cedía a la aurora, y las aves ofrecían, a pleno pulmón, su concierto matinal de cada día. Mostró a los agentes su carné profesional y se coló por debajo de la cinta de balizamiento roja y blanca. La salida de la Bundesstraße 38 describía un amplio arco hacia el barrio. En medio de ese desvío, un prado y algunos árboles formaban un pequeño parque. Tras dejar atrás la zona verde, unos escalones de piedra grises subían al puente ABB azul, donde se encontraba la parada Exerzierplatz. Bajo el puente pasaban dos calzadas de la B38 de cuatro carriles en total y la salida hacia el barrio de Wohlgelegen. Allí abajo, adonde no llegaban ni la luz del día ni el brillo de las farolas de cristal amarillento que aún seguían encendidas, yacía, junto al macizo pilar del puente y la hierba alta del separador verde, el cadáver de una mujer en el suelo frío. La policía científica ya había desnudado a la víctima. Acababa justo de terminar de encintar el cuerpo y de inspeccionar el entorno y recogía sus cosas. En aquel ajetreo no podía distinguir gran cosa del cadáver. A cierta distancia esperaban dos hombres con monos blancos. Uno mantenía una postura digna, como un peñasco inconmovible en medio del oleaje; el otro tenía los brazos cruzados y cambiaba nervioso el peso de una pierna a otra. Tenían que ser David Richter y Leon Sander.

Nora dejó el maletín en el suelo y ella también se puso el mono. Los investigadores la vieron y la llamaron para que cruzara a la otra acera. Se apresuró para reunirse con ellos y David Richter la saludó: —Buenos días. Muchas gracias por haber llegado tan rápido. —Le dedicó una sonrisa cálida.

Su cara amable la tranquilizó un poco. —No hay de qué. ¿Se sabe ya quién es?

David negó con la cabeza. —Aún no. La víctima, otra vez, no lleva documentación. Pero se escanearon sus huellas dactilares y ya he dado instrucciones a los compañeros de comisaría para que revisen las denuncias por desaparición.

—¿Cuándo la encontraron?—

—Esta mañana, una mujer descubrió el cadáver al pasar con el coche camino del trabajo. Su llamada a la comisaría entró a las 5:30. Ha llevado un momento cortar los carriles hacia el centro y desviar el tráfico. Sin embargo, el cadáver no se movió ni se tocó. El tranvía no se puede desviar, pero los conductores tienen la orden de no parar en el Exerzierplatz—.

Nora miró hacia el otro lado de la carretera nacional, donde los agentes indicaban a los curiosos que pasaban por los carriles no cortados que siguieran circulando sin detenerse. Con el gran despliegue policial era imposible no darse cuenta de que allí había pasado algo, lo que siempre provocaba miradas indiscretas. El cadáver, sin embargo, estaba protegido de los mirones en el rincón oscuro del pilar del puente, igual que la vez anterior.

Por fin los criminalistas terminaron y despejaron la vista del cadáver, al que habían desnudado. Un cuerpo pálido y esbelto yacía acurrucado de lado, con las palmas juntas metidas bajo la cabeza. Un cabello largo y rubio se derramaba por su espalda y caía al suelo, brillando con fuerza en aquel entorno por lo demás oscuro. Pero la apariencia de paz era engañosa. Incluso desde allí, Nora podía ver el agujero rojo sangre en la sien. Se acercó.

David y Leon la siguieron en silencio.

Se inclinó sobre la herida de punción. —A primera vista, diría que se usó el mismo arma—. El trayecto de la herida se parece al de la primera víctima y también penetra muy hondo en el cráneo.— Su voz resonó extrañamente alta bajo el puente. Con cuidado, alzó la cabeza de la víctima y la giró hacia un lado. En el otro lado había de nuevo una herida de punción. Era, sin lugar a dudas, la misma firma. —Heridas de punción a ambos lados.— En el suelo apenas se veía sangre. —Tampoco en este caso mataron aquí a la víctima. Hay muy poca sangre. Solo la dejaron aquí, fuera cual fuera el motivo.—

—Al menos esta vez podemos descartar que el autor transportara el cadáver en un barco—, apuntó Leon.

Nora devolvió la cabeza a su posición inicial y giró el cuerpo boca abajo para examinar la espalda. Toda la parte posterior volvía a estar amoratada, todo salvo las zonas de apoyo. —La muerte se produjo en decúbito supino.— Nora presionó con un dedo enguantado una lividez cadavérica, que se blanqueó. Se sentía atrapada en un bucle interminable, como si estuviera diagnosticando de nuevo, al detalle, la muerte de Josephine Weiland. Todo era exactamente como en el último asesinato. Unas marcas rojas en brazos y piernas indicaban una sujeción. Unas marcas de punción en la parte superior del brazo izquierdo y en el pliegue del codo le revelaron que también a esta joven la habían sedado. Ya sabía que encontraría midazolam en su sangre. La única diferencia estaba en su aspecto. Con su pelo rubio, era un tipo muy distinto a Josephine Weiland. Se dirigió a David Richter y a Leon Sander: —¿Les resulta familiar la segunda víctima? ¿Tenía relación con Josephine Weiland? —

—Eso hay que comprobarlo—, respondió David Richter. —Pero mientras no conozcamos su identidad, será difícil. En la pandilla de Josephine, desde luego, la víctima no estaba.—

Nora abrió su maletín y sacó unas pinzas y gotas para los ojos. Con cuidado, levantó un párpado reseco. Unos ojos azules la miraban inmóviles. Los humedeció con unas gotas y esperó. Sobre sus cabezas, pasó traqueteando un tranvía. Por un instante, el

estruendo tapó cualquier otro sonido y se alejó con un aullido fantasmal.

Las pupilas aún reaccionaban. Nora intentó flexionar una pierna de la víctima. El cuerpo muerto ofrecía resistencia, pero todavía era móvil. —La rigidez cadavérica aún no está completamente instaurada. Calculo que lleva muerta unas cinco horas; la hora de la muerte, de nuevo, entre la una y las tres de la madrugada.— Devolvió el cadáver a su posición inicial. —En esencia, todo es igual que con Josephine Weiland. La sedaron en otro lugar, la inmovilizaron y la mataron con dos heridas de punción en la cabeza. Después la trajeron aquí y la colocaron en postura de sueño.—

David Richter anotó su primera valoración en su cuaderno.

Nora se puso en pie e hizo unas cuantas fotos del lugar con su smartphone. En la pared de hormigón del pilar del puente, delante del cual yacía el cadáver, colgaba una gran valla publicitaria. La gente que salía en ella reía incongruentemente feliz. Delante, yacía aparentemente en paz la joven muerta. ¿Por qué colocaba el autor a sus víctimas en esa postura de sueño? ¿Qué quería decir con ello? ¿Y por qué ese lugar? ¿Era casualidad? ¿O tenían los lugares del hallazgo un significado más profundo? Esa era una pregunta que debían responder David Richter y Leon Sander. Su tarea consistía en averiguar por fin cuál era el misterioso arma homicida y encontrar pistas sobre el posible lugar del crimen. —La funeraria puede trasladar el cadáver. Me ocupo cuanto antes de los trámites para que podamos volver a practicar la autopsia mañana por la mañana.— Se quitó los guantes y se retiró la cofia de la cabeza. —¿Les veré luego en la reunión de situación? —preguntó.

David Richter se quitó también la cofia, despeinándose aún más el pelo negro. —Por supuesto. Puede volver a usar nuestra oficina si aún tiene papeleo que hacer.—

—Muchas gracias.— Asintió a ambos y emprendió el camino de vuelta hacia su coche.

Capítulo 11

David siguió a Nora Mors con la mirada, pensativo. Hoy parecía cansada y tensa. Le había visto las ojeras marcadas bajo los ojos. Antes, al teléfono, había sonado asustada y con la cabeza en otra parte. Por algún motivo, este caso la descolocaba. Pero en el lugar del hallazgo había sido la profesional de siempre, y daba la impresión de haberse levantado una muralla infranqueable. No había manera de descifrar a aquella mujer.

Uno de los empleados de la funeraria le hizo un gesto con la cabeza. Por fin habían colocado el cadáver en una camilla y se lo llevaban. La superficie adoquinada con piedras grises frente al pilar del puente volvía a estar vacía. Solo una pequeña mancha roja de sangre delataba que hacía un momento allí había yacido una muerta. A la izquierda empezaba la mediana, tomada por la maleza; a la derecha, un bordillo bajo desembocaba directamente en la carretera nacional. El autor podía haber entrado sin problemas desde allí en la pequeña bahía de parada frente al pilar. El espacio era lo bastante grande como para aparcar y disponer el cadáver detrás del coche.

Se fijó en la macabra valla publicitaria del pilar del puente. Seguro que también paraban aquí los operarios que cambiaban los carteles. David se apuntó que tenía que localizar a la empresa responsable para averiguar si alguno de sus trabajadores había estado fuera esa noche. Aunque no, el autor podría haberse camuflado igualmente con una furgoneta de ese tipo. En cualquier caso, una furgoneta pasaba a encabezar la lista de David de posibles medios de transporte.

Alzó la vista hacia la parte inferior del puente del tranvía. No había cámaras en ninguna parte. Así que no existía vigilancia por vídeo en

la zona. Su mirada se desplazó a la izquierda. Al otro lado de la calle había un gran complejo comercial con varias tiendas, cerradas por la noche. Tampoco el tranvía circulaba a la hora a la que debían de haber dejado a la víctima. De noche aquí apenas se movía nadie y el autor actuaba sin ser molestado. El lugar del hallazgo, aparentemente expuesto, resultaba en realidad muy bien protegido, siempre y cuando se conocieran bien las particularidades del sitio.

Ahora David dejó que la vista se le fuera hacia la derecha. Tras los dos carriles en dirección al centro, venía la salida hacia el barrio de Wohlgelegen, que describía un amplio arco alrededor de un pequeño parque verde. Detrás parecía empezar un polígono industrial que quería inspeccionar con más detalle. Dio un codazo a Leon y señaló los edificios detrás de la salida. —Ven, vamos a echar un vistazo a los alrededores.

Cruzaron juntos primero la calzada, luego la pequeña zona verde y, por un semáforo peatonal, llegaron por fin al polígono. David y Leon recorrieron los edificios. Dando a la calle había una administración de fincas, un centro de entrenamiento de SRH y una aseguradora. David se detuvo en seco cuando se toparon con un conjunto de edificios mayor, señalizado como centro de donación de sangre de la Cruz Roja Alemana. Un cartel al lado les indicó que el CRA pertenecía al Instituto de Medicina Transfusional e Inmunología del Klinikum Mannheim. Según Nora Mors, el autor tenía que tener contactos en el ámbito médico o farmacológico para hacerse con el sedante midazolam. Dado que el hombre al que buscaban había administrado la sedación varias veces o la había mantenido durante un periodo prolongado —presumiblemente mediante una perfusión —, también tenía que saber manejar agujas. Un empleado del servicio de donación de sangre estaría más que cualificado. En relación con la proximidad del lugar donde habían hallado el último cadáver, aquello resultaba de lo más sospechoso.

Antes de que David pudiera poner en voz alta sus pensamientos, Leon dijo: —En la donación de sangre se usan agujas y cánulas. La

segunda víctima también tenía puntos de punción en el brazo y en el pliegue del codo, ¿no?

David asintió.

—¿Les hacemos una visita sorpresa en el CRA? —preguntó Leon.

—Claro, había pensado lo mismo.

Subieron por unos peldaños bajos hasta la puerta de cristal del edificio beige, de líneas rectas. El vestíbulo de la Cruz Roja Alemana desprendía un claro aire médico. El color beige se prolongaba por los largos pasillos de aspecto hospitalario. El exterior quedaba oculto por estores de lamas blancos, y en el ambiente flotaba el olor a desinfectante. Solo unas plantas verdes en el mostrador de información ponían una nota amable.

Una señora mayor en recepción les dedicó una sonrisa cortés. —Buenos días. ¿Puedo ayudarles?

—Buenos días. Eso esperamos. —David sacó su placa—. David Richter y Leon Sander de Homicidios.

De golpe, la sonrisa afable desapareció del rostro de la mujer. —¿Homicidios? Toda esa policía ahí fuera… ¿Son ustedes de ese despliegue?

—Por desgracia, sí. Esta mañana han encontrado el cadáver de una joven bajo la Puente ABB. Nos gustaría hablar con la dirección del centro.

—Sí, por supuesto. —Con manos temblorosas, la mujer descolgó el auricular y marcó una tecla de marcación rápida—. Señora doctora Bauer, aquí hay dos señores de Homicidios que quieren hablar con usted… Sí, están ahora mismo delante de mí… De acuerdo, hasta ahora. —Colgó y volvió a mirar a David y a Leon—. La doctora Bauer bajará a verles.

—Muchas gracias. —David dejó vagar la mirada por el vestíbulo. A esas horas, los bancos de la sala de espera aún estaban vacíos, pero los empleados ya cruzaban los largos pasillos, atareados con sus

batas blancas. Miró hacia las esquinas del techo: no se veía una sola cámara por ninguna parte.

—Buenos días, caballeros —lo arrancó de sus observaciones una voz femenina y firme—. Soy la doctora Bauer, directora del CRA. —Era una mujer atlética de mediana edad, con el pelo rubio recogido en una coleta alta.

—Buenos días, David Richter, de Homicidios. —Le estrechó la mano—. Y este es mi compañero…

—Leon Sander. —También Leon le tendió la mano a modo de saludo.

—Por lo que oigo, están investigando un homicidio, ¿verdad?

—Sí, frente al CRA han encontrado esta mañana, bajo la Puente ABB, el cadáver de una mujer. Confiamos en que pueda responder a algunas preguntas.

—Por supuesto. Si son tan amables de seguirme. —Hizo un gesto invitándolos a avanzar por el pasillo, echó a andar con paso decidido y los condujo a su consulta. A diferencia del altar de autobombo del doctor Winkler, el despacho de la doctora Bauer era luminoso y sobrio. En la estantería había algunos manuales médicos; sobre la mesa, ordenada, se veían varias fotos familiares, y apoyada en la pared descansaba una bicicleta de carretera. Al parecer, la doctora Bauer iba al trabajo en bici.

Se sentó detrás de su escritorio, entrelazó las manos y se inclinó hacia delante. —¿En qué puedo ayudarles?

David empezó por la parte más inofensiva de su interrogatorio. —Como el CRA está frente al lugar donde se halló el cadáver, nos gustaría saber si este edificio cuenta con videovigilancia. Las grabaciones podrían sernos útiles.

—Me temo que voy a decepcionarles. El edificio no tiene cámaras de vigilancia.

—¿Ni siquiera en el interior?

La doctora Bauer puso cara de extrañeza. —No, pero ¿en qué podría ayudarles la vigilancia del interior?

David carraspeó. —Tenemos motivos para pensar que el autor podría tener vínculos con el ámbito médico o incluso trabajar aquí.

La doctora Bauer abrió mucho los ojos, sorprendida. —¿Cómo? ¿Pero por qué iba a ser así?

—En el estado actual de la investigación, por desgracia no puedo hablar de detalles.

Leon desvió rápido la conversación para evitar una discusión. —¿Se hacen también turnos de noche aquí? —preguntó sin más preámbulos.

—No, entre semana cerramos a las 18:30; los sábados, incluso ya a las 15:00.

—¿Pero tendrían, en teoría, la posibilidad de entrar aquí también después del cierre?

La doctora Bauer respondió con parsimonia: —En teoría, sí la tienen.

—¿Cómo se gestiona el acceso? ¿Con tarjeta?

—Sí, los datos de acceso se almacenan en nuestro sistema.

—Necesitamos acceso inmediato a ese sistema, una lista de todo el personal y la información sobre quién estuvo de servicio ayer.

—Por supuesto —dijo la doctora Bauer, ausente. Se giró hacia su monitor y empezó de inmediato a buscar los datos necesarios.

Mientras tanto, David echó un vistazo a la sala. La consulta de la doctora Bauer era una oficina pura y dura. No había camilla ni ningún tipo de silla de exploración. Obviamente, la extracción de sangre se realizaba en otra estancia.

La doctora Bauer imprimió los documentos y se los entregó a Leon. —Según el sistema —explicó—, nadie inició sesión después del cierre.

—¿Sería posible que nos hiciera una pequeña visita guiada para mostrarnos las dependencias? —le pidió David.

—Por supuesto —respondió, y ya se había puesto en pie.

Siguieron a la médica por el largo pasillo, al que daban otras oficinas, de vuelta a recepción y, en línea recta, hacia el ala derecha del edificio. A los pocos metros, llegaron a una sala grande en la que, a ambos lados, había al menos diez sillones de tratamiento preparados.

—Aquí se realiza la donación de sangre —explicó la doctora Bauer.

Cada sillón podía inclinarse y tenía reposabrazos abatibles que permitían pinchar de forma óptima en el pliegue del codo. David no pudo evitar pensar en los puntos de punción de las dos víctimas. —¿En qué zonas del cuerpo se realiza la extracción de sangre?

—Solo en el pliegue del codo.

—¿Hay algún procedimiento que se realice en la parte superior del brazo?

La doctora Bauer pareció confusa. —No. Antes de una extracción de sangre, únicamente comprobamos el nivel de hemoglobina en el pulgar o en la oreja de un donante. En la parte superior del brazo no se hace nada.

David siguió dándole vueltas. Se dio cuenta de que no había más aparatos en la sala. —¿No hay que monitorizar a los donantes durante la extracción? Aquí no veo equipamiento médico.

—Por supuesto que se controla la tensión arterial de los donantes y también se pesa la cantidad de sangre. Los dispositivos para ello están sobre pequeñas mesas móviles que acercamos al sillón correspondiente. Ahora están en otra sala.

—¿Y qué ocurre con la sangre después de la donación?

—La conservamos, comprobamos su calidad, la fraccionamos en distintos hemoderivados y estos se almacenan en un banco de sangre.

—¿Dónde se hace eso?

—En nuestro laboratorio del sótano. ¿Quieren verlo?

—Sí, por favor.

La doctora Bauer entró con David y Leon en un ascensor que los llevó al sótano del CRA. Cuando las puertas metálicas del elevador se abrieron, se encontraron en una sala fría y aséptica. Las paredes estaban alicatadas; sobre las mesas había tubitos, placas de Petri y bolsas de sangre, y el resto del espacio lo ocupaban equipos técnicos. No se veía ni rastro de sillones de tratamiento.

—Aquí se procesa y se almacena la sangre. —La doctora Bauer recorrió con ellos las distintas estaciones y explicó el procedimiento en jerga médica.

David solo entendió la mitad de lo que decía. Una vez más, deseó tener a Nora Mors a su lado. A ella seguro que se le ocurrirían las preguntas adecuadas y sabría en qué fijarse. Pero, incluso sin comprenderlo todo al detalle, la cercanía del CRA al lugar del crimen resultaba muy sospechosa. Aun así, no tenían una sospecha concreta y estaban muy lejos de obtener una orden de registro. Así que, tras el recorrido, se despidieron de la doctora Bauer y le agradecieron su ayuda.

Abandonaron el edificio por la salida trasera, donde el personal fichaba para entrar y salir del sistema, y se encontraron en un patio en el que aguardaban furgonetas pequeñas para el transporte de sangre.

Leon le dio un codazo y le susurró: —En uno de estos furgones nuestro autor podría transportar a sus víctimas.

David asintió. Él también se había fijado en los Sprinter. Aquí todo encajaba a la perfección; quizá demasiado. O bien su autor ya se estaba volviendo descuidado, o pretendía despistarles con lo evidente.

Abandonaron el recinto del CRA por la parte trasera y comprobaron que delante se extendía una zona residencial tranquila

y acomodada. Del tráfico de la carretera nacional ya no se oía nada. En su lugar, los pájaros iban de seto en seto trinando, disfrutando de la calma y de unos rayos de sol que ya empezaban a calentar. Aquel lugar donde se encontró el cadáver era la antítesis del barrio cutre y fiestero de Jungbusch. David no veía ninguna conexión. Y las dos víctimas también diferían —al menos en apariencia— bastante entre sí. ¿Dónde estaba el hilo conductor?

—¡Ahí estáis! —la idílica estampa suburbana se vio interrumpida por un compañero de la policía que se abalanzó sobre ellos, excitado —. Hemos recibido un aviso desde la comisaría. La identidad de la segunda víctima ha quedado aclarada: se trata de Sarah Schubert, de veinte años. Era huérfana y vivía con su abuela en la Gartenstadt. Anoche ya denunció la desaparición de su nieta. Tengo la dirección para vosotros.

David cerró los ojos. Aquel caso era un desafío en toda regla. Pintaba peor que lo de los Weiland. Una anciana que ya había perdido a su hija antes de tiempo tenía que llorar ahora también a su nieta, a su protegida. Se preparó para lo peor.

Capítulo 12

Luise Schubert vivía en una casa antigua y unifamiliar en el barrio más verde de Mannheim —la Gartenstadt—. Ya desde fuera se percibían la cordialidad y el calor del hogar que la anciana había creado para su nieta. Cortinas elegantes, pequeñas lámparas anticuadas en el alféizar y flores de colores en el jardín delantero creaban una atmósfera vitalista. Delante de la entrada, un banco invitaba a pasar agradables ratos al sol.

Cuando David pulsó el timbre, sonó un leve tintineo. Cómo odiaba esos momentos. En cuestión de segundos destrozaba para siempre la vida de los familiares con una sola noticia. Pero nunca antes había tenido que comunicarle a una mujer de setenta y cinco años, que vivía sola, que habían asesinado a su nieta. En sus datos personales ya había visto que el marido de la señora Schubert también había fallecido años atrás. Estaba completamente sola. Le daba auténtico miedo la reacción de la abuela de Sarah Schubert. Leon se mantuvo discretamente en un segundo plano. Esta vez David no lo soltaría de la correa.

Durante un buen rato no pasó nada. Luego oyó unos pasitos acercándose a la puerta. El corazón de David se aceleró por los nervios. Enderezó los hombros para adoptar una postura digna. No podía mostrar debilidad; quería ser un apoyo para aquella pobre mujer en ese momento tan duro.

Cuando por fin la puerta se abrió a medias, apareció ante él una mujer menuda y elegante. Luise Schubert no era la típica abuelita envejecida, sino el tipo de señora mayor que se arregla a diario y viste siempre bien. Aunque estaba en casa y, sin duda, muy preocupada, llevaba una falda plisada, una blusa y joyas: pendientes de perlas blancas, un collar de oro y una alianza de otros tiempos.

Se había recogido el pelo canoso en un moño pulcro. Como David y Leon no vestían uniforme, no sabía que tenía a la policía delante. —Buenos días. ¿Qué desean?—, preguntó, desconcertada, ajustándose las gafas.

—Buenos días, señora Schubert. Me llamo David Richter. Y este es mi colega, Leon Sander—, explicó con cautela.

Leon asintió a la anciana con la cabeza inclinada.

—Somos de la policía.— David le mostró la placa. —Anoche denunció la desaparición de su nieta, Sarah Schubert.—

A Luise Schubert se le humedecieron los ojos de inmediato. —Sí, así fue. A sus compañeros les pareció algo exagerado, pero mi Sarah siempre llega puntual a casa. Jamás se quedaría fuera sin avisarme. —

Malditos idiotas de la comisaría. Hasta que aclarase este caso, haría que todos se tomasen muy en serio cada denuncia por desaparición. Por lo visto, la señora Schubert pensaba que venían a recabar más información. No quería darle la triste noticia en el umbral. Ya había tenido bastante con el desmoronamiento de la señora Weiland frente a la puerta de su casa. —Siento que mis compañeros fuesen tan insensibles. ¿Le parece si entramos y hablamos dentro?—

—Por supuesto. Pasen.— Abrió del todo la puerta para que David y Leon pudieran entrar. Mientras avanzaba por el pasillo a pasitos, preguntó por encima del hombro: —¿Les pongo un té?—

—No, muchas gracias, señora Schubert. No necesitamos nada.—

La siguieron al salón, orientado hacia el jardín, y tomaron asiento en el sofá de flores. La señora Schubert se sentó en un orejero, colocado en diagonal. Al fondo, un reloj de pie marcaba con fuerza el tic-tac. Le recordó a David que a aquella mujer no le quedaba ya mucho tiempo y que a ellos también se les escapaba de las manos. Ahora se enfrentaban a un asesino en serie que podía volver a actuar en cualquier momento. Tenían que hacerlo todo para evitar otro asesinato. Pero antes debía hacerle entender a aquella pobre

anciana que su nieta había sido víctima de ese monstruo. No servía de nada seguir aplazando el momento. Se inclinó hacia ella y buscó su mirada. —Señora Schubert, lo siento, pero tengo que comunicarle que hemos encontrado muerta a su nieta esta misma mañana.—

—¿Cómo?— Sus ojos fueron de David a Leon, buscando ayuda. Al parecer esperaba haber entendido mal. —Sarah está…— Vaciló en pronunciar la palabra. —¿… muerta?—

A David le dolió ver a la anciana aferrándose desesperada al hilo de seda de la incertidumbre, que aún contenía una diminuta chispa de esperanza. Espontáneamente le tomó la mano y se la apretó con firmeza. —Sí, así es.—

La señora Schubert se quitó las gafas con la mano libre, sacó un pañuelo y vertió en él su dolor. Mientras tanto, apretaba la mano de David, se aferraba a ella.

David y Leon se quedaron sentados en silencio. Los sollozos de la señora Schubert eran lo único que llenaba la estancia. Incluso el tic-tac del reloj quedó ahogado por ellos, como si el tiempo se hubiera detenido.

De pronto, alzó la vista. —¿Dónde está Sarah ahora? Quiero verla. —

David se mordió el labio inferior. —Por desgracia, ahora mismo no es posible, señora Schubert. Sarah fue víctima de un delito violento. La han llevado al Instituto de Medicina Forense de Heidelberg para practicarle la autopsia. Sé que no es una idea agradable, pero nos ayuda a averiguar qué le ha pasado a Sarah.—

La señora Schubert abrió los ojos, horrorizada. —¿La han asesinado? Si esa niña no habría hecho daño ni a una mosca. ¿Quién podría querer hacerle algo así?—

—Estamos intentando averiguarlo—, aseguró David.

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde la han encontrado?—

—La han encontrado esta mañana bajo el puente del tranvía en Exerzierplatz—.

—¿Junto al pilar del puente?—

David y Leon intercambiaron miradas de alarma.

—Sí.—

El lugar donde habían hallado el cadáver parecía desconcertar profundamente a la señora Schubert. —No puede ser. ¿Está seguro de que no fue un suicidio?—

La extrañeza de David y Leon fue en aumento. —Completamente seguro. Sarah presentaba lesiones que sería imposible que se hubiera causado ella misma.—

—¿Qué tipo de lesiones?—, insistió la señora Schubert.

David no quería entrar demasiado en detalles, pero era evidente que habían dado con algo. —Lesiones en la cabeza—, respondió, simplificando mucho.

Entonces la anciana empezó a cavilar en voz alta. —No puede ser casualidad que la hayan encontrado allí.— Negó con vehemencia.

David la tocó con suavidad en el hombro y volvió a buscarle la mirada. —Señora Schubert, ¿por qué este lugar la remueve tanto? ¿Tiene algún significado para usted o para Sarah?

—Sí, y muy grande. —La voz le tembló—. Hace dos años Sarah perdió a sus padres en un accidente de coche. Aquella noche los tres me habían visitado y, de vuelta a casa por la B38, un conductor temerario los cortó en una curva, el coche hizo un trompo y se estrelló de lleno contra el pilar de la Puente ABB. Sus padres murieron en el acto; Sarah, que iba en el asiento trasero, también resultó gravemente herida, pero sobrevivió. Desde entonces vive conmigo. Durante mucho tiempo estuvo muy mal, tanto física como psicológicamente. Pero recibió ayuda. Justo estaba remontando y quería sacarse el bachillerato, que no pudo hacer por el accidente. Y ahora la he perdido precisamente en este lugar espantoso. —Volvió a echarse a llorar.

A Leon se le desencajaron las facciones. Se quedó sentado, mudo, con los ojos muy abiertos de asombro.

David también se quedó sin palabras. La señora Schubert acababa de revelarles un pequeño tramo del hilo conductor. El lugar del hallazgo tenía un significado. Estaba relacionado con una experiencia traumática de la víctima, un accidente que le había cambiado la vida para siempre. En cambio, en el caso de Josephine no había encontrado nada parecido, aunque no lograba quitarse de encima la sensación de que sí había habido algún suceso que había cambiado a Josephine. Precisamente el día anterior —tras no arrojar nada los interrogatorios a los dueños de los bares de Jungbusch— había interrogado también a los organizadores del *Nachtwandel* de hacía dos años. A ninguno le había llamado nada la atención entonces; nadie recordaba nada. Pero en el caso de Sarah Schubert el motivo saltaba a la vista. Por duro que fuera, tenía que entrar en ese tema. Le apretó el hombro tembloroso a Luise Schubert en un gesto de consuelo. —Señora Schubert, con esta información nos ha ayudado muchísimo. Sé que es difícil, pero, ¿cree que podría respondernos a un par de preguntas más?

La anciana sorbió por la nariz en su pañuelo, alzó luego la vista y asintió con valentía.

—El conductor temerario que causó el accidente, ¿lo atraparon o se entregó?

—No, el cobarde se dio a la fuga. Mi hijo y mi nuera ya estaban muertos cuando llegaron los equipos de rescate; Sarah estaba tan grave que no se la podía interrogar y, como el accidente ocurrió a última hora de la tarde, tampoco hubo testigos. Solo después, cuando el temerario ya se había esfumado, otro automovilista se topó con el accidente y lo avisó. El asesino de mis hijos se salió de rositas.

—¿Retomó Sarah el tema alguna vez? Usted dijo que últimamente estaba mejor. ¿Pudo encontrar fuerzas para buscar al causante del accidente? ¿Recordó algo?

—No lo creo. Tras el accidente, el mundo de Sarah se puso patas arriba. De un día para otro perdió a sus padres, su hogar, su futuro. Estaba en estado de shock. Del accidente apenas recordaba nada,

tenía lagunas. Y durante mucho tiempo tuvo que recuperarse primero de las secuelas físicas y psicológicas. Se centró únicamente en volver a tomar las riendas de su vida. Con las cargas emocionales sigue luchando aún hoy. —De pronto, a Luise Schubert se le hizo evidente que ya no podía hablar en presente—. Tenía —sollozó—. Hasta el final estuvo luchando con esas cargas. —Se llevó de nuevo el pañuelo a la cara y lloró sin consuelo.

—Tranquila, señora Schubert —dijo David—. Vamos a hacer una pausa para que pueda calmarse un poco. Voy a traerle un vaso de agua. —Al incorporarse, le lanzó una mirada a Leon para hacerle entender que debía ocuparse de ella.

Luego salió al pasillo y echó un vistazo a la planta baja. Frente al salón había un cuarto de baño, un cuarto de lavado y un guardarropa. Una chaqueta deportiva y unas zapatillas de lino blancas recordaban la ausencia de Sarah Schubert. Las habían dejado allí a toda prisa al quitárselas y daban la impresión de que solo había salido un momento y estaba a punto de volver. Junto al salón había una amplia cocina-comedor de estilo rústico. Los dormitorios —incluido el de Sarah— debían de estar en la planta superior. En la cocina abrió unos cuantos armarios al buen tuntún, hasta que por fin dio con los vasos. Llenó uno con agua del grifo y regresó al salón.

Leon había sustituido ya el pañuelo usado de Luise Schubert por un pañuelo de papel, con el que ahora se secaba las lágrimas de las mejillas. Los sollozos habían remitido. David le tendió el vaso, se sentó a su lado y esperó a que diera un par de sorbos. Luego volvió a intentarlo. —Señora Schubert, dijo que Sarah recibió ayuda. ¿Estuvo en terapia?

—Sí. Justo después del accidente estuvo primero en una clínica de rehabilitación en Bad Dürkheim, donde se ocuparon sobre todo de sus lesiones físicas. El programa incluía también una primera atención psicológica.

—¿Recuerda cómo se llamaba esa clínica de rehabilitación? —la interrumpió David.

—Era una de esas clínicas MEDIAN —respondió la señora Schubert.

David apuntó rápidamente una nota y luego la dejó seguir hablando.

—Tras el alta, se vino a vivir conmigo; lo demás lo tramitó su médica de cabecera, la doctora Eckert. Le consiguió a Sarah una plaza fija con un buen psicoterapeuta.

—¿Y ha seguido yendo allí con regularidad hasta el final?

Luise Schubert asintió.

—¿Qué días eran?

—Los martes y los jueves.

—O sea, que ayer no estuvo allí.

—No.

—¿Pero estuvo fuera?

—Sí, a mediodía volvió del instituto a casa y por la tarde, después de comer juntas, volvió a salir, porque quería hacer todavía un par de recados.

—¿Qué tipo de cosas?

La señora Schubert parecía algo desbordada. Ya se le acumulaban nuevas lágrimas en los ojos. —No lo sé. Quería comprar algunas cosas más y recoger recetas antes de que llegara el fin de semana.

—Está bien, señora Schubert. Lo está haciendo muy bien —la tranquilizó David—. ¿Recuerda, más o menos, a qué hora salió Sarah de casa?

Se esforzó por recordar. —Sobre las cuatro o las cinco.

David apuntó los datos en su cuaderno.

—¿Llevaba el móvil encima?

—Sí, siempre lo llevaba guardado para que yo pudiera localizarla y no tuviera que preocuparme. Lo llevaba en el bolso.

También esta vez la víctima no llevaba nada encima cuando la encontraron: ni bolso, ni cartera, ni móvil. —¿A qué instituto iba Sarah?

—A Ludwig-Frank-Gymnasium.

Era un centro distinto al de Josephine o al de los chicos de su pandilla.

Cuando Luise Schubert se dio cuenta del gesto de decepción de David, explicó: —Ese centro estaba originalmente más cerca de donde vivían sus padres.

Entonces David le preguntó directamente: —¿Conocía Sarah a una chica llamada Josephine Weiland?

—Que yo sepa, no. Ese nombre, desde luego, no me dice nada.

—¿Tenía otras amigas cercanas? ¿O incluso novio?

Negó con tristeza. —Por desgracia, no. Después del accidente, Sarah se encerró mucho en sí misma. Y en la clase nueva aún no había llegado a integrarse de verdad. Su voz volvió a quebrarse.

Por hoy era suficiente. David sentía lástima por la anciana. Ya había tenido que soportar demasiadas pérdidas en su vida. Primero había perdido a su marido, luego, de un golpe, a su hijo y a su nuera y ahora también a su última pariente consanguínea: su nieta. Ahora estaba completamente sola. No le parecía bien dejarla sola hoy. —¿Hay alguien a quien le gustaría tener a su lado? ¿Quiere que llamemos a alguien por usted?

Luise Schubert negó con la cabeza.

—Tenemos buenos capellanes de emergencia a nuestra disposición. Me gustaría pedir que venga uno.

Bajó la cabeza y asintió casi imperceptiblemente.

—Una buena decisión, señora Schubert. Solo tengo que hacer una llamada rápida. David se levantó del sofá y salió al pasillo para llamar al servicio de capellanía que la policía solía contactar en estas situaciones. Esa gente estaba formada específicamente para estos

casos y se quedaba con los familiares durante bastante tiempo. Puso a la empleada de guardia al corriente del caso. Cuando colgó, su mirada recayó en la escalera que llevaba a la planta de arriba. Ya tenía la sensación de saber más sobre Sarah Schubert que tras días de intensas pesquisas sobre Josephine Weiland. Si Sarah Schubert fuera solo un poco menos hermética, quizá en su habitación encontrara aún más pistas. Sabía que, en cuanto llegara la capellana, el duelo pasaría a primer plano. Era su última oportunidad. Regresó al salón y volvió a sentarse junto a Luise Schubert. —La capellana ya va de camino. Hoy no estará sola, señora Schubert.

Asintió con abatimiento.

—Si se le ocurre cualquier cosa más, por favor, no dude en llamarme —dijo David, entregándole su tarjeta—. Ha dicho antes que la médica de cabecera de Sarah se llama doctora Eckert, ¿no?

—Sí.

—¿Tiene su tarjeta de visita? ¿Y quizá también la del psicoterapeuta con el que estaba en tratamiento?

—Eh... sí. Deberían estar ahí delante, sobre la mesa.

La anciana ya iba a levantarse, pero Leon se le adelantó. —Está bien, señora Schubert, por favor, quédese sentada. Ya las encontraré —. Fue a la mesa del comedor, sobre la que había toda clase de papeles, y los apartó con cuidado. —Las tengo—, gritó, y les hizo fotos a las tarjetas de visita con su móvil.

Entonces David se dirigió a Luise Schubert con su última petición. —¿Nos permitiría ver luego la habitación de Sarah, antes de irnos?

Miró asustada.

Seguro que temía que le arrebatasen los últimos recuerdos de su nieta. —No se preocupe, seremos muy respetuosos y honraremos la memoria de Sarah—.

Finalmente, la señora Schubert asintió. Ya se enjugaba nuevas lágrimas. Ahora era ella quien apretaba la mano de David. —Es

usted muy amable—, dijo agradecida.

David sonrió sin fuerzas y sintió un nudo en la garganta. Aquella encantadora anciana le ponía difícil mantener a raya sus emociones. ¿Por qué siempre les tocaba a los buenos? La vida era a menudo tan injusta. Pero por eso mismo había elegido este trabajo. Quería aportar al menos algo de justicia. Esperaron en silencio hasta que por fin llegó la consejera espiritual.

En cuanto estuvo allí y la señora Schubert supo que ya no tenía que responder preguntas, sino que podía guardar luto oficialmente, se derrumbó en los brazos de la mujer y lloró.

Mientras tanto, David y Leon se retiraron discretamente y subieron la escalera hasta la habitación de Sarah. A diferencia de la de Josephine, aquí se respiraba mucha personalidad. El mobiliario era femenino y coqueto: dominaban el rosa y el blanco, y sobre la cama ornamentada se alineaban varios peluches. Casi parecía de niña, algo demasiado aniñado para una veinteañera. De las paredes colgaban numerosas fotos familiares; la mayoría mostraban a Sarah con sus padres.

David fue recorriendo las estanterías. Al mirar con más detalle, casi cada objeto decorativo resultaba ser un recuerdo de los padres de Sarah: conchas que habían recogido juntos en la playa durante unas vacaciones, una vieja cámara de su padre que David reconoció de las fotos familiares, dibujos firmados con el nombre de su madre. Al parecer, Sarah quería aferrarse a ellos a toda costa. Probablemente por eso su habitación era tan infantil, porque se refugiaba en tiempos pasados, cuando sus padres aún vivían y ella era feliz. En el escritorio había montado un auténtico altar. Junto a un collage de fotos y cartas colgaban joyas, probablemente heredadas. Sobre la mesa, sostenidos por un sujetalibros, había dos libros. Uno, con un estampado floral, y otro sencillo, negro. David abrió primero el del estampado floral. Era un diario. Terminaba unas semanas antes del accidente que lo cambió todo. Luego tomó el segundo, más discreto. Contenía notas que empezaban tras el accidente y eran más sobrias, como si las hubiera escrito de forma

paralela a su terapia. Con esos dos libros tenía ante sí la vida vieja y la nueva de Sarah. Tenía que llevárselos. Podían contener información importante.

Leon, mientras tanto, había encendido el portátil de Sarah y ya estaba navegando por sus archivos. —Aquí no hay nada importante. Documentos del instituto, más fotos familiares; no ha usado el calendario digital—.

David buscó una agenda en papel. Abrió los cajones del escritorio y revisó los libros de las estanterías. Nada. Si Sarah llevaba agenda, probablemente estaba en su bolso, que había desaparecido igual que su móvil, igual que en el caso de Josephine.

Por último, echó un vistazo a su armario. También en su ropa, Sarah había tenido un estilo femenino y juguetón. En la barra colgaban muchos vestidos y faldas en tonos pastel suaves o con estampados florales. A diferencia de Josephine, mostraba su feminidad, aunque no de forma provocadora.

En aquella habitación, David veía a una chica en realidad vitalista, cuyo mundo perfecto se había desmoronado por un accidente devastador y que se esforzaba por todos los medios en aferrarse a aquella vida antes protegida y volver a ella. Y, tras todo ese esfuerzo, además había acabado siendo víctima de un asesino en serie y había tenido que soportar aún más tormento. Esperaba que por fin hubiera encontrado la paz.

Desde abajo oyó sollozar a Luise Schubert. ¿Cómo iba a sobreponerse aquella pobre mujer a todos esos hechos horribles y a tantas pérdidas? Siempre le pesaba dejar atrás a los familiares, pero era hora de irse. Al despedirse, informaron a la afligida señora Schubert de que se llevaban los dos cuadernos de Sarah. Luego abandonaron la gran casa desierta: la vieja y la nueva vida de Sarah, en la bolsa.

Capítulo 13

Nora estaba sentada en la primera fila de la gran sala de reuniones de la comisaría y se removía inquieta en la silla. La sala ya estaba bastante llena. Solo faltaban David Richter y Leon Sander. ¿Dónde se habían metido hoy? Esta vez estaban tardando mucho más en el lugar del hallazgo que la última. ¿Habrían encontrado algo? Rezaba para que ese fuera el motivo de su llegada tardía a la reunión de coordinación conjunta.

Nora había pasado las últimas horas preparando la autopsia de mañana y poniéndose al día con el papeleo. Podría haber fotocopiado el certificado de defunción de Josephine Weiland y sustituido el nombre por un campo en blanco. Salvo por el lugar del hallazgo, todo coincidía al detalle. De nuevo dos profundas puñaladas en la zona de las sienes, indicios de sedación y sujeción, otra vez una postura de sueño. Muy en el fondo sentía miedo por lo que revelaría la autopsia de mañana. Ya con Josephine Weiland había tenido la sensación de haber pasado algo por alto. Temía no avanzar tampoco esta vez, que el autor no hubiera dejado rastro de nuevo y que siguiera sin poder averiguar cuál había sido el arma homicida. ¿Seguirían a tientas hasta tener otra víctima sobre la mesa? Deseaba con todas sus fuerzas poder cerrar este caso cuanto antes y dejarlo atrás.

Por fin, David Richter y Leon Sander entraron en la sala. Ambos tenían un aspecto exhausto. Sobre todo David Richter. Había perdido su porte habitual; estaba literalmente encorvado sobre sí mismo y con la cabeza gacha, como si lo aplastara un peso enorme. Intercambió unas palabras con Andreas Müller y luego, junto con Leon Sander, se dirigió a los asientos libres a su lado.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Nora, curiosa, buscando su mirada.

Sus ojos marrones parecían haber perdido parte de su calidez—. Puede —respondió, cansado—. Venimos de casa de la abuela de la víctima.

Con razón estaban tan afectados. Ya sabían quién era la víctima y acababan de informar a los allegados. Como sus propias escasas experiencias con aquello habían sido muy negativas, Nora dio por hecho que a David Richter lo habrían cubierto de reproches. —Lo siento —dijo con sinceridad—. Seguro que ha sido muy duro para ti.

—No tanto como para la anciana —replicó David con tristeza.

El dolor en su voz le resultaba más que conocido a Nora. No en vano evitaba el contacto con los familiares. No soportaba la rabia y la desesperación que acompañaban la pérdida de un ser querido y que golpeaban sin filtros al portador de la mala noticia. El recuerdo de sus propias experiencias le abrió, a su pesar, viejas heridas. No era algo que una pudiera sacudirse así como así, ni como médica ni como policía. Aunque algunos lo sobrellevaban mejor que otros, David Richter, al parecer, no formaba parte de esos, igual que ella. De pronto sintió el impulso de consolarlo.

Pero su conversación quedó bruscamente interrumpida cuando Andreas Müller se situó ante el atril y dio comienzo a la reunión informativa. —Esta mañana, poco después de las cinco y media, se encontró bajo el puente del tranvía en el Exerzierplatz el cadáver de una segunda mujer que presenta el mismo patrón de lesiones que Josephine Weiland —proyectó una foto en la pantalla para ilustrarlo —. Dos heridas punzantes a ambos lados de las sienes.

Las puñaladas bilaterales seguían siendo un enigma para Nora. Tenían que tener un significado más profundo.

—El lugar del hallazgo vuelve a diferir del lugar del crimen. La víctima fue asesinada en otro sitio y posteriormente depositada junto al pilar del Puente ABB, de nuevo dispuesta como si durmiera en paz. Estamos, por tanto, ante un asesino en serie.

Un murmullo recorrió la sala.

—Una vez más, no se ha hallado ni el arma homicida ni otros indicios en la escena. La doctora Mors practicará mañana por la mañana la autopsia; la policía científica analizará las muestras que ha tomado del cadáver. Aunque la víctima tampoco llevaba documentación encima esta vez, hemos podido identificarla con relativa rapidez. La descripción de una denuncia por desaparición encajaba con la víctima. El sistema AFIS lo ha confirmado: se trata de Sarah Schubert, de veinte años. Dado que sus padres ya habían fallecido, vivía con su abuela. David Richter y Leon Sander ya han estado con ella y han podido recabar más detalles —Andreas Müller asintió a David Richter a modo de invitación y le cedió el lugar en el atril.

—Antes que nada, pido expresamente que, hasta que se esclarezca el caso, se tomen en serio todas las denuncias por desaparición que entren y se informen como sospechosas —comenzó con tono severo—. La abuela de Sarah Schubert la denunció como desaparecida anoche. Salió de casa entre las dieciséis y las diecisiete horas y, desde entonces hasta el hallazgo de su cadáver, no se volvió a saber de ella. La doctora Mors ha podido acotar de nuevo la hora de la muerte entre la una y las tres de la madrugada. El lugar del hallazgo es de fácil acceso. La doble calzada de la B38 en dirección al centro pasa por debajo del puente. Frente al pilar hay una zona de acceso libre a la que se puede llegar sin problema desde el carril y en la que puede estacionarse un vehículo del tamaño de una furgoneta pequeña —mostró una foto del lugar del hallazgo.

De nuevo, las personas del cartel publicitario le sonreían a Nora con alegría, casi como si se regodearan de que no averiguaran a quién perseguían.

—Ya he podido localizar a la empresa encargada de cambiar la publicidad. Tenemos que saber si sus coches estuvieron circulando la noche del crimen y quiénes eran sus conductores. De día esta ruta tiene bastante tráfico, pero por la noche hay relativamente poco

movimiento, tanto por carretera como por las vías. Las tiendas de alrededor están todas cerradas por la noche. La zona bajo el puente del tranvía no está ni iluminada ni videovigilada. Así que el autor, al descargar el cadáver, no fue visto ni molestado. Sospecho que no fue casualidad. También resulta sospechoso que justo enfrente del lugar donde se halló el cadáver esté el servicio de donación de sangre de la Cruz Roja Alemana. Dado que en el brazo y en el pliegue del codo de la víctima vuelven a apreciarse marcas de punción, deberíamos centrar nuestras pesquisas en los empleados del CRA, al menos en lo que respecta a Sarah Schubert. Leon Sander y yo ya hemos visitado el instituto. La directora, la doctora Bauer, nos permitió consultar el sistema de accesos y nos facilitó una lista del personal, incluido el cuadrante de esta semana. No se pudo acreditar ninguna entrada fuera de horario; aun así, necesito un equipo que compruebe e interrogue a todos los empleados.

Mientras David Richter ya iba formando los equipos de investigación para la empresa de publicidad, el CRA y las demás empresas del entorno, Nora pensó en el servicio de donación de sangre. Aquella sospecha encajaba con su idea de que el autor estaba versado en medicina. Pero ¿cómo encajaban las lesiones en la cabeza? En su fuero interno buscó un arma adecuada que se utilizara en la medicina transfusional. Pero no se le ocurría ninguna.

David Richter prosiguió: —En casa de la abuela de Sarah Schubert, además, hemos encontrado una pista sobre el significado del lugar del hallazgo. Sarah Schubert y sus padres tuvieron allí mismo un accidente de tráfico hace unos dos años. Un conductor temerario les cerró el paso, el coche de los Schubert dio un bandazo y se estrelló contra el pilar del puente ABB, justo donde esta mañana hemos encontrado el cadáver de Sarah Schubert. Sus padres murieron en el lugar del accidente; Sarah Schubert sufrió lesiones graves, tanto físicas como psíquicas. Tras pasar por una clínica de rehabilitación, se fue a vivir con su abuela y se puso en tratamiento psicoterapéutico. Allí estuvo hasta el final. Leon Sander y yo contactaremos con su psicoterapeuta y también con la clínica de rehabilitación.

A Nora se le encendieron todas las alarmas. Un episodio traumático en el lugar del hallazgo. Eso clamaba por un motivo. Y encajaría también con Josephine Weiland. Su trastorno alimentario podría ser una reacción a un trauma y la causa de su cambio de comportamiento. Aunque David Richter y Leon Sander no habían podido demostrar nada de eso hasta ahora, algo se removió en Nora, una especie de presentimiento oscuro. Era como una palabra que tenía en la punta de la lengua, pero no lograba dar con ella.

—Además, Leon Sander y yo recabaremos información más detallada sobre aquel accidente. En el registro de la habitación de Sarah Schubert hemos hallado un diario y una especie de libro terapéutico. Revisaremos esas notas. A primera vista no hay una conexión directa entre Josephine Weiland y Sarah Schubert: las dos víctimas vivían en distintos barrios, tenían entornos familiares diferentes, iban a colegios distintos y no compartían amistades. Pero en algún sitio tiene que haber una conexión. Quiero que se pongan en relación las redes de relaciones de Sarah Schubert con las de Josephine Weiland. Además, debéis comprobar si todos los contactos tienen vínculos con el ámbito médico. Leon Sander y yo verificaremos las coartadas de Tim Stahl y Maximilian Hochstätt —nuestros dos principales sospechosos en el caso de Josephine Weiland— para la segunda noche del asesinato. Partiendo de que el autor debía de conocer la historia de Sarah Schubert, seguiremos buscando en el caso de Josephine Weiland un incidente similar ocurrido en Jungbusch. Como sabéis, con los asesinos en serie cada minuto cuenta. Mucho me temo que el próximo asesinato no tardará —concluyó David Richter.

Andreas Müller retomó la palabra y enlazó: —Y dado que ahora estamos ante un asesino en serie, he activado la Operative Fallanalyse del LKA Stuttgart para la elaboración de un perfil del autor. Un equipo de OFA viene mañana a Mannheim. David, quiero que, como investigador principal, pongas al corriente del caso a los colegas del Landeskriminalamt y realices con ellos las inspecciones oculares. Tu fina capacidad de observación sin duda les será de utilidad.

David Richter asintió.

Con eso se dio por concluida la reunión. —¿Eso significa que mañana a primera hora no estás en la autopsia? —se dirigió Nora a David.

—Claro que sí. Puedo reunirme con la OFA después.

Nora se sorprendió al darse cuenta de que le aliviaba que David Richter fuera a estar mañana en la autopsia, una sensación extraña para ella. El caso la estaba afectando más de lo que había creído. Hacía mucho que no se sentía tan insegura.

—Macho, tengo un hambre de lobo —soltó Leon Sander—. ¿Vamos a la *Pizzateca* de la esquina?

—Claro —respondió David Richter.

Leon Sander le lanzó a Nora una mirada escrutadora. Luego preguntó sin rodeos: —¿Quiere venir?—

—¿Yo?— Nora se sintió algo descolocada. No se había esperado esa pregunta.

—Sí. Tiene pinta de que también le vendría bien algo de comer.—

Leon Sander tenía razón. No había comido nada en todo el día y hasta hacía un momento ni siquiera había caído en ello. No sentía mucha hambre, pero quizá pudiera aprovechar la ocasión para enterarse de más detalles sobre el caso más reciente. En casa, de todos modos, no haría más que comerse la cabeza. Así que se animó. —Encantada.—

La enoteca *Vino & Pizzateca* estaba en una casa junto a la entrada trasera de la jefatura de policía. Como la barra era el centro del local, predominaban los taburetes dispuestos alrededor del mostrador. Solo había unas pocas mesas en la esquina. Los tres se sentaron en una de ellas. A todas luces, era el restaurante de referencia de la jefatura, porque, de camino, David Richter y Leon Sander saludaron con un gesto a varias caras que Nora también conocía de la reunión de situación. Nora pidió un vino tinto y una

ensalada; los dos investigadores prescindieron del alcohol, ya que, al formar parte de una comisión especial, estaban prácticamente de servicio permanente. En una comisión especial no había ni fin de jornada ni fin de semana hasta que el caso se resolviera. En su lugar, pidieron pizza y pasta. Leon Sander engulló los grasientos trozos de pizza con las manos desnudas, mientras que David Richter, en cambio, enrollaba con esmero su pasta funghi en la cuchara para no mancharse los dedos al comer.

A Nora volvió a llamarle la atención lo despareja que era aquella pareja profesional. —¿Cómo han averiguado, en realidad, que la víctima tuvo un accidente en el pasado en el lugar del hallazgo?— preguntó, dando un sorbo a su tinto.

David Richter le contó con todo detalle su visita a Luise Schubert: la conversación, la casa y el cuarto de Sarah Schubert, que causaba una impresión muy distinta al de Josephine Weiland. Por su relato, Nora pudo ver que David Richter tenía ojo para los detalles. Cuando terminó, tuvo la sensación de haber estado ella misma en casa de los Schubert. Después le habló de su visita al servicio de donación de sangre de la Cruz Roja Alemana. Cuando le hubo contado todo sobre su conversación con la doctora Bauer, preguntó: —Usted es médica. ¿Es cierto lo que nos ha contado la directora del CRA?—

—Suena todo coherente. No detecto incongruencias. El procedimiento de extracción, el almacenamiento y la conservación, parece un protocolo estándar. Ahora bien, entiendo por qué les resulta sospechoso el CRA. El autor tiene que saber manejar agujas; en un sillón de tratamiento se podría inmovilizar a la víctima; evidentemente conocía el lugar donde apareció el cadáver, y en el patio hay furgonetas listas para usar. Todo encaja a la perfección.—

—Quizá demasiado perfecto—, advirtió David Richter.

—No del todo. Hay algo que no encaja: no se me ocurre un arma adecuada que se utilice en la medicina transfusional. Desde que han mencionado el CRA, le doy vueltas, porque el arma me sigue planteando enigmas. ¿Y qué tiene todo eso que ver con el trauma prescrito de Sarah Schubert?—

—Yo también me lo pregunto—, respondió David Richter.

—¿Estaba el instituto implicado de alguna manera en aquel accidente?—

—Seguimos trabajando en los antecedentes del accidente, pero, de momento, nada apunta a ello.—

Leon Sander se limpió con la servilleta la película de grasa de alrededor de la boca y la tiró ostentosamente sobre el plato. —Señora doctora Mors, cuéntenos. ¿Cómo es eso de tratar con cadáveres todos los días?—

David Richter le dio un codazo. —Leon—, siseó, avergonzado por lo deslenguado que era su compañero—. Le ruego que me disculpe, señora doctora Mors.—

Nora se echó a reír. —No pasa nada. La verdad es que me parece muy interesante. Y tengo más distancia con la víctima en la mesa de autopsias que la que tienen ustedes en sus pesquisas. No querría estar en su lugar.—

—¿Lo dice en serio?— preguntó Leon Sander, perplejo.

—Claro que sí. Cuando una persona yace en mi mesa, ya ha pasado lo peor. Intento sacar lo mejor de la muerte, ayudando. En cambio, ustedes trabajan bajo una presión enorme y tratan además con familiares en duelo y con delincuentes. Eso me resulta mucho más desagradable.—

—Nunca lo había visto así—. Leon Sander se quedó asombrado—. ¿Y cómo fue que decidió dedicarse a esta profesión? Seguro que de niña no pensó: "De mayor quiero ser médica forense", ¿verdad?— Sonrió.

Nora se tensó. Odiaba esa pregunta. —Bah, fue surgiendo.— Sintió la mirada inquisitiva de David Richter clavada en ella. A él no podía engañarlo. Había notado su respuesta evasiva. Decidió desviar la atención devolviéndoles la pelota: —¿Y en su caso? ¿Quiso siempre ser policía investigador?—

—De verdad que quería —respondió Leon Sander—. Pero ya que estamos hablando de sueños de la infancia, también podemos tutearnos. Por favor, llámame Leon.

Nora sonrió, algo cohibida. —Vale, entonces llamadme también Nora, por favor.

David Richter sonrió para sus adentros y asintió. —David.

Ahí estaba de nuevo: el calor en sus ojos marrones, que le arrancó a Nora una sonrisa.

—Bien, me alegra que hayamos aclarado eso —retomó Leon la palabra—. Con orgullo le contó sus aspiraciones detectivescas de niño.

Cuando terminó, Nora, dirigiéndose a David, preguntó: —¿Y tú? ¿Siempre quisiste ser policía?

—En cualquier caso, siempre he tenido un acusado sentido de la justicia. Y esta profesión encaja muy bien con eso. —Volvió a sonreír.

Esa respuesta era tan vaga como la de ella. ¿Habría también detrás de su elección profesional una historia personal que no quería contar?

—Cuando atrapamos a un criminal y sacamos la verdad a la luz, la víctima y sus allegados obtienen justicia. Entonces habremos hecho el mundo un poquito mejor. Esa es mi motivación. Me consuela de los aspectos menos agradables de nuestro oficio.

Nora asintió. Entendía bien ese sentimiento. En el fondo, era lo mismo que sustentaba su trabajo.

—Como lo de hoy a mediodía. Su gesto se ensombreció. —Fue horrible comunicarle a esa pobre anciana que habían asesinado a su nieta y ahijada. Pero a lo largo de la conversación hemos obtenido información valiosa que, con suerte, nos ayudará a atrapar al cabrón que hizo eso y a impedirle que cometa más asesinatos.

—David es realmente bueno con todo ese rollo emocional —intervino Leon con reconocimiento—. Y se fija en tantos

detalles que nadie más ve. De verdad me pregunto cómo lo haces. Luego miró directamente a su compañero.

Pero él se limitó a sonreír con timidez.

Nora también se había dado cuenta ya de que David era muy empático.

—Desde luego, eso no lo has heredado de tu padre —remachó Leon.

David mantuvo la mirada baja. La conversación empezaba a resultarle incómoda. Hizo un gesto a la camarera para pagar. Luego dijo: —A propósito, deberíamos volver al lugar del hallazgo del cadáver para ver las condiciones de noche. Quizá se nos ocurra algo más si reconstruimos la situación en la oscuridad.

—Buena idea —secundó Leon.

Nora pensó lo mismo. Quizá, estando allí, lograría desentrañar esa oscura corazonada. La alternativa era ir a tomar algo con su hermana, su prometido y sus amigos para demostrar que estaba bien. Y con toda probabilidad habría entre ellos algún soltero con el que Clara intentaría volver a emparejarla. Una visita exclusiva al lugar del hallazgo le parecía mucho más atractiva. Así que preguntó sin rodeos: —¿Puedo acompañaros? Me gustaría volver a examinar la zona junto con el CRA. Puede que allí se me ocurra por fin alguna idea sobre el arma homicida.

—Encantado —respondió David.

—Pero no hace falta que vayamos los tres —dijo Leon—. Eso podéis hacerlo vosotros dos. Yo, en cambio, me voy a regalar una buena cabezada antes de que esto siga mañana a primera hora.

Nora se sobresaltó. Daba por hecho que Leon iría. No sabía si le parecía bien o mal que ahora fuera a ir sola con David al lugar del hallazgo del cadáver. Por un lado, se sentía a gusto en su compañía; por otro, tenía la sensación de que él la calaba. Y Leon, con su forma desenfadada de ser, había sido hasta entonces un buen amortiguador. Le daba un poco de miedo no poder disimular con

David sin Leon allí. Durante un instante, sopesó echarse atrás, pero ¿cómo iba a explicar semejante cambio de idea de repente? Al fin y al cabo, había sido propuesta suya acompañarlos. Así que guardó silencio y procuró que no se le notara la inseguridad.

Tras pagar, salir del restaurante y llegar en el aparcamiento a sus coches, Leon se despidió con un comentario burlón: —¡Que lo paséis bien, los dos!

Cuando él se hubo largado, David y Nora se quedaron un momento allí, un tanto torpes, sonriendo con timidez.

—Bueno, pues vamos de exploración —dijo David.

Luego ellos también subieron a sus coches y condujeron por segunda vez ese día hasta el lugar del hallazgo del cadáver.

Capítulo 14

David echó un vistazo al retrovisor para asegurarse de que Nora seguía yendo detrás de él. Le alegraba que fuese tan ambiciosa. Aun así, se preguntaba por qué una mujer tan guapa e interesante como ella no tenía nada mejor que hacer un sábado por la noche que ir con él al lugar donde habían hallado el cadáver. Había algo más que ansias de destacar. Lo notaba con claridad. Tenía la sensación de que esa noche no quería estar sola. Por teléfono, aquella mañana, había parecido algo asustada. En el lugar del hallazgo, en cambio, había levantado a su alrededor un grueso muro de protección, casi una auténtica fortaleza. Esa mujer era un cúmulo de contradicciones. Y ante preguntas personales, como la de antes sobre su elección de profesión, había esquivado la respuesta. Tuvo que reconocer que sentía curiosidad por lo que se escondía tras su fachada. No estaba acostumbrado a no calar a la gente. Para él, ella era todo un reto.

Cuando esta vez se detuvieron junto al puente, estaba mucho más tranquilo que por la mañana. La cinta policial había sido retirada y solo el brillo de unas pocas farolas de cristal amarillento iluminaba el pequeño parque y el acceso a las escaleras. Bajo el puente, en cambio, reinaba una oscuridad absoluta. Las tiendas de los alrededores ya habían cerrado. Aunque el tráfico volvía a estar abierto en ambos sentidos, apenas había movimiento. De vez en cuando, los faros de un coche que pasaba proyectaban conos de luz sobre el gris pilar del puente y el cartel publicitario colgado encima, con gente riendo a carcajadas. A la luz trasera de los coches que se alejaban, aquellas risas se teñían de rojo fuego para después ser engullidas de nuevo por la oscuridad. Parecía una risa diabólica salida del infierno abrasador.

A este lugar le había deparado a Sarah Schubert dos tragedias. Como si el diablo hubiera regresado para llevársela al fin. Aquí había ocurrido el accidente hacía dos años. La calzada describía una ligera curva bajo el puente. David vio, en su ojo mental, cómo el coche de los Schubert derrapaba primero en la curva, luego perdía por completo el control y finalmente chocaba contra el macizo pilar de hormigón. Según Luise Schubert, los padres de Sarah habían muerto en el acto; Sarah, en el asiento trasero, había permanecido inconsciente un rato.

De forma inesperada, se impuso en su mente la postura apacible en la que habían encontrado esta mañana su cadáver al pie del mismo pilar. Contrastaba de forma brutal con la escena del accidente que debió de haberse representado aquí. Con todos los sentidos, visualizó el siniestro. Oyó neumáticos chirriando, un golpe sordo, cristales estallando y el despliegue de los airbags —un sonido amortiguado que no lograba mitigar el estruendo previo ni suponía ya salvación alguna—. Olió gasolina derramada y sangre coagulándose. Y vio los cuerpos de Sarah y de sus padres encajonados y comprimidos en posturas imposibles. Nada tenía algo de pacífico. Era como si el asesino hubiera querido concederle a Sarah Schubert una paz tardía en este lugar.

—¿Suena descabellado si digo que tengo la impresión de que el asesino quiso liberar a su víctima? —expresó en voz alta su conjetura.

—En absoluto —respondió Nora—. Yo también lo he pensado. Al fin y al cabo, aquí fue donde Sarah Schubert experimentó el mayor dolor de su vida y, por lo que parece, aún intentaba recuperarse. Por supuesto, un asesinato dista mucho de ser una liberación, pero al menos la postura de dormida sugiere esa asociación.

Parecía que le había entrado frío, aunque llevaba un cálido plumas. Por el rabillo del ojo, David observó a Nora, que examinaba con el mismo detenimiento el antiguo lugar del accidente y actual lugar del hallazgo del cadáver. Sus ojos grandes recorrían la zona con

atención De noche, los matices pardoverdosos de sus ojos color ámbar se fundían en algo oscuro. Tampoco se distinguían ya sus delicadas pecas y su pelo rojo oscuro parecía más castaño. La oscuridad engullía todos sus rasgos distintivos, del mismo modo que ella parecía saber ocultar con destreza algunas de sus facetas.

—En cualquier caso, está claro que el asesino no fue molestado al descargar y colocar el cadáver —dijo, y clavó ahora la mirada en David. La expresión de su rostro había recuperado la seguridad; su voz sonaba más firme.

—La cuestión es si lo sabía o no. Su modus operandi encaja más con un planificador. Y, en ese caso, el CRA cuadraría demasiado bien.

—¿Dónde está exactamente el servicio de donación de sangre?

—Allí enfrente —dijo David, señalando el pequeño polígono industrial—. Ven, te lo enseño.

Juntos cruzaron hasta el Institut für Transfusionsmedizin und Immunologie, que ahora estaba cerrado y se alzaba oscuro ante ellos. Nora alzó la vista, expectante, hacia las ventanas negras, como si pudiera hallar allí alguna respuesta a sus preguntas. Luego puso voz a sus cavilaciones: —Una aguja es demasiado fina para las lesiones en la cabeza; los aparatos de conservación de sangre son máquinas y demasiado grandes, ninguno sirve como arma homicida —negó con vehemencia—. No, no doy con ello. Quizá mañana, durante la autopsia, se me ocurra algo.

David lo interpretó como una despedida. —Entonces no quiero entretenerte más. Solo nos quedan unas pocas horas de sueño.

Una sombra le cruzó el rostro a Nora. Esbozó una sonrisa apagada. —Bah, en realidad no duermo mucho.

Por fin había revelado algo de sí misma, aunque solo fuese de pasada. —Oh, ¿sufres de insomnio? —preguntó.

Nora se estremeció imperceptiblemente y esquivó su mirada. —Siempre he tenido problemas con eso... En fin, muchas gracias por dejarme acompañarte.— Se dio la vuelta para irse.

Nora volvía a cerrarse. Se había aventurado demasiado. ¿Había tocado un punto sensible con su pregunta? Intentó volver a acercarse a ella. —¿Dónde vives, entonces? ¿Puedo llevarte a casa en coche?—

Ella hizo un gesto de negativa. —Es muy amable, pero vivo en Feudenheim. Por la noche no es peligroso allí—.

Aun así, no lograba librarse de esa sensación opresiva. —Entonces al menos esperaré a que arranques.—

Ella le regaló una sonrisa cálida, luego se despidió de él, subió a su coche y se marchó. David siguió con la mirada sus luces traseras rojas durante mucho rato. Tanto, que la oscuridad acabó por tragárselas.

Cuando poco después llegó a su piso, se dejó caer, agotado, en el sofá. Tras días así nunca podía irse directo a la cama y dormir; antes tenía que desconectar un poco. Decidió leer el diario de Sarah Schubert. Tal vez hubiera alguna pista sobre el autor o una conexión con Josephine Weiland, quizá a través de la pandilla. Sacó el libro de su bolsa y se zambulló en el mundo de Sarah. Ella había escrito con regularidad, de modo que sus entradas abarcaban desde relatos cotidianos sin importancia hasta problemas típicos de una adolescente. Trataban de mal de amores, peleas con amigas y las vacaciones con sus padres.

Hoy Sebastián no ha dejado de mirarme en clase con esos ojos grandes. Creo que son los ojos más bonitos que he visto en mi vida. ¡Y esa mirada! Tiene que sentir lo mismo que yo. No puede ser imaginación mía. ¿Cómo voy a aguantar las vacaciones de verano sin él?

Su amor platónico se llamaba Sebastian. Tampoco en las entradas siguientes había mención alguna de Tim Stahl, Maximilian Hochstätt

o Florian Meller. Sus descripciones de viajes estaban escritas con el mismo entusiasmo y dramatismo que sus arrebatos por ese Sebastian:

París es tan elegante. Las mujeres visten con estilo, el empedrado y las farolas antiguas son tan bonitas, y en cada esquina hay un músico distinto tocando el acordeón. Ay, cuánto me gustaría vivir aquí.

David no pudo evitar sonreír. Sarah Schubert había sido una auténtica soñadora, con ojo para las cosas bonitas de la vida. Seguro que habría llegado a ser una mujer interesante. Pero en todas esas líneas fulgurantes no había contado ni una sola vez de alguien que le diera miedo, alguien que pudiera desearle un mal serio. Tampoco se mencionaba a Josephine Weiland, ni siquiera a una chica que pudiera encajar en la descripción. No había conexión alguna.

Decepcionado, David dejó a un lado el diario y se dedicó en su lugar al cuaderno de terapia. Era como conocer la vida de otra persona. A diferencia de las entradas emocionadas y detalladas del diario, estas eran frías y escuetas. Incluso sus emociones las describía Sarah ahora con una objetividad distante, casi como si se tratara de una documentación.

Hoy he vuelto a tener un flashback. Estoy como aturdida. No he podido comer. Las pesadillas vuelven a aumentar.

A veces incluso enumeraba sus sentimientos con simples rayas:

- Soledad

- Insomnio

- Vacío interior

Entre medias había retazos de recuerdos de la noche del accidente. Eran las únicas entradas que dejaban entrever de nuevo algo de su estilo propio al escribir:

Recuerdo el olor a gasolina y a sangre. Y que me pregunté si los coches pueden explotar como en las películas. Y recuerdo ese

silencio insoportable que me dejaba en la incertidumbre sobre lo que había sido de mis padres. Aunque eso seguía siendo mejor que conocer la verdad.

Por lo visto, Sarah recordaba sobre todo cosas de antes y después del accidente, no la colisión en sí. En consecuencia, tampoco había ninguna pista sobre un culpable. Tampoco daba la impresión de que hubiera intentado encontrarlo. Era como había dicho Luise Schubert: Sarah había tenido bastante con intentar recuperar el control de su propia vida. Volvía a consignar pequeños logros en un tono aséptico:

Hoy me he vuelto a sentar por primera vez como pasajera en un coche. El doctor Helfrich dice que tengo que enfrentarme a mis miedos.

El Dr. Helfrich era su psicoterapeuta. David prefería no imaginarse la batalla que el día a día debía de haber supuesto para esa pobre chica. A cada esquina la acechaba un recuerdo que la devolvía sin piedad a la pavorosa noche del accidente. Un flashback tras otro. Buscar al causante del accidente era seguramente lo último en lo que Sarah Schubert había pensado.

Cansado, se frotó la cara y miró el reloj. Ya pasaba de la una. Dejó el libro a un lado, cambió del sofá a la cama y cerró los ojos. Al quedarse medio dormido, se preguntó si Nora también se habría quedado despierta dándole vueltas al caso. Antes había hablado de problemas de sueño. Seguro que seguía en vela, rompiéndose la cabeza con el arma homicida. Estaba deseando saber qué revelaría mañana la autopsia. ¿Revelaría el cadáver de Sarah Schubert más que el de Josephine Weiland?

Capítulo 15

Con el corazón desbocado, Nora se plantó ante la mesa de autopsias y miró el cuerpo sin vida de Sarah Schubert. No recordaba la última vez que una autopsia la había puesto tan nerviosa. Aquella noche apenas había dormido y, en las pocas horas en que se había quedado traspuesta, la habían atormentado de nuevo las pesadillas. Por la mañana se había sentido tan molida que incluso había tomado Ritalin para despejarse. Aún le quedaban unas cuantas pastillas de aquella medicación, en realidad sujeta a receta, que solo tomaba en caso de emergencia. Y aquí había mucho en juego. No podía permitirse estar distraída ni que el cansancio le hiciera cometer un error. Había que atrapar a un asesino y evitar más víctimas. Nerviosa, tiró de los guantes médicos. Al alzar la vista, se encontró con las miradas expectantes de Suri, Philipp y David.

David seguía mirándola tan preocupado como la noche anterior. Parecía notar su nerviosismo. Sintió literalmente sus ojos deslizándose por su rostro, como si buscaran respuestas allí y alguna facción pudiera delatarle qué estaba pasando en realidad. Por miedo a que eso ocurriera de verdad, apartó la mirada.

—¿Podemos empezar? —preguntó Philipp, que una vez más hacía de segundo forense y ya estaba listo con la grabadora y la cámara.

—Sí, por supuesto —respondió Nora. Ahora tuvo que mirar a David. Se esforzó por esconder su tensión tras una corrección médica—. La tomografía computarizada ya nos ha revelado que, también en Sarah Schubert, ambos parietales se fracturaron con la penetración. Aquí también el tejido cerebral está gravemente lesionado. A primera vista incluso diría que el trayecto de la punción presenta una profundidad similar a la de la primera víctima. —Luego se inclinó sobre el cadáver y comentó la inspección externa—: Sarah

Schubert, veinte años, constitución sana. Las marcas rojas en muñecas y tobillos vuelven a indicar que la víctima fue inmovilizada. —Con ayuda de una lupa examinó el cuerpo con más detalle—. Cicatrices en el muslo izquierdo y en la tibia derecha procedentes de un accidente de tráfico de hace dos años. No se aprecian restos de terceros.

Esperó a que Philipp fotografiara los puntos descritos y, después, entre ambos giraron el cadáver de Sarah Schubert boca abajo para poder seguir con la parte posterior. —Las lesiones en el muslo izquierdo y la tibia derecha continúan en la cara posterior. Leves excoriaciones en las zonas de apoyo. Por lo demás no se aprecian más lesiones. Tampoco en este cadáver se hallan restos ajenos.

Tras otras tomas fotográficas, devolvieron el cadáver a la posición de decúbito supino. —Las escasas lesiones de defensa probablemente se deban a una sedación. La víctima presenta puntos de punción en el brazo izquierdo y en el pliegue del codo izquierdo. Dado que existen paralelismos con Josephine Weiland —caso número 190—, la sospecha se inclina hacia midazolam. Extraigo una muestra de sangre para toxicología. —Nora insertó una aguja y con ello creó otro punto de punción justo al lado del practicado por el asesino de Sarah. La idea le resultó inquietante. Rápida, le pasó a Suri la muestra de sangre. Luego separó las piernas de Sarah Schubert y le explicó a David—: Para un resultado preliminar podemos analizar su orina con una prueba rápida de benzodiacepinas. El midazolam pertenece a este grupo de principios activos. —Introdujo una nueva aguja en la uretra y recogió la última orina de la vejiga de Sarah en un tubito. A continuación humedeció con ella una tira reactiva. Mientras aguardaba el cambio de color de la tira, examinó la zona íntima de Sarah—. Sin lesiones en la zona púbica, sin indicios de violación. —En dirección a David dijo—: En cualquier caso, nuestro autor no tiene un móvil sexual.

Él asintió en silencio y siguió observando el trabajo de Nora.

Después de tomar un frotis vaginal y entregárselo a Suri, Nora volvió a la prueba rápida empapada de orina. —Como suponíamos,

la prueba reacciona de forma positiva a benzodiacepinas. Podemos dar por hecha una sedación repetida con midazolam. Con toda probabilidad, toxicología lo confirmará mañana.

David tomó nota de ello.

—Prosigamos ahora con la apertura del cráneo. —Nora asintió a Suri. Tensa, esperó a que su asistente de preparación afeitara el cabello dorado de Sarah Schubert. Los mechones largos y rubios cayeron pesados al suelo. Incluso muerta, Sarah Schubert parecía pura y frágil. Era como cortarle las alas a un ángel. Solo quedaban las feas señales de su muerte violenta: dos agujeros de sangre seca, de un rojo oscuro.

El pulso de Nora volvió a acelerarse. Se acercó más. —Orificios de entrada circulares en ambas sienes, de aproximadamente un centímetro de diámetro, conducto tisular liso —constató—. Igual que la última vez —añadió en voz baja.

Una vez que Philipp hubo fotografiado las heridas, colocó el bisturí bajo la oreja izquierda de Sarah, inspiró hondo y luego, concentrada, practicó un corte a lo largo de la nuca hasta la oreja derecha. A continuación rebatió el cuero cabelludo y lo llevó hacia delante, dejando el cráneo al descubierto ante ella. Quedaron visibles los parietales fracturados. Nora se detuvo, observó con atención, pero seguía sin tener idea de qué podría haber servido como arma homicida. Decidida, cogió la pequeña sierra eléctrica y abrió el cráneo con un corte circular. —El trayecto de la punción atraviesa la duramadre —comentó casi de pasada para la grabación. Luego retiró la calota craneal y contempló el cerebro desprotegido de Sarah Schubert—. Continúa a ambos lados a través de la piamadre. —Mientras pronunciaba las palabras, algo se le removió por dentro. Con cuidado desprendió el cerebro de la cavidad craneal y se lo pasó a Suri para limpiarlo.

Cuando por fin quedó limpio sobre la pequeña mesa auxiliar frente a ella y lo contempló con el bisturí en la mano, lista para diseccionarlo, vaciló antes de dar el primer corte.

Philipp pareció darse cuenta de su indecisión. —Nora, ¿a qué espera?

No respondió. En lugar de eso, dejó a un lado el bisturí, tomó el cerebro con ambas manos, lo giró y lo examinó. —Heridas punzantes a ambos lados —murmuró para sí. Luego, en voz más alta, añadió—: También aquí la primera puñalada fue ya mortal. ¿Por qué entonces la segunda? Observó pensativa los trayectos de las heridas, que se abrían paso por los dos hemisferios cerebrales. Se habían infligido con toda la fuerza y, aun así, con precisión, como si buscasen un objetivo concreto. En este estado no podía ver con exactitud dónde terminaban, pero, por el ángulo de entrada y el patrón lesional, era más que posible que volvieran a llegar hasta lo más profundo del sistema límbico. En el caso de Josephine Weiland incluso ambas amígdalas habían resultado lesionadas. Una coincidencia extraña que llevaba rondándole todo el tiempo. La amígdala era responsable del comportamiento de miedo en una persona. Irremediablemente pensó en el trauma vivido por Sarah y en el lugar del accidente, al que habían vuelto anoche. David había hablado de redención. —¡Redención! ¡Por supuesto! —exclamó en voz alta.

David, Philipp y Suri la miraron perplejos.

Nora se había olvidado por completo de poner a los tres al tanto de sus deducciones. —¿Se sabe si a Sarah Schubert se le ha tratado un TEPT? —le preguntó a David.

Él la miró confundido. —Ni idea. Todavía no hemos podido interrogar a sus médicos tratantes y la historia clínica aún no ha llegado. Al menos parece probable. ¿Por qué?

—A raíz del accidente, es posible que Sarah padeciera un Trastorno de Estrés Postraumático del que el autor quisiera redimirla. Eso encajaría con la lesión de la amígdala y explicaría por qué asestó dos puñaladas.

—¿Por qué? —preguntó David.

—La amígdala se encarga del comportamiento del miedo y, por la sobrecarga en pacientes con TEPT, está aumentada de tamaño. En neurociencia también se la denomina sede del miedo o centro del miedo. Cada hemisferio cerebral tiene su propia amígdala. Si el autor quería redimir simbólicamente a sus víctimas, tenía que pinchar también en ambas amígdalas. Ese pequeño territorio no podía localizarlo de forma directa, pero sí apuntar, al menos, en la dirección general. Y en el caso de Josephine Weiland, incluso acertó.

—¡Con eso tendríamos un móvil! —exclamó David, entusiasmado —. ¿Puede probarlo?

—Si hojeo el cerebro de Sarah Schubert en formalina hasta mañana, podré examinarlo al microscopio y evidenciar así un posible TEPT. Sin embargo, el seguimiento del trayecto de la herida tendrá que esperar hasta entonces.

—¡Fantástico! ¿Cómo se le ha ocurrido? Eso no forma parte del conocimiento estándar de una médica forense. ¿O sí?

El entusiasmo de Nora sufrió un brusco frenazo. Notó cómo, instintivamente, volvía a tensarse. —La verdad, no. Conozco tan bien la materia porque antes quería ser neurocirujana y me especialicé en la amígdala. Incluso escribí mi tesis doctoral sobre ello.

En la sala de autopsias se hizo el silencio. Nunca lo había dicho con tanta franqueza. Ni siquiera sus compañeros sabían mucho sobre su pasado profesional. Ya se arrepentía de haber dicho nada. Antes de que empezaran a acribillarla a preguntas, se dirigió decidida hacia los vasos de laboratorio, llenó uno con formalina, introdujo en él el cerebro de Sarah Schubert y lo cerró con fuerza. Mientras lo hacía, sentía literalmente las miradas de los demás clavadas en ella. Tomó también una muestra del líquido cefalorraquídeo y, acto seguido, cambió de tema. —En cuanto al arma homicida, por desgracia sigo completamente a oscuras. Solo puedo confirmar que fue la misma que la última vez: una herramienta larga, puntiaguda, de al menos siete centímetros y de aproximadamente medio centímetro de diámetro. Ella misma se

sobresaltó al oír lo exageradamente aséptica y fría que de repente sonaba su voz.

Pero David captó la indirecta y siguió el hilo. —Aun así, eso nos ayuda muchísimo a la hora de identificar al autor. ¿El TEPT tiene también efectos en otras partes del cuerpo? —Asintió con la cabeza hacia el cadáver sobre la mesa de autopsias.

Nora le agradeció que dejara el tema estar. —No, no directamente. Por supuesto, un TEPT puede ir acompañado de otros síntomas, como conductas autolesivas, consumo de alcohol o drogas, o un trastorno alimentario, como en Josephine Weiland. Pero nada de esto prueba por sí mismo un Trastorno de Estrés Postraumático.

—¿Quiere decir que, en el caso de Josephine Weiland, no podemos determinarlo a posteriori?

—Por desgracia, no. El cadáver ya ha sido entregado, y su cerebro, por supuesto, ya fue diseccionado. Y el TEPT no se aprecia en el TAC. —Volvió a tomar el bisturí y se colocó ante la mesa de disección —. Aun así, también vamos a abrir la cavidad torácica y abdominal de Sarah Schubert. Forma parte del procedimiento estándar. Nora agradeció poder centrarse en un nuevo campo y practicó la incisión en Y para abrir el torso. Enseguida dejó al descubierto la caja torácica, seccionó las costillas con las tijeras para hueso y retiró el esternón. —El corazón y los pulmones parecen sanos. —Pasó los órganos a Suri y se dedicó al contenido gástrico—. Su última comida fue copiosa. Alguna carne con guarnición. —Levantó la vista hacia David—. Sospecho que la abuela de Sarah la había alimentado bien.

Él asintió en silencio, girándose ligeramente para no inhalar el olor avinagrado.

A Nora, sin embargo, no le molestó. Estaba más que aliviada de poder distraerse con el trabajo manual de sus propios pensamientos. Cuando terminó, volvió a cerrar el cráneo de Sarah, le devolvió el rostro y suturó todos los órganos extraídos en la cavidad abdominal de Sarah, todos menos su cerebro. Eso, y sus secretos, pertenecían ahora a Nora.

Capítulo 16

David tenía sentimientos encontrados cuando salió del aparcamiento subterráneo de la Medicina Forense de Heidelberg para dirigirse a la Jefatura de Policía de Mannheim. Al menos habían avanzado en la caracterización del autor. El hombre al que buscaban creía estar liberando a sus víctimas con sus actos. Esa información era importante para la próxima conversación con la Operative Fallanalyse del LKA Stuttgart, a la que después pondría al corriente del caso en comisaría. Y le alegraba más de lo que estaba dispuesto a admitir que Nora le hubiese permitido echar un vistazo, aunque fuese fugaz, tras su fachada, aun cuando ella volvió a cerrar la puerta justo después de entreabrirla. Tenía que asociar algo negativo a su vocación original. Cada vez que salía el tema, se la veía visiblemente incómoda y volvía a levantar esa muralla impenetrable a su alrededor. Aun así, David alcanzaba a ver chispear la pasión en sus ojos cuando se trataba de ese ámbito de trabajo. Estaba bastante impresionado por sus conocimientos y convencido de que a otro médico forense se le habría pasado por alto. En cualquier caso, Philipp Kramer se mostró sorprendido por sus explicaciones. Sin embargo, con el arma homicida y el posible escenario del crimen seguían sin avanzar. Mientras no lograran establecer ninguna conexión entre Josephine Weiland y Sarah Schubert, esos pequeños hallazgos eran las únicas vías para estrechar el cerco al autor. David sabía que Andreas Müller no solo le estaba poniendo a prueba encargándole el caso, sino que, además, le había confiado deliberadamente la colaboración con la OFA. Andreas ya había comentado en varias ocasiones que veía en David a un excelente analista de casos. Con este caso quería acercarlo al LKA. La reunión que se avecinaba era, por tanto, de una importancia

enorme. Durante el resto del trayecto fue ordenando mentalmente los puntos que quería tratar con el equipo de la OFA.

Pese a la buena preparación, notó cierta excitación cuando, una hora más tarde, entró en la sala de reuniones pequeña del primer piso de la Jefatura de Policía para saludar al equipo de cinco personas. Frente a él había cuatro hombres de distintas edades y una mujer con rasgos mediterráneos. Los cinco rezumaban profesionalidad y sangre fría. No era, desde luego, su primer caso.

Uno de los dos caballeros de más edad se puso en pie y se acercó a David. —Buenas tardes, señor Richter. Mi nombre es Eichinger. Soy el responsable al mando de este grupo de la OFA. —Fue señalando, por turno, a los dos hombres más jóvenes, de espaldas anchas, y a su colega mayor—. Estos son los analistas de casos Schneider, Kühn y Menrath. Nos apoya la psicóloga, la doctora Samara. —Indicó a su compañera.

David les asintió. —Un placer. Dirijo la Soko Weiland, y Schubert y yo vamos a ponerles al día de la investigación. —Sin rodeos, encendió el proyector, orientado hacia la pantalla blanca entre dos pizarras blancas donde se mostraban los entramados de relaciones y las líneas temporales, para respaldar su exposición con fotos y unos pocos esquemas que acababa de elaborar. Hiló sin fisuras toda la información reunida hasta el momento: las víctimas, su patrón de lesiones, el presunto trasfondo médico del autor, la supuesta motivación de la "redención" y, por último, los dos lugares de hallazgo de los cadáveres, tan opuestos entre sí.

Eichinger asintió, reconociendo el trabajo. —Muchas gracias por el resumen, señor Richter. Parece que han contemplado todas las posibilidades en la investigación. Y el supuesto motivo que subyace a los hechos también nos sirve para una primera valoración. Aun así, nos formaremos nuestra propia impresión. Procedemos del siguiente modo: haremos con usted una inspección ocular de ambos lugares de hallazgo y escanearemos el entorno con un escáner 3D para obtener una versión virtualmente transitable de los escenarios. En Stuttgart reconstruimos entonces la secuencia delictiva, elaboramos

un perfil del autor con valoraciones de conducta y motivacionales y, a partir de lo obtenido, buscamos casos similares en nuestro sistema ViCLAS de bases de datos. Les presentaremos los resultados del análisis de caso lo antes posible en el marco de una reunión de situación conjunta.

A David todo aquello le resultó muy interesante. Ya había leído sobre el Violent Crime Linkage Analysis System. Lo desarrolló originalmente el FBI para comparar delitos violentos y así dar con delincuentes en serie. Le habría encantado estar presente en el análisis de caso propiamente dicho y poder mirar a los analistas por encima del hombro. Pero una inspección conjunta ya era de por sí un acceso privilegiado. Así que recogieron toda la documentación y pusieron rumbo al Jungbusch.

A estas alturas se había olvidado por completo que hacía poco más de una semana habían encontrado aquí un cadáver. El paseo estaba, como cada domingo, muy concurrido. Todos los bancos estaban ocupados y, donde no había asientos, la gente se sentaba en escaleras, piedras o incluso se había traído su propia silla plegable. Bebían cerveza y refrescos de botella, charlaban en todos los idiomas imaginables y ponían música desde sus móviles. Había para todos los gustos: desde rock y hip hop hasta música tradicional turca y jungle. Acompañados por aquella mezcla musical tan poco habitual, bajaron la colina verde hacia el río.

David señaló la zona situada debajo del pequeño mirador. —Aquí encontraron a Josephine Weiland —la primera víctima—. A primera vista uno se pregunta cómo se puede dejar un cadáver sin ser visto en un barrio tan transitado, pero en esta orilla hay sobre todo empresas y un bar que por la noche cierra. Enfrente hay un fabricante de hormigón cuya primera ronda empieza a las cinco de la mañana. Fue un empleado de allí quien encontró el cuerpo. Al principio pensó que estaba dormida, porque también ella había sido dispuesta en una postura apacible. Además, el cadáver se dejó la noche del lunes al martes. Entre semana hay menos movimiento que el fin de semana. Pero eso no pudo ser una decisión improvisada. El

riesgo de que te pillen en una zona así es demasiado alto si no la conoces bien. Si me pregunta, estaba planeado con mucha antelación.

Los compañeros del equipo OFA asintieron con aprobación. Desde que estaban allí, llamaba la atención lo silenciosos que estaban. Con mirada analítica, sus ojos peinaron el entorno. David casi podía oírlos pensar. Conocía ese modo. Él también analizaba a fondo cada entorno nuevo y necesitaba tranquilidad para hacerlo. Por eso se contuvo cuando empezaron a escanear el lugar del hallazgo y sus alrededores metro cuadrado a metro cuadrado. Observaba lo que pasaba, fascinado. Comprendía por qué Andreas quería familiarizarlo con ese trabajo. Se ajustaba a muchas de sus habilidades: su ojo para el detalle, sus sentidos afinados, su imaginación, su capacidad de empatizar con personas y situaciones; cualidades que su padre ya de niño quiso arrancarle. Sin embargo, como analista operativo de casos, uno sí las respaldaría. Porque mientras David sacara partido de esas habilidades, su padre las aceptaba. Una lucha que sigue librando con él hasta hoy. Su madre, en cambio, siempre lo había amado incondicionalmente y lo animó a vivir su lado sensible.

También en el segundo lugar del hallazgo, en el Exerzierplatz, compartió con el equipo de OFA sus observaciones antes de empezar el escaneo, incluidas las que había hecho de noche.

—Es usted realmente muy observador, señor Richter —lo elogió Eichinger—. Le vendría bien a nuestro equipo. —Le guiñó un ojo.

David sonrió, orgulloso. —Antes de que vuelvan a Stuttgart, me gustaría invitarles a nuestra reunión diaria de situación. Quizá hasta esta noche hayamos obtenido algún que otro dato que pueda serles útil.

—Con mucho gusto —respondió Eichinger.

Juntos volvieron a la jefatura de Policía. David les pidió que tomaran asiento de nuevo en la sala de reuniones y les ofreció café, té y pastas. Luego se disculpó un momento. La reunión de situación empezaba en una hora y quería investigar algo más. Se conectó

rápidamente a su ordenador y abrió, en la unidad compartida, la carpeta con la investigación de la red de relaciones. Los compañeros seguían sin dar con ninguna conexión entre Josephine Weiland y Sarah Schubert. Sin pensárselo mucho, marcó el número de Katharina Weiland. Tras varios tonos, por fin contestó. —¿Weiland?

—Buenos días. Habla David Richter.

—Ah, hola, señor Richter —sonó agotada Katharina Weiland—. ¿Ha averiguado algo? —preguntó, con poca esperanza en la voz.

El equipo especial había pedido a la prensa que dejara filtrar lo mínimo sobre el caso más reciente, especialmente ningún nombre. Por eso preguntó: —Señora Weiland, ¿le dice algo el nombre Sarah Schubert? ¿Tuvo Josephine algún tipo de relación con ella?

—No, es la primera vez que oigo ese nombre. —La respuesta llegó sin la menor vacilación.

—¿Y su marido?

—Un momento. —Escuchó cómo se apartaba del teléfono—. Richard, ¿conoces a una tal Sarah Schubert?

—No, ¿por qué? —respondió el señor Weiland, apagado, al fondo.

Katharina Weiland ignoró su pregunta y, en su lugar, trasladó la respuesta a David. —No, por desgracia el nombre Sarah Schubert no nos dice nada. ¿Por qué pregunta?

—Es solo una pista que estamos siguiendo —respondió con evasivas—. Muchas gracias, señora Weiland. Volveré a ponerme en contacto con usted.

—Probablemente no pueda ayudarle en nada, de todos modos. Por lo visto conocía a mi hija mucho peor de lo que pensaba —dijo, con amargura—. Por favor, discúlpeme. Ahora tengo que seguir preparando su funeral.

—Por supuesto, señora Weiland. De nuevo, mi más sentido…

Pero la señora Weiland ya había colgado.

David tragó saliva. Tenía que averiguar a toda costa qué había cambiado tanto a Josephine. Conocer la verdad era el mejor bálsamo que podía recibir Katharina Weiland.

Levantó la cabeza, sobresaltado, cuando Leon irrumpió en el despacho que compartían.

—Ey, por fin te veo el pelo. ¡Vaya si estás liado! ¿Qué tal los compañeros de la OFA, cómo fue la autopsia y qué tal anoche con la doctora Rotschopf? —le sonrió con picardía.

—Interesante —respondió David, escueto.

—¿El qué? ¿Nora, la autopsia o la OFA?

—Todo —se escurrió David con una sonrisa.

Leon abrió mucho los ojos. —¡No me lo puedo creer! Es la primera vez que calificas a una mujer de interesante.

—Volvamos al caso —evadió David, lanzándole una mirada de aviso—. Nora sospecha que Sarah Schubert sufría un TEPT. Para demostrarlo médicamente, ha sumergido el cerebro en formalina y lo examinará con más detalle mañana. ¿Te has ocupado de Tim Stahl y Maximilian Hochstätt?

—Sí, ya lo he hecho. Por desgracia, sus coartadas son a prueba de bomba. Desde el asesinato de Josephine Weiland, sus padres no les quitan ojo de encima. Los dos estuvieron en casa todo el tiempo.

—¡Mierda! —se le escapó a David.

—Además, ya he localizado al jefe de la empresa que cambia las vallas publicitarias. Ninguno de sus vehículos estuvo en circulación la noche del asesinato. Me ha enviado por correo electrónico una lista de sus conductores. —Arrojó una copia impresa sobre la mesa y la hizo deslizar hasta David—. No son muchos. Ya los he comprobado a todos. Nada sospechoso.

David echó otra mirada a los entramados de relaciones. —En conjunto, Sarah Schubert tenía pocos contactos. Y los únicos médicos son su médica de cabecera y su psicoterapeuta; a los dos tenemos que contactarles mañana sin falta. Cuando recibamos el

historial clínico, sabremos, con suerte, qué otros médicos estuvieron implicados en la recuperación de Sarah Schubert. En cualquier caso, de momento no veo ninguna conexión con el CRA —dijo, resignado, y miró el reloj. Faltaba media hora para la reunión de situación—. Voy a revisar rápido las noticias del accidente de tráfico de entonces.

Rápido abrió los archivos de prensa del *Mannheimer Morgen* y navegó por las noticias locales de la región de la época del accidente. A los pocos minutos dio con los artículos. La secuencia del accidente fue exactamente como la había descrito Luise Schubert. Un conductor temerario les cerró el paso al coche de la familia y les hizo perder el control; la calzada helada hizo el resto y el vehículo chocó sin frenar contra el pilar del puente. Los padres murieron en el lugar del accidente; a Sarah la ingresaron en el hospital con heridas graves. De las crónicas no se desprendía que el CRA hubiese estado implicado de ninguna forma en el rescate. Del causante del accidente no había ni rastro. Tampoco en artículos posteriores había indicios de que hubieran dado con el temerario. A David empezó a invadirle la mala corazonada de que también en este caso acabarían en un callejón sin salida.

Capítulo 17

Nora pisó a fondo el acelerador mientras, de camino a la Jefatura de Policía, se dejaba arrastrar por sus pensamientos. Sólo la luz roja del radar, que captó su exceso de velocidad, la devolvió a la realidad. Sobresaltada, levantó el pie del gas. Ni siquiera se había dado cuenta de lo rápido que iba. Los hallazgos de la autopsia de Sarah Schubert la habían alterado. El caso le despertaba recuerdos que preferiría dejar enterrados. Aunque hoy había tenido que comprobar dolorosamente que, después de todo lo que había pasado, seguía ardiendo por la neurocirugía, no le gustaba recordar sus años de estudiante. El dolor asociado estaba demasiado hondo. Y de hablar de ello, menos aún. Pero en presencia de David había perdido el control por un instante. Tenía algo que la empujaba a abrirse. Antes de que pudiera pensarlo, las palabras ya se le habían escapado. Además, estaba tan excitada por haber descubierto algo y poder por fin aportar algo al caso, que se vino arriba. Su ambición no siempre le traía ventajas. Aún estaba con los nervios a flor de piel. Quizá también fuera por el Ritalin que se había tomado aquella mañana.

Por fin llegó a la Jefatura de Policía. Aparcó justo delante, se apresuró a entrar y fue directa a la gran sala de reuniones de la planta baja. La sala ya estaba bastante llena. En la primera fila distinguió la melena rubia de Leon; David estaba con un grupo más numeroso de desconocidos al borde de la sala. Sólo entonces recordó que, tras la autopsia, tenía que reunirse con el personal de la OFA. Debían de ser ellos. Algo insegura, se abrió paso hasta Leon y se sentó a su lado.

—Hola, Nora —la saludó—. Ya he oído que estás tras un posible móvil: TEPT.

—Sí, eso espero. Mañana podré decir algo más al respecto.

—¿Te llevó a eso la inspección nocturna del lugar del hallazgo? —preguntó con una sonrisa ladeada.

—En cierto modo, sí. Allí David tuvo una corazonada y me acordé de ella durante la autopsia.

Leon asintió, impresionado. —Trabajo en equipo, entonces. No me robes al compañero —bromeó.

Nora se rió, algo cohibida. —Jamás haría eso. ¿Habéis obtenido algún otro avance a lo largo del día?

—Unas cuantas malas, sí. Ahora podemos volver a descartar a algunos sospechosos.

—Hola, Nora —llamó David y se sentó con el equipo de la OFA junto a los dos. Parecía muy despejado y motivadísimo—. Estos son los compañeros del Análisis Operativo de Casos del LKA de Stuttgart. Se volvió un instante hacia el equipo de cinco miembros—. Y esta es la médico forense responsable, la doctora Nora Mors.

Se hicieron un gesto con la cabeza.

Entonces Andreas Müller se puso ante el atril. —Como estamos bajo una presión de tiempo enorme, voy a ir al grano. Al ser hoy domingo, por desgracia se retrasan algunos trabajos que dependen de externos, pero al menos nuestra Policía Científica ha terminado el análisis de las muestras. Se hizo a un lado y dejó libre el lugar en el atril para el jefe de la unidad de criminalística.

Todos contuvieron el aliento, expectantes.

—Por desgracia, tampoco esta vez hemos podido encontrar rastro alguno, ni en el lugar del hallazgo ni en el cadáver. El autor sabe perfectamente lo que hace. No deja ninguna pista sobre su identidad ni sobre el escenario real del crimen.

Un suspiro de decepción recorrió la sala.

Con gesto de disculpa, el jefe de la Policía Científica se apartó de nuevo del atril.

—Entonces cedo la palabra al área de Investigación. David Richter ha puesto hoy al día a los compañeros de la OFA sobre el caso. Andreas Müller asintió al equipo de la OFA.

David se acercó al atril y resumió los resultados hasta la fecha. —Los compañeros del Análisis Operativo de Casos disponen ya de toda la información relevante sobre ambos casos. Han escaneado los lugares de hallazgo de los cadáveres y realizarán el análisis en Stuttgart. Habrá intercambio de información de forma regular. Nuestros dos principales sospechosos del caso Josephine Weiland han podido descartarse como autores del asesinato de Sarah Schubert. Tienen coartadas a prueba de bomba para la franja temporal en cuestión.

Eso no fue ninguna gran sorpresa para Nora. Ya casi no podía imaginar que uno de los dos chicos fuera el asesino. Serían fuertes y cultos, pero aquí estaba actuando un profesional.

—Asimismo, ya se ha verificado a los conductores de los camiones publicitarios: la noche de los hechos ninguno de sus vehículos estuvo en circulación y los empleados tienen coartadas. Por el momento no podemos establecer ninguna relación entre Josephine Weiland y Sarah Schubert. Tampoco el diario ni el cuaderno de terapia de Sarah Schubert han aportado nuevos datos. Como ya se ha mencionado, algunos trabajos se retrasan porque hoy es domingo. El colegio de Sarah Schubert, el personal del servicio de donación de sangre y las empresas cercanas al lugar del hallazgo número dos no podrán ser interrogados hasta mañana. Como tanto el psicoterapeuta como la médica de cabecera de Sarah Schubert no abren de nuevo la consulta hasta mañana, no podremos solicitar su historial clínico hasta entonces. El doctor Mors está investigando actualmente una sospecha de TEPT en Sarah Schubert y el posible motivo de la redención relacionado con ello. Puede que ésa sea la razón de las puñaladas a ambos lados de la cabeza. Porque, como ha explicado esta mañana la doctora Mors, a izquierda y derecha hay una parte del cerebro responsable del miedo. Si, como la vez anterior, ese centro del miedo resultó dañado, es razonable pensar

que fue intencionado y que el autor quiere liberar a sus víctimas de su trauma. Pero de eso, más, cuando la doctora Mors haya examinado mañana el cerebro al microscopio. Por ahora, es todo lo que tenemos —concluyó su informe y volvió a sentarse junto a Nora.

Ahora que ni la técnica criminalística ni las pesquisas habían aportado grandes hallazgos, le tocaba a ella aportar una prueba del motivo del agresor. Notaba el peso enorme que le caía sobre los hombros. Si tampoco ella lograba avanzar, las investigaciones se estancarían otra vez. Rogaba de veras que el cerebro de Sarah le diera mañana por la mañana alguna pista. No quería tener otra víctima así sobre la mesa.

—¿Te vienes, Nora? —David la miró con los ojos muy abiertos.

Ni siquiera se había dado cuenta de que la reunión ya había terminado. —Perdona, ¿de qué hablabas?

—Leon y yo vamos a cenar algo con el equipo de OFA. ¿Te apetece acompañarnos? —Le sonrió.

La cena con él y con Leon de ayer había sido agradable, pero con cinco desconocidos más se sentiría incómoda. Además, temía tener que explicar otra vez de dónde sacaba esos conocimientos tan especializados. —No, gracias, hoy mejor no. Pero otro día, encantada —rehusó con amabilidad.

David pareció un poco decepcionado, aunque, como siempre, se mostró comprensivo. —Lo tendré en cuenta. Que tengas buena noche, Nora.

—Gracias, igualmente. —Se forzó a esbozar una sonrisa—. Te aviso en cuanto haya realizado mañana la sección del cerebro —añadió a continuación.

Él asintió y luego se volvió hacia el grupo de OFA.

De repente, al pensar en casa, la invadió una sensación de angustia. Ya le daba pavor la noche. Y también tenía que devolverle la llamada a Clara. Llevaba intentando localizarla en el móvil todo el día. Seguramente quería saber por qué no se había vuelto a poner

en contacto la noche anterior. No iba a ser una conversación agradable. Su hermana volvería a decirle que trabajaba demasiado y que por fin tenía que salir y relacionarse un poco. Por un instante barajó aceptar la invitación a cenar para evitar la conversación incómoda. Pero luego admitió que sólo estaría posponiendo el momento. Así que se despidió también de Leon y salió del edificio de la policía.

Al llegar a casa, se quitó los botines, fue directa a la cocina y se sirvió una copa de Merlot. La iba a necesitar para la llamada con su hermana, y también esperaba que el vino la dejara un poco somnolienta, porque seguía totalmente despejada.

Con la copa de vino en la mano, fue al salón y se dejó caer en el sofá. Estaba a punto de marcar el número de Clara cuando la llamó su madre.

Sorprendida, Nora contestó. —Hola, mamá.

—Nora, ¿está todo bien? —Su madre sonaba preocupada.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

—Clara me ha contado que en realidad ibais a veros ayer y que lleva todo el día intentando localizarte.

¡Dios mío, Clara! En su fuero interno maldijo a su hermana. Nora se alegraba de tener una familia tan cariñosa, que siempre estaba ahí cuando la necesitaba y, desde luego, la había necesitado. Sin su familia, probablemente no habría superado los últimos años. Pero a veces esa sobreprotección la sacaba de quicio. —Mamá, está todo bien. Iba a llamar ahora mismo a Clara. Tengo un caso nuevo, muy exigente en tiempo, y tengo que trabajar todo el rato. Se lo dije ya en nuestra última llamada.

—Gracias a Dios. Ahora su madre sonaba algo más tranquila. Pero enseguida su voz volvió a sonar preocupada—. ¿Estás cuidándote, mi amor?

—Sí, lo hago, mamá.

—¿También comes lo suficiente? ¿Y duermes lo bastante?

Nora vaciló un instante. Odiaba mentirle a su madre, pero aquella mujer ya se había preocupado bastante por ella. —Claro que sí. Todo va bien, mamá.

—Bien, me dejas más tranquila. Entonces llama a tu hermana. Y cuando cierres el caso, vienes a comer con nosotros, ¿sí?

—Lo haré, mamá.

—Te quiero, cariño.

—Yo a ti también.

Cuando Nora colgó, soltó un suspiro y marcó el número de Clara.

—¡Por fin! —contestó su hermana—. ¡Ya me estaba preocupando!

—¿Pero por qué llamas a mamá? Ya te dije que probablemente tendría que trabajar.

—¿Tenías que hacerlo? —preguntó Clara.

—Sí, ayer por la mañana encontraron el cadáver de una segunda mujer y la autopsia se programó enseguida para esta mañana.

—¿Un caso nuevo?

—La verdad es que sigue siendo el mismo caso —respondió Nora, alargando las palabras.

—¿Cómo? ¿Un asesino en serie?

—Por lo que parece, sí. Pero no puedes decir ni una palabra, ¿me oyes?

—Sí, claro. Pero ¿cómo te sientes con eso? —preguntó Clara, preocupada.

Nora guardó silencio un momento y dio un sorbo a su vino tinto. Sabía perfectamente a qué se refería su hermana. —No lo sé. El caso me remueve muchas cosas de entonces. Y todo apunta a que mis conocimientos de neurocirugía podrían ayudar a resolverlo.

—Eso está bien, ¿no?

—¿Lo está? ¿Y si vuelvo a cometer un error? —la carcomía sin descanso la presión enorme—. No, hay puertas que es mejor

mantener cerradas.

—Más razón para desconectar un poco del trabajo. ¿Quedamos esta semana para tomar un café?

—No sé si voy a tener tiempo. Mejor después de que se resuelva el caso —esquivó—. ¿Qué tal fue ayer?

—Estuvo muy bien. Te lo habrías pasado en grande.

Nora lo ponía en duda. —Vale, hermanita, necesito dormir ya mismo. Te vuelvo a llamar, ¿sí?

Clara se dio por vencida. —Vale.

Cuando Nora colgó, al principio se sintió aliviada por haberse quitado de encima a su hermana y haberla tranquilizado tan rápido. Pero enseguida se le vinieron a la cabeza imágenes de la autopsia. Se mezclaron con otras de antaño, cuando aún ejercía en la mesa de operaciones del hospital. Alterada, se levantó y empezó a pasearse nerviosa por el salón. Rellenó rápido la copa de vino y dio un buen trago, con la esperanza de que el vino la calmara. Pero el efecto deseado no llegó. No soportaría otra noche en vela. Encendió deprisa la tele para distraerse. Hizo zapping y se quedó en una sitcom antigua. Caras conocidas con problemas cotidianos: justo lo que necesitaba. Pero al cabo de media hora tuvo que admitir que no estaba nada centrada.

Necesitaba dormir con urgencia para estar en forma mañana. Llevaba días sin lograr descansar de verdad. Decidida, se levantó, fue al baño y rebuscó en el botiquín de casa. Ya había padecido insomnio y entonces le recetaron pastillas para dormir. Creía que aún le quedaban algunas.

Las encontró, se tomó una y la tragó con mucha agua. Luego volvió al televisor, se dejó mecer por la sitcom y confió en que el efecto no tardara en llegar. De hecho, no pasó mucho hasta que las extremidades se le hicieron pesadas y sus pensamientos empezaron a ir más despacio. Al final la cabeza se le venció y cayó en una nube de algodón.

Capítulo 18

EL despertador del móvil de Nora sonó durante minutos antes de que el pitido constante lograra abrirse paso hasta su sueño profundo. A ciegas palpó sobre la mesa de centro en busca del móvil y apagó la alarma. Tenía la cabeza embotada y le dolía la nuca por la postura incómoda en la que había dormido. De fondo ya estaba puesto el programa matinal. Pero había algo más. Tenía la inquietante sensación de que la observaban. Abrió los ojos de golpe, se incorporó y miró a su alrededor. No había nadie. Estaba sola. Con gesto precipitado cogió el mando y apagó la tele. Luego afinó el oído, tensa, para escuchar su piso. En la cocina, el frigorífico zumbaba suavemente, pero por lo demás no se oía nada. Por culpa de los somníferos no lograba recordar el sueño, aunque probablemente el hombre sin rostro la había vuelto a contemplar mientras dormía. Eso, al menos, explicaría la sensación de estar siendo observada.

Poco a poco se le fue calmando el pulso. Se le fue la mirada a la botella vacía de Merlot sobre la mesa de centro. Un dolor sordo le atravesó la cabeza. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de lo luminosa que estaba la casa. Anoche se había olvidado de bajar las persianas. Fuera la esperaba un día primaveral. Por lo general, el sol la animaba, pero hoy la claridad le resultaba agotadora. Se cubrió los ojos con una mano a modo de visera y, arrastrando los pies, con el cuerpo pesado, fue hasta la cocina para poner café. Luego se metió directamente bajo la ducha. Los chorros de agua caliente fueron soltándole poco a poco la rigidez de la nuca y empezó a relajarse. Cerró los ojos y se abandonó al calor reconfortante.

De repente se dio cuenta de que se había quedado traspuesta un instante. A todas luces, los somníferos seguían haciendo efecto.

Nora cerró el agua con rapidez, salió de la ducha y se secó. Después pasó la mano por el espejo empañado para echarse un vistazo. Tenía los ojos pequeños y las ojeras aún más marcadas. Seguía con la cabeza como acolchada. Con un poco de suerte, el café obraría el milagro. Se sirvió una taza grande, se maquilló, dio un sorbo de vez en cuando, y todo ello de pie, porque temía volverse a dormir en cuanto se sentara.

Cuando se enfundó un vestido de entretiempo marrón, medias y botines, ya iba por la segunda taza de café. Pero la niebla en su cabeza no terminaba de despejarse. Se le fue la vista hacia el Ritalin que se había tomado ayer por la mañana para estar despejada durante la autopsia de Sarah Schubert. Hoy tocaban el examen y la disección del cerebro, con los que esperaba averiguar más. En cuanto pensó en la inminente sección cerebral, le asaltaron de nuevo, vívidas, imágenes ensangrentadas del quirófano. Sacudió la cabeza para espantar los recuerdos. *Sarah Schubert ya está muerta*, se dijo. *Este cerebro ya no puede sentir dolor.* Aun así, no podía permitirse errores. Cogió la caja, desprendió otra pastilla del blíster y la tragó con el último trago de café. Luego metió sus cosas de trabajo en el bolso y salió de casa, dispuesta a enfrentarse de mala gana a un día soleado que no pegaba en absoluto con su estado de ánimo.

Cuando Nora llegó a su mesa, en un edificio antiguo frente a la sala de autopsias, lo primero que hizo fue abrir el informe de Toxicología. El frotis vaginal tampoco esta vez había arrojado indicios de violación. Sin embargo, como cabía esperar, también en la sangre de Sarah Schubert se había detectado midazolam. El autor debía disponer de una gran reserva de ese sedante de uso médico o poder acceder sin dificultad al anestésico en cualquier momento. Miró el reloj. En un cuarto de hora había quedado con Philipp y Suri en la sala de secciones.

Apagó el ordenador y se acercó ya de antemano para tener unos minutos a solas. Ante la sala de autopsias, se enfundó la bata blanca, que normalmente le parecía una armadura. Pero hoy se

sentía igual de vulnerable y alterada que antes. Al menos el Ritalin había hecho efecto, porque ahora estaba bien despierta y con los sentidos afilados.

Nora entró en la sala de secciones, cuyos bloques de vidrio dejaban pasar la luz del día atenuada, y se plantó ante el frasco de laboratorio con el cerebro conservado de Sarah Schubert. Con el formol, el órgano se había teñido ya de marrón y dejaba que sus circunvoluciones y venas resaltaran en gris. Las heridas de arma blanca se veían casi negras. Aún, los dos hemisferios cerebrales unidos ocultaban el trayecto de la puñalada y el sistema límbico interno, responsable del mundo emocional de Sarah. Pero en unos minutos Nora separaría ambos hemisferios y desvelaría el secreto. Se dio cuenta de que tenía miedo: de lo que pudiera encontrar y de lo que pudiera no encontrar.

—¡Buenos días, Nora! Su pensamiento quedó interrumpido por Philipp y Suri, que acababan de entrar en la sala.

—Buenos días—los saludó.

—¿Con curiosidad? —preguntó Philipp.

—Sí —respondió distraída, con la mirada fija en el frasco.

—He de admitir que ayer me impresionaron mucho tus conocimientos de neurocirugía. No sabía que te habías dedicado a eso alguna vez.

Nora apretó con fuerza la mandíbula. —Sí, pero luego me pareció mucho más interesante la medicina forense—eludió. Antes de que sus compañeros pudieran seguir preguntando, sacó el cerebro de la solución de formol y lo colocó sobre la mesa de autopsias. —Sección de cerebro de Sarah Schubert—empezó a documentar.

Cuando Philipp, sorprendido, se dio cuenta de que ya empezaba, sacó la cámara a toda prisa y puso en marcha la grabadora.

Suri también se colocó, algo desconcertado.

—Voy a empezar con un corte longitudinal vertical.— Nora tomó un cuchillo grande y ancho, lo apoyó en la coronilla y partió el cerebro a

lo largo en dos mitades con un corte firme. Esa zona del cerebro de Sarah había quedado intacta. —El canal de la herida no se aprecia en las superficies de corte. Voy a cortar el cerebro en láminas, pieza a pieza, para localizar el final del canal.— Entonces empezó a cortar en rebanadas una de las dos mitades. La formalina había hecho un trabajo impecable. El tejido, ya desecado, estaba firme y compacto, de modo que Nora pudo cortarlo sin esfuerzo en finas láminas precisas. Se detuvo cuando alcanzó el final de la lesión punzante. Otra vez se había lesionado la amígdala. Alarmada, tomó la segunda mitad del cerebro y comenzó también a laminarla. Aquí también el autor había alcanzado la amígdala. Aquello ya no podía ser casualidad. Nora se quedó mirando, como petrificada, el pequeño núcleo en forma de almendra, responsable del miedo y de otras emociones. En realidad era imposible lesionar adrede una zona de apenas unos milímetros. ¿Cómo demonios lo había logrado el autor? ¿Quizá tenía acceso a radiografías que se tomaron de su lesión craneal tras el accidente de Sarah? Pero incluso con una radiografía, al asestar la puñalada solo habría podido calcular adónde tenía que apuntar y, además, habría necesitado un instrumento capaz de ejecutar una puñalada tan precisa y limpia.

—¿Nora? —Philipp la miró interrogante, al ver que había dejado de comentar su proceder.

Su mirada fue a la grabadora. —Lesión de la amígdala… —tragó en seco— …bilateral.

—¿Qué? ¿Otra vez? —Ahora su compañero también se extrañó—. ¿Cómo puede ser?

—No lo sé —admitió Nora. Midió la profundidad de la puñalada—. La puñalada tiene siete centímetros de profundidad y está ejecutada con precisión, igual que la última vez.— Se devanó los sesos—. No tengo ni idea de cuál puede ser el arma homicida. En cualquier caso, fue la misma que se usó con Josephine Weiland. Pero la amígdala se sitúa en un lugar particular en cada persona. Si el autor quería alcanzarla a propósito, no podía apuñalar al azar. Tenía que saber dónde se ubicaba en ambas víctimas. El autor dispone sin duda de

documentación médica. —Nora alzó la vista—. Quizá uno de los médicos que atendieron a Sarah Schubert. Un médico también sabría si padecía un trastorno de estrés postraumático.

Con prisa volvió a coger el cuchillo y siguió dividiendo las mitades del cerebro de Sarah en láminas finas. —Prosigo con el corte en láminas del cerebro para examinarlo al microscopio —comentó de nuevo para la grabadora.

Cuando el cerebro de Sarah yacía ya seccionado ante ella, tomó las láminas que contenían las amígdalas y colocó una de ellas sobre el portaobjetos de su microscopio. Muy concentrada, miró por la lente. A causa de la lesión no se apreciaba con total claridad, pero, en relación con el cerebro de Sarah, a Nora la amígdala le pareció efectivamente aumentada de tamaño. Rápido la sustituyó por la otra lámina con la amígdala. También aquí el centro del miedo parecía mayor de lo normal. —Ambas amígdalas inusualmente grandes —documentó. Sin embargo, eso no bastaba para demostrar un trastorno de estrés postraumático. Porque los pacientes con TEPT presentan dos problemas: mientras la amígdala se hiperestimula por la activación constante del miedo, el hipocampo, responsable de procesar los recuerdos y transferirlos de la memoria a corto plazo a la de largo plazo, se atrofia. Dos años de recuerdos traumáticos sin elaborar debían de haber dejado huella en el hipocampo.

Colocó con rapidez las láminas correspondientes en la platina del microscopio y las examinó por la lente. —Ambos hipocampos están muy reducidos —constató. Con ello había aportado por fin la prueba definitiva de que Sarah Schubert había padecido un trastorno de estrés postraumático. —Tengo que llamar a David ahora mismo —dijo Nora, se quitó los guantes y se dispuso a salir.

—¡Alto! —le gritó Philipp tras ella.

Se quedó en el umbral y le miró con la mirada desasosegada.

—¿Qué hacemos ahora? Su mirada cayó en la mesa de autopsias con el cerebro disecado.

—Ah, sí —respondió ausente—. Por favor, conservad los cortes del cerebro y recoged. ¡Gracias! Luego dejó plantado a un Philipp perplejo, salió disparada de la sala de autopsias y se fue a su despacho.

Tras sonar apenas unos tonos, David descolgó. —Buenos días, Nora.

—Buenos días, David —le saludó, acelerada.

—¿Tienes novedades?

—Sí, y de las buenas. Acabo de disecar el cerebro de Sarah Schubert y he podido demostrar que padecía un trastorno de estrés postraumático. El hipocampo está reducido en ambos lados y cada amígdala aparece aumentada.

—Eso es fantástico —exclamó David—. Con eso tendríamos un móvil.

—David, hay algo más: el autor también lesionó en Sarah Schubert ambas amígdalas. Eso no puede ser casualidad. Tiene que haber tenido acceso a la documentación médica de las víctimas. Por ejemplo, a radiografías. Además, el cribado toxicológico ha vuelto a detectar midazolam. Nuestro hombre debe poder conseguir sin problema ese anestésico médico. Creo que el autor es médico. Un médico conocería la historia clínica de sus víctimas. Sabría que padecen TEPT y podría disponer de radiografías con las que, al menos de forma aproximada, saber dónde se ubica la amígdala de sus pacientes. La cabeza de Sarah Schubert seguro que fue radiografiada tras el accidente.

—Sabía que nos harías avanzar. ¡Buen trabajo, Nora!

Sonrió, cohibida. El elogio de David la halagó. —Si reclamas por mí la historia clínica, puedo buscar más anomalías —se ofreció. Como David guardó silencio un buen rato, Nora preguntó—: ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona. Se me ha ocurrido una idea. Leon y yo seguimos todavía en el colegio de Sarah Schubert. No hemos localizado a su psicoterapeuta; no vuelve hasta mañana. Pero la consulta de su médica de cabecera está abierta con normalidad. Es nuestra próxima

parada después del colegio. En principio íbamos a interrogarla allí, pero se me ha ocurrido algo mucho mejor. Como ahora los médicos están en nuestra lista de sospechosos, preferiría citar a la médica de cabecera en la comisaría. Como civil no puedes participar directamente en la toma de declaración, pero podrías seguirla desde la sala contigua, donde se hace la grabación de vídeo. En las últimas visitas a médicos siempre he tenido la sensación de que tu pericia nos habría ayudado. ¿Qué te parece?

Nora se mordió el labio inferior. Por motivada que había estado, ahora pagaba el precio. En realidad quería mantenerse al margen de los aspectos interpersonales de la investigación. Nunca se sabía cómo reaccionaba la gente cuando se sentía presionada. El caso ya la removía bastante; un ataque verbal no lo iba a soportar también. Por otro lado, en una sala aparte no tendría que interactuar con nadie. Y, al fin y al cabo, quería ayudar. —¿Cuándo quieres que esté allí? —preguntó.

—Leon y yo aquí hemos terminado más o menos. Vamos directamente a por la médica de cabecera y la llevamos a la comisaría. Puedes salir ya. Nos vemos en nuestro despacho.

Capítulo 19

David avanzó decidido por el pasillo hacia la sala de interrogatorios, con la historia clínica de Sarah Schubert encajada bajo el brazo como si fuera un trofeo, con Leon y la doctora Eckert a remolque. Nada más colgar con Nora, él y Leon se habían plantado en la consulta de la médica, habían exigido la documentación de la paciente y le habían pedido a la médica de familia, pese a la sala de espera a rebosar, que los acompañara de inmediato a comisaría. Tanto el personal como los pacientes habían seguido el espectáculo con los ojos como platos. Pero como la conversación con los profesores de Sarah Schubert tampoco había aportado indicios nuevos ni una conexión con Josephine Weiland, David estaba decidido a seguir la pista de Nora. Era la única que tenían por el momento.

De un tirón abrió la puerta de la sala de interrogatorios, dejó caer la historia clínica sobre la mesa y señaló la silla frente a él. —Por favor, siéntese, doctora Eckert. Ahora mismo vuelvo.

La médica tomó asiento, atónita, y desabrochó los botones de la bata blanca que, con las prisas, aún llevaba puesta. Debajo asomó una blusa estampada con un elegante collar. Entre su melena oscura a la altura de los hombros relucían unos pendientes a juego que subrayaban un maquillaje aplicado con esmero. La doctora Eckert era elegante y de facciones amables. Pero en ese momento estaba muy insegura. David se le veía a la legua. La habían pillado tan a contrapié que ni siquiera había tenido tiempo de decidir si debía enfadarse o preocuparse. Y eso era exactamente lo que pretendía David. De ese modo, la doctora Eckert no había tenido tiempo de inventarse una coartada ni de hacer desaparecer documentos, si es

que tenía algo que ver con el caso. Quería aprovechar el factor sorpresa.

David la dejó a solas con Leon, salió al pasillo y entró en la sala contigua, donde se hacía la grabación en vídeo. Allí lo esperaba ya Nora con un compañero de técnica. En cuanto entró, ella se puso en pie, nerviosa. Al hacerlo, el cabello castaño rojizo le cayó sedoso sobre el hombro. Una vez más, él reparó en su belleza natural. Parecía insuflar vida incluso a aquella sala de vídeo austera, llena de ordenadores armatoste y monitores negros. Hoy llevaba un vestido marrón que realzaba su figura. Se obligó a apartar la mirada de sus caderas y mirarla a los ojos. —Genial que hayas llegado tan rápido. Por lo que veo, ya estáis listos para empezar—, la saludó, echando un vistazo a los monitores, que ya proyectaban la imagen de la sala de interrogatorios.

—¿Esa es la médica de cabecera de Sarah Schubert?—preguntó Nora, señalando a la mujer que estaba frente a Leon con los brazos cruzados.

—Sí, es la doctora Eckert. Y en la mesa está el expediente de la paciente. Te lo llevas en cuanto terminemos la entrevista.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Puede oírme?

Nora parecía algo insegura. David no entendía por qué aquella mujer inteligente y atractiva era tan esquiva. No tenía ningún motivo para esconderse. —No, no puede. Tú limítate a escuchar. Y si en algún momento tienes una pregunta o un comentario, habla aquí—. Señaló un micrófono colocado sobre la mesa delante del monitor y se puso un auricular en la oreja—. Solo lo oiré yo.

Nora pareció aliviada. —Vale.

—Pues vamos allá.— David asintió al técnico y regresó a la sala de interrogatorios.

Nada más sentarse, la doctora Eckert preguntó: —¿Puedo saber de una vez qué está pasando aquí?

—Aquí tengo la historia clínica de Sarah Schubert.— Empujó la documentación por la mesa hacia ella—. Era su paciente.

—Correcto.— Vaciló—. Un momento, ¿a qué se refiere con «era»?

—A Sarah Schubert la encontraron muerta el sábado por la mañana. Fue víctima de un delito violento.

La doctora Eckert se llevó la mano a la boca, horrorizada. —¡Dios mío!

—La encontraron bajo el puente del tranvía en el Exerzierplatz —dijo, haciendo una pausa dramática antes de añadir—: Justo delante del pilar del puente.

—¿Qué?— La sorpresa se le dibujó en el rostro. Parecía auténtica.

—Nuestras indagaciones han revelado que Sarah tuvo allí mismo un grave accidente de coche hace dos años, en el que perdió a sus padres.

—Así es—, confirmó la doctora Eckert, desconcertada.

—Tenemos motivos para pensar que el asesino de Sarah conocía al detalle su historial médico. Por eso, sus médicos tratantes figuran entre los principales sospechosos. Supongo que, como su médica de cabecera, usted estuvo al tanto de todo, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Pero ¿por qué iba yo a querer hacerle daño?— Su mirada alternaba entre David y Leon.

—Eso es justo lo que intentamos averiguar—, replicó Leon, provocador—. ¿Tiene usted una coartada para la noche del viernes al sábado?

La doctora Eckert puso cara de haber recibido una bofetada. —Sí, de hecho la tengo. Pasé todo el fin de semana en un simposio médico en Berlín y no llegué a Mannheim hasta anoche.

—Lo comprobaremos —apaciguó David—. Por favor, cuéntenos el accidente de entonces. ¿Cómo trató a Sarah Schubert? En la espalda sentía muy claramente la cámara por la que Nora seguía lo que ocurría.

—Yo misma me enteré unos días después. El accidente había ocurrido el fin de semana. Los padres de Sarah murieron en el lugar; a ella la ingresaron con heridas graves en el Klinikum Mannheim. Tenía hemorragias internas y cortes externos, entre otros en las piernas, que habían quedado atrapadas bajo el asiento delantero y también estaban rotas. Al principio el foco estuvo en atender sus lesiones físicas. Por eso pasó las primeras semanas en el hospital, donde la operaron y empezó relativamente pronto con la fisioterapia para las piernas. Mientras tanto, yo puse en marcha una rehabilitación para que pudiera trasladarse allí directamente después. Estuvo cuatro meses.

—¿La clínica MEDIAN en Bad Dürkheim? —repreguntó David.

—Exacto. Esos centros están especializados en rehabilitaciones tras accidentes graves, y Bad Dürkheim estaba lo bastante cerca como para que la abuela de Sarah pudiera visitarla con regularidad. Como Sarah tenía lagunas de memoria sobre el propio accidente, inicialmente se sospechó un traumatismo craneoencefálico. Pero cuando se pudo descartar, quedó claro que la amnesia era de origen traumático.

Ante la palabra «trauma», David se encogió por dentro y tuvo que contenerse para no volverse hacia la cámara. Daría lo que fuera por ver ahora la reacción de Nora.

—Las clínicas MEDIAN ofrecen apoyo psicológico, sí, pero eso no sustituye a una terapia en condiciones. Por eso hice que apuntaran a Sarah cuanto antes en la lista de espera de un buen psicoterapeuta —prosiguió.

—¿Y ese psicoterapeuta era el doctor Helfrich? —Leon le puso el móvil delante de la cara, con la foto de la tarjeta de visita del terapeuta tomada en casa de Luise Schubert.

—Sí, estuvo en tratamiento con él.

—¿Y a pesar de su mal estado tuvo que esperar para conseguir una plaza? —preguntó David, incrédulo.

La doctora Eckert rió con amargura. —Por supuesto. ¿Qué cree usted? Hay incontables pacientes que sufren lo indecible y, aun así, tienen que esperar meses para una plaza de terapia. Y cuando por fin se libera una, han de pasar horas de entrevistas preliminares para poder establecer un diagnóstico concreto para la aseguradora y encontrar el método de tratamiento adecuado.

—Por desgracia tiene razón. Las listas de espera largas son lo habitual —intervino ahora Nora por su pinganillo.

—¿Y cómo supo tan exactamente que el doctor Helfrich era el terapeuta adecuado para Sarah Schubert?

—Está especializado en pacientes con trastorno de estrés postraumático.

David y Leon se miraron con significado.

—Si eso no es sospechoso… —Nora puso en voz alta por radio el pensamiento que compartían—. Pregúntale cómo se estableció el TEPT.

—Doctora Eckert, ¿cómo supo que Sarah Schubert padecía un trastorno de estrés postraumático?

—Bueno, aparte de la amnesia, presentaba muchos otros síntomas de un TEPT. Estaba muy asustadiza, deprimida y cada vez se aislaba más. Como su psique no le permitía recordar detalles del accidente, los flashbacks la asaltaban de noche en forma de pesadillas. Durante el día se refugiaba mentalmente en un tiempo anterior al accidente.

A David le vino a la cabeza el altar que Sarah había erigido en su habitación para sus padres.

—Tras una vivencia traumática —sea del tipo que sea—, esos síntomas son normales durante un tiempo. Si, sin embargo, persisten seis meses después, con toda probabilidad estamos ante un TEPT. El doctor Helfrich fue quien lo diagnosticó.

—¿Y en qué consistía el método de tratamiento del doctor Helfrich? —preguntó Leon.

—Eso tendrá que preguntárselo a él. Soy médica de familia, no psicoterapeuta.

David empezó a hojear de forma ostentosa la historia clínica de Sarah Schubert. Quería ganar tiempo y esperaba que Nora captara la indirecta a gritos.

Y, en efecto, no tardó en intervenir con un nuevo enfoque. —Dijo que en la rehabilitación se descartó un traumatismo craneoencefálico. ¿Cómo lo hicieron? ¿Se hicieron radiografías? ¿O se realizaron otras pruebas?

David se alegró de haber recurrido a Nora. Ya estaba siendo de gran ayuda. —Antes ha dicho que en la clínica MEDIAN se descartó un traumatismo craneoencefálico. ¿Sobre qué base se hizo?

—Que yo sepa, se hizo una resonancia para descartar secuelas en el cerebro.

—Pregúntale si se hicieron más pruebas de imagen con otros médicos. Cualquiera que disponga de imágenes del cerebro de Sarah entra en la lista de sospechosos. El asesino tuvo que saber dónde está la amígdala.

—¿Se realizaron, aparte de en la rehabilitación, más pruebas de imagen del cerebro de Sarah Schubert con otros médicos?

La doctora Eckert lo pensó. Luego señaló la historia clínica de Sarah. —Tendría que consultarlo ahora. ¿Podría echar un vistazo al expediente?

—Por supuesto.

Abrió la carpeta, pasó unas cuantas hojas y luego ojeó por encima una página. —El Klinikum Mannheim, donde la ingresaron tras el accidente, también le hizo, claro, una resonancia y un TAC. Nadie más.

David puso un gesto poco entusiasta. Eso multiplicaba el número de posibles implicados. —¿Consta ahí el nombre del médico que la atendió?

La doctora Eckert negó con la cabeza. —En la atención a un accidente intervienen muchísimos médicos. Y como la estancia de Sarah se prolongó varias semanas, en ese tiempo hubo distintos médicos de guardia—.

David maldijo para sus adentros. Eso no acotaba el número de posibles sospechosos. —Una pregunta más: ¿entre sus pacientes había también una Josephine Weiland? ¿O le dice algo ese nombre en otro contexto?—

La doctora Eckert reflexionó con esfuerzo. Al final respondió con firmeza: —No, ese nombre no me suena de nada—.

David sintió decepción, pero se contuvo. —Bien, si se le ocurre cualquier cosa más, llámenos, por favor—. Le alargó una tarjeta por encima de la mesa y se quedó con la historia clínica. —Por ahora hemos terminado. Nos quedamos con el expediente médico de Sarah Schubert y lo remitimos a Medicina Forense. Gracias por su colaboración. Ya puede irse—.

Con el orgullo intacto, la médica se levantó de la silla, asintió a ambos y abandonó la sala de interrogatorios.

David y Leon fueron a la habitación contigua, donde estaba Nora.

Ahora que volvía a tenerla delante, David se quitó el auricular. —Nos has sido de gran ayuda, Nora—.

—¿De verdad? Si no he hecho gran cosa—.

—Oh, sí. Tus preguntas han sido justo las adecuadas. A partir de ahora nos centramos en el psicoterapeuta, la clínica de rehabilitación y el Klinikum Mannheim—.

—Un momento, ¿no es la Cruz Roja Alemana un departamento del Klinikum Mannheim?—, preguntó Leon.

—Sí—. David lo miró muy abierto de ojos. —Eso podría ser una pista. ¿Cómo van los interrogatorios en el CRA?—

—Ahora mismo hago un seguimiento. Pero interrogar a varios empleados de dos clínicas va a requerir más personal y se va a alargar bastante—, advirtió Leon.

—Tienes razón. Necesitamos a más gente y tenemos que fijar un foco. Como psicoterapeuta especializado en TEPT, el doctor Helfrich encaja ahora mismo mejor que nadie. Para mí es máxima prioridad. Creo que deberíamos interrogarle en su consulta para, de paso, echar un vistazo en busca de posibles armas del crimen—. De pronto, a David se le ocurrió una idea. —¿Qué te parece si Nora está presente en los interrogatorios? Como médica, seguro que repara en detalles que a nosotros se nos escaparían—.

—Oh, no me parece buena idea—, replicó Nora, asustada.

—¿Por qué?—, preguntó David, sorprendido, mirándola con atención. Le pareció ver miedo en sus ojos.

Apartó la mirada. —Al fin y al cabo no soy investigadora. No sé ni qué hay que tener en cuenta en un interrogatorio de ese tipo—.

David inclinó la cabeza e intentó capturar de nuevo su mirada. —De eso no tienes que preocuparte. Esa parte la llevamos nosotros. Tú solo haces las preguntas médicas y sigues tan atenta como hasta ahora—.

Nora siguió evitando el contacto visual. —No lo sé... No se me da tan bien tratar con la gente como a vosotros—, dijo, cohibida. —Además, no quiero meterme por medio de Leon—, añadió, aparentemente aliviada por haber encontrado otra excusa.

Leon soltó una carcajada. —Tranquila, no me vas a robar el protagonismo. Además, hacéis buen equipo los dos. Tres personas ya son demasiadas para una entrevista. Yo podría coordinar a los equipos de investigación en las clínicas mientras vosotros interrogáis al doctor Helfrich—.

Nora guardó silencio. Parecía tener un problema con algo. —No quiero obligarte a nada con lo que no te sientas cómoda, Nora—, dijo David con cautela. —Y para este tipo de operación de paisano necesitaríamos, en cualquier caso, una autorización especial para ti. Te propongo lo siguiente. Hablo con mi jefe para ver si nos darían permiso para algo así, y tú lo piensas hasta esta noche. ¿De acuerdo?—

Por fin volvió a mirarle. Pero sus ojos color ámbar aleteaban inquietos de un lado a otro.

—De acuerdo, lo pensaré. Pero no hablo con nadie del Klinikum Mannheim—.

Con eso, David se dio por satisfecho de momento. —Vale—. Le entregó la historia clínica de Sarah Schubert.

—¿Has encontrado ya alguna indicación de que Josephine Weiland también sufriera un trauma?—, preguntó ella de improviso.

—No, por desgracia no—, respondió David.

—Entonces volveré a mirar en las copias de su historial por si en algún momento le hubieran hecho una RM por algún motivo. ¿Te parece bien que hoy no asista al pase de situación?—, preguntó.

David se sorprendió. Hasta ahora había estado en cada uno de ellos. Aun así respondió: —Sí, claro. Te avisaré si hay novedades—.

—Bien, gracias. Te llamo cuando me haya decidido—. Luego se despidió y se fue.

Una vez más, dejó a David perplejo. Nora era en realidad una mujer dura, pero acababa de mostrarse tímida e insegura. Cada vez se comportaba de manera más contradictoria. Casi siempre cuando se trataba de su pasado. Como acababa de ocurrir. ¿Por qué insistía en no tener contacto con el Klinikum Mannheim? No había parecido simplemente preocupada por estar condicionada, sino que daba la impresión de que había algo más detrás. Ya en la autopsia de Sarah Schubert se había sentido incómoda cuando salió el tema de su vocación inicial, la neurocirugía, y había desviado la conversación enseguida. Demasiado deprisa.

Leon se encogió de hombros. —Voy a comprobar cómo va el equipo del CRA con los interrogatorios—.

—Tengo que investigar algo más —dijo David, absorto.

Juntos fueron a su despacho y se sentaron frente a frente ante sus respectivos PC. David se quedó mirando con la vista perdida el cursor parpadeante en la pantalla. El extraño comportamiento de

Nora no se le iba de la cabeza. Quería saber más de ella, como fuera. Ayer había mencionado que había escrito su tesis doctoral sobre la amígdala. Abrió su currículum, leyó la línea de su tesis y entonces intuyó por qué no quería hablar con nadie del Klinikum Mannheim. Aquel hospital la llevaba de vuelta a su pasado. Allí había estudiado Medicina y se había doctorado antes de especializarse en medicina forense.

Rápido abrió el catálogo en línea de la biblioteca de allí y buscó su tesis. No tardó en encontrarla: «Extirpación microscópica de la amígdala en pacientes con epilepsia — presentada por Nora Mors, 2012». Su trabajo, pues, trataba de la extirpación de esa región cerebral que el autor de los hechos había lesionado deliberadamente por algún motivo. Pero ¿por qué no quería tener ya nada que ver con ese campo? ¿Por qué había dejado la neurocirugía para pasarse a la medicina forense? ¿Y por qué evitaba el contacto con su antigua universidad? Buscó información privada sobre ella. Pero todo lo que halló fueron publicaciones de Nora en medicina legal y referencias a su empleador —la medicina forense de Heidelberg—. Nada en redes sociales ni en artículos de prensa: era, simple y llanamente, la médico forense, la doctora Nora Mors.

—¡Mierda! —maldijo Leon.

David asomó la cabeza por encima del borde de su pantalla para mirarle.—¿Qué pasa?

—El equipo que ha interrogado a los empleados de la Cruz Roja alemana ha terminado.

—¿Y?

—Nada. Cada uno de los empleados está limpio. Y las entrevistas en las empresas de alrededor tampoco han arrojado nada. Nadie ha visto nada raro. Volvemos a estar a cero.

—¡Joder! —se le escapó también a David. Se frotó los ojos, cansado, y luego se puso en pie de un tirón—. Voy ahora a ver a Andreas y le voy a pedir la autorización especial para Nora.

Mientras bajaba por el pasillo hacia el despacho de su jefe con paso decidido, le asaltó una punzada de duda sobre si era buena idea implicar aún más a Nora en el caso. Su competencia profesional no ofrecía dudas y, pese a su comportamiento a ratos extraño, confiaba en ella y deseaba trabajar con ella más estrechamente. Pero empezaba a tener la sensación de estar abriéndole heridas antiguas. Si ella rechazaba colaborar, no volvería a insistirle.

Capítulo 20

Nora estaba sentada en su coche, aparcado detrás de la Jefatura, y miraba absorta a través del parabrisas. Tenía la sensación de que aquel caso la arrastraba en espiral, cada vez más hondo. Y temía lo que la aguardaba al final del remolino. Ahora, además, debía interrogar a médicos. Por un lado, rehuía el contacto directo con sospechosos; por otro, quería ayudar a David y a la Soko a atrapar al autor antes de que hubiera más víctimas. Sabía que sus conocimientos médicos eran útiles aquí, pero no había dejado su antigua vida como neurocirujana por capricho. ¿Qué demonios debía hacer? Una y otra vez sopesó pros y contras, pero no llegaba a ninguna conclusión. Tras media hora de comeduras de cabeza, al final admitió que necesitaría ayuda para tomar esa decisión. No quería cargar a sus padres con ello, pero su hermana Clara seguro que podría ayudarla. Puso el motor en marcha y se fue directamente a verla.

Clara vivía en la otra punta de Feudenheim, el mismo barrio en el que residía Nora. Ella y su prometido, Kai, habían adquirido hacía unos meses una casita vieja a las afueras, que estaban arreglando poco a poco. En ese punto, Feudenheim ya lindaba con el barrio de al lado, Wallstadt, donde se extendían campos abiertos y praderas verdes. Al mismo tiempo, todo lo necesario —tiendas de primera necesidad, médicos, guarderías y colegios— quedaba a un paseo. Aquella zona era ideal para parejas con niños. Y, claro, formaba parte de su plan. Porque, después de la boda y la reforma de la casa, los dos pensaban ponerse enseguida con la familia. Clara vivía una vida de cuento. Aunque a Nora a veces le dolía pensar que ella probablemente nunca llevaría una vida así, se alegraba por su

hermana pequeña de todo corazón. Nadie lo merecía más que Clara: era la persona más servicial y empática que Nora conocía. En su trabajo como maestra de primaria, Clara se volcaba por completo. Los niños la adoraban.

Cuando Nora vio el coche de Clara frente a la casita de piedra con las contraventanas azules, sintió alivio. Por lo visto, su hermana ya estaba en casa. Su mirada cayó sobre la historia clínica de Sarah Schubert, que estaba en el asiento del copiloto. La guardó a toda prisa en el bolso, salió y subió con él los tres peldaños hasta la puerta. Antes de llamar, respiró hondo una vez más.

A los pocos segundos, la puerta se abrió de golpe y Clara apareció delante de ella con un pantalón de chándal ancho y una camisa a cuadros. Su pelo pelirrojo claro estaba recogido en un moño desordenado y ya empezaba a soltarse en mechones. Aunque tenía un estilo distinto al de Nora, se le parecía mucho. Clara era la versión más clara de su hermana: no solo el rojo de su pelo era más pálido, también su tez lo era, y, en cambio, sus pecas destacaban más. Y, en lugar de la mezcla difusa de marrón verdoso de Nora, los ojos de Clara eran de un verde claro.

—¡Hermana! —exclamó entusiasmada—. Qué alegría verte. —La abrazó con ímpetu—. ¿A qué debo el honor?

Nora se aferró, insegura, a su bolso.—La verdad, necesito tu consejo.

—Bueno, entonces entra. Voy a preparar un té —Clara la atrajo al interior de la casa, cerró la puerta y avanzó decidida por el pasillo.

Nora la siguió hasta la luminosa cocina. Sobre la mesa había cuadernos escolares, blocs de notas y bolígrafos desperdigados. —Estaba justo corrigiendo exámenes —explicó, apartando los papeles para hacer sitio—. ¿Te parece bien un té chai?

—Suena bien. —Nora colgó su bolso del respaldo de la silla y se sentó a la mesa.

Mientras Clara ponía agua a hervir y rebuscaba el chai en el armario de la cocina, dijo: —Me alegra que hayas venido. En

nuestras últimas llamadas tuve la impresión de que este nuevo caso te está estresando bastante.

—El consejo que necesito tiene, de hecho, que ver con eso —confirmó Nora.

Por fin Clara encontró el té, lo infusionó con agua hirviendo y colocó las humeantes tazas entre ambas sobre la mesa. Luego se inclinó con interés. —Cuenta.

—En el caso se trata realmente de un asesino en serie. Eso ya está claro. A ambas mujeres las mataron del mismo modo: con dos puñaladas en la sien. —Nora dio un sorbo al chai caliente antes de continuar—. ¿Recuerdas que te conté que en la primera víctima ambas amígdalas quedaron lesionadas?

Su hermana asintió en silencio.

—Fue totalmente intencionado. En la segunda víctima pasa lo mismo.

Clara le agarró la mano. —Ay, Dios mío, debe de ser increíblemente duro para ti.

Nora soltó una risa amarga. —Ya lo puedes decir. Pero parece que este caso estuviera hecho para mí. A alguien sin mis conocimientos quizá ni siquiera le habría llamado la atención que precisamente esa parte del cerebro era el objetivo y que la segunda víctima sufría un trastorno de estrés postraumático. Hemos llegado a la conclusión de que el autor debe de ser un médico que conoce el historial de sus víctimas y quiere liberarlas de su trauma.

—¡Eso está genial! La neurocirugía siempre ha sido tu especialidad.

—Y me aparté de ella a propósito.

Clara alzó una ceja. —Siempre he dudado de que fuera la decisión correcta, lo sabes.

Nora luchó por mantener la compostura y respiró hondo. —Lo sé. Pero me siento mucho más cómoda ayudando a la gente de esta manera. Ahora el investigador principal, David Richter, me pide que

haga los interrogatorios a los médicos con él. Cara a cara. Quiero ayudar, pero creo que en el contacto directo no me sentiría a gusto. Como muy tarde esta noche tengo que darle una respuesta. —Miró a su hermana con expectación.

Clara meditó largo rato la respuesta y, por fin, dijo: —Probablemente no quieras oírlo, pero creo que te ayudaría poder asociar, después de tanto tiempo, algo positivo —quizá una experiencia de éxito— con la neurocirugía.

—¿Y si cometo un error?

—Nora, no puedes esconderte de la vida para siempre. Aunque ahora suene probablemente como Adrian —las personas cometen errores—.

—Pero cuando mis pacientes llegan a mi mesa de autopsias, esos errores casi siempre los ha cometido ya otra persona —soltó Nora.

Clara bajó la mirada, afectada. —Por lo visto, con tus conocimientos has ayudado mucho a los investigadores en este caso. Si no, ese David Richter no te confiaría una tarea así. ¿O no te parece competente?

La mirada de Nora se suavizó. —Sí, mucho.

Clara escrutó los ojos de Nora. —¿Te sientes a gusto con él? —Cuando Nora la miró confundida, añadió—: Quiero decir, ¿podrías imaginarte trabajar más estrechamente con él? ¿Confías en él?

—Sí, sí confío. —A Nora le sorprendió lo rápido que le salió la respuesta. Hacía mucho que no confiaba en nadie fuera de su familia.

—Pues ya está. Entonces no estás del todo sola. Ni eres la única responsable.

Con todas las dudas sobre sí misma, Nora ni siquiera había pensado en que David estaría siempre a su lado. —Tienes razón.

—Yo digo que lo hagas. Esta experiencia podría venirte bien. Echo de menos a la antigua Nora. Antes te lanzabas a la investigación sin pensártelo dos veces, con curiosidad y pasión. Pero ahora ya no te

arriesgas. Ni en lo profesional ni en lo personal. Desde que Adrian te dejó, no has vuelto a estar con nadie. Mantienes todo y a todos a distancia.

—Deja a Adrian fuera de esto —dijo Nora, tajante.

Clara suspiró. —Como quieras. Aun así, tendrás que atreverte a salir de tu caparazón alguna vez. Y este sería un buen primer paso. Antes estabas especializada en la curación de pacientes con epilepsia. Intenta ver a los pacientes con TEPT de tu caso como un nuevo grupo objetivo —propuso.

Clara tenía razón. Las víctimas de aquel caso ya habían sufrido bastante en su vida. Precisamente ellas no se merecían más dolor. Y ella podía ayudar. Curar a pacientes con alteraciones neurológicas había sido desde el principio la intención de Nora al elegir su profesión. Su hermana había tocado una fibra sensible y, de pronto, su espíritu investigador se activó; no con el ímpetu de antaño, pero al menos una chispa empezaba a prender.

Clara pareció darse cuenta de que en Nora algo había cambiado, porque sonrió satisfecha.

—¿Sabes qué? Voy a intentarlo.—

—¡Sí!— Clara se le echó al cuello.— ¡Estoy orgullosa de ti, hermanita!—

—Vale, vale. Me estás asfixiando—, intentó Nora zafarse desesperada del abrazo estrangulador de Clara.

Clara la apretó fuerte una vez más y luego se separó de ella.

Nora pescó el móvil del bolso. —Ahora vuelvo. Voy a llamar a David antes de que me falte el valor otra vez.—

—Hazlo—. Clara aplaudió entusiasmada.

Nora salió a la calle a tomar el aire. Justo cuando iba a marcar el número de David, se acordó de que quería mirar en la historia clínica de Josephine Weiland si en el pasado le habían hecho radiografías.

Como hoy ya no iba a ir a la Medicina forense, llamó sin más a Philipp.

—Medicina forense de Heidelberg, ¿Philipp Kramer?—, respondió él.

—Soy yo, Nora.—

—Ya nos preguntábamos dónde te metías.—

—Lo siento, hoy ya no llego a la oficina. ¿Podrías hacerme un favor y mirar en la historia clínica de Josephine Weiland si con el Dr. Winkler u otros médicos le hicieron alguna vez radiografías del cerebro?—

—Espera un momento.— Philipp tecleó y fue haciendo clic con diligencia al fondo.— No, al menos aquí no consta.—

Nora se lo pensó.— ¿Y la operaron de algo en algún hospital?—

—No.—

—¿Desde cuándo estaba en tratamiento con el Dr. Winkler?—

Philipp volvió a navegar por la historia clínica escaneada.— Desde la infancia. Nunca cambió de médico de cabecera.—

—Mmm, vale, gracias. Mira, mañana voy a realizar más entrevistas con David Richter. Así que no sé si, ni cuándo, podré pasarme mañana por la Medicina forense.—

—Al final te vas a convertir en toda una investigadora—, la picó Philipp.

—No llegaría tanto—, replicó Nora.— Te llamo mañana a lo largo del día.—

Luego colgó y, nerviosa, marcó el número de David.

—Nora, qué bien que llames—, la saludó él.

—Hola, David. Lo he pensado. Haré el interrogatorio contigo.—

—¿De verdad? ¡Genial!— Se aclaró la garganta, incómodo.— Quiero decir, nos va a ayudar mucho. Andreas Müller me ha dado hace un rato el permiso oficial. Solo que no puedes hacer nada por

tu cuenta: siempre tiene que haber un agente de policía armado contigo. Mañana Leon se ocupa de las comprobaciones de la clínica. Y nosotros dos iremos a la consulta del Dr. Helfrich. Te envío luego la foto de su tarjeta.—

—¿Hay algo en particular que deba tener en cuenta durante el interrogatorio?—

—No. Yo empezaré con la charla general y tú haces las preguntas técnicas cuando encaje. Y estaría bien que, de paso, le echaras un vistazo al equipamiento de la consulta.—

—Vale. Ah, y he hecho que revisen de nuevo la historia clínica de Josephine. No hay ninguna indicación de radiografías ni de intervenciones quirúrgicas. Según el expediente, siempre ha estado en tratamiento con el Dr. Winkler. Pero quizá podrías volver a preguntar a los Weiland si no estuvo alguna vez con otro médico que no enviara su documentación al médico de cabecera.—

—Eso se lo encargo a Leon.—

—Bien. ¿A qué hora nos vemos mañana?—

—A las nueve, delante de la consulta.—

—Vale, hasta entonces.—

—Hasta mañana, Nora.—

Nora sonrió al colgar. Hacía mucho que no se sentía tan valiente.

De pronto, una bici frenó en seco a su lado. —¡Eh, Nora! ¿Qué haces por aquí?— El prometido de Clara acababa de llegar a casa.

—Kai, hola.— Lo abrazó brevemente.— Bueno, como últimamente me he dejado ver tan poco, he pensado pasar a saludaros.—

—Qué bien. ¿Y por qué estás aquí fuera?— Cerró con el candado la bici.

—Oh, tenía que hacer una llamada de trabajo, nada más.—

Su móvil emitió un pitido.

Kai puso los ojos en blanco.— Eres una auténtica adicta al trabajo. Vamos, entremos.—

—Ahora voy—, dijo, y esperó a que Kai desapareciera en la casa antes de mirar el mensaje. Era de David. Le había enviado la foto de la tarjeta del Dr. Helfrich. Tenía curiosidad por cómo saldría mañana el interrogatorio. Hasta ahora, David y ella habían trabajado bien juntos, pero ahora eran un equipo de verdad que tendría que coordinarse. A su nerviosa inquietud se sumó ahora una pizca de expectación positiva.

Capítulo 21

CHARLOTTE tenía la opresiva sensación de estar rodeada de altos abetos que la acosaban. Podía oler la resina de los árboles heridos. A más de uno ese aroma le resultaría reconfortante, pero Charlotte no temía nada más que al bosque. Debía de ser de noche, porque el aire sabía frío y, a lo lejos, llamaba un búho. Luego crujió algo a su lado, alto, entre la maleza, y una voz masculina le rugió: —¡Eh!—. De pronto hubo varias voces, y la suya propia, que se volvió insoportablemente estridente. Cuando el barullo de voces escaló hasta convertirse en un auténtico huracán, la atravesó de repente un dolor ardiente. Ya no olía a resina, sino a carne quemada. Entonces todo se oscureció a su alrededor. Se sintió aliviada, porque oscuridad significaba ausencia de dolor. Pero, de pronto, volvieron a recortarse ante ella las siluetas amenazantes de los coníferos, y el áspero olor a resina volvió a subirle a la nariz.

Cuando sonó el reclamo del búho, ya sabía lo que iba a seguir. Así debía de sentirse el infierno: atrapada en un bucle infinito de dolor y sufrimiento. Cuando estaba a punto de volver a gritarlo, de pronto todas las imágenes, sonidos y olores desaparecieron, como si de golpe la hubieran privado de los sentidos. Solo el olor difuso a carne quemada seguía pegado a su nariz. A su alrededor ya no estaba todo a oscuras; en su lugar, la deslumbraba una luz intensa. Alguien trasteaba en su cabeza, le retiraba algo. La cabeza se le sentía húmeda y embotada, como si la hubiesen arrastrado por un pantano fangoso. Ahora un dolor punzante apareció en el pliegue del codo izquierdo. Abrió los ojos lentamente para ver qué lo provocaba. Por suerte ya no estaba en el bosque, sino en una sala cerrada que, sin embargo, tenía algo raro. Le recordaba a un quirófano, no tenía ventanas y, como mobiliario, solo contenía toda clase de aparatos

médicos que la rodeaban y, en parte, estaban conectados a ella: un aparato de EEG, un monitor, unas gafas de realidad virtual. Estaba inmovilizada en un sillón de tratamiento y conectada a un gotero. La aguja de la infusión era la responsable del dolor punzante.

El alivio inicial por el cambio de lugar se esfumó en un instante. ¿Qué estaba pasando allí? Charlotte quiso incorporarse, pero no podía moverse. Tenía el cuerpo paralizado. Solo sus ojos no estaban rígidos. En busca de respuestas, recorrieron la sala. Por fin se detuvieron en un hombre que estaba de espaldas a ella y manipulaba un objeto brillante sobre una bandeja. El hombre le resultaba de algo conocido. Toda la situación le resultaba familiar, aunque había algo que no encajaba, como si el mundo estuviera patas arriba. Ahora él se giró hacia ella. En ese instante, ella lo reconoció y supo que no pertenecía a ese lugar.

Charlotte entró en pánico. En busca de una salida, su mirada correteó de un lado a otro. Se esforzó tanto que le dolieron los ojos. Detrás de él vio una puerta. Pero ver una vía de escape sin poder moverse era una auténtica tortura. Con la esperanza de que alguien la oyera gritar al otro lado, respiró hondo. Pero también le fallaron las cuerdas vocales. Lo único que salió fue un leve jadeo.

—No se preocupe, voy a liberarla—, dijo con la mirada nerviosa. Luego se acercó a ella con el instrumento de brillo plateado, le giró la cabeza bruscamente hacia un espejo, colocó la parte puntiaguda del instrumento sobre su sien y alzó la otra parte para tomar impulso.

Una parte de Charlotte se sintió aliviada de que aquel dolor aparentemente interminable fuese a acabarse por fin, y se alegró ante la perspectiva de la oscuridad absoluta. Pero cuando la punta afilada le penetró honda en el cráneo y el dolor la envolvió como una ola, su último pensamiento fue que jamás habría imaginado desear volver al bosque, donde había empezado el horror.

Capítulo 22

La consulta de Helfrich se encontraba en un bonito edificio antiguo, en Neckarstadt Ost. La Max-Joseph-Straße, con su empedrado, la alameda de viejos plátanos y los edificios altos y elegantes, era una dirección preciosa para acudir con regularidad a una cita tan emocionalmente convulsa como la de una psicoterapia. Nora tenía curiosidad por saber si el interior de la consulta era tan acogedor como su envoltorio exterior. Pero, sobre todo, sentía curiosidad por el terapeuta de Sarah. Se había propuesto fijarse en todo al detalle. No quería de ningún modo que David se arrepintiera de haberle pedido ayuda. Ya por la mañana había estado nerviosa, pero ahora, con el interrogatorio a punto de empezar, sentía la tensión como una piedra pesada en el pecho que no la dejaba respirar con libertad.

Ahora David aparcó también su coche frente a la consulta, se bajó y se acercó a ella sonriendo. —Buenos días.

Su rostro amable hizo que su respiración volviera a acompasarse. —Buenos días también para ti.

—¿Cómo te sientes? ¿Todo bien?

—Sí, solo un poco nerviosa.

—No hace falta que lo estés. Lo haremos como en el interrogatorio de ayer. Tú escuchas e intervienes cuando se te ocurra una pregunta o algo te parezca sospechoso. El resto me lo dejas a mí. Sacó del bolsillo una acreditación que la identificaba como asesora oficial de la Policía Criminal. —Esto te ayudará a marcar distancia ante él como colega.

Nora ya le había estado dando vueltas a cómo presentarse ante el colega médico, puesto que su cometido era, precisamente, cuestionarle con espíritu crítico. La acreditación ayudaba, claro. —

Muchas gracias. Es una idea realmente buena. Mientras prendía la placa en la solapa de su americana, dijo: —Por cierto, anoche repasé la historia clínica de Sarah Schubert. De momento, todo coincide con los informes sobre el desarrollo del accidente. Más allá de eso, no hay nada llamativo. ¿Pudo Leon localizar a otros médicos de Josephine Weiland?

—No, por desgracia no. Confiemos en que la visita al Dr. Helfrich nos haga avanzar. ¿Vamos? La tocó suavemente en la espalda.

Instintivamente, Nora se puso rígida. No había sido un contacto desagradable; al contrario. Pero en ese instante tomó conciencia de cuánto tiempo hacía que ningún hombre la tocaba. Había sido decisión suya, desde la ruptura con Adrian, no dejar que nadie se le acercara; aun así, el anhelo que sentía con nitidez en ese momento le mostraba lo sola que estaba desde entonces. Pero ese deseo de algo más la volvía vulnerable. No podía permitírselo.

David pareció notar su reacción, porque retiró enseguida la mano y pulsó el timbre de la consulta. —Por cierto, no sabe que venimos. Los lunes no pasa consulta y no le he dejado adrede ningún mensaje en el buzón para no avisarle.

De inmediato sonó el zumbido del abrepuertas, que los dejó entrar en la escalera, de varios pisos, con un olor algo a humedad. La consulta del Dr. Helfrich estaba en la entreplanta. Solo tuvieron que subir unos pocos peldaños para llegar a su puerta. Apenas entraron en la consulta, el olor rancio se desvaneció y dio paso a un aroma terroso y hogareño, desprendido por el parqué de madera maciza y los muebles de madera. El mobiliario de la consulta estaba dominado por tonos marrón claro, y las largas paredes blancas lucían molduras de estuco. La primera impresión de Nora fue bastante positiva.

—Ahora mismo voy —oyeron a Dr. Helfrich gritar desde una sala más al fondo.

David y Nora esperaron en silencio en la entrada. Oyeron al terapeuta teclear con ahínco, luego salió de su despacho por el pasillo con pasos que crujían. Era esbelto y alto y llevaba un jersey

de cuello vuelto muy cerrado, que hacía que toda su figura pareciera aún más larga. El pelo empezaba a clarearle y llevaba unas gafas sin montura que destacaban sus facciones suaves. Al verlos, se sorprendió visiblemente. —Oh, buenos días. No tengo apuntada ninguna cita a esta hora. Sacó de su bolsillo un calendario manejable y empezó a hojearlo.

—No nos va a encontrar ahí —lo interrumpió David y mostró su acreditación—. Venimos de la Kripo Mannheim. Me llamo David Richter —investigador principal—, y esta es mi colega, la doctora Nora Mors. Es médico forense y está aquí en calidad de asesora.

El Dr. Helfrich dejó caer el calendario, atónito. —¿Policía criminal? Por el amor de Dios. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien mi familia? El pánico asomó a sus ojos.

—No se preocupe, su familia está perfectamente —lo tranquilizó David—. Venimos por una de sus pacientes. A Sarah Schubert la han encontrado muerta el fin de semana.

Se llevó una mano a la boca. —¡Dios mío! ¿Sarah Schubert está muerta? ¿Qué le ha sucedido?

David miró hacia la habitación del fondo de la que había salido el Dr. Helfrich. —¿Quizá podríamos sentarnos un momento? Como podrá imaginar, tenemos algunas preguntas para usted como su psicoterapeuta tratante.

—Por supuesto —respondió e hizo un gesto invitándolos a su consulta—. Por favor, pasen.

Nora entró en la sala con especial atención, el lugar donde el Dr. Helfrich solía hablar con sus pacientes. El techo era lo bastante alto como para dejar que los pensamientos volaran a sus anchas. Las paredes estaban ocupadas por estanterías repletas hasta rebosar y por cuadros surrealistas de Dalí. Delante de un sillón de cuero anticuado y de un sofá tapizado más acogedor había extendidas alfombras orientales. El despacho —igual que el propio Dr. Helfrich— desprendía un marcado aire intelectual.

El terapeuta tomó asiento en el sillón de cuero; Nora y David se sentaron juntos en el sofá de dos plazas. Al hundirse profundamente en el mullido mueble, Nora se sintió de algún modo indefensa. Sin embargo, desde esa posición baja tenía una buena vista del contenido de las estanterías. Junto a numerosos libros especializados y sujetalibros decorativos había muchos recuerdos de viaje: tallas de madera africanas, arte aborigen y telas indias. Nada de aquello servía como arma. Sabía por David que a Sarah también le gustaba viajar. Se preguntó si el Dr. Helfrich había hablado con Sarah de aquel interés común. Nora examinó críticamente al psicoterapeuta. ¿Sería capaz de perpetrar un acto tan brutal? No tenía pinta de asesino en serie, se sorprendió Nora pensando con ingenuidad. Pero ¿qué importancia tenían las apariencias? Lo único que importaba eran las pruebas.

—Dr. Helfrich, por lo que sabemos, Sarah Schubert estaba con usted en tratamiento por un accidente que tuvo hace dos años con sus padres —abrió David la conversación.

El Dr. Helfrich se ajustó las gafas sin montura. —Es correcto.

—En ese accidente perdió a ambos padres y desde entonces vivía con su abuela —prosiguió David.

—No exactamente. Solo después de unas semanas en el hospital y de una estancia más larga en una clínica de rehabilitación se fue a vivir con su abuela. Y solo después vino conmigo a tratamiento.

—¿Y cómo llegó hasta usted? —preguntó David con total naturalidad.

—Su médica de cabecera, la doctora Eckert, me recomendó, ya que estoy especializado en trastorno de estrés postraumático.

—¿Quiere decir que trataba a Sarah Schubert por un TEPT?

—Correcto.

Aunque David no la miró, Nora percibió aun así su alivio por la confirmación. El posible móvil del autor no quedaba, al menos por ahora, descartado.

El Dr. Helfrich frunció el ceño, desconcertado. —Disculpen, pero ¿tiene relación el diagnóstico de Sarah con su muerte?

—Pregunta interesante —observó David, dejando la respuesta en el aire—. ¿Cómo diagnosticó el TEPT? —preguntó en su lugar.

—Sarah Schubert vino a verme más de medio año después del accidente y seguía lidiando con depresión, pesadillas y amnesia disociativa.

—¿Amnesia disociativa? —replicó David.

—Se entiende por ello una pérdida parcial de memoria relacionada con acontecimientos traumáticos. Sarah recordaba escenas de antes y después del accidente, pero no el accidente en sí. El dolor era para ella tan profundo que ella, o mejor dicho su subconsciente, había reprimido cualquier recuerdo al respecto. La consecuencia fueron flashbacks de día y pesadillas de noche. Por tanto, era imprescindible que llenara esas lagunas de memoria para poder procesarlo correctamente. Mientras el cerebro no procesa las vivencias traumáticas, estas pesan sobre los pacientes con TEPT y no puede iniciarse la curación. El objetivo de mi terapia es conseguirlo.

—¿Y cómo lo hace exactamente? —intervino ahora Nora.

—En forma de una terapia de ligera exposición. En la primera fase se lleva a cabo prioritariamente terapia clásica de conversación, para que yo pueda conocer a mis pacientes y su trauma y comprenderlos. Por regla general les pido a mis pacientes que anoten a diario su estado emocional en un cuaderno terapéutico. Así se hizo también con Sarah Schubert.

—Lo sabemos. Hemos asegurado el cuaderno terapéutico como prueba —intervino David.

El Dr. Helfrich vaciló. Parecía molestarle que la policía hubiera leído el cuaderno. A estas alturas Nora conocía tan bien a David que sabía que con aquello quería poner a prueba al psicoterapeuta.

El Dr. Helfrich carraspeó. —Entonces ya tienen una idea aproximada de cómo es algo así—. Volvió a ajustarse las gafas y prosiguió con sus explicaciones. —Cuando la base de confianza está sentada, llevo a cabo un EMDR en varias sesiones—. Esta vez dio una explicación directa antes de que David pudiera repreguntar. —EMDR significa Eye Movement Desensitization and Reprocessing; en español, desensibilización y reprocesamiento por movimientos oculares. El paciente sigue con la mirada el movimiento de mis dedos. Esos movimientos activan procesos en el cerebro que sirven para procesar el trauma.

—En concreto, se pretende trasladar recuerdos no procesados al hipocampo para integrarlos en la memoria a largo plazo —precisó Nora.

El Dr. Helfrich asintió hacia ella con aprobación. —Por lo visto domina usted bien la materia, colega.

Pero Nora no se dio por aludida. —¿Y tuvo éxito con Sarah Schubert?

—Al menos progresaba. Últimamente conseguí que se quedara en una gasolinera sin sufrir un ataque de pánico. El olor a gasolina era uno de sus desencadenantes. Hace unas semanas incluso volvió a subir por primera vez a un coche como pasajera. Yo lo doy por un gran éxito.

—Pero aun así tenía lagunas de memoria, según pude ver en su cuaderno de terapia —replicó David.

—Así es. Sus trastornos del sueño hicieron casi imposible consolidar nuestros avances de forma duradera. A estas alturas hay varios estudios sobre el tema. Dado que el sueño es un componente increíblemente importante para procesar nuestras vivencias y emociones, un trastorno del sueño persistente, como el que presentaba Sarah Schubert, puede obstaculizar la curación. Por eso, durante su primer año de terapia, la inscribí además en un estudio del *Zentralinstitut für Seelische Gesundheit Mannheim*, en el que a los participantes con TEPT se les sometía a un entrenamiento de

procesamiento con monitorización del sueño. Por desgracia, no ayudó mucho.

David sacó su bolígrafo. —¿Cuándo exactamente fue eso?

—En primavera de 2021.

—¿Hay documentación al respecto?

—Eso tienen que preguntárselo al ZI. Al fin y al cabo, era su estudio. Como el procedimiento no dio resultado con Sarah, dejó de tener interés para mí.

—Pero supongo que usted sí tiene documentación propia sobre Sarah Schubert —insistió David.

—Por supuesto.

—La necesitamos.

El Dr. Helfrich no parecía especialmente entusiasmado, pero tampoco presentó objeciones; se dirigió sin comentario a su escritorio y buscó el expediente de Sarah.

Mientras tanto, Nora preguntó: —¿Y cómo exactamente midió el éxito de su terapia, aparte de esos pequeños logros como lo de la gasolinera?

Había encontrado la documentación de Sarah y se la entregó a David; volvió a sentarse con parsimonia en su sillón de cuero y cruzó las piernas. —¿A qué se refiere exactamente con la pregunta?

El Dr. Helfrich la miró escrutador a través de sus cristales redondos, como si fuera paciente suya. Probablemente estaba decidiendo en qué cajón encasillarla. Nora se sintió incómoda. Aun así, se esforzó por sostenerle la mirada. —¿Su éxito es medible desde el punto de vista médico? ¿Ha realizado algún tipo de pruebas? Por ejemplo, ¿le hizo una RM o un TAC del cerebro?

—Le hice un EEG para medir su actividad cerebral. A lo largo de la terapia registraron una mejora notable. También pueden verlo en los expedientes.

Los pensamientos de Nora se atropellaron. Con un EEG solo no se puede visualizar la amígdala cerebral. Tampoco sabría cómo el Dr. Helfrich podría haber herido a Sarah con un EEG. Quizá tendría una corazonada al ver el aparato. —¿Tiene aquí en la consulta los equipos?

—Sí.

—Me gustaría echarles un vistazo.

El Dr. Helfrich estaba visiblemente desconcertado, pero se levantó sin vacilar y condujo a ambos de buen grado al cuarto contiguo, sin ventanas, donde el equipo de EEG estaba junto a un sillón de tratamiento. Las víctimas habían muerto en posición tumbada, estaban inmovilizadas y habían sido sedadas varias veces. Eso podría haber ocurrido en un sillón de tratamiento médico. Pero esos sillones los hay en casi cualquier consulta. No significaba nada.

Nora examinó el EEG. Del monitor salían electrodos conectados por cables, que durante la medición se colocaban con gel en la cabeza del paciente, también en las sienes, justo donde estaban las lesiones de las víctimas. Pero de esas láminas planas no podían proceder heridas profundas en la cabeza. Dejó vagar la mirada por el resto de la estancia. Nada parecía sospechoso. —Por el EEG deduzco que es usted psicoterapeuta médico, ¿no?

El Dr. Helfrich asintió.

—¿Entonces su licencia profesional también abarca prescribir medicamentos? —insistió ella.

—Así es, doctora Mors.

—¿Su actividad requiere manejar midazolam?

El Dr. Helfrich parecía contrariado. —¿Qué iba a hacer yo con midazolam? No soy anestesista.

Nora le creyó. Pero David tenía un olfato mejor para las personas. Estaba deseando saber cómo valoraría él al psicoterapeuta.

Entonces el Dr. Helfrich ya no pudo contener su curiosidad. —Por el amor de Dios, ¿qué le ha pasado a Sarah Schubert para que

hagan esas preguntas?

La mirada de Nora buscó ayuda en David.

Él, sin embargo, respondió de nuevo con una contrapartida: —¿Dónde estuvo usted la noche del viernes al sábado?

—¿Me consideran sospechoso? —preguntó indignado el Dr. Helfrich.

—Se lo preguntamos a todo aquel que tuvo contacto con Sarah Schubert.

—Estuve en casa con mi familia. Eso pueden comprobarlo cuando quieran. Por la noche recibimos a unos amigos y después nos fuimos a la cama.

David anotó sus datos. —¿Cuándo estuvo Sarah Schubert por última vez con usted?

—El jueves.

—¿Y no le comentó adónde pensaba ir el viernes por la noche?

—No, no lo hizo.

—¿Le encomendó por casualidad alguna tarea que tuviera que ver con visitar el lugar de su accidente?

De nuevo, en el rostro del Dr. Helfrich se dibujó un gran signo de interrogación. —No. ¿Por qué lo pregunta?

O el Dr. Helfrich era un buen actor, o realmente no tenía ni idea.

—Porque han encontrado muerta a Sarah Schubert en el pilar del Puente ABB.

—¿Cómo? —Entonces el Dr. Helfrich se quitó las gafas, desconcertado—. Eso no puede ser.

—A nosotros tampoco nos parece precisamente casualidad —dijo David.

—¿Qué pintaba allí? Yo, al lugar del accidente, aún no me he atrevido a acercarme. Que yo sepa, ella no había vuelto desde el accidente.

—¿Quién más sabía del accidente y de sus detalles?

—Su abuela y sus médicos. Por lo demás, Sarah no tenía muchos contactos.

Así que su sospecha de que el autor era médico seguía en pie.

—¿Intentó alguna vez Sarah localizar al conductor temerario de entonces?

—No. ¿Cómo iba a hacerlo? Ni siquiera recordaba el accidente, y mucho menos al causante del mismo.

—Una última pregunta, Dr. Helfrich: ¿Le dice algo el nombre Josephine Weiland?

—No. ¿Quién es?

—Bah —esquivó David—, solo una pista que estamos siguiendo ahora mismo. Es posible que Sarah la conociera. Hizo otra anotación y luego se dirigió a Nora—. Si no tienes más preguntas, de momento hemos terminado aquí.

—Por ahora no —respondió ella.

—Bien. Muchas gracias por su ayuda, Dr. Helfrich. Nos pondremos en contacto si surgen más preguntas.

—Con mucho gusto —respondió, aturdido. La conmoción se leía en su rostro. Al parecer, él también intentaba encontrarle sentido a aquellas extrañas circunstancias. Absorto, los acompañó hasta la puerta y allí se despidió con un leve y débil gesto de la mano.

Cuando volvieron a sus coches, Nora se dirigió a David, curiosa: —Y bien, ¿qué impresión te ha dado?

—Aquí no —dijo él, mirando hacia la consulta—. A la vuelta de la esquina hay un café muy majo. ¿Desayunamos juntos allí y comentamos?

Nora vaciló. No tenía realmente ganas de comer, pero le interesaba mucho la opinión de David y se sentía a gusto en su presencia. Aunque con él siempre temía que la calara: como si la máscara que

se ponía con los demás no le funcionara con David. Eso la descolocaba. Sin embargo, al fin y al cabo también había aceptado el interrogatorio para ayudarle. Así que se animó. —Encantada.

Dejaron los coches donde estaban y caminaron juntos por la calle y a la vuelta de la esquina, donde estaba el pequeño café. Al entrar en el local luminoso, del que colgaban plantas del techo, el dueño tras la barra saludó efusivamente a David. —David, por fin nos vuelves a honrar con tu presencia.

—Hola, Chris—.

Ambos se dieron palmadas en los hombros.

—Y traes visita—.

—Sí, esta es mi colega, la doctora Nora Mors—, la presentó David.

Nora asintió al dueño del café. —Hola—.

—Teníamos asuntos de trabajo por aquí cerca y pensamos trasladar nuestra reunión aquí. Y ¿qué mejor que tu desayuno à la Chris?—, le guiñó David.

—Muy buena elección—, respondió Chris. —Venga, poneos cómodos—.

David condujo a Nora a una mesa libre junto a la ventana. —No sé muy bien qué te gusta desayunar, pero aquí seguro que encuentras algo. Y todo está buenísimo. Confía en mí.—

—Parece que te conoces bien el café—, constató Nora.

—Vengo a menudo; mis padres viven cerca.—

—Entonces, ¿te criaste por aquí?—

—Sí. ¿Y tú? ¿Has vivido siempre en Mannheim?—

Nora asintió. —Me crié en Feudenheim. Allí seguimos viviendo todos: mis padres, mi hermana con su prometido y yo también. Para mí, mantener el contacto con la familia es importante—.

—A mí me pasa igual—, dijo David.

—¿Tú también tienes hermanos?—

—No, aunque me habría gustado. A los hijos únicos siempre se les cargan demasiadas expectativas.—

Nora estaba a punto de preguntarle en qué sentido había sido así cuando Chris les sirvió una bandeja de varios pisos con distintas variedades de queso, embutidos y mermelada casera, además de panecillos, cruasanes, huevos y café. David tenía razón. La oferta era, de hecho, abundante.

Se sirvió con ganas.

Nora, en cambio, se cogió solo un cruasán pequeño y se sirvió una taza de café. En realidad estaba demasiado nerviosa para comer.

—¿Y a qué se dedica tu hermana? ¿También es médica?—, preguntó David entre dos bocados de su panecillo.

—Oh, no, Clara es en muchos sentidos el completo opuesto a mí. Es maestra de primaria y parece hecha para ello. Siempre digo que es un poco como Pippi Calzaslargas: despreocupada, algo infantil y con un buen humor contagioso—.

—¿Y tú no eres nada de eso?— David le sonrió.

Nora rió, algo incómoda. —La verdad es que soy la más seria de las dos.—

—¿Siempre has sido tan seria, o hay algún motivo en concreto?— Sus ojos recorrieron su rostro con curiosidad.

Entonces Nora tuvo la sensación de que David quería radiografiarla como a una de sus sospechosas. —A medias. Mi profesión no ayuda precisamente a que una se vuelva más optimista. Y la vida tampoco me lo ha puesto siempre fácil. A menudo desearía tener algo más del desparpajo de mi hermana, pero por desgracia yo siempre he sido más dada a darle vueltas a todo que ella. Ahora, por ejemplo, no dejo de pensar en la conversación con el doctor Helfrich. Estoy deseando oír tu opinión sobre él—, desvió hábilmente el tema.

Por la expresión decepcionada de David comprendió que le habría gustado saber más de ella y de su vida privada. Pero, a juicio de

Nora, ya se había abierto con él más que con nadie en los últimos años.

David aceptó el límite que ella le había marcado y cambió de tema. Como aquella mañana había poca gente, no tenían vecinos inmediatos que pudieran oír su conversación. Aun así, se inclinó hacia ella cuando empezó a hablar de la visita al doctor Helfrich. —Antes de que crucemos impresiones, quiero decirte que lo has hecho realmente bien. Tus dudas eran completamente innecesarias.—

Nora sintió cómo se le quitaba un gran peso de encima. —Gracias. —

—¿Y te ha parecido algo sospechoso? ¿El aparato de EEG, quizá?—

—La verdad es que no, no especialmente. La silla de tratamiento fue lo único que me hizo saltar las alarmas. Pero de esas hay en casi cualquier consulta. El propio EEG es inocuo. Las plaquitas de electrodos se colocan planas sobre la cabeza. Nada de eso podría causar a una persona una herida punzante profunda. La amígdala no puede verse en un EEG. Y las explicaciones del doctor Helfrich sobre su método de tratamiento me resultaron coherentes.—

—Parece que dominas bien la materia.— David dio un sorbo a su café y la miró por encima del borde de la taza.

Y otra vez la neurocirugía estaba sobre la mesa. —Sí, todavía recuerdo bastante de eso de mis años de estudiante. Cambió de tema enseguida. —Tú, en cambio, eres mejor calibrando a la gente. ¿Qué impresión te llevaste del doctor Helfrich?

—Un intelectual, y le gusta exhibirlo. Su decoración era de buen gusto, pero también quería dejar claro que es culto y cosmopolita. Aun así, me imagino que es empático en el trato con sus pacientes. Su comportamiento no fue sospechoso —salvo por el detalle de que, al hablar de Sarah Schubert, pasó sin problemas al pasado—. Se desconcertó un instante cuando saqué el tema del libro de terapia, pero se recompuso con bastante rapidez. Pequeñas vacilaciones son normales. Ninguna reacción habría sido más sospechosa, porque

habría indicado que llevaba una historia preparada. —David cogió un cruasán y lo untó con mermelada.

Nora estaba impresionada de cómo David leía a la gente con esos pocos detalles. Se preguntó si eso se aprendía en la academia de policía o si era un talento personal de David. —Pero cuando le preguntaste por su coartada se indignó, aunque debería tener claro que esas preguntas forman parte del procedimiento estándar —señaló.

—Gente como el doctor Helfrich, que le da mucha importancia al prestigio, por lo general se escandaliza cuando los tratan como sospechosos. Precisamente en las profesiones médicas la confianza y el prestigio son clave. La reputación te precede. Pero ¿a ti qué te voy a contar? —Él le sonrió.

Nora dio un respingo. Enseguida se le agolparon los recuerdos del quirófano del Klinikum Mannheim en su conciencia. Confianza. La confianza fue lo que la familia Lindberg depositó entonces en el equipo de neurocirugía. Y esa confianza la habían hecho añicos, sin piedad, en el quirófano. A Nora se le aceleró el pulso. Las manos se le humedecieron y empezaron a temblarle. Aquí no. Ahora no. No delante de David. Intentó frenar el ataque de pánico recordando las palabras de Clara: los médicos tampoco eran infalibles. Pero la verdad era que la mayoría de los pacientes los tenían por dioses de blanco capaces de obrar milagros. Pero esa imagen la habían destruido para siempre en la operación de la pequeña Finja. Como dioses, decidieron sobre la vida de una niña inocente. Y se la arrebataron. En su mente veía a Finja Lindberg tendida en la mesa de operaciones, y Nora no podía hacer nada para evitarlo. Desvalida, intentó fijar la vista en algo que la calmara. Pero al clavar la mirada en la mermelada roja de fresa del plato de David, solo vio el rojo. La mancha se licuó, se extendió. Sangre. Sangre por todas partes. Instintivamente, dio una bocanada de aire.

—¿Estás bien, Nora?

Sobresaltada por la voz de David, alzó la vista y se encontró con sus ojos preocupados. Intentaban mirar detrás de su fachada, que

acababa de empezar a resquebrajarse de forma evidente. Nora miró su taza de café. Luego dio un buen trago y respiró hondo. —Sí, todo bien.

—Ya veo que no es verdad —insistió.

Lo miró suplicante. —Por favor, David. No puedo hablar de eso. No aquí, ni ahora.

—Vale, como quieras —dijo, y le apretó brevemente el antebrazo.

Respiró y retomó enseguida lo último que había dicho David. —Sigue siendo posible que el autor sea un médico. ¿Habéis empezado ya a interrogar al personal de la clínica MEDIAN y del Klinikum Mannheim?

Una vez más, él respetó su deseo de no hablar de lo que de verdad la ocupaba y asintió. —Leon está en ello ahora mismo. Luego me pondré a mirar de cerca el ZI Mannheim y a ver si encuentro algo sobre el estudio que mencionó el doctor Helfrich. ¿Te suena?

—No, pero el campo de investigación del ZI es realmente amplio; trabajan de forma interdisciplinar e internacional.

—Ese *Zentralinstitut für Seelische Gesundheit* también es una especie de clínica, ¿no?

—Es ambas cosas: un hospital para trastornos mentales y un centro de investigación en psiquiatría y psicoterapia.

—Vale, entonces le echo un ojo en cuanto verifique la coartada del doctor Helfrich. ¿Vienes a comisaría? —preguntó David.

—Iré esta tarde a vuestra reunión de situación. Hoy tengo que dejarme caer otra vez por Patología. —Nora ya había sacado el monedero para pagar.

Pero David puso la mano encima. —Ese lo vuelves a guardar. Estás invitada; además, tampoco has comido gran cosa —dijo, mirando su cruasán a medio comer.

—Muchas gracias. Es que no tenía mucha hambre —se disculpó.

—No pasa nada.

Tras pagar, salieron del pequeño café y regresaron hacia la Max-Joseph-Straße. Ya casi habían llegado a sus coches aparcados cuando Nora oyó que alguien gritaba desde la acera de enfrente: —¡David!

Un hombre alto y atlético se acercó a ambos.

—Es mi padre —explicó David—. No parecía muy entusiasmado.

Nora reconoció al hombre de la foto familiar del despacho de David. Aunque se parecían, su padre irradiaba una frialdad que no conocía en David. —¿Qué haces aquí?

No hubo abrazo paternal ni nada parecido.

—Mi colega, la doctora Nora Mors, y yo teníamos trabajo por la zona. Es forense. —David estaba ahora mucho más distante que de costumbre.

—Encantada de conocerle —dijo Nora y estrechó la mano del señor Richter—. Tenía un apretón firme.

—El placer es todo mío. —Dirigiéndose a David, dijo—: Ya me han dicho que tienes un caso nuevo y que Andreas te ha encargado la investigación principal. Espero que te estés desenvolviendo bien, ¿no? —preguntó con tono severo.

Nora advirtió que David adoptaba una postura tensa.

—Doy lo mejor de mí —respondió con sequedad.

—Su hijo es un investigador realmente excelente —acudió en su ayuda Nora.

—Eso es lo que espero —dijo el señor Richter.

Nora oyó a David exhalar con esfuerzo. —Tenemos que irnos ya —cortó en seco la conversación.

Parecía incómodo con la situación. Nora se preguntó si tenía que ver con ella o con su padre. Ya en la foto de familia le había llamado la atención que David parecía más cariñoso con su madre que con su padre. David había hablado antes en el desayuno de grandes expectativas. ¿Le estaba metiendo presión su padre?

—Entonces no os entretengo más.

—Saluda a mamá de mi parte.

—Hecho. —Asintió a Nora—. Doctora Mors.

Cuando su padre por fin se dio la vuelta para irse, David pareció visiblemente aliviado. Era como si, en su presencia, hubiese estado conteniendo la respiración. Nora no había visto a David tan reservado y rígido con ninguna otra persona.

En cuanto volvieron a quedarse solos, su mirada recuperó la naturalidad y su postura se relajó. Volvió a ejercer en Nora ese efecto tranquilizador tan suyo.

—Parece amable, pero estricto —observó Nora.

David rió con amargura. —Sí, así es.

—¿Te referías a él antes, cuando hablaste de la presión de las expectativas sobre los hijos únicos? —Buscó su mirada. Cuando por fin la encontró, pudo ver claramente una herida honda en ella.

—Mi padre siempre ha tenido una idea muy concreta de cómo debía ser su hijo. Y cuando yo no encajé en esa idea, hizo todo lo posible por imponerla de todos modos. La mejor manera de agradar a mi padre es rendir en el trabajo. Para mí, es la única forma de acercarme a él. —Miró alrededor, siguió a su padre con la mirada, triste, hasta que este dobló la siguiente esquina.

Nora rozó fugazmente el brazo de David. —Lo siento mucho. —En ese momento de vulnerabilidad se sintió muy unida a David. Ambos utilizaban su trabajo como escudo, aunque por motivos distintos.

—Y yo siento lo que sea que te esté inquietando tanto. —Le sonrió.

En silencio sostuvo su mirada. Esta vez no hizo el menor intento de fingir que todo iba de maravilla. Al darse cuenta de que era la primera vez en años que admitía algo parecido a una debilidad ante alguien, incluso logró esbozar una sonrisa torcida.

Le entregó el expediente terapéutico de Sarah. —Toma, échale tú un vistazo primero. Es probable que detectes incongruencias antes que yo. Nos vemos luego en la reunión de situación —se despidió.

—Sí, hasta luego.

David subió a su coche y se marchó en dirección al centro y a la Jefatura de Policía.

Nora le siguió con la mirada. Aunque tenía que tomar la autopista en dirección contraria, tuvo la sensación de que aquel encuentro los había acercado.

Capítulo 23

En el trayecto hacia la Jefatura de Policía, David iba absorto en sus pensamientos. Aunque en realidad debería estar dándole vueltas al interrogatorio que acababan de hacerle a Dr. Helfrich, la cabeza la tenía por completo tomada por el encuentro con su padre. Le fastidiaba, una y otra vez, lo mucho que su padre lograba descolocarlo. En casa, en las reuniones familiares, era una cosa; pero delante de Nora le había resultado especialmente violento. De algún modo, su padre conseguía siempre que sintiera que no era lo bastante bueno y que tenía que demostrar algo. Y él, en su presencia, volvía a adoptar gustoso ese papel. La presencia de Nora lo había frenado para no contarle a su padre, en busca de su aprobación, su colaboración con la OFA. Aun así, Nora parecía haberse percatado de la tensión entre ellos. Había sido todo un detalle por su parte salir en su defensa delante de su padre. Y, al mismo tiempo, a él le daba vergüenza. Porque, a todas luces, Nora cargaba con su propio paquete, mucho más pesado. Su reacción desmedida durante el desayuno no dejaba ya lugar a dudas. Cuando él la había comparado con los demás médicos, se había quedado pálida y con las manos temblorosas. Le habría gustado hablar de ello con ella, pero luego volvió a cerrarse en banda. Ella solo entreabría su puerta un instante antes de volver a dar un portazo. Esperaba que algún día se la dejara abierta para él.

De pronto sonó el móvil de David. Un vistazo a la pantalla del dispositivo de manos libres le reveló que era su superior. David contestó. —Hola, Andreas.

—David, ¿dónde está?— Sonaba agitado.

—A punto de llegar a Jefatura. ¿Por qué?

—Puede darse la vuelta directamente. Acaban de notificarnos otro asesinato.

—¿Cómo? ¿Otra vez?— El asesino acortaba, a todas luces, sus intervalos. Esta vez solo habían pasado tres días entre los crímenes.

—Sí, una corredora ha encontrado hace un rato el cadáver de una mujer en un sendero en el Käfertaler Wald. Es, hasta ahora, el lugar del crimen más apartado. Vaya usted a saber cuánto tiempo llevaba allí. Presenta, no obstante, el mismo patrón de lesiones que nuestras otras dos víctimas. A Leon también acabo de avisarle. Ha suspendido los interrogatorios en la clínica y ya va de camino.

—¿Dónde exactamente la han encontrado? El Käfertaler Wald es grande.

—Entre el merendero y la urbanización de la Gartenstadt, muy cerca de Karlstern. Los compañeros están acordonando la zona con un perímetro amplio ahora mismo.

—Bien, voy para allá y llamo a Nora por el camino. En teoría ya iba de nuevo hacia la Patología.— David colgó, colocó el rotativo portátil con sirena en el techo del coche y, al arrancar, marcó tenso el número de Nora.

Poco después llegó a la Gartenstadt. Allí giró hacia la Karlsternstraße, que conducía directamente al bosque. Antes incluso de llegar al final de la calle, vio el gran despliegue policial. Se detuvo justo antes del cordón, se coló por debajo de la cinta policial y siguió el rastro de compañeros que, como cuentas ensartadas, iban cada vez más juntos cuanto más se adentraba en el bosque. Finalmente alcanzó el centro del dispositivo, donde abundaban los monos blancos de protección: el lugar del hallazgo del cadáver.

Bajo uno de aquellos monos distinguió a Leon, que ahora venía hacia él. —Eh, David, bien que hayas llegado tan rápido. ¿Dónde has dejado a Nora?— También le tendió un mono.

—Nora viene detrás. Ya iba camino de Heidelberg cuando la he llamado —respondió mientras se enfundaba la protección—. ¿Has

visto ya a la víctima?

—Solo por encima. Aún no nos dejan acercarnos; la científica ni siquiera ha empezado con la fijación de indicios. Hoy todos van con retraso porque los han sacado de otros servicios.

A David no le venía nada mal que el equipo de rastros no estuviera todavía en marcha. Así podía examinar con más tranquilidad el lugar del hallazgo. —Aun así, le echo ya un vistazo —le dijo a Leon y se aproximó a la zona acotada, donde yacía inmóvil una mujer. También aquí habían colocado la postura de sueño, pero, aun así, esta víctima parecía menos en paz que las otras dos. Le habían colocado los brazos a ambos lados, bajo la cabeza, sí, pero esta vez tenía los ojos abiertos y la parte inferior del cuerpo estaba girada, de modo que quedaba boca arriba, lo que la dejaba en una postura corporal extraña. En la sien se abría de nuevo un orificio profundo, rodeado de sangre seca, pero, de algún modo, todo el rostro parecía más castigado. David no acertaba a decir por qué. Tal vez fueran también los ojos oscuros, que esta vez lo miraban fijamente, sin expresión. En cualquier caso, esta víctima, a primera vista, no parecía una mujer dormida, sino que no dejaba lugar a dudas de que allí había un cadáver. ¿Era a propósito? ¿O su autor tenía más prisa esta vez? ¿Estaba empezando a descuidarse? Sobre todo cuando los asesinos en serie acortaban sus intervalos de asesinato, podía suceder, sí, pero un ritmo tan alto David no lo había visto aún. Además, se fijó en que esta mujer parecía considerablemente mayor que las otras dos víctimas. La calculó en unos treinta. Eso también rompía el patrón hasta la fecha. Y también era de un tipo muy distinto. Llevaba el pelo corto y negro y tenía una figura muy femenina. Aquí se trataba de una mujer, no de una chica en el umbral de la edad adulta. ¿Sería ese precisamente el motivo de su postura menos apacible?

David dejó que la mirada le recorriera el lugar del hallazgo y los alrededores. La víctima yacía en un estrecho sendero terroso, surcado de raíces y flanqueado por altos y densos abetos. Aunque la urbanización empezaba no muy lejos, allí estaban en pleno bosque.

David cerró los ojos y trató de captar el lugar con todos los sentidos. Olía a resina y a agujas de abeto. Aunque los compañeros se movían a su alrededor de un lado para otro, David alcanzaba a oír, entre medias, el crujido de la madera y el aleteo y canto de los pájaros del bosque. Un poco más lejos percibía el porfiado martilleo de un pájaro carpintero. Con todo, aunque se trataba de un sendero estrecho y discreto, el lugar del hallazgo no era tan apartado como parecía a primera vista. Porque había algo que no se podía olvidar: la zona estaba ahora acordonada por la policía y mantenía a raya a paseantes y compañía. Normalmente, sin embargo —al menos de día—, estaba bastante concurrida. No muy lejos de allí se encontraba el Karlstern, el punto central del Käfertaler Wald, del que partían en forma de estrella avenidas hacia los barrios de Waldhof, Vogelstang, Käfertal, Gartenstadt y una incluso se adentraba en el estado vecino de Hessen. El centro de esa estrella lo formaba un pabellón de madera, en el que durante el día se reunía mucha gente, también familias. Sin olvidar la cabaña de barbacoa, que quedaba en la dirección opuesta. De noche, desde luego, uno estaba aquí mucho más tranquilo. Solo los fines de semana se dejaban caer chicos hasta tarde. Pero hoy era martes. Aunque el cadáver había pasado más tiempo del habitual sin ser descubierto, David no lograba imaginarse, por mucho que lo intentara, que lo hubieran dejado aquí ya el fin de semana. En un lapso tan largo, más de un habitante del bosque se habría dado un festín. Tenía curiosidad por saber qué diría Nora sobre la hora de la muerte. Lo único claro era que en el Käfertaler Wald había lugares más apartados que este. Pero su agresor no había elegido este sitio por casualidad.

—¿Me equivoco o aquí hay algo distinto?— Nora se había puesto a su lado y examinaba el nuevo cadáver con el mismo escepticismo que él.

David se giró hacia ella. —Así que tú también te has dado cuenta —.

Nora asintió en silencio.

David pudo ver que ella había vuelto a levantar su impenetrable muralla. Tenía un aspecto concentrado y deliberadamente aséptico. Eso solo podía significar que el hecho de que hubiera aparecido un nuevo cadáver la estaba carcomiendo. Se preguntó qué se le estaría pasando por la cabeza. ¿Se reprochaba que el agresor se les hubiera adelantado, estaba estresada o había algo más detrás?

Por fin, el equipo de criminalística pasó de la inspección del entorno a la del cadáver. Cuando los técnicos de la policía científica empezaron a desnudarla, los ojos de la víctima siguieron fijos en David. Le parecía una muñeca de tamaño real. David sabía que la exploración del cuerpo desnudo era preceptiva y absolutamente necesaria tanto para la policía científica como para medicina forense para no pasar nada por alto; aun así, cada vez le resultaba un procedimiento irrespetuoso. Apartó la mirada. —¿Se sabe a qué hora ha encontrado la corredora el cadáver?— preguntó, dirigiéndose a Leon.

—Esta mañana a las nueve. La mujer corre aquí con regularidad, entra en el bosque desde la urbanización colindante por este sendero. Así se topó con la víctima. Incluso la conocía—.

—¿De verdad?—

—Sí, por aquí la gente se conoce. La ventaja es que así hemos podido averiguar rápido quién es: se llama Charlotte Kinzig, treinta y dos años, vive muy cerca. La otra cara de la moneda es que la noticia ha corrido como la pólvora. Sus familiares ya estaban en el cordón policial y se han puesto histéricos—.

—¿Dónde está su familia ahora?—

—Unos compañeros los han acompañado a casa. Esperan allí hasta que vayamos. Al menos, esta vez no tendremos que ser nosotros quienes demos la triste noticia—.

Si hubieran sido ellos quienes avisaran a los allegados, probablemente habría sido más llevadero para la familia. Solo por eso, David habría asumido con gusto aquella tarea ingrata.

Ahora que la víctima yacía desnuda ante ellos, volvieron a saltarles a la vista las dos marcas de punción en el brazo izquierdo. El agresor había sedado de nuevo a su víctima con midazolam. También estaban otra vez las marcas rojas en muñecas y tobillos por la sujeción. En cada sien se abría una profunda herida por arma blanca. Todo era como siempre.

Cuando los compañeros metieron la ropa de la víctima en bolsas de evidencias y cubrieron cada centímetro de su cuerpo con film, por fin pudieron Nora, David y Leon examinar más de cerca el cadáver.

David observó a Nora en su procedimiento habitual. Se la veía muy tensa. Ella también notaba la presión a la que estaban sometidos a esas alturas. Todos buscaban algo que pudiera hacerles avanzar, algo distinto a lo de siempre. Pero Nora fue exponiendo los datos habituales. Con cada punto que se repetía, sonaba más frustrada. Finalmente, concluyó: —Esta vez la muerte podría haber sobrevenido algo antes. Acotaría la franja temporal entre medianoche y las dos de la madrugada. No lleva aquí tanto tiempo. Los animales no se habrían hecho esperar, pero, por la ligera hipotermia, diría que lleva aquí al menos desde hace tres o cuatro horas—.

—Eso significa que el Dr. Helfrich aún no está descartado—.

—No—, confirmó ella.

—Vale, entonces comprobaré también su coartada para esta noche. Gracias, Nora. Leon y yo vamos ahora a hablar con los familiares de la víctima. ¿Crees que ayuda si vienes tú también?—

Nora abrió los ojos, sobresaltada. —¿Cómo podría yo ser de ayuda en el interrogatorio a los familiares?—

—Nunca se sabe. Ahora ya tienes permiso. Espero que volvamos a obtener una pista de por qué han dejado a la víctima precisamente aquí. Es posible que otra vez haya relación con un episodio traumático anterior. Hasta ahora has tenido buenas ideas. Quizá vuelvas a tener una corazonada—.

Nora se mordió el labio inferior y pareció debatirse consigo misma. A todas luces, la incomodaba la idea de participar en el interrogatorio a los familiares. Quizá había vuelto a tocarle un punto sensible. Pero al final se sobrepuso. —De acuerdo, voy con vosotros —.

—Estupendo—. David le dedicó una sonrisa de ánimo. —En marcha—.

Y así emprendieron, junto con Leon, el camino hacia la urbanización.

Capítulo 24

Ellos dejaron el camino del bosque y atravesaron la urbanización bien acomodada. Mientras tanto, David observaba las casas unifamiliares y los bloques de pisos de los alrededores, con la gente pegada a los cristales, mirando con descaro. Un delito violento siempre era un imán para los mirones, pero si además ocurría en el propio vecindario, ya no había otro tema de conversación. Delante de la casa de la familia Kinzig se arremolinaba ya toda una multitud.

—Señores, por favor, váyanse a casa—, instó Leon a los vecinos.

—Pero somos amigos íntimos de la familia.

Con esas explicaciones no se llegaba lejos con Leon. —Eso no importa. Podrán volver a visitarlos cuando el trabajo policial aquí haya terminado—. En eso Leon era realmente bueno. Se mantuvo firme e hizo un gesto para indicarles la salida. —Gracias por su comprensión—.

Cuando la gente se hubo dispersado, Leon puso los ojos en blanco y se volvió hacia David. —A ver si no han avisado ya al canal local—.

Luego fueron a la puerta de los Kinzig y llamaron al timbre.

Un compañero de uniforme les abrió. Tenía pinta de estar agotado. Amortiguar el primer impacto de los allegados era extenuante. No todo el mundo servía para eso.

—¿Dónde está la familia?—, preguntó David.

—Los padres y la hermana están en la cocina y exigen conocer detalles—, respondió el compañero, cansado.

—A partir de aquí nos encargamos nosotros. Tomad un descanso. Os lo habéis ganado—. David le dio una palmada en el hombro.

El compañero asintió y los acompañó por el pasillo hasta una puerta entornada. Desde dentro se oían voces apagadas y un llanto contenido. Al parecer, la familia se había calmado un poco. Pero David no se hacía ilusiones. En el interrogatorio, las emociones volverían a desbordarse. Echó una mirada escrutadora a Nora. Su postura rígida delataba que estaba muy tensa. Aun así, ella le hizo un gesto con la cabeza para que siguiera. David anunció su entrada con unos golpecitos y abrió la puerta con cuidado.

En la mesa de la cocina, rodeados de tazas de té y café, se sentaban un hombre y una mujer de unos sesenta años. Ya tenían el pelo encanecido y el rostro surcado de hondas arrugas de preocupación. A su lado estaba sentada una mujer más joven, con parecido a Charlotte Kinzig, que no paraba de secarse las lágrimas de las mejillas. Debía de ser su hermana pequeña.

—¿Va a venir de una vez alguien que nos diga exactamente qué le ha pasado a nuestra Charlotte?—, preguntó irritado el señor Kinzig.

—David Richter y Leon Sander, de la policía criminal de Mannheim —. Señaló en dirección a Nora—. Esta es la forense responsable, la doctora Nora Mors. Sentimos que hayamos tardado tanto—, se disculpó David.

El segundo compañero, que se había quedado con los Kinzig, asintió brevemente y salió de la cocina.

David, Leon y Nora se sentaron con la familia a la mesa.

—Como seguramente ya saben, a su hija la han encontrado muerta esta mañana en el bosque—, comenzó David la conversación.

—No es que la hayan encontrado sin más en el bosque, sino precisamente en ese maldito atajo, al que jamás habría vuelto a entrar por voluntad propia—, les gritó entonces la señora Kinzig.

David se quedó helado. ¿Qué acababa de decir?

La hermana volvió a echarse a llorar a lágrima viva.

David vio que Nora se aferraba con fuerza al asiento de su silla.

—Lo siento, Mathilda—. La señora Kinzig acarició con gesto tranquilizador la cabeza de su hija menor—. Perdón—, dijo también en dirección a David—. Es que tengo los nervios destrozados.

Pero David se alegró de ese arrebato. La señora Kinzig había abordado de forma directa, sin rodeos, el lugar donde se encontró el cadáver y su significado. —No se preocupe, señora Kinzig. Por favor, explíquenos qué pasa con ese atajo. ¿Tenía para Charlotte un significado especial?—

—¡Y tanto que lo tenía!— La señora Kinzig soltó una risa amarga —. A ella y a su entonces novio los asaltaron allí hace unos tres años. Desde entonces, la vida de Charlotte ya no fue lo que había sido.

Ahí estaba el episodio traumático. David lanzó a Nora y a Leon una mirada elocuente y luego se inclinó un poco sobre la mesa. —Señora Kinzig, esta información es de enorme importancia. ¿Podría contarnos con detalle qué ocurrió entonces?—

La madre de Charlotte pareció al principio desconcertada, pero luego inspiró hondo, dio un sorbo a su té y empezó a contar: —En 2019, unos amigos de Charlotte y de Stefan —así se llamaba su novio de entonces— celebraban una fiesta de cumpleaños en el merendero—.

David abrió su cuaderno y empezó a tomar notas. —¿La cabaña de barbacoa aquí a la vuelta, en el Käfertaler Wald? —se aseguró.

—Esa misma. Ella y Stefan ya se habían ido a vivir juntos y también residían aquí en la Gartenstadt, al borde del bosque, más exactamente en Eschenhof. Por eso se fueron a casa desde la cabaña.

—Le habré dicho mil veces que no fuera de noche por el bosque — se enfadó entonces el señor Kinzig.

—Herbert, no puedes culparla. Creció aquí y siempre se sintió segura en el bosque. En realidad, es una buena zona.

—¿Qué pasó entonces? —recondujo Leon el tema. Él también estaba expectante por lo que iba a venir a continuación.

—Tomaron el sendero, porque era el camino más corto. Pero era sábado por la noche. En el bosque a veces van también jóvenes alborotadores que no saben en qué ocupar su tiempo más que emborracharse y desahogar su rabia contenida. —La señora Kinzig guardó silencio un instante para reunir fuerzas antes de continuar. Tragó con dificultad—. Por desgracia, descargaron su rabia con Charlotte y Stefan. Al principio solo querían provocarlos. Los chicos iban buscando bronca. Pero como ellos no entraron al trapo, empezaron a manosear a Charlotte y a empujarla de un lado a otro. Stefan, como es natural, se metió por medio. Por muy nobles que fueran sus intenciones, con tres contra uno no tenía la más mínima posibilidad. La pelea se descontroló. Los chicos apalearon brutalmente a Stefan y a Charlotte. Stefan sufrió un traumatismo craneoencefálico por el que murió esa misma noche. A Charlotte la dejaron menos malherida, pero estaba embarazada y, por las patadas fuertes en el bajo vientre, perdió al bebé. De ese trauma nunca se recuperó. Tenía ataques de pánico constantemente. Apenas se atrevía a salir de casa. Desde entonces tampoco volvió a trabajar y se mudó de nuevo con nosotros. Sola ya no era capaz de valerse por sí misma.

No podía estar más claro. El asesino abandona a sus víctimas en el lugar donde en el pasado habían sufrido una experiencia traumática. —¿Detuvieron a los agresores? —preguntó David.

—Sí, esos cerdos están cumpliendo condena en un correccional. Probablemente los van a soltar antes por buena conducta —gruñó el señor Kinzig.

—¿Se puso Charlotte alguna vez en tratamiento terapéutico por eso? —preguntó entonces Nora. Escupió las palabras, como si le hubiera costado un esfuerzo enorme decir siquiera algo.

—Al principio se resistió, pero como su estado no mejoró ni siquiera al cabo de un año, por fin accedió a nuestra propuesta y se puso en terapia.

Un cosquilleo recorrió a David. Tuvo la sensación de que por fin estaban sobre una pista concreta.

También Leon se removió nervioso en la silla.

David repasó todo mentalmente. A Charlotte la habían encontrado a las nueve, pero la habían dejado allí mucho antes. El doctor Helfrich aún podía encajar como sospechoso. —Señora Kinzig, ¿cómo se llama el terapeuta que trataba a Charlotte?

—La doctora Weiß.

David cerró los ojos con resignación. Y aquel atisbo de esperanza volvió a desvanecerse en la más absoluta oscuridad. Otra vez no había coincidencia. La única cosa en común que tenían las tres víctimas era un trauma vivido, y ni siquiera eso habían podido acreditarlo todavía en Josephine Weiland. Apenas pudo disimular su decepción. Tendrían que interrogar a otra terapeuta. Miró hacia Nora. Detrás de toda su tensión también le vio la decepción. —Necesitaríamos los datos de contacto de la doctora Weiß.

—Los tendrá si nos cuentan ahora, por fin, qué le ha pasado a nuestra Charlotte —dijo el señor Kinzig con firmeza.

Ya no se podía evitar anunciar la noticia terrible que, con toda probabilidad, asestaría el golpe de gracia a aquella pobre familia. —Al parecer, Charlotte fue víctima de un asesino en serie. Aún estamos buscando vínculos entre las víctimas, pero, por lo que parece, por algún motivo las deja en el lugar donde en su día sufrieron un trauma. Así que no fue casualidad que la encontraran en el sendero.

El horror se dibujó en el rostro de los Kinzig.

Mathilda volvió a sollozar en voz alta.

Los ojos de la señora Kinzig se abrieron de par en par. —¿Un asesino en serie? —preguntó, incrédula.

—Sí. Los detalles aún se mantienen alejados del público, pero quizá usted conocía a las otras dos víctimas. Se llaman Josephine

Weiland y Sarah Schubert. Eran aproximadamente diez años más jóvenes que Charlotte.

La señora Kinzig lo miró boquiabierta. —No —respondió, alargando la palabra—. Esos nombres no me suenan.

Poco a poco estaban perdiendo a los Kinzig. Leon pareció darse cuenta también, porque se dirigió a la hermana menor. —¿Conoces a las chicas?

Mathilda apenas fue capaz de negar con fuerza con la cabeza.

El señor Kinzig taladró la mesa con la mirada.

—¿Y usted? —le preguntó Leon con cautela.

—No —respondió entre los dientes apretados—. ¿Qué hace ese asesino en serie? —exigió saber.

Leon miró a David buscando ayuda.

—Les provoca traumatismos craneales —respondió David, eludiendo la cuestión.

—Mañana se practicará una autopsia para averiguar más detalles —acudió Nora en su ayuda.

Ahora ni el señor Kinzig pudo contener ya las lágrimas. Avergonzado, enterró el rostro entre las manos.

David les dio un momento. Luego preguntó: —Si Charlotte apenas se atrevía a salir de casa, ¿dónde estuvo entonces anoche? ¿Cuándo la vieron por última vez?

—Ayer a última hora de la tarde. Venía de su terapia. Anoche aún salimos. Y esta mañana tenía cita con la osteópata. Por eso no pensamos nada raro cuando no la vimos. ¡Dios mío! Probablemente nosotros nos estuvimos divirtiendo mientras ella sufría lo indecible. La señora Kinzig lanzó un grito de dolor y la sacudió un violento ataque de llanto.

Aquí habían terminado. A partir de ahora no sacarían nada más de la familia de Charlotte.

Nora salió de la cocina a toda prisa, agradecida por poder escapar por fin de la situación. David y Leon pidieron que les entregaran la tarjeta de visita de la doctora Weiß y que les enseñaran el cuarto de Charlotte. Nora necesitaba un respiro y esperó fuera, al aire libre, a que ellos dos terminaran de registrar la habitación de Charlotte.

La habitación reveló a los investigadores tan poco como las de las otras dos víctimas. Nada de calendario, ni móvil; esta vez tampoco había diario ni cuaderno de terapia. El cuarto de Charlotte tenía poca personalidad. Se notaba que había vuelto a instalarse aquí a la carrera y que no había puesto interés en sentirse a gusto. Todo estaba dispuesto de manera provisional, de forma que pudiera irse en cualquier momento. Pero eso ya no ocurriría.

Se reunieron de nuevo con Nora, que paseaba nerviosa arriba y abajo ante la puerta de la casa.

David la rozó suavemente en el brazo.—¿Está bien?

—Sí, todo bien. Se encogió de hombros, a modo de coraza, y echó a andar delante de ellos, de vuelta al bosque.

Otra vez se estaba encerrando en sí misma. Cuando por fin llegaron a sus coches, Nora se despidió a toda prisa hacia la Jefatura de Policía. Todavía tenía que preparar el papeleo para la autopsia de mañana y, por tanto, tenía una buena excusa para poder irse. Desde que habían salido de la casa de los Kinzig, había estado muy callada. La entrevista con los familiares la había afectado mucho. A David le habría gustado intercambiar con ella unas palabras más, pero por desgracia tenía que quedarse aún un rato. Aquella mañana, de camino, había avisado directamente a la OFA para que esta vez pudieran hacerse una idea sin contaminar del lugar del hallazgo del cadáver. A estas alturas ya deberían de haber llegado. Y después empezarían enseguida a interrogar a los vecinos. Iba a ser un día largo.

Cuando David llegó tarde por la noche a casa y se dejó caer, exhausto, en el sofá, se quedó un buen rato simplemente sentado. Por primera vez en todo el día tenía tiempo para respirar hondo y

poner en orden sus pensamientos. Diera la hora que diera, ese ritual era importante para él: no solo para repasar de nuevo la información obtenida hasta el momento, sino también para procesar conscientemente las muchas impresiones y emociones del día. La encuesta en el vecindario no había arrojado nada. A Charlotte la habían visto por última vez salir de casa a las dieciocho horas; adónde fue, nadie lo sabía. Dr. Helfrich tenía una coartada a prueba de bombas tanto para la noche del asesinato de Sarah como para la de Charlotte. Otra calle sin salida. Ahora estaban seguros de que el motivo de su autor era liberar a sus víctimas de su trauma, pero, aparte del hecho de que las tres mujeres estaban efectivamente traumatizadas, al parecer no había ninguna conexión entre ellas. No compartían médicos ni terapeutas, no tenían el mismo verdugo, ni siquiera el mismo lugar del hallazgo del cadáver o el mismo tipo de trauma. En un principio David quería lucirse con este caso, pero a estas alturas albergaba serias dudas de estar a la altura. Quizá a Andreas le convendría encargar los interrogatorios a otro investigador.

¡Basta!, se reprendió a sí mismo. Ahí hablaba por su boca la voz de su severo padre. Apenas lo había vuelto a ver y ya se empequeñecía. Sacudió la cabeza con fuerza para ahuyentar los pensamientos negativos y los dirigió en cambio hacia Nora. Desde la entrevista con los Kinzig, estaba prácticamente inaccesible. Es verdad que en el briefing tardío se habían sentado uno junto al otro, pero Nora había esquivado todos sus intentos de entablar una conversación más larga. La visita a los familiares al parecer la había afectado mucho. Sobre el terreno casi se había quedado como una estatua de sal, de lo tensa que estaba. Hasta ahora David había supuesto que el Klinikum Mannheim era su mayor problema, pero por lo visto había algo más detrás. Volvió a pensar en su ataque de pánico de la mañana. ¿Habría tenido malas experiencias en el pasado con los familiares de pacientes? ¿O había perdido ella misma a alguien y había estado en una situación similar? Fuera lo que fuese, admiraba a esa mujer por seguir adelante como asesora policial a pesar de sus miedos. Nora lo era todo a la vez: miedosa y

valiente, cálida e inaccesible, apasionada y controlada. Y en David despertaba la necesidad irrefrenable de desentrañar su misteriosa naturaleza, de estar cerca de ella. Nunca en su vida le había fascinado una mujer de ese modo. Por un instante barajó llamarla para preguntarle cómo estaba, pero luego recapacitó. Seguro que quería tranquilidad y se estaba preparando para la autopsia de mañana a primera hora. Ojalá esta noche lograra dormir.

Capítulo 25

Nora estaba, a la vez medio cansada y medio acelerada, frente a la sala de autopsias y trataba de recomponerse antes de que empujaran dentro el cadáver de Charlotte Kinzig. Volvía a llevar en el cuerpo una mezcla de somníferos y Ritalin. Pero no le había quedado otra. Anoche se hizo tarde. La reunión general de situación empezó con retraso por los últimos acontecimientos. Todos contaban con otro asesinato, pero no tan pronto. La presión creciente llevó ayer a todos al límite. Ese fue también el motivo por el que Nora se dejó arrastrar y se fue a casa con los Kinzig. Sin embargo, vivir de cerca el duelo, la rabia y la desesperación de los familiares terminó siendo demasiado para ella. La situación la devolvió, con demasiada fuerza, a tiempos pasados. En la cocina de los Kinzig tuvo que lidiar con otro ataque de pánico. A tiempo, salió fuera para tranquilizarse. Pero David, como siempre, la caló. El resto del día prácticamente huyó de él para evitar que preguntara más. A petición suya, él solicitó anoche mismo la historia clínica de Charlotte. Nora ya la había revisado esta mañana. De ella se desprendía que Charlotte y su novio, Stefan, habían sido ingresados aquella noche en el Klinikum Mannheim. A Charlotte la examinaron a fondo. Le hicieron también un TAC y una resonancia magnética. A diferencia de Stefan, sus lesiones se habían limitado en gran medida al bajo vientre. En su caso, se trataba sobre todo de la pérdida del bebé y, con ello, de la pérdida de dos personas y de su futuro en común. Igual que a Sarah, aquella noche la vida de Charlotte cambió para siempre.

Leon, que en ese momento continuaba con los interrogatorios en el Klinikum Mannheim, ya estaba instruido para averiguar si había coincidencias en el personal entre el ingreso de Sarah Schubert y el de Charlotte Kinzig. El novio de Charlotte, Stefan, sucumbió a sus

lesiones esa misma noche. Nora podía imaginarse la escena con todo detalle: la adrenalina y el ajetreo que te recorren cuando ingresa alguien en juego de vida o muerte, luego una operación de urgencia por el traumatismo craneoencefálico, la sangre, la muerte cerebral y, finalmente, los amargos reproches que uno se hace, buscando ese punto concreto que podría haber hecho mejor y con el que quizá el paciente habría sobrevivido. Pero ahí, por lo general, no terminaba todo. Porque entonces empezaban los reproches de los padres, que buscaban a un culpable. Así había sido entonces con los Lindberg. Y al fin y al cabo, con sus acusaciones tenían razón. Ella tuvo la culpa de la muerte de Finja. Repasó una y otra vez la intervención. Los reproches que se hacía desde siempre la paralizaban, la dejaban sin capacidad de actuar. Nora notó cómo regresaba el viejo estado de shock en el que por aquel entonces vivía de forma permanente. Los pensamientos, que la tenían atrapada en un círculo vicioso, volvieron a arremeter contra ella. Podía haberlo evitado. Entonces la vida de la familia Lindberg habría seguido otro curso, y también la suya propia.

El pulso de Nora se aceleró. Las manos le temblaron y el sudor frío le perló la frente. Las imágenes rojo sangre ante su ojo mental empezaron a oscurecerse por los bordes. Se tambaleó. De pronto tuvo la sensación de perder el suelo bajo los pies. Justo cuando las piernas le fallaban, un brazo fuerte la sostuvo. —Nora, eh, ¿pero qué haces?—Era David, que ahora la sujetaba con firmeza contra su pecho y la miraba con sus cálidos ojos marrones, preocupado.

—Yo, eh… —Nora buscaba las palabras. La situación le resultaba infinitamente embarazosa. ¿Qué debía de pensar David de ella? ¡Qué incompetente debía de parecer en ese instante!

—Ven, siéntate. —La acompañó hasta una silla, se sentó a su lado y sacó de su bolsa una botellita de agua—. Bebe.

Nora bebió con ansia el agua fresca y luego se la puso en la frente empapada de sudor.

—¿Has comido algo hoy? La pregunta sonó tan sinceramente solícita que le hizo sentir que podía permitirse mostrar debilidad.

Nora no estaba acostumbrada a eso en un hombre.

—No, la verdad es que no —admitió.

—Has comido poco en los últimos días. ¿Tienes algo contigo?

Ella negó con la cabeza.

Tras un instante de vacilación, preguntó: —Te pasa algo, ¿verdad? ¿Es por el interrogatorio a los Kinzig? Con todo el ajetreo de ayer no tuvimos ocasión de hablar de ello.

A David de verdad parecía interesarle cómo estaba. A esa sensación tenía que acostumbrarse primero. A estas alturas estaba programada para tragarse sus emociones, para «controlarse», como Adrian solía decir hacia el final de su relación. Con su manera empática, David transmitía justo lo contrario. —La entrevista con los familiares me recordó a una consulta con una paciente sumamente desagradable —dijo con cautela.

Pero de pronto oyó a sus compañeros Philipp y Suri bajar corriendo por el pasillo. No podían verla así. —Gracias, pero ya estoy bien. Se levantó a toda prisa y alisó su bata de médica.

—Buenos días, Nora, buenos días, señor Richter —les gritó Philipp animado.

Nora rezó para que no se hubieran dado cuenta de su momento de debilidad. Se puso una sonrisa amable. —Buenos días a los dos.

David también se levantó, con cierta vacilación, y saludó a los recién llegados. Al captar la mirada suplicante de Nora, entendió que prefería que no mencionara nada. Y así lo hizo.

Entraron juntos en la sala de autopsias y se comportaron como las veces anteriores: charla trivial y preparativos para la autopsia. Poco después empujaron a Charlotte Kinzig sobre una camilla. Su cadáver seguía cubierto con una sábana blanca. Los cuatro se colocaron alrededor.

Nora intentó olvidarse de todo lo que la rodeaba —las imágenes horribles que se le habían venido a la cabeza, su pequeño vahído de

hacía un momento, la vergüenza ante David, la presión a la que estaba sometida— y concentrarse por completo en Charlotte Kinzig.

Cuando Philipp se hubo colocado con la cámara y la grabadora, Suri retiró la sábana blanca. La mirada de Nora recorrió el cuerpo pálido de Charlotte. A diferencia de Sarah Schubert, no había arrastrado cicatrices visibles de su trauma, pero la herida psíquica había sido profunda. Con rutina empezó a documentar lo que veía: las marcas rojas de las ataduras en tobillos y muñecas, los puntos de punción en el brazo izquierdo, las profundas puñaladas en ambas sienes. El trayecto tisular volvía a ser liso, de igual diámetro, presumiblemente de la misma profundidad. Con toda probabilidad, el autor había vuelto a lesionar la amígdala. Pero ¿qué era aquello? Su mirada se detuvo junto a los bordes con costras de sangre de las heridas. Al lado se apreciaba, en ambos casos, una desecación amarillenta de la piel. Eso el día anterior aún no se veía. —¿Alguien ha manipulado el cadáver? —preguntó a sus compañeros.

Philipp y Suri la miraron extrañados.

—No, por supuesto que no —respondió Philipp.

Nora se estrujó los sesos. Las desecaciones amarillentas apuntaban a una quemadura eléctrica. Las lesiones de la capa más superficial de la piel solo se apreciaban en cadáveres cuando esta se había resecado. En ambos puntos la quemadura era perfectamente circular.

—Suri, retira inmediatamente el pelo de la víctima, por favor.

Suri cogió la maquinilla y fue rapando, pasada a pasada, el pelo negro y corto de Charlotte Kinzig. Con cada mechón que caía de su cabeza, aparecía una nueva desecación amarillenta y circular de la piel.

Cuando por fin su cráneo quedó completamente rapado ante ellos y se evidenció que, a intervalos regulares, estaba sembrado de pequeñas quemaduras redondas, a Nora se le cayó la venda de los ojos. Las lesiones provenían de un tratamiento con electricidad. Nora había visto el día anterior, en la consulta del Dr. Helfrich, el aparato

correspondiente. Las quemaduras se le habían infligido a Charlotte Kinzig mediante las almohadillas de electrodos de un EEG. Normalmente, en un electroencefalograma solo se usa corriente de baja intensidad. Con eso no se puede dañar gravemente a nadie —al menos hoy en día—. Antes, en los años cuarenta y cincuenta, también se administraban electrochoques con ello, por lo general como preparación y para sedar a los pacientes antes de una lobotomía. Y por fin Nora supo cuál era el arma homicida. —Un orbitoclasto —exclamó en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó Philipp.

Nora estaba en parte orgullosa de haber logrado por fin un avance, pero, sobre todo, asqueada por la perversión del asesino. —El autor mata a sus víctimas con un Orbitoclast. Como en las lobotomías de antes, solo que no apoya la punta en el ojo, sino en las sienes.

David también la miró sin entender. —¿Qué es un Orbitoclast?

—Con eso se practicaban las antiguas lobotomías. —Nora sacó el móvil, tecleó el término en la búsqueda de imágenes de Google y les mostró el resultado. David, Philipp y Suri se estremecieron al imaginar que ese aparato se había usado con Charlotte Kinzig. El instrumento quirúrgico constaba de dos piezas y recordaba a un martillo y un cincel. Una pieza era una punta larga y fina, de unos ocho a once centímetros de longitud, con una empuñadura manejable al final. Se acompañaba de un pequeño martillo con el que la punta se clavaba con toda la fuerza en la cabeza de los pacientes.

—La punta tiene la longitud perfecta para el canal de entrada en nuestras víctimas. Además, encaja con el túnel de tejido liso. ¿Recuerdas que me preguntaba cómo pudo el asesino —aunque fuese fuerte— apuñalar con tanta precisión como para que solo necesitara un intento para penetrar tan hondo en el cráneo?

David asintió en silencio. Se había quedado pálido.

—De eso se encarga el martillo. El asesino puede colocar la punta en la sien y luego hundirla en el cráneo de un solo golpe. Así puede atravesar la bóveda craneal sin que el hueso se astille en exceso y, aun así, mantener la precisión. Las lobotomías también se realizaban entonces a ambos lados de la cabeza para asegurarse de que el 'cerebro enfermo' quedaba completamente curado. Hoy en día las lobotomías están, por supuesto, prohibidas. Y los Orbitoclast solo se encuentran ya en museos o entre coleccionistas.

—En darknet consigues todo lo que quieras —advirtió David.

—Aun así. Aquí ha trabajado un profesional. A la vista de la amígdala y del motivo de la liberación de un trauma, estoy convencida de que nuestro autor trabaja en investigación del trauma. Quizá un neurólogo o un psicólogo.

David apuntó con avidez los nuevos hallazgos en su cuaderno. —Necesitamos con urgencia una coincidencia entre los médicos tratantes de nuestras tres víctimas. Hasta ahora, el Klinikum Mannheim es el único denominador común en al menos dos de nuestras víctimas. Y eso serían muchos sospechosos. Si al menos supiéramos qué le pasó a Josephine Weiland —se quejó.

—Como he dicho, aunque en el hospital se hayan hecho una RM y una TC, el asesino tendría que calcular a ojo para dar en la amígdala. Por lo visto —al menos en el caso de Charlotte Kinzig— hubo antes una tortura con electrochoques. Se hizo mediante un EEG. —Señaló las zonas amarillentas, circulares, de piel reseca—. Estas quemaduras proceden de las plaquitas de electrodos que se colocan en la cabeza del paciente para un EEG. Pero un EEG por sí solo no puede indicar la localización exacta de la amígdala. Calcular a ojo quizá habría funcionado una vez, pero no en los tres casos.

—Eh, Nora —intervino ahora Philipp—. Aún no sabemos si en Charlotte Kinzig también alcanzaron la amígdala.

—Cierto, pero apuesto lo que sea a que, tras un examen microscópico de su cerebro, volveré a llegar a esa conclusión.

Con renovado impulso, Nora cogió el bisturí para abrir el cráneo de Charlotte. Por fin su trabajo servía de algo.

Capítulo 26

David estaba fuera, frente a la sala de autopsias, en el idílico recinto del Alt-Klinikum Heidelberg, y hablaba por teléfono con Leon. Acababa de contarle el avance de Nora. —Está poniendo el cerebro en formol para poder volver a examinarlo al microscopio mañana. Después iremos directamente a la psicoterapeuta de Charlotte, la doctora Weiß.—

—¿Y qué hay del doctor Helfrich? —preguntó Leon—. Aunque tenga coartadas a prueba de bomba para las noches de los asesinatos, encaja demasiado bien la combinación de psicólogo y la realización de un EEG a una de nuestras víctimas.

—Lo sé, pero con esa coartada no tenemos sospecha fundada contra él. ¿Cómo llevas las entrevistas en las clínicas?

—Como Charlotte Kinzig no estuvo en ninguna clínica de rehabilitación, hemos decidido dejar de lado, por ahora, la clínica MEDIAN y centrarnos por completo en el Klinikum Mannheim. Pero tampoco aquí hay coincidencias en el personal de servicio en las dos noches del accidente. Las entrevistas generales siguen en marcha, pero de momento no hay nadie considerado sospechoso.

Se quedó pensando. Hasta ahora, el doctor Helfrich había cooperado bien. Pero David no tenía tiempo para experimentos. Con el nuevo asesinato, precipitado, de Charlotte Kinzig, el ritmo de su trabajo se había acelerado. Ahora tenían que centrarse en lo esencial. Andreas no le iba a dar bajo ningún concepto una orden de registro para la consulta del doctor Helfrich. No quería perder tiempo en eso. Pero si él accedía voluntariamente, la burocracia sería asumible. —La última vez, el doctor Helfrich estuvo dispuesto a colaborar con nosotros. Vete con el equipo de criminalística a su

consulta y pídele amablemente que nos deje examinar el electroencefalógrafo. Con un poco de suerte, accederá.

—Genial, reúno enseguida a los compañeros —se alegró Leon. Le encantaban esas pequeñas intervenciones de acción.

David ya se lo imaginaba entrando pavoneándose en la consulta. —Pero el acento está en 'amablemente', Leon. ¿Entendido? —le advirtió.

—Sí, sí, entendido. Te llamo cuando terminemos.— Dicho esto, colgó.

David negó con la cabeza. Por lo visto, Leon estaba bastante seguro de que tendría éxito. Alzó la vista hacia los gruesos bloques de vidrio que hacían las veces de ventanas de la sala de autopsias. Nora estaba dentro, rematando el trabajo con Charlotte Kinzig. Desde su hallazgo del arma homicida, parecía otra. De pronto, todo en ella volvía a irradiar. Pero hacía apenas unos instantes él había temido que no pudiera mantenerse en pie durante la autopsia. En los últimos días, cada vez tenía peor aspecto. Se la veía cansada y demacrada. Y, de hecho, rara vez la había visto comer. Incluso ayer por la mañana, durante el desayuno que habían compartido, apenas había picoteado el cruasán. Nora había mencionado que sufría trastornos del sueño, pero David tenía la impresión de que la falta de sueño y la falta de apetito iban en aumento día a día con este caso. Es normal que una serie de asesinatos tan brutal pase factura incluso a los más curtidos, pero tenía la sensación de que en Nora había algo más. El caso también la afectaba en lo personal. Aunque había intentado disimularlo, él se dio cuenta de que el día anterior había sufrido dos ataques de pánico: primero durante el desayuno y luego en casa de los Kinzig. Pero aún no estaba preparada para confiar en él. Hasta que llegara ese momento, se ocuparía al menos de su bienestar físico, se prometió. Nora tardaría un poco más en terminar. Le parecía haber visto, más adelante, en el campus, cerca del aparcamiento, una cafetería. Allí le compraría algo de comer. Tenía que reponerse antes de que salieran hacia la doctora Weiß.

Empezaba a preocuparse de verdad por ella.

La consulta de la doctora Weiß también estaba en la Gartenstadt, no muy lejos de la casa de los padres de Charlotte. La consulta tenía algo acogedor, como si fuesen a visitar a alguien en su casa. No había cuadros, sino muchas fotos personales en la pared que parecían mostrar a la doctora Weiß con su familia, a menudo de viaje. Frente a la puerta de entrada se veía una cocina pequeña y caótica de la que venía olor a café recién hecho. —Ahora voy —canturreó desde la cocina.

Nora ya estaba buscando un electroencefalógrafo. A escondidas abrió la puerta a su lado para echar un vistazo a la habitación del fondo. Pero no era más que el baño.

Unos segundos después, la doctora Weiß se acercó a David y Nora con paso enérgico. Era un torbellino menudo, con una melena rubia rizada y mejillas sonrosadas, y les sonrió radiante.

—Buenos días, doctora Weiß —la saludó David y sacó de inmediato su placa—. David Richter y la doctora Nora Mors, de la Kripo Mannheim. Soy el investigador principal y mi compañera es médica forense. Querríamos hacerle algunas preguntas sobre Charlotte Kinzig.

Su sonrisa franca dio paso a una expresión de sorpresa.—¿Charlotte Kinzig? ¿Qué ha hecho?

—No ha hecho nada. Alguien le ha hecho algo a ella.

A su asombro se sumó un auténtico impacto. Lo miró atónita.

—¿Cree que podríamos sentarnos un momento para hablar de los detalles? —preguntó David.

—Por supuesto. —La doctora Weiß intentó visiblemente recomponerse—. ¿Quieren tomar algo? Acabo de hacer café.

—No, gracias —rehusó David.

Fueron juntos a la sala donde la doctora Weiß solía recibir a sus pacientes. Tampoco allí había ni rastro de un EEG. La estancia estaba decorada con mucho gusto. A la doctora Weiß no le interesaba impresionar a sus pacientes, sino que, al parecer,

buscaba ante todo que se sintieran a gusto. Las sillas en las que se sentaban ella y sus pacientes estaban a la misma altura. Entre ambas había una mesa de centro de madera con cuencos decorativos, blocs y bolígrafos. Probablemente eran para ejercicios.

—Doctora Weiß, ¿es cierto que el lunes por la tarde Charlotte Kinzig tenía una cita con usted?

—Sí —dijo enseguida, y cogió su agenda de la mesa; retrocedió dos días en las páginas y luego confirmó—: Estuvo conmigo a las cuatro en punto.

—¿Y mencionó adónde iba después?

—No, no dijo nada en especial. Di por hecho que se fue directamente a casa, como siempre. Charlotte no salía mucho de casa. Sufría ataques de pánico, sobre todo cerca del bosque.

—Por eso resulta aún más extraño que ayer por la mañana la encontraran muerta en el bosque. Fue víctima de un crimen violento.

—¿Cómo? —La doctora Weiß jadeó y se llevó una mano a la boca. Alterada, enredó los dedos en su melena rizada—. ¿Dónde exactamente la encontraron, si se puede saber?

—En una vereda entre su urbanización y el merendero.

Abrió los ojos, horrorizada.—¿Justo allí?

—Ya sabemos por su familia que allí sufrió un episodio traumático hace tres años, por el que estaba en tratamiento con usted.

—Así es. Padecía un TEPT. Como acudió bastante tarde —un año después del incidente— a tratamiento terapéutico, solo pudimos avanzar despacio.

—¿Podría explicarnos con más detalle en qué consistía su tratamiento para Charlotte? —intervino ahora Nora.

La doctora Weiß se esforzó por adoptar una postura erguida. Probablemente intentaba controlar la agitación. Se aclaró la garganta.—Aquí ofrezco sobre todo terapia de conversación y terapia ocupacional.

—Supongo que tuvo acceso a la historia clínica de Charlotte Kinzig; en concreto, al TAC y a la RM que le hicieron tras el incidente, ¿verdad?

Frunció el ceño.—Sí, tuve acceso completo al expediente.

—¿Y usted misma le practicó alguna prueba?

—¿Qué tipo de pruebas?

—Por ejemplo, ¿un EEG o algo similar?

—No, no lo hice. Mido el éxito terapéutico por la conducta de mis pacientes.

David vio que Nora pensaba intensamente.

—¿Charlotte podía recordar el incidente? —preguntó entonces.

—Sí, no hacía otra cosa que pensar en ello y preguntarse qué podría haber hecho de otra manera para evitarlo: ignorar a los chicos, tomar otro camino a casa o no ir a la fiesta de cumpleaños. Esos pensamientos regían su día a día de forma casi obsesiva. Veía un nuevo peligro detrás de cada esquina. Llegó a volverse prácticamente paranoica. Del miedo a que algo así pudiera volver a ocurrir, evitaba cualquier punto de contacto con su entorno y se encerraba en casa. Al cabo de aproximadamente un año oí hablar de un nuevo estudio del *Zentralinstitut für Seelische Gesundheit Mannheim*, en el que se podía inscribir a pacientes con TEPT en un denominado entrenamiento de extinción del miedo.

David y Nora intercambiaron miradas alarmadas. Aquello sonaba al mismo estudio en el que también había participado Sarah Schubert.

David se inclinó, absorto. —¿Entrenamiento de extinción? —insistió.

—Sí, el estudio pretendía ayudar a los sujetos a aprender que de sus recuerdos dolorosos ya no emanaba un peligro inmediato. Conseguí convencer a Charlotte para participar. Incluso ayudó un poco.

—¿Cuándo exactamente fue? —preguntó David, sacando su bolígrafo.

—Espere, ahora mismo lo tenemos. —Se levantó, fue hasta su mesa y extrajo la historia clínica de Charlotte de un grueso montón de documentos. Luego volvió a sentarse frente a ellos y la hojeó con empeño. Su dedo recorrió una página y se detuvo en una línea concreta—. El estudio tuvo lugar en la primavera de 2021.

Así que realmente era el mismo estudio en el que había participado Sarah Schubert. Quizá incluso habían estado en el mismo grupo. —Doctora Weiß, ¿mencionó alguna vez Charlotte los nombres Sarah Schubert o Josephine Weiland?

—No, esos nombres no me dicen nada. ¿Por qué?

—Es posible que esas dos mujeres también hayan participado en ese estudio. ¿Le contó alguna vez algo al respecto?

—De otros participantes no me contó nada. Solo sé que también tuvo que quedarse a dormir allí un par de veces para que le supervisaran el sueño. Y que durante el tratamiento recibió leves descargas eléctricas.

David creyó haber oído mal. Nora tampoco pudo ya ocultar su sorpresa. —¿Descargas eléctricas?

La doctora Weiß restó importancia con un gesto. —Suena ahora peor de lo que es. A los pacientes no se les inflige dolor. Se trata únicamente de un ligero cosquilleo. Por lo visto, en el estudio primero se asociaron los recuerdos negativos a una leve descarga, que luego se fue retirando poco a poco. La doctora Britta Braun dirigió el estudio. Ella podrá explicarles el procedimiento mucho mejor.

David ya no daba abasto tomando notas. Era la primera pista caliente que tenían. Por fin había una coincidencia entre los médicos. Enseguida se ocuparía de solicitar una orden de registro y mañana a primera hora se plantaría con criminalística en casa de esa doctora Britta Braun. Solo esperaba que Nora no tuviera también un problema con el ZI Mannheim. Allí su pericia les vendría de perlas.

—Con esto nos ha ayudado mucho, doctora Weiß. ¿Nos dejaría también la historia clínica de Charlotte? Ahora forma parte de la investigación.

—Oh, por supuesto —dijo, y le entregó el expediente a David. Sus ojos volvieron a humedecerse—. Siento de veras lo de Charlotte. Antes —antes del incidente— era una persona tan alegre. Siempre he esperado poder despertar de nuevo a esa mujer vitalista que llevaba dentro. Y su familia tiene toda mi compasión. Ahora la carga que tienen que llevar es aún más pesada. —La voz se le quebró y las lágrimas le surcaron la mejilla.

—Tiene razón —asintió Nora, y esbozó una sonrisa triste.

—Transmitiré a la familia su más sentido pésame —le aseguró David.

Luego, él y Nora se levantaron y abandonaron la consulta.

Apenas salieron de nuevo a la calle, se pusieron a hablar los dos atropelladamente.

Nora estaba eufórica por los dos avances de hoy. —El estudio del ZI es el denominador común.

—Por fin tenemos una coincidencia —se alegró también David—. Pero interrogar al ZI Mannheim —aunque lo limitemos a la implicación de los empleados y participantes en el estudio— llevará casi tanto tiempo como en el Klinikum Mannheim. Leon y su equipo siguen con los interrogatorios allí. Alguien del gremio nos ayudaría una barbaridad. ¿Te sumarías a los interrogatorios del ZI?

La sonrisa radiante de Nora se desvaneció. Pero, al parecer, el éxito de hoy le dio nuevos ánimos, porque, tras un breve instante de duda, accedió. —Sí, te ayudo encantada.

—Estupendo. Entonces vente conmigo directamente a la reunión de situación. Hoy la OFA quiere presentar sus resultados. Eso podría servirnos para mañana.

Y así, ambos subieron a sus coches y pusieron rumbo directo a la Jefatura de Policía.

Capítulo 27

—Y, de este modo, no solo tendríamos un arma homicida, sino también un elemento común entre los médicos tratantes —concluyó Nora su exposición en la reunión de situación conjunta—. Hoy ya no estaba en el atril resignada y abatida por la falta de avances; por fin podía anunciar con orgullo un resultado concreto y demostrar su competencia. Para ilustrar el arma, incluso había buscado imágenes de ejemplo de un orbitoclasto.

El día de hoy había sido un éxito rotundo. Satisfecha, volvió a sentarse junto a David y Leon en la primera fila. Leon había informado poco antes que en el Klinikum Mannheim hasta ahora no había habido coincidencias, ninguna pista del autor, algo de lo que Nora se alegró en el alma. No quería tener nada que ver con ese lugar, pues desde el incidente con los Lindberg había intentado dejar atrás ese doloroso capítulo de su vida. Leon también había comunicado que el doctor Helfrich había accedido a que el equipo de rastros examinara su aparato de EEG, pero allí no habían encontrado sangre ni otras anomalías.

Ahora el grupo de la OFA salió al frente y dio comienzo a su presentación elaborada. Eichinger —el jefe del grupo— tomó la palabra. —Como la doctora Mors ya ha detectado acertadamente, nuestro hombre es médico. Más exactamente, se trata de un asesino en serie de orientación misionera del ámbito sanitario: un asesino por convicción que pretende liberar a sus víctimas con sus actos. Las víctimas de los asesinos por convicción deben cumplir un perfil determinado —en este caso, todas las víctimas han sufrido un trauma—, aunque por desgracia aún nos falta la historia de fondo de la primera víctima. El autor, por tanto, tiene que conocer el trauma de sus víctimas. Probablemente participó él mismo en su

tratamiento, ya sea como médico o como terapeuta. Los asesinatos por convicción se dan a menudo en el ámbito sanitario. Pero precisamente este tipo de autor serial es especialmente difícil de atrapar, porque se sale del patrón habitual. El asesino en serie promedio tiene una inteligencia de media a normal y suele contar con un título de secundaria básica o media. Tiene entre dieciocho y treinta y nueve años, a menudo ya había delinquido antes y mata en un radio de unos treinta kilómetros alrededor de su domicilio. Nada de eso encaja con nuestro hombre. En comparación con otros asesinos en serie, el asesino sanitario por convicción es extraordinariamente inteligente y hasta ahora no había delinquido. Así ocurre en nuestro caso. La base de datos ViCLAS no pudo constatar casos similares. A diferencia del asesino en serie visionario o hedonista, en los que la predisposición suele gestarse ya en la infancia, por ejemplo por negligencia o abusos, en el asesino sanitario por convicción el trastorno de personalidad suele desarrollarse a raíz de una experiencia traumática propia.

Hasta ahora Nora había estado tomando notas con ahínco, pero entonces se detuvo. Si el asesino había sufrido él mismo un trauma, en los interrogatorios de mañana en el ZI tendrían que incluir también a los participantes del estudio como posibles sospechosos. Tendría que fijarse a toda costa en si alguno de los sujetos con TEPT tenía formación sanitaria. Se apuntó una nota al respecto y volvió a centrar su atención en Eichinger.

—Detrás de la misión que, evidentemente, pretende cumplir con sus actos —en este caso, a nuestro asesino le mueve la idea de la redención—, late en realidad una necesidad mucho más profunda: superar su propio trauma. Pero eso no funciona, lo que le frustra más con cada asesinato. En la tercera víctima se aprecia que se vuelve más impaciente. Como ya ha observado acertadamente David Richter, la postura de las víctimas, durmiendo en paz, apunta a dos cosas: por un lado, simboliza la redención; por otro, el autor, que sí tiene conciencia, intenta con ello deshacer su brutal acto. Charlotte Kinzig ya estaba dispuesta con menos paz que las dos primeras víctimas. Por eso partimos de que nuestro hombre podría estar ya

fuera de control y actuar aún con más celeridad. Pero también significa que podría cometer un error. Así que presten atención a cualquier desviación que les llame la atención. Nuestro hombre es ahora ambas cosas: muy inteligente e impredecible. —Con estas palabras de mal agüero, Eichinger dio por concluida su exposición.

El grupo de OFA había sido el último punto de la reunión de situación de hoy. Andreas Müller dirigió aún unas últimas palabras al equipo. —La doctora Nora Mors y David Richter visitarán mañana a la doctora Britta Braun del ZI Mannheim. Yo mismo informaré a primera hora a la responsable del estudio sobre la visita; esta noche ya no localizaremos a nadie allí. El equipo de rastros también estará presente, pero se mantendrá discreto y listo para actuar para no levantar revuelo. Leon Sander se coordina con el equipo. Les deseo mucho éxito a todos.— Asintió a la sala y abandonó el atril.

En la sala de reuniones se volvió todo más bullicioso. Las sillas chirriaron al moverse y la gente empezó a intercambiar impresiones.

David y Leon también se giraron hacia Nora. —¿Te apetece venir a picar algo con nosotros? —preguntó David con cautela.

Nora agradecía la atención de David. Ya esa misma mañana le había comprado un pequeño desayuno para llevar. Casi dirías que había sellado un pacto con su familia preocupada. Y seguro que también quería retomar la conversación que habían tenido por la mañana. Pero esa noche Nora aún tenía mucho que hacer. —Hoy no. Voy a pasar ahora por Patología y quiero realizar la investigación microscópica del cerebro de Charlotte Kinzig.

—¿No tiene que estar 24 horas en formol? —se extrañó David.

Nora miró su reloj. Ya eran las diez de la noche. —Con más de doce horas basta. Quiero estar lo mejor preparada posible para mañana.

Los ojos de David recorrieron su rostro; intentaba leer algo en él. Con él siempre se sentía como un libro abierto. Se dirigió a Leon. —¿Así que mañana estás tú también?

—Sí, entraré con el equipo de rastros cuando me deis el visto bueno.

—Vale, entonces ¿nos vemos mañana por la mañana en la entrada del ZI? —Ahora su mirada volvió, cautelosa, hacia David.

—Sí, a las nueve —respondió él—. Si surge algo antes, por favor, llámame —añadió a continuación.

Nora tuvo la sensación de que no se refería solo a la investigación microscópica, sino también a ella. —Sí, lo haré —dijo, cohibida, y se despidió de ambos.

Ya pasaban de las once cuando Nora llegó por fin a la Medicina Forense de Heidelberg. El campus estaba desierto; la mayoría de los edificios permanecían a oscuras. Pero a Nora le venía bien estar sola. En los últimos días había estado rodeada de gente sin descanso. También se agradecía, de vez en cuando, poder hacer su trabajo sin que nadie le mirase por encima del hombro. Aunque por fin hoy su esfuerzo se ha visto coronado por el éxito, le seguía resultando agotador estar bajo observación constante, no solo en lo profesional, también en lo personal. David se fijaba en cada una de sus reacciones. Cerca de él, una y otra vez tenía la sensación de estar desnuda. Normalmente lograba mantener a raya su entorno con su frialdad, pero con David la careta habitual, al parecer, no funcionaba, por mucho que siguiera intentándolo. Anhelaba la sensación que solía acompañarla al ponerse la bata de médico: fuerza, seguridad, invulnerabilidad.

De un tirón abrió la pesada puerta del pabellón de autopsias y encendió en el pasillo la fría luz de neón. Mientras avanzaba por el corredor hacia la sala de autopsias, el tac-tac de sus tacones resonó de forma fantasmal en las paredes. Al llegar, cogió su bata del perchero y se la puso. Se quedó un momento simplemente ahí, escuchándose por dentro, esperando a que regresara su antigua seguridad. Pero algo seguía siendo distinto. Probablemente en los últimos días los viejos recuerdos y las dudas entretejidas con ellos le habían estado carcomiendo. Todos los aspectos neurológicos de los

que tenía que ocuparse le daban la sensación de que había vuelto un pedazo de la antigua Nora, una parte que creía haber enterrado. Quizá solo necesitaba ponerse manos a la obra para sentirse mejor.

Decidida, entró en la sala de autopsias, se puso unos guantes médicos, sacó el cerebro conservado de Charlotte Kinzig de la solución de formalina y lo dejó sobre la mesa auxiliar. Apretó la masa marrón para comprobar su consistencia. Cedió apenas. El órgano llevaba suficiente tiempo en fijación como para poder trabajarlo. Expectante, tomó el cuchillo grande y partió el cerebro desde la coronilla en dos mitades. Aunque estaba sola, había que documentarlo todo con el máximo detalle. Rápida, cogió la cámara y fotografió las superficies de corte intactas. El flash rebotó con un destello deslumbrante en los metales del equipamiento. Luego apoyó el cuchillo en una de las mitades y empezó a rebanarla con cuidado. Como ya había esperado, alcanzó el final del trayecto de la puñalada al cabo de pocos cortes. La amígdala volvía a estar lesionada. Disparó más fotos. Después terminó de cortar ambas mitades y colocó las láminas bajo el microscopio. Pero esta vez, además del centro del miedo lesionado, vio otra cosa: las neuronas también estaban dañadas. No había sido así en el caso de Sarah Schubert. Las descargas eléctricas debían de haber sido muy fuertes para provocar semejante daño. Su autor parecía realmente fuera de control. Solo de pensar que eso pudiera ir a más, a Nora le recorrió un escalofrío. Ambas amígdalas habían sido de nuevo alcanzadas por el arma del delito; además, otra vez aparecían ambas agrandadas y los hipocampos reducidos, lo que demostraba un TEPT. El caso, por tanto, estaba claro y su argumentación para el interrogatorio en el ZI Mannheim de mañana era sólida. Ahora solo le quedaba documentarlo todo. Rápida, conservó las láminas de cerebro, recogió y guardó sus cosas.

Cuando, al salir de la sala de autopsias, volvió a colgarse la bata de médico, se preguntó si se sentía mejor que antes. Pero la acostumbrada seguridad en sí misma no terminaba de llegar. Demasiados recuerdos viejos le rondaban la cabeza, y el estudio con pacientes de TEPT removería más recuerdos de su pasado. Tuvo que

admitir que, por lo de mañana, sentía auténtico miedo. Miedo de no poder soportar las memorias, de venirse abajo, de no poder cerrar el caso. De volver a fallar.

Aplacó la angustia con rapidez, apagó la luz con un suspiro, salió del departamento de autopsias y cruzó hasta su despacho. La luz del monitor del ordenador iluminaba un poco la estancia. En el resto del edificio reinaba la oscuridad absoluta, pero no le molestaba; al contrario, agradecía la soledad del momento.

Antes de empezar con la documentación, echó un vistazo rápido a los resultados del análisis de sangre: una vez más se había detectado midazolam en grandes cantidades. Tomó nota mental. También era un punto que debía tratar mañana con la doctora Braun. Luego tecleó con ahínco las conclusiones del examen microscópico.

Cuando por fin terminó, ya eran las doce y media, pero no sentía sueño. No era de extrañar con la mezcla de hoy, Ritalin y adrenalina. No le quedaría otra que recurrir a otro somnífero. *Solo por hoy*, se dijo Nora. Luego tenía que dejarlo. Máxime cuando su provisión de pastillas estaba ya agotándose.

Apagó el ordenador, cogió el bolso, salió del edificio y echó a andar por la oscura calle del campus en dirección al aparcamiento. De pronto oyó un chasquido a su lado. Se giró sobresaltada y clavó la vista en la oscuridad. Pero no distinguió nada. —¿Hola?—, llamó con inseguridad a las tinieblas. Pero por respuesta solo susurró la copa del viejo castaño junto a ella. Probablemente no había sido más que la madera del árbol o un pájaro entre las ramas. El campus, bien arbolado, estaba lleno de árboles y setos en los que había trajín día y noche. Seguramente también estaba simplemente rendida; porque, aunque no notara somnolencia, el cuerpo tenía muchos otros métodos de reaccionar a la falta de sueño de días. Las ilusiones sensoriales no eran raras, trató de tranquilizarse la médica. Con paso firme, Nora reanudó el camino hacia el aparcamiento.

Capítulo 28

El *Zentralinstitut für Seelische Gesundheit* estaba repartido en varios edificios por todo Mannheim, pero el edificio principal se encontraba en pleno centro, en J5. Estaba integrado en un campus propio con edificios de investigación y oficinas. Se consideraba un edificio terapéutico y no podía ocultar su carácter de clínica. No solo por fuera aquel bloque macizo parecía un hospital; por dentro también recibieron a Nora y David con la típica atmósfera hospitalaria: pasillos largos, revestidos de azulejos claros, luz de neón fría y una recepción enorme dominando la entrada.

David anunció su visita. —David Richter y la doctora Nora Mors, de la brigada de Homicidios de Mannheim. Nos espera la doctora Britta Braun.—

La empleada tras el mostrador pulsó una tecla de marcación rápida y anunció su visita. —La doctora Braun ya está de camino hacia ustedes—, dijo, y atendió la siguiente llamada.

Poco después se les acercó a grandes zancadas una mujer alta con bata blanca. —Hola, doctora Mors, señor Richter. Soy la doctora Braun.— Les estrechó la mano con firmeza, uno tras otro, y les dedicó una sonrisa cordial. Britta Braun irradiaba una serenidad tranquilizadora que se posó suavemente sobre los nervios de Nora. —Andreas Müller ya me ha informado de su asunto. Lo mejor es empezar con una visita guiada. Así podré explicarles mejor los principios de nuestro entrenamiento de extinción.—

A Nora le pareció perfecto. Ella tenía experiencia en ese campo, pero para David una explicación visual lo facilitaría todo.

Siguieron a la doctora Braun por el pasillo hasta los ascensores. Mientras esperaban a que se abriera una puerta, la doctora Braun

adelantó: —Llevamos a cabo el estudio con tres grupos: pacientes traumatizados con TEPT, pacientes traumatizados sin TEPT y participantes sanos como grupo de control. Las entrevistas preliminares con los sujetos tienen lugar en las oficinas de aquí, en la planta baja. Las exploraciones y el tratamiento se realizan en el sótano, donde están los equipos.—

Un leve timbre anunció la llegada del ascensor. Tras entrar, la doctora Braun pulsó el botón del sótano. Nora aún no había averiguado cómo pudo el asesino saber con tanta precisión dónde se encontraba la amígdala al asestar la puñalada y esperaba descubrir allí algún aparato empleado en el estudio que resolviera ese enigma.

Al llegar abajo recorrieron otro largo pasillo de hospital. La doctora Braun avanzó con decisión y, a los pocos metros, abrió una puerta a la izquierda con señal de advertencia de radiación. Entraron en una sala con varios aparatos. El mayor de todos era un enorme tubo de RM. —Aquí contamos con los procedimientos de imagen más nuevos y modernos. Para disponer de valores comparativos, realizamos una RMf a cada participante antes, durante y después del tratamiento.— Más dirigida a David que a Nora, explicó: —La resonancia magnética funcional es una evolución de la RM convencional y puede incluso representar procesos metabólicos en el cerebro. De este modo podemos plasmar el éxito de la terapia directamente de forma gráfica.—

Nora conocía la RMf de la carrera. Incluso se utilizaba a menudo durante intervenciones neuroquirúrgicas. Pero el asesino no podía haberla empleado durante el homicidio. Habría tenido que meterse en el tubo. Demasiado engorroso.

Salieron de nuevo al pasillo, dejaron atrás un par de salas y entraron en otra más grande. En el centro había un sillón de tratamiento, rodeado de numerosos aparatos y monitores de ordenador. —Aquí tiene lugar el tratamiento principal—, explicó la doctora Braun. —Al inicio solemos conocer muy bien el trauma del participante. Lo tratamos en entrevistas previas y en estrecha colaboración con los terapeutas del paciente —si el sujeto está en

terapia—. Conocemos, por tanto, los disparadores individuales que provocan en los pacientes el miedo asociado al trauma vivido y, con ello, estimulan la amígdala. Queremos lograr que esos disparadores pierdan su efecto.— Luego se acercó a los monitores, instalados en mesas junto al sillón, y encendió uno. —Cada cual tiene un disparador distinto. En algunos es un olor concreto que les recuerda el trauma, en otros un ruido, un entorno específico o incluso una palabra determinada. Cualquier cosa relacionada con el trauma puede actuar como disparador. Durante el tratamiento disparamos a nuestros participantes de forma totalmente individual. Si es necesario, recreamos la situación que provoca el miedo en la pantalla o con unas gafas de realidad virtual.— Para ilustrarlo, puso en marcha una simulación que recreaba una escena de guerra. Después fue hacia el sillón donde los sujetos se sentaban habitualmente y acercó, sobre una mesa móvil, un aparato de EEG, también conectado a un PC. —Mientras tanto, se mide la actividad cerebral del sujeto con un EEG cuantitativo.—

Un EEGc, claro que sí... De golpe, Nora supo cómo pudo el asesino hacer visible la amígdala mientras apuñalaba. —¡Mapeo cerebral!— soltó.

La doctora Braun interrumpió su exposición.

Nora señaló el gorro, provisto de numerosas láminas de electrodos, y se volvió hacia David. —Un EEG cuantitativo evalúa la actividad actual del cerebro mediante un ordenador.— Como David seguía mirándola sin comprender del todo, añadió: —Con eso se puede representar en directo la localización exacta de la amígdala.—

El rostro de David se iluminó. Había entendido, pero se contuvo de reaccionar. Así que Nora tampoco abundó en el tema.

—Eso es correcto, doctora Mors —prosiguió Britta Braun, visiblemente impresionada de que Nora conociera tan bien la evolución del EEG—. Así vemos cuándo el desencadenante provoca el miedo y, por lo tanto, estimula la amígdala. En ese momento estimulamos al sujeto mediante los electrodos con una leve descarga eléctrica.

Nora y David volvieron a mirarse con los ojos muy abiertos. Todo encajaba a la perfección. El qEEG, la descarga a través de los electrodos, la silla de tratamiento: aquí estaban preparados todos los componentes que su asesino necesitaba.

—Repetimos este proceso unas cuantas veces —continuó la dra. Braun—, hasta que el sujeto asocia mentalmente el desencadenante con el estímulo eléctrico. En cuanto eso sucede y, por tanto, percibe el peligro en la descarga, empezamos a activar al sujeto sin estímulo eléctrico. De este modo, el cerebro se acostumbra a que el desencadenante ya no entraña peligro. Por supuesto, no se hace a lo bruto. El periodo de tratamiento se extiende a lo largo de varios días y semanas, y en parte también por la noche durante el sueño. Porque el aprendizaje se consolida durante el sueño. Y como el patrón de sueño en los pacientes con TEPT ya de por sí desempeña un papel importante, se incluye en el estudio. Para ello se ha montado aquí, en el sótano, el equipamiento del laboratorio del sueño en varias camas, de modo que los sujetos puedan ser activados y monitorizados también mientras duermen. En conjunto, ha merecido la pena. Aunque el método no funciona en todos, y sin duda es mejorable, en la mayoría de los casos se ha podido reducir de forma demostrable la actividad de la amígdala. Las RMf lo corroboran. Con gran orgullo, la doctora Braun concluyó su exposición.

Nora y David, en cambio, se habían quedado con la boca abierta. Nora se atrevió a preguntar la primera: —¿Sedan también a sus pacientes con midazolam durante el tratamiento?

La pregunta sorprendió a la doctora Braun. —No, aquí no se seda a nadie.

—¿Y de qué intensidad es la descarga que aplican a través de los electrodos?

—Oh, es muy leve, no es dolorosa —restó importancia con un gesto.

—¿Me lo podría demostrar un momento, por favor? —pidió Nora.

—Si quiere. —La doctora Braun le tendió la capucha de electrodos y encendió el aparato.

Nora se puso una lámina de electrodo en el dedo y asintió. Un fino latigazo eléctrico le recorrió las vías nerviosas. Britta Braun tenía razón. Doloroso, desde luego, no era. —¿Puede el aparato, en teoría, ajustarse más alto de modo que el paciente sufra daños?

La doctora Braun la miró horrorizada. —¿Hace algo así el asesino que ustedes buscan?

La mirada de Nora se desvió hacia David, porque no estaba segura de qué podía revelar.

—Por desgracia, todo apunta a que sí —respondió él.

—¡Dios mío! —La doctora Braun se llevó una mano a la boca.

Como ella seguía en silencio, David retomó la pregunta de Nora: —¿Podría ajustarse el aparato tan alto que el paciente llegara a resultar lesionado?

—En teoría sí, pero aquí nadie tendría ocasión de hacerlo. El procedimiento está siempre supervisado por varios empleados.

—Pero el acceso a estas dependencias lo tienen todos los empleados implicados en todo momento, ¿verdad?

A Britta Braun se le desencajó el gesto. —Sí, lo tienen.

David echó un vistazo a la sala. —¿Hay cámaras de vigilancia aquí?

—No, va en contra de la normativa de protección de datos.

—Pero el estudio se grabará o documentará de algún modo, ¿no?

—Sí, las respectivas sesiones y sus resultados se documentan en el ordenador y se les pone fecha. Y la monitorización en las camas del laboratorio del sueño también se registra mediante los equipos.

—Necesito todos esos datos y, además, los nombres y turnos de todos los implicados en el estudio. Todo con dos semanas de retroactividad.

—Tanto del personal como de los participantes —añadió ahora Nora.

David la miró sorprendido, pero no dijo nada. Confiaba en que Nora sabía lo que hacía.

—Los nombres de los pacientes y sus historiales están sujetos al secreto profesional —advirtió la dra. Braun—. Para eso necesitarían el consentimiento de los pacientes.

—Seguro que podemos resolverlo con una orden judicial. No obstante, sería más sencillo si me dejara los expedientes como colega médica —contraatacó Nora.

—Aparte de eso, ahora, en teoría, todos los participantes del estudio están en peligro —apoyó David el argumento de Nora.

Eso la dejó tocada. —¿De verdad lo creen? Entonces es otra cosa… La seguridad de los pacientes, por supuesto, es prioritaria. Disculpen; todavía no acabo de asimilar que alguien pueda aprovechar un estudio que pretende ayudar a los pacientes para cometer un asesinato.

David sacó el móvil y marcó un número. Mientras tanto, preguntó Nora: —¿Está en posesión del ZIs Mannheim un orbitoclasto?

—Por el amor de Dios, no. —Britta Braun estaba cada vez más pálida. Poco a poco parecía hacerse una idea de con qué clase de monstruo trataban.

—Leon, tenemos aquí un posible lugar del crimen en el sótano. Mete al equipo de criminalística —ordenó David.

Apenas pasaron unos minutos hasta que Leon llegó de fuera con el equipo forense. David le puso al corriente a él y al equipo de la situación y pidió que no solo se examinara el sillón de tratamiento con el qEEG, sino toda la sala, la RMf y los dormitorios. Con eso tendrían trabajo para todo el día.

Mientras Leon y la policía científica estaban en faena, David pidió a la doctora Braun que continuaran la conversación en su despacho.

Cuando tomaron asiento, David dijo: —Por favor, averigüe antes que nada en qué grupos estaban Charlotte Kinzig y Sarah Schubert.

La doctora Braun rebuscó, nerviosa, en su archivador hasta que dio con ambas. —Las dos estaban en un grupo de la primavera de 2021.

—¿En el mismo grupo? —repreguntó David.

—Sí.

David se inclinó hacia delante en la silla. —Doctora Braun, por favor mire si en ese grupo, o en otro, participó alguna Josephine Weiland.

La doctora Braun sacó todo el montón de la primavera de 2021 y fue revisando los expedientes. Se quedó en seco. —Sí, Josephine Weiland también formaba parte del grupo.

—Lo sabía —soltó David—. ¿Venía derivada de algún terapeuta?

La doctora Braun hojeó el expediente de Josephine. —De ninguno. Se inscribió por su cuenta en el estudio. Muchos sujetos vienen por indicación de sus terapeutas, pero el estudio está abierto a cualquiera, también a sujetos con síntomas de TEPT, aunque no se les haya diagnosticado oficialmente. En ese caso lo hacemos nosotros.

—¿Y lo hicieron en el caso de Josephine Weiland?

—Sí.

Por fin tenían un vínculo entre las tres víctimas.

—¿Cuál fue el motivo de su TEPT?

La doctora Braun tragó con dificultad. —No me siento nada cómoda revelando los secretos de mis pacientes.

—Doctora Braun, Josephine Weiland está muerta. Usted queda eximida del deber de secreto profesional.

Apretó la mandíbula. —La violaron.

Nora y David ya lo habían sospechado. Al final, Josephine había luchado contra su propio cuerpo y había hecho desaparecer todo signo de feminidad. Nora sintió una profunda compasión; David parecía furioso.

—¿Dio algún nombre?

Nora sabía a qué quería llegar David. Estaba convencido de que uno de los chicos de la pandilla de Josephine había sido su agresor.

—No, ya fue una lucha que hablara del trauma en absoluto. Como no se había puesto en tratamiento, tuvimos que hacer mucha labor previa con ella.

—¿Las entrevistas preliminares también constan en la documentación? —preguntó David.

—Sí.

—Bien, también las necesitamos. Por favor, entréguenos todo lo que hayan documentado del estudio.

Durante las horas siguientes, Nora y David se dedicaron a repasar la documentación de los participantes aún vivos de la primavera de 2021 y a preguntar por su coartada a los empleados implicados en el ciclo actual del estudio que habían estado de servicio en las dos últimas semanas. Se comprobó cualquier mínima implicación: técnicos de radiología, doctorandos, psicólogos y psicoterapeutas, neurólogos y todos los científicos vinculados al estudio. David pasó las coartadas a su equipo de investigación para que las verificaran. Además, puso a su equipo a comprobar las redes de relaciones de los participantes. Aunque se les desencadenara por separado, sí tenían contacto entre ellos. Había unas cuantas citas en las que debía estar presente todo el grupo.

Nora fue revisando a los distintos participantes. Era un grupo heterogéneo de hombres y mujeres que habían llegado con traumas muy distintos. Sin embargo, ninguno de ellos parecía tener formación médica, al menos no de forma evidente. En algunos, el método había funcionado de verdad; en otros, apenas o nada. David ordenó contactar con los participantes del estudio que aún quedaban

para mantener una conversación. Uno de ellos —Simon Becker— vivía incluso en Mannheim y acudió directamente al ZI.

En los interrogatorios al personal, Nora se había mantenido relativamente tranquila, pero cuando Simon Becker se sentó frente a ellos, se le aceleró el pulso. No podía permitirse de ningún modo un ataque de pánico allí, y menos delante de un paciente traumatizado.

—Señor Becker, muchas gracias por venir con tan poca antelación —abrió David la conversación—. Usted sirvió como soldado en Afganistán y está en tratamiento por un trauma de guerra, ¿verdad?

—Así es —respondió Simon Becker con voz firme. Se veía enseguida que era soldado: estaba rígido y erguido frente a ellos, como si llevara una vara clavada en la espalda—. Presencié la explosión de una bomba con numerosas víctimas mortales.

—Y en la primavera de 2021 participó en el estudio sobre TEPT aquí en el ZI.

—Correcto.

—Cuéntenos, por favor, un poco al respecto. ¿Cómo fue el procedimiento? ¿Cómo lo vivió usted? ¿Le sirvió de algo el entrenamiento de extinción?

—Yo diría que sí. Fue duro que me desencadenaran con tanta intensidad, pero al final me ayudó. Lo que viví seguro que no lo olvidaré jamás, pero ahora puedo soportarlo mejor y pensar también en otras cosas. Es difícil de explicar. Se siente como si la carga que llevo encima pesara menos. Sobre todo, ya no me desencadena cualquier nimiedad.

David echó un vistazo al expediente de Simon Becker. —¿Sus desencadenantes eran disparos, explosiones y el rotor de helicópteros?

—Sí, y cualquier cosa que sonara aunque solo fuera remotamente parecido. Cada estallido me hacía dar un respingo. Fuera una puerta que se cerraba de golpe, el petardazo de un tubo de escape o algo pesado que se cargaba. Todo eso antes me dejaba incapaz de

actuar. Así no podía llevar una vida cotidiana normal. Pero gracias al entrenamiento de extinción ahora puedo, salvo contadas excepciones. Solo Nochevieja sigue siendo el horror en estado puro para mí.

—¿Y cómo le desencadenaban la reacción en el estudio? —se atrevió a preguntar Nora.

—Me ponían una y otra vez una secuencia de guerra, tanto en un monitor como con unas gafas de realidad virtual. Muy realista. Los sonidos correspondientes, por supuesto, venían integrados. Al principio recibía pequeñas descargas eléctricas; al final ya no. Lo mismo lo hicieron con situaciones cotidianas. Al principio me daban descargas mientras, por ejemplo, la directora del estudio reventaba un globo; al final lo hacía sin descargas. También me desencadenaron un par de veces durante el sueño, aunque ahí sin descargas. Pero nunca estaba solo; siempre había profesionales que podían ayudarme si me daba un ataque de pánico, a diferencia de lo que pasaba en el día a día. Y si me superaba, podía interrumpirlo en cualquier momento.

—Me alegra que ahora esté mejor —dijo Nora con empatía—. ¿Y trabaja ya otra vez?

—Sí, pero ya no como soldado. Trabajo en un aparcamiento y estoy a cargo de la videovigilancia.

—Ningún paciente con TEPT llevará ya una vida normal —continuó Nora—. Un poco, sí. No todos querían hablar con los demás pacientes. Pero a mí me resultaba reconfortante poder intercambiar impresiones con gente afín.

—¿Tuvo contacto con Josephine Weiland, Sarah Schubert o Charlotte Kinzig? —preguntó David directamente.

—Algo de charla, sí. Pero conocí a otro soldado que había vivido algo parecido a lo mío. Con él sigo siendo amigo hoy en día.

—Qué bien —dijo Nora y le sonrió.

David se puso en pie y le tendió la mano. —Muchas gracias por haberse tomado el tiempo de hablar con nosotros. Le deseo lo mejor.

Simon Becker se despidió de David y de Nora con un apretón de manos antes de salir de la habitación.

En cuanto se cerró la puerta, Nora se vino abajo. Se alegró de haberse quitado de encima el interrogatorio del paciente con TEPT. Aún la esperaban otros, pero al menos ya no hoy. Le había costado mucho esfuerzo. Tenía claro por qué, al final, no quería ser médica en ejercicio, y menos aún en un hospital. Era demasiado sufrimiento que se vivía de cerca a diario y que se te apoderaba dolorosamente.

Aunque estaba agotada, Nora ya temía la noche. Anoche había tomado su última pastilla para dormir. Hoy tendría que apañárselas sin ella. Pero tenía la sensación de que estaban a punto de atrapar a su autor. Le pisaban los talones. Lo notaba. Solo tenía que aguantar un poco más.

Por fin se les unió Leon. Se había pasado todo el día en el sótano acordonado. Exhausto, se dejó caer en la silla frente a ellos. —Gente, siento tener que decirlo, pero la policía científica no ha podido detectar restos de sangre. Por ahora, nada indica que esto sea una escena del crimen.

David se pasó, cansado, la mano por su pelo negro azabache. —¿Han asegurado al menos algún rastro?

—Sí, pero primero hay que analizarlos. Y puede tardar, porque los aparatos los usaron muchas personas. Solo podemos esperar hallar fibras llamativas. Restos de sangre habrían sido de ayuda —suspiró.

Era para desesperarse. Y eso que Nora tenía la sensación de estar en la pista correcta. Aquí confluían todos los hilos: el método de tratamiento, las tres víctimas habían sido participantes del mismo grupo de estudio y habían hablado de su trauma. —Deberíamos revisar otra vez las historias clínicas de nuestras tres víctimas. Quizá encontremos alguna pista —dijo Nora en voz alta.

—Buena idea —asintió David—. Pero comamos algo antes. Estoy a punto de morirme de hambre.

—Yo me retiro, chicos —dijo Leon—. Espero a que el equipo de rastros termine su trabajo y luego me vuelvo con ellos a la comisaría.

Nora lo pensó. —Tengo en casa mis manuales y apuntes de la carrera. Quizá vea algo que se nos ha pasado.

—¿Revisamos entonces los historiales en tu casa? Pedimos pizza; yo invito —propuso David y le sonrió con picardía.

Nora se sobresaltó. En realidad no lo había planteado como una invitación. Por otro lado, ya temía la noche sin ayuda para conciliar el sueño. Un poco de compañía no le vendría mal. —De acuerdo —se oyó decir.

Ella y David recogieron el grueso montón de documentos y abandonaron, con ese único trofeo de sus horas de trabajo, el ZI.

Capítulo 29

Cuando David entró en el piso de dos habitaciones de Nora, se sintió envuelto por una calidez acogedora. Hacía calorcito, había mucha luz y olía a flores. En el recibidor había algunas piezas sueltas antiguas; de las paredes colgaban cuadros. Tenía curiosidad por ver cómo sería el piso de Nora y, como había sospechado, aquí ya no podía ocultar que no era el tipo frío que a menudo aparentaba, sino, en el fondo, una mujer muy cariñosa y femenina.

—Por favor, ponte cómodo ya. Voy a coger el folleto de la pizzería y algo de beber. ¿Te apetece también un merlot?

—Sí, gracias —respondió. Por lo general no bebía en servicio, pero, después de aquel día agotador, un vaso de vino le venía de perlas. Además, estaba algo nervioso.

Al entrar en el salón, se dio cuenta de otra cosa más: Nora era una solitaria. El sofá estrecho, una manta solitaria, ningún otro asiento: nada sugería que fuera el tipo sociable que recibía visitas con frecuencia.

Tomó asiento en el sofá de dos plazas. Pocos instantes después, Nora se le unió con el merlot, unas copas y una botella de agua, y le tendió el folleto de la pizzería. —Aquí. Ya sé lo que voy a pedir: siempre pizza margarita. Luego empezó a distribuir en montones sus manuales, las historias clínicas y el resto de documentos que habían traído del ZI sobre la mesa de centro. David optó por una pizza de salami y realizó el pedido online. Como había prometido, la invitó.

Algo tensa, Nora se sentó a su lado. Se frotó las manos, nerviosa. A todas luces la situación la superaba un poco, porque desvió la conversación directamente al trabajo. —Lo mejor es que empecemos

con la historia clínica de Josephine Weiland. De ella nos faltan aún unas cuantas piezas del puzle.

David quería que se sintiera a gusto y, por eso, se sumó. Abrieron el expediente de Josephine y revisaron su documentación por orden cronológico. Hacía menos de un año que la chica se había presentado por primera vez en el *Zentralinstitut für Seelische Gesundheit* ante la doctora Braun. Juntos leyeron la transcripción de la psicóloga:

La señora Weiland se inscribe voluntariamente en el entrenamiento de extinción. No está en tratamiento terapéutico, pero presenta todos los signos de un TEPT: conductas autolesivas en forma de anorexia, depresión, flashbacks, retraimiento social, sensación de despersonalización. Otra razón para inscribirse en el entrenamiento es que la Sra. Weiland espera obtener ayuda rápida sin tener que poner al corriente a sus padres, amigos, médicos u otras personas. La señora Weiland es mayor de edad e insiste en que la información aquí recogida no se transmita. Se accede a su petición.

Ahora estaba claro por qué nadie sabía de la participación de Josephine en el estudio. Lo había ocultado. —Dios mío, esa chica debió de sentirse tan sola. La idea de soportar todo el procedimiento sin ayuda de nadie le resultaba insoportable a David.

—Por desgracia, eso es bastante habitual en las violaciones —dijo Nora, apenada—. Las mujeres afectadas suelen avergonzarse y sienten que tienen que revivir la vergüenza si se lo cuentan a alguien. Debe de haberle costado un valor enorme ir sola al ZI y cargar con todo eso.

Volvieron al expediente. Ahora la doctora Braun describía la causa del TEPT de Josephine:

Trauma y desencadenantes:

La señora Weiland refiere haber sido violada. El incidente tuvo lugar hace unos nueve meses durante el Nachtwandel *. Josephine*

Weiland fue violada en el muelle del puerto, bajo la plataforma mirador. No quiere revelar la identidad de su agresor.

Los desencadenantes son: el agua chapoteante del Neckar, el olor y el tacto de la hierba, y la canción Knocking on Heaven's Door, que sonaba en segundo plano, a medio volumen, en un bar (la banda ya había dejado de tocar y estaba recogiendo).

Después venían sus imágenes de RMf y los registros del qEEG. David y Nora leyeron, fascinados, que a Josephine la habían desencadenado con la canción y con el olor de la hierba mientras recibía la descarga eléctrica. Por desgracia, en Josephine Weiland no se apreciaba un gran avance. Así constaba tanto en las imágenes como en las anotaciones de la doctora Braun. Probablemente, en comparación con los participantes del estudio que estaban en terapia en paralelo, partía de una base peor.

—Quizá el asesino quiso forzar un éxito endureciendo el procedimiento. Eso significaría más descargas eléctricas y más fuertes, quizá también experiencias desencadenantes más intensas; y, si tampoco funcionaba, la liberación mediante el orbitoclast —caviló David—. Aunque me pregunto cómo encaja eso, como arma homicida, con el resto del procedimiento.

—Tampoco sabría explicarlo —dijo Nora.

—¿Cómo se le ocurrió al ZI llevar a cabo un estudio así? ¿Es un método habitual? ¿Ha habido algo parecido antes, quizá incluso usando un orbitoclast?

—Sobre la extinción ya he leído alguna vez, aunque, que yo sepa, no interviene ningún orbitoclast —Nora hojeó sus libros y, por fin, dio con ello en un manual de Neurocirugía—. A un científico de la Harvard Medical School ya le salió en 2007 con sujetos sanos. También empleó unas gafas de realidad virtual para desencadenar las reacciones en los sujetos. La idea de sanar la amígdala para liberar al paciente de su trauma es, en realidad, un buen planteamiento. No en vano hice mi tesis doctoral sobre la extirpación de la amígdala en pacientes epilépticos. Es un cuadro clínico muy

distinto, pero también ahí la amígdala está mal dirigida e hiperexcitada, por lo que perjudica más de lo que ayuda. En un caso así hay que decidir si es mejor extirparla.

Nora había apurado casi su primera copa de merlot, y con el estómago vacío, lo que probablemente explicaba que se hubiera vuelto tan locuaz. Pero de pronto se interrumpió. Algo cambió en su expresión. En lugar de su habitual objetividad, se le dibujó una mezcla de susto y tristeza. De repente pareció pequeña y vulnerable.

Esta vez David quería intentar sujetar la puerta que se había abierto apenas un resquicio. —¿Por qué te decidiste entonces en contra de la neurocirugía y te hiciste médica forense? —preguntó con cautela—. Pareces de verdad muy buena en ese campo, hasta donde puedo juzgarlo.

Nora cogió la copa de vino tinto y bebió un sorbo. Luego fijó la mirada en un punto invisible de la mesa baja y comenzó a contar. —Como ya he mencionado, mi tesis doctoral trataba de la extirpación microscópica de la amígdala en pacientes epilépticos. Me había especializado en ese campo y, por eso, en mi año práctico yo misma estaba en la mesa de quirófano. Me encantaba el reto que ofrecía la microcirugía. Era como resolver un enigma para mí, cuando podía ayudar y curar a las personas con una intervención mínima. Pero los médicos tampoco somos infalibles —escupió literalmente la última frase.

David no se atrevió a interrumpirla. Pero en cada pausa temía que se callara del todo. Sentía curiosidad por su historia, pero sobre todo por ella, por saber quién era de verdad Nora. Notaba también que quería abrirse, pero tenía miedo de espantarla con cualquier cosa. Así que casi no se movió, no dijo nada y se limitó a mirarla con gesto de ánimo.

Volvió a dar un sorbo de vino antes de seguir hablando. —Yo también cometí un error. Uno terrible, y precisamente con una niña: la hijita de los Lindberg. Por mi mano murió durante la operación a causa de una hemorragia cerebral —la voz de Nora se quebró. Se le llenaron los ojos de lágrimas. David quiso cogerle la mano, pero ella

hizo un gesto de rechazo, respiró hondo y continuó con la voz medio ahogada—. Y lo peor fue que su muerte fue tan poco espectacular. Como seguía intubada por la anestesia, supe solo por la sangre, que se extendía a toda velocidad en su cabeza, que hasta aquí habíamos llegado, que no volvería a despertar jamás. —Nora negó con la cabeza. Tragó con dificultad, cerró los ojos un instante y continuó—: Los padres esperaban fuera del quirófano a que sacaran a su hija, pero en lugar de eso solo salí yo y tuve que darles la horrible noticia de la muerte de su niña, a la que adoraban por encima de todo. Solo mi aspecto ya debió de conmocionarlos. El padre, de hecho, perdió los estribos. Me atacó allí mismo. Estaba tan furioso que alguien llamó incluso a seguridad. Yo no me defendí. Lo aguanté todo. Podía entenderlo. Yo misma habría querido descargarme a golpes contra mí. Me quedé como de piedra.

También su mirada se había quedado completamente fija. David casi podía ver cómo todo volvía a reproducirse ante su mirada interior.

—A partir de ese momento —ese momento en el pasillo del hospital— supe que nunca volvería a ser capaz de dar ni un solo paso en neurocirugía. Pero aún fue peor. —Automáticamente cogió su copa y volvió a beber un trago largo—. El padre se zafó de alguna manera de los de seguridad. Me entró el pánico y eché a correr. Salí sin más. En ese tiempo él subió al tejado de Neurocirugía y se lanzó al vacío. Cayó justo a mi lado, en la calle, donde yo estaba intentando coger aire. Nunca olvidaré ese golpe sordo que hizo su cuerpo al estrellarse contra el asfalto duro.

Entonces David comprendió por qué Nora no quería tratar con los familiares ni con el Uniklinikum Mannheim durante la investigación.

—Después estuve muy mal. Me aparté de todo y de todos. Ni siquiera Adrian, mi pareja de entonces, lograba llegar hasta mí. Al principio aún tuvo comprensión, pero cuanto más desbordado estaba por la situación, más me apremiaba a recomponerme, a espabilar de una vez. Pero yo no podía. —En las últimas frases Nora casi se atropelló. Se levantó, caminó de un lado a otro, se detuvo y se

calmó de golpe—. Al final me dejó. Las únicas personas que siguieron ahí para mí fueron mis padres y mi hermana. Si no los hubiera tenido, jamás habría salido del pozo oscuro en el que caí. Al principio quise renegar por completo de la medicina. No quería tener ya nada que ver con ella. Pero entonces descubrí la medicina forense para mí. Aquí no tengo vidas humanas a mi cargo y tampoco tengo que escuchar reproches de los familiares. Es la única manera de ejercer como médica sin estar sometida a la presión habitual. —Lágrimas silenciosas le resbalaron por las mejillas. Solo entonces pareció darse cuenta de que estaba llorando. Casi sorprendida, se las secó.

David tuvo la impresión de que le había contado la historia más a sí misma que a él, como si lo hubiera dicho todo en voz alta por primera vez. Sintió una necesidad imperiosa de consolarla de algún modo, de tocarla. Cuando volvió a sentarse, se inclinó lentamente y apretó su mano temblorosa. —Lo siento mucho, Nora. Debió de ser horrible para ti.

Pero Nora volvió a apartarse y se tensó. —Para la señora Lindberg fue horrible por encima de todo. Ese día perdió toda su vida: primero a su hija y luego también a su marido.

—Aun así para ti también fue terrible. —David vio que ya volvía a encerrarse en sí misma. Como al contacto físico, por lo visto, se cerraba en banda, y las típicas palabras de consuelo probablemente las tenía más que oídas, decidió corresponder a su franqueza y confiarle él mismo algo muy personal. Quería que sintiera que no estaba sola en su vulnerabilidad—. Entiendo muy bien lo terribles que son los autorreproches. Yo también me los hago a menudo, por ejemplo cuando no atrapo a un asesino con suficiente rapidez, como ahora en nuestro caso. A veces me paso noches enteras dándole vueltas a cuántas víctimas podría haber salvado si hubiera descubierto antes una u otra pista. Todos estamos sometidos a una presión enorme en un caso de asesinato, pero la presión que yo mismo me impongo es la más insoportable. Me bloquea, me paraliza literalmente, porque no puedo pensar en otra cosa en todo el día y

no logro desconectar. Leon siempre me dice que me falta la distancia necesaria para este trabajo. Pero yo soy así. No puedo evitarlo. Y, aunque me tortura, siento la necesidad imperiosa de ayudar a la gente. Es paradójico, como si vivieran dos almas en mi pecho. — David tragó con dificultad. Él tampoco había contado nunca todas esas cosas a nadie. No así, en cualquier caso. No con tanta honestidad. No con tanta crudeza. Pero con Nora le resultaba correcto. Con ella tenía la sensación de no ser juzgado—. Pero lo peor es darles a los familiares la noticia de la muerte de un ser querido. Nunca sabes cómo van a reaccionar. Con la abuela de Sarah Schubert, por ejemplo, tuve serias dudas de que resistiera la noticia. Por desgracia no hay un manual para eso. Y cada situación es distinta. No puedes prepararte de verdad. Y a menudo no sé cómo comportarme. Por un lado quiero ser empático; por otro, así también siento todo el dolor. A veces me pregunto de verdad por qué hago este trabajo. Porque, en el fondo, soy demasiado sensible para él.

Entonces Nora lo miró. Sus ojos iban y venían entre los suyos.

Reunió todo su valor para decirle por fin adónde quería ir a parar. —Pero era el único trabajo que mi padre podía aceptar. Solo como policía me acepta… y mi alta sensibilidad.—

—¿Eres altamente sensible?—

—Sí.—

Nora siguió mirándolo con expectación.

Así que explicó: —Una persona altamente sensible no solo tiene más empatía, sino también los sentidos más afinados. En la mayoría, uno o varios sentidos están muy desarrollados. Algunos ven extraordinariamente bien; otros oyen u huelen más que la mayoría. En mi caso, se junta todo. Mi padre hizo todo lo posible para que yo lo aprovechara en mi… o, mejor dicho, en su beneficio. Si eres altamente sensible, hay que sacarle partido de algún modo.— Que su padre nunca hubiera sido capaz de aceptarlo tal cual era aún dolía, después de tantos años, pero por fin decirlo en voz alta le sentó de maravilla. —Ya has conocido a mi padre. No es

precisamente amigo de las grandes explosiones emocionales. Y un niño altamente sensible es más motivo de vergüenza que algo deseable. Desde que era pequeño quiso hacer de mí un 'hombre de verdad'. Y de algún modo lo consiguió. Yo, en realidad, quería ser cuidador de animales, pero eso, claro, no era aceptable: demasiado 'blandengue', como decía siempre. ¿Qué iban a pensar? Pasarse el día acariciando animales es ridículo y cosa de mujeres, me sermoneaba. Ahora soy investigador en Homicidios: una profesión honorable que, por lo general, se asocia con fuerza. Al menos así visto el barniz de la masculinidad.—

Él mismo se oyó lo amargo que sonaba, y así se sentía.

Entonces Nora le tomó la mano. —David, no es algo que tengas que ocultar ni algo de lo que haya que sacar provecho. Más bien al contrario. Esa parte de ti, la forma en que percibes las cosas y a las personas, es un regalo. Creo que las personas altamente sensibles son algo muy especial. Y te admiro por enfrentarte cada día de nuevo al desafío y exponerte además, de forma consciente, a situaciones especialmente duras para ti. Con eso has demostrado valor. Aparte de eso, tu empatía te convierte en un investigador excelente y en una persona muy especial.—

Le sonrió agradecido. No se lo había contado nunca a nadie, ni siquiera a Leon. Solo a retazos. En la policía sentía que por fin había llegado, que lo habían aceptado e integrado en una manada, pero las burlas de la infancia habían calado hondo. Por eso, hasta ahora, se lo había callado tanto con sus amigos como con las mujeres. Aquella confianza mutua que él y Nora compartían creaba entre ellos un vínculo profundo. Su mano envolvió la de ella. —Gracias, Nora. Esas palabras solo las he oído hasta ahora de mi madre. Fue la única que no solo me aceptó como soy, sino que además me animó a mostrar mis sentimientos. En una etapa especialmente difícil llegó a llamar a mi alta sensibilidad un superpoder.— Sonrió al pensarlo.

—Suena como si ella misma fuera una persona muy empática—, observó Nora.

—Sí, lo es.— Su mirada se perdió al evocar los recuerdos. —El colegio fue realmente horrible para mí. Ya en primaria me tomaba todo demasiado a pecho: la muerte de mascotas, las peleas entre amigos o cuando no estaba a la altura en clase… Todo eso me costaba mucho más que a los otros niños. Para mi padre, aquello era un fracaso. Y al borde de la pubertad, ser sensible pasó a no estar bien visto, y me costó muchísimo hacer amigos. Por más que intenté adaptarme, no lo conseguí. Pronto empecé a sufrir acoso en serio. En el vestuario, los chicos me cambiaban a escondidas los pantalones por faldas, me llamaban 'maricón' y me esperaban a la salida para darme una paliza. Para mi padre, por supuesto, era claramente culpa mía. Yo tenía la sensación constante de no poder ser yo, de que todo lo que hacía estaba mal y de que no era más que una gran decepción. Durante mucho tiempo estuve convencido de que no estaba hecho para este mundo. De que jamás podría funcionar en él. Si no hubiera sido por mi madre, esa sería la única verdad que conocería. Sin ella no sería la persona que soy hoy.—

Nora le sonrió y siguió sujetándole la mano. David respiró aliviado por dentro. Por un lado, se sentía liberado por haberlo dicho todo; por otro, con su sinceridad parecía haber conseguido que ella se sintiera mejor. Eran esos momentos en los que su alta sensibilidad daba frutos: sus momentos de superpoder.

Pero el instante íntimo se vio bruscamente interrumpido por un timbrazo estridente en la puerta.

Nora se incorporó de un brinco, sobresaltada. —Será el repartidor de pizza—, dijo, y fue a la puerta del piso para recoger el pedido. Cuando volvió con las cajas, las dejó sobre la mesa y, algo cohibida, cambió de tema: —También deberíamos repasar los expedientes de Sarah Schubert y Charlotte Kinzig.—

—Sí, claro—, asintió David. —Pero no solo esos. Cuando antes he dicho que el autor quería endurecer el procedimiento, me surgió otro pensamiento. Porque eso no solo podría indicar que nuestro autor es un empleado del ZI que participó en el estudio, sino que también podría ser un participante del estudio que sabe cómo transcurre el

procedimiento y que está frustrado porque en él el método no surtió efecto suficiente… como en el caso de Josephine Weiland.—

—Yo también lo había pensado. Pero ese participante tendría que conocer muy bien el aspecto médico. Revisemos primero los historiales de los participantes varones—, propuso Nora.

David la observó pensativo. En una mano sostenía un trozo de pizza y con la otra pasaba las páginas de un expediente. La mayoría, después de tantos golpes del destino, no se habría vuelto a levantar ni habría construido una carrera como médico forense, sino que se habría dado por vencida. Nora no parecía ser en absoluto consciente de lo fuerte que era en realidad.

Capítulo 30

A LA mañana siguiente, Nora se despertó en el sofá del salón con un dolor de cabeza de mil demonios. Confusa, miró a su alrededor e intentó recordar por qué había dormido en el sofá y no en su cama. Sobre la mesa estaban la botella vacía de Merlot y dos copas de vino. David no se había ido hasta pasada la medianoche. Habían estado un buen rato con los historiales de pacientes delante, pero no habían encontrado nada útil. Aun así, se alegraba de que David se hubiese venido a su casa. La noche anterior le había sentado bien —aunque la había removido por dentro—. Que precisamente ayer, cuando ya no tenía pastillas para dormir, hubiese hablado de los Lindberg, de su derrumbe y de Adrian, probablemente también había sido una mala combinación. Mientras David estuvo allí, lo llevó más o menos bien, pero en cuanto se quedó a solas consigo misma, su carrusel de pensamientos volvió a echar a andar. Y así acabó vaciando la botella de Merlot. Sabía que no podía seguir así. Ni las pastillas ni el alcohol eran la solución para conciliar el sueño, pero de eso se ocuparía cuando cerrasen el caso.

Junto a Adrian y su familia, David había sido la primera persona en quien había confiado desde aquellos acontecimientos. A Nora le sorprendía lo mucho que se había abierto con él. Pero no se arrepentía. David conseguía que se sintiera a gusto. De algún modo lograba crearle una especie de espacio seguro. Y con su propia confesión sobre su alta sensibilidad y la difícil relación con su padre había despertado todavía más confianza en ella. Nora no veía la alta sensibilidad de David como un hándicap, sino —al contrario— como un plus. De todas formas, opinaba que la mayoría de la gente reprimía los sentimientos con demasiada frecuencia. De Adrian habría esperado entonces más comprensión y empatía. Aunque

sabía que en aquella época tratar con ella había sido complicado, él la había decepcionado amargamente. David no la juzgó y le hizo sentir que tenía derecho a sufrir. Por primera vez en mucho tiempo, abrirse tuvo recompensa. Y eso se sentía bien.

Nora se incorporó y se frotó los ojos. Cuando los volvió a abrir, al principio creyó estar sufriendo una alucinación, pero no lo era. En la mesa de centro había una foto vieja de Adrian y de ella. La había guardado hacía mucho tiempo, junto con todos los demás recuerdos de él, en una caja del armario empotrado. ¿La habría sacado anoche? Ya no lo recordaba. Le martilleaba la cabeza.

Nora se levantó y se fue a tientas al pasillo. Cuando abrió la puerta del armario, la caja estaba cerrada, en su sitio. No parecía que la hubiesen abierto. Pero, pensándolo bien, no sería ninguna sorpresa que sacara viejos recuerdos en cuanto hablaba de ello por primera vez en mucho tiempo. Miró la caja con tristeza. Ahora, sobria y con una ligera resaca, no tenía la menor necesidad de refrescar los recuerdos de Adrian. Cerró rápido la puerta del armario y, atontada, arrastró los pies hasta el baño para arreglarse. En dos horas ya tenían la siguiente reunión de coordinación.

Después de ducharse y cambiarse, se sintió un poco mejor. Con un café, se sentó a la mesa de centro y volvió a hojear los historiales de pacientes, que seguían esparcidos desde ayer. En el estudio de la primavera de 2021 habían participado diez sujetos: tres hombres y siete mujeres. Josephine era la única que no estaba paralelamente en terapia. Todos los demás participantes contaban con apoyo terapéutico. Aun así, el método no funcionó igual en todos. Volvió a fijarse en los hombres. Dos eran soldados y arrastraban traumas de guerra —uno de ellos, Simon Becker, al que habían interrogado ayer —; el tercer hombre había sido víctima desde su infancia de su padre violento. Ninguno de los tres tenía vínculo alguno con la medicina. No sabría a quién sospechar aquí. Desde entonces se había repetido el estudio en otoño de 2021 y, hace poco, había comenzado uno nuevo. Tampoco ahí había anomalías entre los participantes. Tampoco lograba ver un patrón entre Josephine, Sarah

y Charlotte. Las tres tenían traumas distintos; en Josephine el método apenas había hecho efecto, en Sarah relativamente bien y Charlotte iba por buen camino. ¿Por qué precisamente esas tres? ¿Y quién podría ser la próxima víctima? Tenían que avanzar cuanto antes. El autor había acortado sus intervalos, y hoy ya era el cuarto día tras el último asesinato. En realidad, ya ayer contaban con un nuevo caso. Nora temía que en breve fuesen a encontrar otro cadáver.

Cuando estaba haciendo la mochila, su mirada cayó sobre el Ritalin dentro y lo cogió. Quién sabía lo que aún podía depararle el día. Y seguía un poco resacosa. Al menos anoche no se había tomado ninguna pastilla para dormir. Pero hoy aún no podía prescindir del Ritalin. Desprendió una pastilla del blíster, se la tomó y luego echó la llave a la puerta del piso para ir a la comisaría.

***

La gran sala de reuniones ya estaba bastante llena cuando David entró en ella junto con Leon. Buscó con la mirada a Nora. Después de que anoche se mostrara tan vulnerable, habría preferido quedarse a su lado. Pero, aunque con sus conversaciones se habían acercado, eso ya habría sido ir demasiado lejos.

Cuando divisó su rostro entre la multitud, sintió que el corazón le daba un vuelco. Intentó adivinar cómo se sentía hoy. Parecía, en cualquier caso, agotada, pero cuando también ella lo vio, le dedicó una sonrisa radiante y se acercó.

—Buenos días —la saludó—. Y bien, ¿has podido dormir algo?

—Sí —respondió Nora—. ¿Y tú? ¿Has llegado bien a casa?

—Sí, he llegado, gracias.

—¿Por qué os ponéis tan cortados? —se metió Leon por medio. Les sonrió a ambos con picardía.

—No estamos nada cortados, Leon. —David le dio un codazo por el costado.

—¿Os dieron algo anoche vuestras pesquisas? —La sonrisa descarada de Leon se ensanchó aún más.

—No, por desgracia no —contestó Nora.

—¿Y el equipo de rastros ha encontrado algo llamativo? —le preguntó David.

—No, pero en comisaría se han puesto de inmediato con el análisis de las muestras. Puede que ya hayan terminado. —Leon asintió hacia el atril, donde Andreas Müller acababa de colocarse. Los tres tomaron asiento con expectación. En la sala volvió el silencio.

—Okay, gente, la situación es crítica. Estamos en el día cuatro tras el último asesinato y seguimos sin sospechoso. El ZI Mannheim y su estudio es sin duda una pista caliente, pero aún no conduce a nadie. La Policía Científica ha trabajado toda la noche y no ha logrado hallar indicios útiles ni fibras. El equipo de investigación sigue comprobando las coartadas de los empleados del ZI y de los participantes del estudio; tampoco aquí hay, de momento, inconsistencias. Las comprobaciones de antecedentes no han arrojado nada hasta ahora. Probablemente ya haya por ahí un cadáver sin descubrir. ¿Qué se nos está escapando? Es la pregunta que tenemos que hacernos todos ahora.

¿Qué se les escapaba? David estaba bajo presión. Todos lo estaban. Josephine había sido la primera víctima. Con ella empezó todo. Su caso era el único en el que David tuvo durante un breve tiempo a dos sospechosos: Tim Stahl y Maximilian Hochstätt. Ahora sabían que Josephine había sido violada. Tenía que haber sido uno de los dos chicos; David estaba convencido de ello. En especial Tim Stahl le había dado mala espina desde el principio. Fuera quien fuera, le demostraría el delito al culpable. Y, quién sabe, quizá ese mismo tuviera también algo que ver con los asesinatos. Nada más terminar la reunión mandaría llamar a los dos chicos.

Dos horas después, los dos chicos estaban sentados en el pasillo del edificio nuevo, esperando a saber por qué precisamente ellos tenían que presentarse de nuevo a un interrogatorio.

David asintió a Maximilian Hochstätt al pasar y dijo: —Usted es el primero. Tim, espere en la sala contigua hasta que le llamemos. Iba lanzado. Esta vez sería menos amable.

—¿Han averiguado qué le pasó a Josephine? —preguntó Maximilian, inseguro, al sentarse en la sala de interrogatorios.

—Oh, sí, lo hemos hecho —dijo Leon con segundas—. Pero eso debería saberlo usted mejor que nadie, ¿no?

Maximilian abrió mucho los ojos. —¿Cómo? ¿Por qué iba a saberlo yo?

David abrió su cuaderno, en el que también había consignado lo declarado por el dueño del bar del muelle del puerto, y fue directo al grano. —Vuestra pandilla estuvo juntos en el *Nachtwandel* de 2019, ¿o no?

—Sí —respondió, arrastrando la palabra.

—Josephine también estaba.

—Correcto.

—Y también estuvisteis en el muelle del puerto, donde tocaban las bandas.

—Sí, ¿y?

—Las preguntas las hacemos nosotros —lo reprendió Leon.

Maximilian se removió nervioso en la silla.

—¿Estuvisteis allí juntos todo el tiempo?

Maximilian puso cara de desconcierto. —¿Se refiere a todo el grupo?

David asintió.

—Sí, aquella noche no nos separamos.

—¿Cuándo os fuisteis a casa?

Maximilian soltó aire mientras pensaba, con la mirada perdida. —Buf, la hora exacta ya no la recuerdo. Pero nos quedamos, desde luego, hasta el último concierto. Sería la una de la madrugada o así.

En cuanto las bandas empiezan a recoger, se viene abajo el ambiente. Por esa hora nos fuimos también.

—¿Todos juntos?

—Sí. Emilia se fue a casa con Florian, y Josephine se pidió un taxi. Tim dijo que se quedaría con ella hasta que llegara. Yo me fui en tren.

Y ahí David encontró el momento en que Josephine se había quedado a solas con uno de ellos. Que fuera Tim no le sorprendió. Para dejar constancia, aun así le preguntó: —¿Violaste a Josephine aquella noche?

—¿Cómo? —Maximilian se había puesto en pie, indignado.

Leon le agarró la mano. —Eh, venga, ¡siéntate otra vez!

Temblando y con la cara encendida, se dejó caer de nuevo en la silla, despacio. —Yo jamás haría algo así. —Entonces abrió los ojos, hecho una furia—. ¿Entonces la violaron?

—Sí. Y si no fuiste tú, tuvo que ser Tim —dijo David, atento a su reacción.

Maximilian negó con la cabeza. —Él no haría eso… Nunca lo haría… ¿Está usted seguro de que fue esa noche?

David asintió.

—Pero también podría…

—No, Maximilian, no hay nadie más que encaje. Lo hemos comprobado todo —mintió David. Claro que, en teoría, podría haber sido otro, pero, por un lado, la probabilidad era mínima y, por otro, esperaba sacar a los chicos de su zona de confort con un pequeño farol, porque tenía la corazonada de que había sido Tim.

—¿Está usted completamente seguro? —Maximilian parecía desesperado. Pero cuando David asintió con pesar, la expresión de su rostro cambió—. ¡Hijo de puta! —A Maximilian le costaba contener la rabia.

David se creyó la reacción.

—Él dijo que el taxi llegó poco después y que él también se fue a casa.

—Pues parece que no fue exactamente así —le rebatió Leon.

—¡Lo voy a destrozar! —Apretó el puño.

—Pero no en comisaría —dijo Leon.

—Por ahora hemos terminado. Los compañeros te acompañarán fuera. —David se levantó y abrió la puerta al pasillo.

Cuando los compañeros hubieron acompañado a Maximilian escaleras abajo, arrastró a Tim Stahl al cuarto de interrogatorios. Una simple suposición no bastaba. Necesitaban una confesión. David inició el interrogatorio de forma general. Quería que Tim le ofreciera un flanco. —Cuéntame del *Nachtwandel* de 2019.

Tim se hizo el confundido. —¿Qué quiere que le cuente al respecto? ¿Quiere saber cómo fue?

Pero David no se dejó provocar. —Quiero que me cuentes qué hicisteis aquella noche.

—Pues lo que se hace en el *Nachtwandel*: beber algo, escuchar música, mirar un poco de arte, salir de fiesta.

—Dinos, por favor, qué visteis exactamente.

—Joder, de eso hace más de dos años. Ya no me acuerdo.

—Sí que te acuerdas, y perfectamente —dijo David, cortante.

Tim dio un respingo. —No sé a qué se refiere.

—Bien, pues de otra manera —dijo David y volvió a abrir su libreta de notas de forma ostentosa—. Como ya sabes, el cadáver de Josephine apareció en el muelle del puerto, bajo la plataforma mirador donde, durante el *Nachtwandel*, tocan siempre las bandas.

Ahora Tim parecía algo inseguro. —Hm.

—¿Entonces también escuchasteis allí a las bandas?

Tim se encogió de hombros. —Sí. ¿Y?

—¿Hasta cuándo estuvisteis allí?

Los ojos de un azul acerado de Tim se movieron nerviosos de izquierda a derecha. Al parecer buscaba la respuesta adecuada. —Más o menos hasta las dos y media de la madrugada.

David vaciló. Maximilian Hochstätt había declarado otra cosa. —¿Y a esa hora todavía tocaban bandas?

—Sí.

Otra incoherencia. Por el dueño del bar, David ya sabía que la última banda, *Playing Aces*, había terminado a la una y que luego habían estado celebrándolo juntos hasta las tres de la madrugada. David se recostó, relajado. —¿Y entonces os fuisteis a casa?

—Sí.

—¿Y cómo volvisteis a casa?

—Emilia y Flo se fueron andando, Max y yo cogimos el tren y Jo se cogió un taxi.

De repente, Tim Stahl podía recordar detalles sorprendentemente precisos, pensó David, frunciendo el ceño. —Falso —dijo entonces.

Tim se puso rígido. —¿Y ahora qué?

Entonces David se inclinó hacia él, saboreando el momento. —Todo. La banda solo tocó hasta la una y tú no volviste a casa con Maximilian.

Tim tragó en seco.

—Solo estabas esperando una oportunidad para estar a solas con Josephine. Y por fin llegó. El resto de la pandilla se había ido, la banda había desaparecido del mirador, la multitud se había disuelto y ya era de noche.

Ahora Leon tampoco pudo contenerse. —¿Cómo fue? ¿Primero intentaste seducirla o la arrastraste directamente a la fuerza bajo el mirador y la violaste?

Entonces a Tim se le descompuso del todo la cara. —¿Qué mierda está usted soltando? Se echó hacia atrás, como si así pudiera escapar de la situación.

—Sabemos que violaste a Josephine —remató también David, con énfasis.

—No lo hice —replicó Tim con los ojos relampagueantes—. Para eso no tiene usted pruebas.

—Oh, sí que las tenemos. Josephine buscó ayuda por ello en el ZI Mannheim y relató lo sucedido. Él omitió que no había dado ningún nombre.

Los ojos de Tim fueron y vinieron entre David y Leon. Sopesaba sus opciones. David podía verlo. Para darle el último empujón, añadió: —Como además su cadáver apareció allí, ahora también eres sospechoso de asesinato. ¿Por qué la mataste? ¿Iba a denunciarte al fin, o cuál fue el motivo?

Entonces Tim entró en pánico. —¡No maté a Josephine! Sí, me acosté con ella, ¡pero no la maté!

Por fin había salido. Ya tenían una confesión.

—¿Te acostaste con ella? ¿En serio? —soltó Leon—. Sin consentimiento, a eso se le llama violación.

—En cualquier caso, yo no hice nada más —aseguró Tim.

Nada más, pensó David con amargura. Con ese acto había destrozado a Josephine. Pensó en los Weiland. Volverían a derrumbarse. Se propuso visitarles hoy mismo para darles la noticia en persona. Aunque fuera un consuelo mínimo, al menos una parte de su secreto había salido a la luz, y ojalá Tim Stahl recibiera por fin lo que merecía. Y, como mínimo, con la inculpación del verdugo de Josephine había logrado un poco de justicia. Pero por ahora no había indicios de que también estuviera relacionado con la serie de asesinatos. David volvería a presionarlo y rastrearía su entramado de relaciones en busca de lazos con Sarah Schubert y Charlotte Kinzig. Tenía que hacer que se revisaran todas las pruebas indiciarias en busca de posibles puntos de contacto con Tim. Iba a ser un día largo.

Capítulo 31

Nora llegó a casa completamente agotada, cerró la puerta del piso a sus espaldas y se dejó caer con todo su peso contra ella. El efecto del Ritalin ya se había pasado. Tenía los miembros pesados como el plomo. Tras la reunión de evaluación había ido a la Medicina Forense de Heidelberg para autorizar la entrega del cadáver de Charlotte Kinzig y quitarse de encima un poco de papeleo.

Nora respiró hondo, se apartó de la puerta, se descalzó y se puso ropa más cómoda. Luego fue al salón, donde aún estaban la botella de vino vacía y las copas de la noche anterior. Recogió un poco y se puso a ordenar la documentación, esparcida sin concierto por la mesa baja. Guardó sus manuales, amontonó el papeleo y lo revisó con método para formar montones separados: primero las tres víctimas del estudio de caso de la primavera de 2021, después el resto de participantes. Quería clasificar aparte el estudio del otoño de 2021; cogió una carpeta y se detuvo, desconcertada. Era una del Klinikum Mannheim. ¿Cómo se había colado ahí? En teoría era imposible. Pero el logotipo de la Universitätsmedizin lucía bien claro en la esquina superior derecha. Lo reconoció de antes. Y cuando Nora leyó el nombre de la paciente en la portada, se le cortó la respiración: Finja Lindberg. Tenía entre las manos la historia clínica de la niña por cuya muerte se sentía responsable.

A Nora le empezaron a temblar las manos. Quiso soltar el documento, pero no pudo. En su lugar, abrió la carpeta y leyó lo que ya sabía de sobra: las pruebas a las que habían sometido a Finja antes de diagnosticarle una epilepsia grave, los preparativos de la operación para extirpar la amígdala, los nombres de los colegas con los que compartió mesa quirúrgica, la fecha en que ocurrió, el nombre de sus padres. Cuando sus ojos llegaron por fin al final de la

página — *Causa de la muerte: hemorragia cerebral; hora del fallecimiento: 16 h* —, los recuerdos dolorosos irrumpieron sin freno en su mente. La sangre, el silencio, el pasillo del hospital, el dolor de los padres, su propio dolor, los gritos, el miedo paralizante, su huida del hospital y, por último, el sordo golpe del señor Lindberg contra el asfalto a su lado.

Se quedó allí sentada, como petrificada, aferrada a la carpeta. Un sudor frío le corrió por la espalda. A Nora le entraron náuseas. A tiempo logró sacudirse el pasmo para correr al baño y vomitar en el váter. Temblando, se dejó caer al suelo.

¿Cómo había acabado la historia clínica de Finja Lindberg entre la documentación de los participantes del estudio del ZI? No podía ser casualidad. Ya era el segundo incidente extraño del día: primero la foto de Adrian y ahora esto. No lo entendía. Le volvió a doler la cabeza. Quizá todo no fuera más que un efecto secundario de llevar días sin dormir combinado con somníferos, Ritalin y alcohol. Se acabó.

Nora se levantó, abrió el botiquín y se tomó una pastilla para el dolor de cabeza. Luego se arrastró hasta el sofá. Sobre la mesa, delante de ella, yacía la carpeta abierta de Finja Lindberg. Nora la miró fijamente. La invadió el miedo. Al notar que las náuseas volvían a subirle, cerró la carpeta de golpe y la puso boca abajo para no tener que ver el nombre. Pero las imágenes no se iban.

Estuvo así un buen rato, con la vista perdida. Solo el timbre de su móvil la sacó del estado de shock. Era David. Aliviada, contestó.

David se lanzó a hablar, excitado: —Nora, no te lo vas a creer. Hemos logrado un pequeño avance. Tim Stahl ha confesado, al menos en relación con la violación de Josephine Weiland—.

Nora se incorporó en el sofá. —¡Ese cabrón!—

—Estamos trabajando a destajo para averiguar si no tiene también algo que ver con los asesinatos. ¿Podrías volver a revisar las historias clínicas de las tres víctimas y de los demás participantes del

estudio en busca de alguna conexión con Tim? Nos harías un gran favor—.

—Por supuesto—. En el fondo Nora hasta se alegró de tener una tarea con la que apartar a Finja Lindberg de su cabeza. Era justo lo que necesitaba ahora: trabajo. —Te llamo si encuentro algo—.

—¡Genial!—

David estaba a punto de colgar cuando Nora añadió: —Qué bien que hayáis avanzado. Eso ayudará a los Weiland—.

—Gracias, Nora —dijo David con un tono más cálido—. Hasta luego—. Luego colgó.

Sin pensarlo demasiado, cogió directamente del montón la historia clínica de Josephine Weiland, antes de que la de Finja Lindberg volviera a abrirse paso en su conciencia.

Nora dio un respingo cuando sonó su móvil. Estaba tumbada en el sofá; fuera estaba negro como boca de lobo, solo seguía encendida la pequeña luz de lectura del salón. Por lo visto se había vuelto a quedar dormida leyendo la documentación. El móvil sonaba sin tregua. ¿Quién sería? ¿Otra vez David? ¿Y qué hora era? Dios, ¿habrían encontrado otro cadáver? Nora apenas soportaba ya este caso. Se incorporó a toda prisa y alargó la mano hacia el móvil sobre la mesa baja. Las tres de la madrugada. Un número desconocido. Confusa, contestó. —¿Nora Mors?—

Pero nadie respondió. Solo se oía el viento al otro lado de la línea.

—¿Hola?—

De pronto sonó un golpe sordo. Después volvió el silencio. Nora dejó caer el teléfono. El corazón le latía desbocado. ¿Qué había sido eso? Sonó como una caída. Volvió a coger el aparato y se lo acercó al oído, pero el llamante ya había colgado. El tono de comunicando le taladró los nervios. Rápido, lo cortó. Sus pensamientos se desbocaron. Algo no cuadraba.

Se levantó con miedo y miró por la ventana. Pero fuera no se distinguía nada. Fue deprisa a la puerta de casa y comprobó si la había echado con llave. Por suerte, sí. Luego recorrió todas las habitaciones. Todo estaba en orden, estaba sola. Aun así, de repente Nora dejó de sentirse segura. Su primer impulso fue llamar a David, pero tan de madrugada no quería molestarlo si no tenía nada concreto que contar. ¿Qué iba a decirle? ¿Que había recibido una llamada extraña que bien podía haber sido un error o una broma telefónica? Además, ya empezaba a dudar de sí misma. No, de la llamada podría hablarle más tarde. En su lugar, Nora decidió irse a la cama. Tras dos noches en el sofá, se sentía hecha polvo. Eso sí, se llevó el móvil para tenerlo a mano por si acaso.

Capítulo 32

APENAS dos horas después, el timbre del teléfono volvió a despertar a Nora. Miró la pantalla con miedo. Era David. Aliviada, contestó. —Hola, David.

—Hola, Nora.—Sonaba extraño.

Se incorporó en la cama.—¿Qué pasa?

—Tenemos otro cadáver.

Oh, no.—¿Dónde la han encontrado esta vez?

Él guardó silencio.

—¿David?

—En el recinto del hospital, frente a Neurocirugía.

A Nora le recorrió un escalofrío que la dejó helada y ardiendo a la vez. De golpe regresaron las náuseas.

—Nora, entendería que no quisieras venir. Puedes enviar a tu colega.

—¿La han identificado ya?—preguntó con la voz tensa.

—No, aún no. Acabamos de recibir la llamada y estamos de camino ahora mismo.

—Llego enseguida—, dijo Nora y colgó.

A trompicones, metió cosas en el bolso, se vistió y salió disparada del piso. Con las manos temblorosas puso el motor en marcha, pisó el acelerador a fondo y se lanzó rumbo a Klinikum Mannheim. Nora apenas podía pensar. Todo parecía encogerse hasta ese único instante. Apretó el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. En los últimos años había pasado más de una vez

por el recinto del hospital. Al fin y al cabo, era difícil ignorar aquel gigantesco complejo de casi cuarenta edificios cerca del centro. Pero ahora, por primera vez desde que se fue, se desvió de la carretera y se dirigió a la barrera de la entrada. Cuando el personal de seguridad se acercó, bajó la ventanilla para identificarse.—Dra. Nora Mors, de la Medicina Forense de Heidelberg.—Mostró su credencial. —Vengo por el cadáver que han encontrado en el recinto.

El empleado levantó la barrera y la dejó pasar. A medida que Nora subía por la carretera serpenteante hacia Neurocirugía, los recuerdos la asaltaban sin tregua. Antes hacía ese camino a diario. La última vez fue después del suicidio del señor Lindberg. Contempló el césped siempre verde y los árboles viejos del recinto. Incluso habían hecho un pequeño estanque. A Nora le pareció una broma macabra lo idílico que se veía todo. Ella solo asociaba el hospital con el horror más puro.

Como en trance, aparcó junto al racimo de coches patrulla y se abrió paso hasta el centro del acordonamiento. Desde lejos ya vio a una mujer tendida en una postura forzada, en un oscuro charco de sangre. La escena no tenía nada de pacífica; era sencillamente surreal. Brazos y piernas quedaban en ángulos antinaturales, y tenía los ojos muy abiertos. Solo los dos orificios de siempre visibles junto a las sienes dejaban fuera de duda que se trataba de otra víctima de su asesino en serie.

Con cada paso que la acercaba al cadáver, Nora sentía que avanzaba por un túnel oscuro. Agentes le hablaban desde un lado, pero ella no reaccionaba. Solo veía la melena rubia y los ojos azules que la miraban con reproche. Conocía esos ojos. Eran los de Laura Lindberg —la madre de Finja—. Nora se dejó caer a su lado sobre el asfalto frío, el mismo asfalto sobre el que años atrás su marido había exhalado sus últimos alientos.—Lo siento. Lo siento por todo—, dijo, y le acarició el pelo.

—Nora, ¿qué haces?

Entonces notó a David a su lado. Le había cogido la mano y la apartó de Laura Lindberg. Tenía la mirada perdida.

David le sujetó la cara entre las manos para obligarla a mirarle.—Nora, ¿qué te pasa?

Ella miró sus ojos marrones, fiables.—Es Laura Lindberg.

—¿Cómo?

—La madre de la niña que murió durante mi operación, y cuyo marido se arrojó a la muerte aquí mismo hace años. ¡El golpe de esta noche! ¡Dios mío!

—¿Qué golpe?

—Esta noche, sobre las tres, he recibido una llamada extraña. Nadie dijo nada, pero se oyó un estruendo. Seguro que era Laura Lindberg cayéndose desde la azotea. Y luego, el historial clínico de Finja. No puede ser casualidad.

—¿Qué pasa con el historial? ¿De qué hablas?—A David le costaba seguirla.

—Anoche, de repente, el historial de Finja estaba entre la documentación del ZI. No entiendo nada.—La respiración de Nora se hizo más pesada. Un nudo grueso le oprimió el pecho. Sentía que iba a hiperventilar.

—Tranquila—, intentó calmarla David.—Dame tu móvil.

—¿Qué?—Nora le miró sin comprender.

—Dame tu móvil. Voy a llamar a Philipp Kramer. Que venga a examinar el cadáver. Tú no te acercas más a ella.

Sin decir palabra, le entregó el móvil a David y escuchó, extrañamente distanciada, cómo hablaba por teléfono con Philipp.

Después le devolvió el móvil y le pidió que le diera las llaves de su coche. Luego ayudó a Nora a levantarse y la sentó en el suyo.—Espera aquí un momento. Ahora te llevo a casa. Vas a estar bajo protección.—Luego le dio las llaves del coche de Nora a un compañero y le indicó que se quedara con ella hasta que volviera. Nora estaba como en piloto automático. Se dejó hacer y se quedó mirando inmóvil a través del parabrisas, observó a David volver junto

al cuerpo de la señora Lindberg y, gesticulando con vehemencia, dar órdenes. *Esto no es verdad*, pensó para sí.

Capítulo 33

David miró alrededor, nervioso. Aunque la policía criminal había montado esta vez una carpa amplia alrededor del lugar del delito para guardar algo de discreción, los pacientes de los edificios colindantes se agolpaban curiosos en las ventanas del hospital, boquiabiertos. Algunos incluso ya habían sacado sus móviles. Pronto circularían las imágenes por la red. El departamento de prensa se iba a poner las botas. ¿Lo habría planeado así su asesino? ¿Quería más publicidad? David tenía la sensación de que el caso empezaba a írsele de las manos. Algo no encajaba. Su autor se estaba saliendo de su patrón. Tenía que haber un motivo concreto. No le constaba que Laura Lindberg fuera participante del estudio. Al menos no le había llamado la atención en la primera tanda del estudio. ¿Y qué pintaba esa extraña llamada a Nora anoche? ¿Estaba el asesino jugando con ellos? ¿O intentaba comunicarles algo? Además, el cadáver presentaba ahora un aspecto brutalmente desfigurado. Tenía curiosidad por saber qué diría el compañero de Nora al respecto. Al fin y al cabo, Philipp Kramer ya conocía los otros casos que habían acabado sobre la mesa de autopsias.

David se dirigió a Leon.—¿Quién ha encontrado el cadáver?

Señaló a un hombre joven con bata blanca que estaba sentado en un banco al fondo de la carpa.

—¿Has hablado ya con él?

—No, quería esperarte. Pero ya he hecho que tomen sus datos.

—Pues vamos.

Con paso largo, David, seguido de Leon, se dirigió hacia el joven médico y mostró su placa.—David Richter, investigador principal de

la comisión especial. Y este es mi compañero, Leon Sander. ¿Usted ha encontrado el cuerpo?

El joven asintió sin decir palabra. Estaba pálido y con marcadas ojeras bajo los ojos.

—¿Y usted es...?

—Matthias Wellenstein. Soy médico residente y estaba de guardia nocturna.

—Bien, cuénteme con todo detalle lo que ha pasado, señor Wellenstein.

—Como he dicho, estaba de guardia. Estoy haciendo la especialidad de neurocirugía y, por eso, estaba en Neurocirugía, pero tengo que estar disponible si entra algún urgente en Urgencias. A las cuatro y media entró uno y me llamaron para que bajara. De camino lo vi, el cadáver, tirado delante de Neurocirugía.—El joven señaló el cuerpo, ya desnudado por la policía científica.

—¿Tal y como está ahora mismo ahí tumbado?

—No, iba vestida, no desnuda.

—¿Y la postura en la que la encontró, era más apacible que ahora? ¿Le dio de primeras la impresión de que estaba dormida?

—No. Enseguida tuve claro que la mujer estaba muy malherida.

—¿La tocó usted?

—Sí. No parecía que siguiera con vida, pero aun así le tomé el pulso.

—Vale, necesitamos con urgencia sus huellas dactilares. ¿Y qué pasó después?

—Avisé a los compañeros de Urgencias y mi jefe fue quien les llamó a ustedes.

—Entonces, entre medias no hubo nadie junto al cadáver, ¿es así?

—No.

—¿Le pareció ver algo o a alguien sospechoso antes o después?

—No. Por la noche, en el campus hay muy poco movimiento. Donde más, en Urgencias.

Así que, con toda probabilidad, el autor había actuado sin ser molestado. Aun así, de alguna manera tuvo que entrar en el campus y subir a la azotea de Neurocirugía.

—¿Y en Neurocirugía tampoco le llamó nada la atención?

—No.

—De acuerdo, gracias.—David volvió a dirigirse a Leon.—Por favor, que tomen las huellas del señor Wellenstein y reúne a todos los empleados que han estado de servicio esta noche. Yo voy a interrogar al servicio de seguridad en la garita sobre los coches que han entrado.—Dejó allí a Leon y a Matthias Wellenstein y echó a correr por la calle serpenteante hasta la garita de la entrada.

Un empleado de seguridad alto y musculoso salió a su encuentro. No era el mismo de primera hora.

David se identificó y preguntó por el compañero: —¿Han tenido cambio de turno hace un momento?

—Sí, a las seis de la mañana.

—¿Su compañero ya se ha ido?

—No, está aquí en la caseta de guardia. Su gente le ha dicho que se quede.

—Hágame el favor de sacarlo, por favor.

—¡Yuri! —bramó en dirección a la caseta a su espalda, tras lo cual la puerta se abrió de golpe y salió otro coloso igual de fornido—. La policía quiere hablar contigo ahora.

Yuri se plantó expectante ante David.

—¿Usted estuvo de turno de noche?

Asintió.

—¿De cuándo a cuándo va ese turno?

—De las ocho de la tarde a las seis de la mañana.

—¿Le pareció algo sospechoso?

—No, todo como siempre.

—¿Anotan las matrículas de los coches que entran aquí?

—No, solo tenemos una lista de los coches de empleados con permiso general de acceso. Por lo demás, aquí solo pueden entrar pacientes que tienen cita para una operación o que van a urgencias.

—Necesito una copia de las matrículas de los empleados. ¿Tienen videovigilancia aquí?

—No.

—¿Hubo mucho movimiento aquí entre medianoche y las cuatro de la mañana?

Yuri soltó una carcajada. —¿Está de broma? Era noche de viernes. Las noches de viernes y sábado son las horas punta en urgencias. No vienen solo todos los enfermos que el fin de semana no pueden ir al médico, también aparecen todas las peleas y los chavales pasados de drogas y alcohol. Claro que hubo movimiento.

—Por supuesto. —David suspiró—. ¿Hay alguna otra forma de entrar en coche al recinto?

—No, no la hay.

—De acuerdo, entonces entrégueme, por favor, solo la lista con las matrículas de los empleados.

Frustrado, David esperó a que Yuri rebuscara la lista en la garita. Encontrar a un sospechoso aquí era como buscar una aguja en un pajar. Pero mientras no tuviera nada en la mano, de momento solo le quedaban los interrogatorios al personal. Entonces vio a Philipp Kramer entrar en el recinto del hospital en coche. Le hizo señas y se dio prisa en regresar al lugar donde había aparecido el cadáver, después de que Yuri le hubo entregado la lista solicitada. Para cuando se hubo puesto el traje de protección, la policía científica había terminado con el cadáver y lo dejó a disposición de Philipp Kramer.

—Hola, señor Kramer —lo saludó.

—Hola, señor Richter. Señor Sander. —Asintió a Leon, que también había llegado ya. Luego comenzó sin más rodeos a examinar el cadáver. Al palpar y mover el cuerpo no fue tan delicado como David estaba acostumbrado con Nora—. Las heridas punzantes en la cabeza se corresponden con el modus operandi habitual. Pero el resto del cuerpo… —silbó entre dientes—. Numerosas fracturas por la caída. Sin embargo, ya puedo decirle que estaba muerta cuando se precipitó desde la azotea. Todas las fracturas se produjeron post mortem.

Así que la arrojaron desde la azotea. —¿Cuándo fue el momento real de la muerte?

—Entre las doce y las dos de la noche.

—¿Puede decir cuándo se produjo la caída?

—No, eso por desgracia no puedo determinarlo.

—Esto lo hemos encontrado en la víctima —intervino ahora un miembro de la policía científica. En la mano sostenía un móvil, bien asegurado dentro de una bolsa de pruebas.

—¿Está intacto?

—Claro que no. Se ha roto con la caída.

De ahí debía de haber salido la llamada que Nora había recibido esta noche. —¿Han tomado ya muestras de él?

—Por supuesto.

—Eso tiene prioridad absoluta. —David se puso las manos en las caderas—. Esto es nuevo. Las víctimas nunca llevaban nada encima.

—Lo sé, va escalando con cada asesinato. Necesitamos con urgencia una pista sólida —dijo Leon.

—Voy a llevar ahora a Nora a casa y luego vuelvo para los interrogatorios al personal. No empecéis sin mí —le indicó David y echó a correr de vuelta a su coche. A partir de ese momento, estaría en tensión constante.

Capítulo 34

El compañero policía aparcó el coche de Nora frente a su vivienda y se quedó apostado allí. David, que había llevado a Nora a casa en su propio coche, la acompañó arriba y le preparó un té. Luego se sentó con ella en el sofá y le habló con voz suave. —¿Vas estando un poco mejor?

Nora asintió en silencio, pero aún tenía la misma expresión de shock. Le temblaba todo el cuerpo.

Él le acarició la espalda para tranquilizarla. —Todo está bien. Ahora estás a salvo.

Ella volvió a asentir sin voz.

Él le acercó la taza humeante para que bebiera un poco, en un gesto de invitación.

Cuando Nora hubo sorbido con cautela, David buscó su mirada. —¿Quieres contarme ya lo que pasó anoche?

A trompicones, le contó lo de la foto de Adrian, la historia clínica y la llamada telefónica.

La mirada de David recorrió los montones de papeles de la mesa de centro. —¿Participó Laura Lindberg también en el estudio del ZI?

Nora negó con la cabeza. —Seguro que no. Ese nombre me habría llamado la atención enseguida.

—¿En ninguno de los tres grupos?

—No.

—Entonces queda fuera del patrón. También sufrió un trauma, pero hasta ahora todas las víctimas habían sido participantes del estudio.

—Dios, ahora cargo con todos los Lindberg en la conciencia —soltó Nora con amargura y se tapó la cara con las manos.

—No tienes a nadie sobre la conciencia —dijo David con firmeza y volvió a acariciarle la espalda para consolarla—. ¿Puedo preguntarte algo, Nora?

Ella lo miró expectante.

—¿Llegaste alguna vez a ir a terapia después de aquel incidente?

Ella apartó la mirada. —No.

—¿No pediste ayuda de ninguna clase?

Negó con la cabeza.

—¿A quién se lo confiaste?

—Solo a mi familia y a Adrian. —Tras un momento, añadió con algo más de calor—: Y anteayer, a ti.

Él le sonrió. —¿Sigues teniendo contacto con Adrian?

—No, desde nuestra ruptura de entonces ya no.

—¿Podría querer hacerte daño?

Nora alzó la vista, sorprendida. No habían terminado bien, eso era cierto, pero él jamás le haría daño. —No.

—Vale. Aun así lo voy a investigar. Tim Stahl también queda descartado. Lo vigilan desde ayer. No pudo ser él. Tiene que ser alguien que sepa lo que ocurrió entonces. Algún empleado del hospital. Al fin y al cabo, el autor también entró sin problema y sin llamar la atención en el recinto del hospital. ¿Recuerdas quiénes participaron entonces en la operación de Finja Lindberg?

Nora señaló la historia clínica, que seguía sobre la mesa. —Aquí está todo.

David cogió el expediente y lo leyó con atención. —Vale, haremos que comprueben a todos los compañeros de entonces. Además me llevo los expedientes de los participantes del estudio del ZI. —Luego volvió a mirarla—. Martin Berger se queda fuera, en la puerta,

montando guardia. Pero quiero que llames a alguien cercano. ¿Puede venir alguien de tu familia?

—Sí, mi hermana Clara vendrá, seguro.

—Bien. —Le tendió el móvil—. Llámala. Me quedo hasta que llegue.

Ella le dedicó una mirada agradecida. Con David se sentía segura. No la había hecho sentir ni una sola vez que se le había ido la cabeza; y eso que su comportamiento hoy había sido realmente al límite. Había podido soltar sus emociones sin filtros. Con él podía permitirse mostrar fragilidad sin sentirse débil. Nora no estaba acostumbrada a eso.

David cumplió su palabra y esperó hasta que Clara llegó a casa de Nora. Apenas cruzó la puerta, se abalanzó sobre su hermana y la estrechó entre sus brazos. David aguardó el momento y, cuando las dos se separaron, se dirigió a Nora: —Y si pasa algo, llama. Da igual lo que sea y da igual lo ridículo que te parezca.

Nora asintió y le dedicó una sonrisa de despedida.

Clara condujo a su hermana hasta el sofá y se sentó a su lado. Ambas guardaron silencio un momento, durante el cual Clara solo sostuvo la mano de Nora. Después preguntó: —¿Era el investigador con el que trabajas?

—Sí.

—Parece majo.

—Lo es —dijo Nora, mirando absorta la mesa ahora vacía. David se había llevado toda la documentación—. No entiendo cómo pudo acabar aquí la historia clínica de Finja Lindberg. Y ayer por la mañana había aquí una foto de Adrian y mía.

Clara la miró con tristeza, le acarició la cabeza y luego le enredó un mechón de pelo entre los dedos. —Ahora cuéntame exactamente qué ha pasado.

Nora tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para volver a relatarle a su hermana los últimos acontecimientos. Cuando terminó,

se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero aún no estaba preparada para dejarlas salir.

Clara la rodeó con el brazo y la apretó contra sí. Estuvieron un buen rato así, muy juntas. Luego Clara le cogió la mano. —Hermana, por favor no te enfades conmigo, pero ¿cómo duermes y cómo comes últimamente?

Nora apartó la mirada. —No muy bien.

—¿Has vuelto a empezar a tomar pastillas?

Nora respiró hondo. —Sí. Pero no me lo estoy imaginando, Clara. David acaba de mirar él mismo la historia clínica.

—Eso también lo creo. Pero quizá las has sacado a flote sin darte cuenta, igual que la foto de Adrian. Entonces te obsesionaste con el procedimiento quirúrgico de Finja Lindberg. Buscaste más errores y le diste vueltas, de forma compulsiva, a todo lo que podrías haber hecho distinto. ¿Puede ser que entonces copiaras el expediente para poder repasarlo una y otra vez?

Se encogió de hombros. —Puede ser.— Luego negó con la cabeza, desesperada. —Entonces ya hice todo mal. Y ahora otra vez. Por mi culpa ha vuelto a morir una mujer. Toda la familia Lindberg está muerta, porque no solo fracaso como médica, sino, por lo visto, también como asesora policial. Nunca debería haber salido de la sala de autopsias.— Por fin rompió a llorar.

—Cariño, por favor, no seas tan dura contigo.— Clara la apretó de nuevo contra sí. —No eres responsable del sufrimiento del mundo. Y haces bien tu trabajo. La policía tampoco ha avanzado ni un ápice y no por eso tira la toalla ni se echa la culpa.

—Pero yo no soy tan fuerte. Ni idea de cómo lo consiguen cada día, pero yo no puedo.— A Nora la sacudió otro ataque de llanto. Con su hermana no tenía reparos. Aquí dejaba a la vista sus heridas abiertas.

Clara no dijo nada. Simplemente estaba ahí. Como antes, recostó la cabeza de Nora en su regazo y le acarició el pelo para calmarla.

Así, hasta que Nora se quedó dormida.

Por la tarde, Nora estaba en la cocina fregando los platos. Clara se había ido hacía media hora. Había pasado todo el día con ella, y por fin Nora había podido dormir un poco otra vez. Mientras tanto, Clara se había quedado sentada en su sofá todo el tiempo, hasta que ella despertó unas horas después. Luego se habían preparado un té y después habían cocinado juntas. Con su hermana, Nora se sentía a salvo. Siempre tenía en ella un efecto tranquilizador. Pero en cuanto se fue, los pensamientos de Nora volvieron a darle vueltas. Aunque en los últimos días tenía la cabeza algo nublada, la foto de Adrian, el expediente de Finja y, por último, el asesinato de Laura Lindberg no podían ser casualidad. Y encima, aquella extraña llamada en plena noche. Se sentía como un ataque personal. Pero el caso de los Lindberg había ocurrido hacía años y entonces se había mantenido en gran medida en secreto ante la opinión pública. De eso sabían, en realidad, solo los médicos implicados, su familia y ahora David. ¿Sería el asesino alguno de sus antiguos colegas? Puesto que el autor parecía poder entrar sin problemas en el recinto del hospital, tenía que tratarse de un médico, sin más. Pero ¿quién, aparte de la propia señora Lindberg, tenía motivo para hacerla pagar de repente por lo de entonces? Al margen de eso, ya no tenía trato con nadie de su pasado. ¿Y por qué se apartaba de pronto el asesino de su patrón? Ni Laura Lindberg ni ella misma tenían nada que ver con el estudio de la ZI.

Cuando Nora enjuagaba las copas de vino que aún estaban en la encimera de la cocina de la noche con David, habría preferido abrirse otro Merlot. Solo de pensar en la noche que se le venía encima se le encogía todo. Pero se contuvo. A partir de ahora quería tener la cabeza despejada. Abrió el cubo de la basura y raspó los restos del plato. Entonces su mirada cayó sobre el blíster vacío de somníferos. Y de pronto recordó quién más conocía su trauma: el doctor Robert Feldmann, el médico que en su día le había recetado los somníferos de los que en los últimos días había tomado lo que le quedaba. La última vez había estado en su consulta privada en

Feudenheim hacía unos años, cuando lidiaba con un insomnio severo. A él le había contado el motivo. El doctor Robert Feldmann era investigador del sueño y neurólogo, y entonces le recetó las pastillas. Era el único que, además, sabía lo de los Lindberg. Y como neurólogo conocía a fondo la cuestión de la amígdala. Nora recordó que entonces incluso había comentado el caso de Finja Lindberg con él en términos técnicos. Tenía que contárselo a David cuanto antes. A toda prisa se enjuagó las manos y cogió el móvil para llamarlo. Pero justo cuando iba a marcar el número de David, entró una llamada de Clara. Sorprendida, descolgó. —Hola, hermanita. ¿Has olvidado algo?

—Aquí no habla Clara —se oyó una voz masculina grave.

El pulso de Nora se disparó. Reconoció esa voz. —¿Dr. Feldmann?

—Así que todavía se acuerda de mí —observó, satisfecho.

A Nora se le encogió el estómago. —¿Dónde está Clara?

—Oh, está aquí conmigo, no se preocupe.

Entonces Nora oyó un gemido apagado al fondo. ¡Era Clara!

—¡No le haga daño! —gritó Nora, desesperada, al teléfono.

—No lo haré, si se reúne conmigo.

Los pensamientos de Nora se desbocaron. En el fondo sabía que era un suicidio, pero prefería caer en las garras de aquel psicópata antes que cargar también con Clara en la conciencia. Solo por ella estaba en esa situación. En los últimos años se había mostrado demasiadas veces pasiva. Había llegado el momento de actuar. —¿Dónde?

—Venga al cementerio de Feudenheim. Entre por la entrada principal, gire luego a la izquierda y camine unos pasos. Entonces nos verá.

—Vale.

—Y ni se le ocurra avisar a David Richter o a nadie de la policía. Sé que hay un vigilante delante de su casa.

Mierda, sabía lo de la protección personal. Probablemente por eso quería atraerla fuera. —¿Y qué se supone que diga adónde voy si me ve?

—Invéntese algo. Tan lista que es. Con eso, la conversación terminó.

Por un momento Nora se quedó paralizada. Luego fue corriendo a la ventana de la cocina y echó un vistazo afuera. El vigilante seguía delante de la casa. Ya había anochecido. Aun así, no podría pasar junto a él sin ser vista. Y después de su desplome de esta mañana, tampoco había una explicación lógica para irse sola a ninguna parte. Tenía que buscar otra salida.

Miró a su alrededor febrilmente. ¡El balcón del salón! Daba a la parte trasera de la casa, donde el vigilante no la vería. Y como vivía en un entresuelo, podía saltar sin problemas a la calle desde allí. A toda prisa guardó el móvil, se calzó y se puso una chaqueta fina acolchada. Luego abrió la puerta del balcón y salió al aire fresco de la noche. Nora miró alrededor por si alguien la estaba observando en su extraña maniobra, pero en los pisos con luces encendidas los vecinos estaban ocupados preparando la cena, hablando por teléfono o recibiendo a los suyos. Una de las personas que más quería estaba en manos de un peligrosísimo asesino en serie. Y todo por su culpa.

Decidida, Nora trepó la barandilla del balcón y de un salto cayó al asfalto. Luego echó a correr calle arriba en dirección al cementerio.

Capítulo 35

David estaba sentado en la carpa improvisada frente a Neurocirugía, donde, lejos del ajetreo del hospital, se realizaban los interrogatorios. Estaba rendido. Había hablado con tantos empleados del hospital que ya no habría sabido decir cuántos exactamente. A petición suya, Criminalística había examinado en primer lugar el móvil de Laura Lindberg, pero solo había encontrado las huellas dactilares de la señora Lindberg: ninguna ajena. Aunque su autor se estuviera envalentonando y pareciera apartarse de su patrón anterior, no era tan imprudente como para dejar rastros. David también había hablado con parte de los compañeros que en su día habían participado en la operación de Finja Lindberg. Tres de ellos habían cambiado de puesto entre tanto o por entonces aún eran estudiantes y ahora trabajaban en otro sitio. Eso se lo había imaginado. Al fin y al cabo, la propia Nora ya no trabajaba en el Klinikum Mannheim.

De pronto, David interrumpió su hilo de pensamiento. Un antiguo. En el ZI Mannheim solo había preguntado por personal activo del estudio, no por antiguos. Y, teniendo en cuenta la hipótesis de la OFA de que el asesino podría haber sufrido él mismo un trauma, quizá ya ni siquiera estaba en condiciones de trabajar. Marcó rápidamente el número de la doctora Braun.

A los pocos segundos ella descolgó.

—Hola, doctora Braun. Soy David Richter, de la Kripo Mannheim. Estamos prácticamente terminando con la documentación que nos facilitó amablemente, pero me queda una pregunta: ¿han participado en el estudio más personas que no figuren aquí? ¿Quizá antiguos empleados o externos?

—Vaya, me pone en un aprieto. Déjeme pensar un momento. En un estudio así, en realidad —salvo algunos becarios que van rotando —, trabaja siempre el mismo equipo. Pero, sobre todo al principio, solemos consultarlo a menudo con otros especialistas o científicos. Un momento, por favor.

David oyó cómo la doctora Braun abría el archivador al fondo y pasaba papeles.

—También en este caso —dijo por fin—. Al inicio del estudio nos asesoramos con el doctor Robert Feldmann. Es un reconocido investigador del sueño y neurólogo de Mannheim, y conoce muy bien tanto la amígdala como los patrones del sueño. Entonces nos ayudó mucho y asistió a la primera tanda para optimizar procedimientos en el qEEG y el análisis del sueño.

David contuvo el aliento. —¿Y en las otras tandas ya no estuvo?

—No. En principio quería hacerlo. Pero, por desgracia, una tragedia personal lo descarriló. Desde entonces no lo hemos vuelto a ver.

—¿Qué clase de tragedia?

—Fue horrible. Violaron a la hija del doctor Feldmann. Tras el suceso cerró temporalmente su consulta para ocuparse de ella. Pero, por lo visto, no pudo ayudarla. La pobre acabó quitándose la vida. A partir de ahí no se supo más del doctor Feldmann. Solo sé que poco después también su matrimonio se fue al traste. Creo que su consulta sigue cerrada.

Todo encajaba con su perfil de autor. Tenía los conocimientos, había sufrido un trauma y escogía como víctimas solo a participantes de la primera tanda del estudio, en la que él había estado presente. Había empezado con Josephine porque incluso había padecido el mismo trauma que su hija. Probablemente las víctimas debían simbolizar a su hija. Quizá también había trabajado alguna vez en el hospital como asesor y por eso conocía el trauma de Nora. David se puso en pie de un salto. —¿Dónde está esa consulta, doctora Braun?

—En Feudenheim, Talstraße 77.

Capítulo 36

Nora entró con pasos vacilantes en el oscuro Feudenheimer Friedhof. Solo unas cuantas lápidas de mármol blanco relucían a la luz de la luna. La gravilla crujía traicioneramente alta bajo sus pies. El doctor Feldmann oiría exactamente dónde estaba. Tras girar a la izquierda en la entrada principal, como él había pedido, y avanzar unos pasos, ejecutó cada movimiento en tensión máxima. Aguardaba, de un momento a otro, ser reducida. Pero, en lugar de eso, solo oyó un tenue: —Aquí estamos, Nora.—

Sobresaltada, se volvió hacia un lado. Frente a ella estaba el doctor Robert Feldmann. El resplandor de una farola lejana caía sobre su rostro, y lo reconoció al instante. Los ojos grises, de mirada clínicamente fría, enmarcados por unas gafas de montura de pasta negra; el pelo castaño, ya surcado de mechones plateados que brillaban; la complexión grande y fuerte que, sin duda, lo capacitaba para sus actos. A su lado, Clara estaba sentada en el suelo. Estaba atada a una lápida ornamentada y tenía una mordaza en la boca para que no pudiera gritar. Aunque, en realidad, parecía un poco ausente. Tenía la cabeza ligeramente inclinada. Seguro que el doctor Feldmann le había administrado Midazolam.

Nora quiso acercarse a ella, pero el doctor Feldmann sacó una jeringuilla en gesto amenazante. —Yo no haría eso. Si se acerca demasiado a ella o pide ayuda, se la pongo. Es Midazolam en una dosis tan alta que no volverá a despertarse nunca.—

Nora se quedó clavada en el sitio. Tragó con dificultad. —¿Qué quiere?—

Él le sonrió. Sus dientes brillaron blancos a la luz de la luna. —Quiero curarla. Es usted mi candidata perfecta.—

—¿Curarme? ¿De qué?—

—De su trastorno de estrés postraumático.—

—¿Perdón? Debe confundirme con una de sus pacientes.—

—Oh, no, desde luego que no. ¿Va a decirme que no sigue padeciendo el trauma de entonces?— Ladeó la cabeza de un modo extraño.

—Eso no significa ni mucho menos que sufra un TEPT.—

—Su retraimiento social, las manías de control, el insomnio que aún persiste, el consumo regular de alcohol y esos pequeños ayudantes como pastillas para dormir y Ritalin… Diría que es el ejemplo perfecto de un trastorno de estrés postraumático.—

Por lo visto, la había observado al detalle. Literalmente la había estado acosando. Nora quiso replicar, pero las palabras se le quedaron atragantadas. Por muy trastornado que estuviera, probablemente tenía razón. —¿Y cómo piensa curarme?—, preguntó con miedo.

—Del estudio del ZI ya habrá oído hablar. Yo lo co-desarrollé entonces como asesor y ahora lo he perfeccionado. En usted funcionará, de eso estoy seguro.—

Nora pensó en la piel quemada de Charlotte Kinzig, en las puñaladas en las sienes de las víctimas. Le habría gustado salir corriendo y gritando, pero entonces cargaría con la culpa de lo que le pasara a Clara.

—¿Por qué hace esto, doctor Feldmann?—, preguntó desesperada.

Con tristeza, sus ojos se posaron en la lápida a la que Clara estaba atada.

Nora siguió su mirada. Solo entonces se dio cuenta de que allí yacía enterrada una joven llamada Sofie Feldmann.

—Mi hija, después de su violación, sufrió tanto su TEPT que se quitó la vida. Me habría gustado quitarle el peso que la oprimía y la

devoraba poco a poco, pero ya era tarde. Nadie debería soportar un dolor así. Y con mi método, pronto nadie tendrá que hacerlo.—

Nora miró atónita al doctor Feldmann. Él, en realidad, había sufrido un trauma. Estaban ante la tumba de su hija. Y aquel loco de remate creía de verdad que le estaba haciendo un favor a la humanidad con sus actos. Se veía a sí mismo como un samaritano.

Con nuevo brío, el doctor Feldmann se dispuso a marcharse. —Venga conmigo. El tratamiento no puede realizarse aquí.—

La mirada de Nora fue hacia Clara. —Solo si la deja ir.—

—Ella se queda aquí. Pero no le pasará nada. Deme su móvil.—

¡Mierda! Nora había esperado que no cayera en ello. Así, al menos, podrían haberla localizado. Pero el doctor Feldmann no había sido difícil de atrapar por nada. Hasta ahora, siempre se había cuidado de no dejar rastro que lo condujera a él. De mala gana, le entregó el teléfono.

Él se lo colocó a Clara, luego agarró a Nora del brazo y la arrastró con él, bajando del cementerio hasta el aparcamiento, donde se dirigió a un Mercedes negro. Abrió el maletero y empujó a Nora dentro.

Con una mano agarró la tapa del maletero, con la otra le apartó el pelo con un gesto extrañamente solícito. —Créame, Nora, se va a sentir muchísimo mejor.—

Luego bajó la tapa del maletero y el mundo de Nora se oscureció.

Capítulo 37

Después de que David terminó la conversación con el doctor Braun, marcó el número de Nora. Quería preguntarle si el nombre Feldmann le decía algo. Además, quería asegurarse de que estaba bien. Pero no respondió. Llamó a toda prisa al compañero que hacía guardia frente a la casa de Nora.

—Martin, ¿está todo en orden por ahí?

—Sí, aquí todo tranquilo.

—¿Y cómo está Nora? ¿Sigue Clara con ella?

—No, se ha ido hace un rato.

A David le entraron los nervios.—Por favor, echa un vistazo a Nora.

—Claro, un momento.

David oyó cómo Martin entraba en la casa, subía las escaleras y llamaba al timbre del piso. Una vez, luego dos. Pero no pasó nada. Después lo escuchó gritar: —¿Señora Mors?—. De nuevo, ninguna respuesta.

¡Mierda! Algo no iba bien.—¡Derriba la puerta ahora mismo, Martin!

David oyó cómo Martin forzaba la cerradura y se lanzaba con el hombro contra la puerta. Luego volvió a oírlo gritar el nombre de Nora. David rezó con desesperación para que a Nora no le hubiera pasado nada. Cuando Martin volvió al teléfono, estaba sin aliento.—No está. Pero la puerta del balcón está abierta.

—¡Joder!—David se puso en pánico. Intentó mantener la cabeza fría.—Registra el piso en busca de pistas sobre dónde podría estar y avísame en cuanto encuentres algo.

Cortó y llamó a Criminalística.—Patrick, localiza ahora mismo el móvil de Nora Mors.

El compañero detectó por el tono de David que era urgente.—Vale, dime el número.

David activó el manos libres y leyó el número de Nora de la pantalla. Luego esperó, impaciente, hasta que el SMS silencioso hiciera que el móvil se registrara en la celda de la antena.

—El móvil está en el Feudenheimer Friedhof —respondió por fin Patrick.

—Gracias—, dijo David y colgó. El cementerio estaba muy cerca de la consulta del doctor Feldmann. No podía ser casualidad. Preso del pánico, reunió a todas las unidades disponibles para un equipo de intervención especial en el cementerio de Feudenheim. Le daba igual que fuera una falsa alarma. Prefería acordonar todo el barrio antes que permitir que a Nora le pasara algo.

***

A Nora la sacudía de un lado a otro en el maletero oscuro del coche del doctor Feldmann. Al principio había intentado visualizar adónde iban: contaba los segundos y los minutos hasta cada desvío, memorizaba las direcciones. Durante un buen rato tuvo una imagen bastante clara; al fin y al cabo, conocía Feudenheim. Pero en algún momento perdió el hilo. Ahora ya no tenía ni idea de dónde estaban. En cambio, en aquel espacio pequeño y cargado tuvo tiempo de sobra para imaginarse qué la esperaría a su llegada.

El coche empezó a reducir la velocidad y, por fin, se detuvo; el motor siguió en marcha y Nora oyó que fuera se accionaba algún mecanismo. Luego el vehículo avanzó un poco y el mecanismo sonó otra vez. Supuso que habían entrado en un garaje. Oyó entonces cómo el doctor Feldmann bajaba y abría una puerta con llave. Después, sus pasos se acercaron al maletero.

Había llegado el momento. A Nora se le encogió todo por dentro. Se pegó aún más al fondo del maletero. Por claustrofóbico que fuese, prefería quedarse allí encerrada antes que someterse al procedimiento del doctor Feldmann. Pero en ese instante el asesino ya abrió el maletero. En una mano blandía, amenazante, la jeringuilla de midazolam cargada; con la otra le tendió la mano a Nora, invitándola.—Venga, Nora.

—Por favor, déjeme ir—, suplicó débilmente.

—Nora, empiezo a tener la impresión de que no valora lo que estoy compartiendo aquí con usted. No solo quiero curarla: también pienso explicarle, como colega médica, mi procedimiento. Es la primera candidata que llega aquí en pleno uso de sus facultades. Tal honor no le ha correspondido a nadie hasta ahora.

El espanto fue tal que a Nora se le revolvió el estómago. ¿Qué torturas tendría que soportar sin anestesia?

Como seguía sin moverse, el doctor Feldmann la agarró del brazo con brusquedad y la sacó del maletero.—Vamos ya.

Nora miró alrededor. Estaba en un garaje. Había neumáticos, herramientas y escobas apoyados contra la pared. Olía a gasolina. Al otro extremo había una puerta de acero con varios cerrojos que ahora estaba abierta.

El doctor Feldmann la condujo a empujones hasta allí y la hizo pasar. Nora tropezó al entrar en una sala alicatada, sin ventanas, y fue directa hacia un sillón de tratamiento. Se detuvo, desconcertada, y miró a su alrededor. En torno al sillón había ordenadores y monitores, un qEEG, unas gafas de realidad virtual y otros aparatos técnicos. También aguardaba preparado un soporte de suero para un acceso intravenoso. La sala se parecía a la de tratamientos del *Zentralinstitut für Seelische Gesundheit Mannheim*. Por lo visto, el doctor Feldmann se había montado su propio laboratorio experimental. En su consulta, Nora nunca había visto esa sala; debía de estar en otro sitio. Con todo, tenía la sensación de estar en un sótano. ¿Habría habilitado esta sala en el sótano de su consulta?

La mirada de Nora fue a dar con una bandeja quirúrgica en la que aguardaba, reluciente, un orbitoclasto. Así que había acertado con el arma homicida. Un miedo helado le oprimió el pecho. Miró a su alrededor, presa del pánico, buscando una vía de escape. El doctor Feldmann había vuelto a cerrar a conciencia la puerta y se había guardado la llave en el bolsillo de la bata. En el otro extremo de la sala había otra puerta de acero, también dotada de un ingenioso sistema de cierre. Y esas eran las únicas entradas y salidas.

—Vamos, no sea tímida.—El doctor Feldmann hizo un gesto invitando hacia los aparatos.—Se lo voy a explicar todo.

Nora no sabía qué le daba más miedo: aquel laboratorio improvisado y el tratamiento enfermizo que el Dr. Feldmann practicaba allí, o lo competente que pretendía mostrarse. De verdad parecía creer que estaba haciendo un buen trabajo de investigación. Orgulloso, le presentó a Nora su método, como si estuvieran en un curso de formación.

—La doctora Braun ya le habrá explicado los principios básicos del entrenamiento de extinción. Por desgracia, hasta ahora el método solo ha podido lograr éxitos discretos. Así que pensé que bastaba con intensificar y potenciar el procedimiento para que de verdad hiciera efecto; ergo, una confrontación más intensa con los disparadores, descargas eléctricas más fuertes y frecuentes y más fases de sueño que aceleraran el proceso de aprendizaje. Para eso entra en juego el midazolam. Al principio escogí candidatas cuyo trauma conocía bien del primer estudio. Además, confiaban en mí y acudieron voluntariamente a mi consulta cuando las contacté con el pretexto de que necesitábamos comentar algo importante del estudio. Con Josephine Weiland, Sarah Schubert y Charlotte Kinzig creí en varias ocasiones que lo había conseguido, pero la amígdala seguía reaccionando con sobreexcitación cuando las activaba. Pero entonces usted llamó mi atención: una colega médica que padece un TEPT seguramente avalaría mi método y colaboraría en el proceso. Incluso podría existir la posibilidad de una colaboración. Ya cuando vino a mi consulta por las pastillas para dormir tuve la impresión de

que padecía un TEPT. Y cuando la he observado ahora a lo largo del caso, esa sospecha se ha confirmado. Con usted se me ocurrió el ingrediente decisivo que hasta ahora faltaba en mis tratamientos: las pacientes deben ser activadas de antemano, no solo en el sillón de tratamiento.

De repente, a Nora se le hizo la luz. Así que no se había imaginado aquellas extrañas casualidades. —Fue usted lo de la foto de mi ex y la historia clínica de Finja Lindberg.

—Es usted realmente lista, Nora.

—¿Cómo ha entrado en mi piso?

—Por favor, forzar discretamente la puerta de un piso no tiene ninguna ciencia; y menos cuando la persona que vive dentro está por la noche en un estado semicomatoso por el alcohol y los somníferos.

A Nora se le erizó la piel. ¿Cuántas veces había estado el Dr. Feldmann en su piso por la noche? ¿Y si sus pesadillas con un hombre junto a la cama no eran más que estados de semiconsciencia en los que lo había percibido a medias?

—Pero, aunque haya sospechado que algo no cuadraba, los disparadores han surtido el efecto deseado, ¿verdad?— La observó divertido.

Guardó silencio.

—El colofón de todo fue, sin embargo, la señora Lindberg muerta delante de Neurocirugía. Ni siquiera estaba en mi lista, pero como disparador se prestó de maravilla. Fue un regalo para usted, Nora.

¿La muerte de Laura Lindberg, un regalo? No podía hablar en serio. De inmediato, las culpas de Nora volvieron a asomar. Había muerto por su culpa, como toda la familia. Si no hubiera aceptado este maldito caso, Laura Lindberg seguiría viva.

¡Alto! Sabía lo que estaba haciendo. Volvía a intentar activarla. —¡Deje de hacerlo!— soltó Nora.

—Venga, venga. Es importante que por fin se enfrente a su trauma. Es imprescindible que afrontemos nuestros miedos. Solo así podemos superarlos. Le demostraré que el método funciona.— Señaló el sillón de tratamiento.— Durante la terapia, está conectada al midazolam mediante un acceso intravenoso. Así puedo inducirle el sueño a voluntad y traerla de vuelta. Aquí tengo un montón de formas de activarla: a través de monitores del ordenador y unas gafas de realidad virtual, recrear el ambiente hospitalario y reproducir la situación en la mesa de quirófano, mediante olores y sonidos. Mientras tanto, mido sus ondas cerebrales con un qEEG. Si la amígdala responde con una activación elevada, recibe una descarga eléctrica por los electrodos.— Señaló el aparato conectado.

Nora pudo ver que estaba regulado demasiado alto. Probablemente bastaría una descarga eléctrica para convertir su cerebro en papilla, y con unas pocas tendría suficiente para matarla.

—Entonces la induciré a un sueño artificial y la expondré al desencadenante mientras tanto, sin descarga, para que la amígdala se acostumbre a que ese estímulo no entraña peligro. Luego la despierto y volvemos a probar desde el principio. ¿Qué le parece? Genial, ¿no?

Dr. Feldmann debía haberse vuelto completamente loco. Esta variante del método no podía funcionar. Pero, por lo visto, estaba convencido a pies juntillas.

—¿Y si el tratamiento no surte efecto? —preguntó Nora, esforzándose por que no se le notara el espanto.

El rostro entusiasmado de Dr. Feldmann se desplomó de golpe y adoptó una expresión de honda tristeza. —Entonces la liberaré por otra vía del estrés que su amígdala ejerce sobre usted.— Su mirada fue a parar al orbitoclasto sobre la mesa de quirófano.— Esta vieja pieza de colección también libró a las otras de su tormento. Me pareció de lo más apropiado usar un instrumento que antaño se empleaba en lobotomías para liberar a los enfermos mentales de sus padecimientos. Al menos en la muerte quedan libres de su miedo.— Entonces volvió a mirar a Nora y sonrió como si le dijera algo

tranquilizador.— Eso significa que, de un modo u otro, en cualquier caso usted dejará de sufrir.

Tragó en seco.

—Y ahora venga, por favor, siéntese.— Señaló el sillón de tratamiento.

Pero Nora no se movió.

—¿A qué espera? —Con la jeringa cargada de midazolam preparada, dio un paso hacia ella.

Nora miró alrededor del laboratorio presa del pánico. Ambas puertas de acero estaban bien atrancadas. La llave estaba en la bata de Dr. Feldmann. Necesitaba algo con lo que poder reducirlo. Cerca del sillón había una gran lámpara de pie. ¿Quizá podría volcarla y empujársela encima, y después arrebatarle la jeringa? Volvió a mirar a Dr. Feldmann. Parecía haberse dado cuenta de lo que tramaba. Nora dio un salto hacia un lado e intentó echar a correr hacia la lámpara, pero Dr. Feldmann estuvo sobre ella de un brinco y la agarró con fuerza por el torso. Apretó tanto que le cortó la respiración y la dejó mareada. Luego la alzó hasta el sillón de tratamiento. Nora pataleó como una loca, pero en un abrir y cerrar de ojos él le inmovilizó brazos y piernas. Las correas le abrasaban la piel mientras intentaba en vano zafarse. Involuntariamente, Nora tuvo que pensar en las marcas rojas de muñecas y tobillos de las víctimas a las que ella misma había practicado la autopsia. ¿Yacería ella también pronto sobre la mesa de autopsias en la Medicina forense de Heidelberg, y Philipp intentaría hallar indicios extraños en su cadáver?

El ardor de las correas quedó eclipsado por el pinchazo helado de la aguja que Dr. Feldmann le clavó en el pliegue del codo izquierdo para colocarle una vía intravenosa. Por último, le colocó en la cabeza los parches de electrodos con un gel frío. La contempló, henchido de orgullo, como si fuera una obra maestra. —Todo está listo. Por fin podemos empezar.

Capítulo 38

Con las sirenas aullando y un estallido de luces azules, David y Leon, seguidos por varios coches patrulla, volaron por la Feudenheimer Talstraße, pasando junto a casas unifamiliares y bloques de pisos, panaderías, carnicerías y pequeñas tiendas. Al final de la calle, David giró a la derecha por la Hauffstraße, que lo llevó por fin hasta la entrada del cementerio. Los coches quedaron aparcados de cualquier manera en el estacionamiento de delante; David, Leon y los agentes se bajaron con ropa de protección y, con las armas desenfundadas y las linternas en la mano, asaltaron el cementerio. —¿Nora? —gritó David, desesperado, mientras alumbraba los senderos entre las tumbas. Pero no obtuvo respuesta. Nada parecía fuera de lo normal. Mientras peinaba los alrededores, las inscripciones de las lápidas se le grababan a fuego en la memoria, como si quisieran burlarse de él. Presa del pánico, cambió de dirección y tomó otro camino. De pronto vio a una mujer desplomada sobre sí misma, sentada y atada a una lápida.

—¡Nora!

Se lanzó hacia ella, cayó de rodillas a su lado y le alzó la cabeza. Era Clara, la hermana de Nora. Llevaba una mordaza en la boca, que él le quitó de inmediato. —Clara, ¿se encuentra usted bien?

Abrió un poco los ojos, pero los párpados le temblaban y solo consiguió soltar un débil gemido antes de que la cabeza se le venciera de nuevo. Parecía sedada. David la liberó de las ataduras, le examinó los brazos y encontró una marca de punción, y supo al instante lo que significaba. Se giró hacia Leon, que ya había llegado junto a él. —Sospecha de sedación con midazolam. ¡Llama a una ambulancia, rápido! —dijo, y examinó a Clara con cuidado en busca de posibles lesiones. En ello, encontró un móvil en el bolsillo de su

pantalón. Cuando lo sacó, reconoció que era de Nora. Le habló a Clara presa del pánico—. ¿Dónde está Nora? Por favor, Clara, ¿dónde está su hermana?

Pero Clara aún no podía hablar. Sus ojos se desplazaron hacia la lápida a la que acababan de tenerla atada. David siguió su mirada y leyó el nombre que figuraba allí: Sofie Feldmann. La hija del Dr. Feldmann. Tenían a su asesino. Y David sabía que su consulta estaba a muy poca distancia del cementerio. Indicó a un compañero que se quedara con Clara Mors y, al resto, les gritó: —Cambio de plan. ¡Todos a la Talstraße 77 ahora mismo!

Capítulo 39

NORA yacía firmemente inmovilizada en el sillón de tratamiento del Dr. Feldmann, con la aguja de la vía en el brazo y el qEEG, que sin duda delataría su reacción de miedo, en la cabeza. No había escapatoria. Lo sabía. Aun así, su mente seguía buscando sin descanso vías de fuga: intentaba ir de rama en rama, pero siempre agarraba el vacío.

El Dr. Feldmann tomó las gafas de realidad virtual y avanzó despacio hacia Nora. —Voy a llevarla ahora de vuelta a su trauma, Nora. De vuelta al 28 de mayo de 2015.

¡Un trauma! Ahí estaba la tabla de salvación que buscaba. Quizá podía vencer al Dr. Feldmann con sus propias armas. Al fin y al cabo, él también había sufrido un trauma. —Espere —lo interrumpió—. —Dr. Feldmann, usted es un hombre inteligente, y le tengo en gran estima como colega. Pero a veces estamos tan metidos en nuestro trabajo que se nos pasa algo de enorme calado. La candidata perfecta para este procedimiento no soy yo, sino usted.

El Dr. Feldmann dejó caer, perplejo, las gafas de realidad virtual. —¿Y eso por qué?

—Porque usted mismo ha pasado por un trauma. ¿Es que no lo ve? Ha perdido a su hija dos veces: primero cuando la violaron y la quebraron, y después cuando, desesperada, se quitó la vida.

El Dr. Feldmann se estremeció. Su mirada objetiva, fría, cedió a una tristeza profunda.

Lo había golpeado en su punto más doloroso. Nora pudo verlo. No sabía si era buena idea tocar las emociones de Feldmann, pero de momento al menos lo mantenían alejado del procedimiento. Antes de que se recompusiera, insistió. —Muy poca gente es capaz de

sobrellevar una pérdida así. ¿Ha asistido alguna vez a un grupo de duelo?

El Dr. Feldmann bajó la mirada. —Mi mujer hizo algo así. Pero para mí no valía —hablar de mi dolor con completos desconocidos… Eso no te hace avanzar… bueno, al menos a mí no. Pero la investigación —se recolocó las gafas de montura de cuerno y alzó de nuevo la vista—, la investigación me hace avanzar. Y más aún: cura. Por eso he hecho todo lo que estaba en mi mano para seguir desarrollando el método de curación de pacientes con TEPT. Y no me queda nada más. He perdido a mi hija, y mi mujer me ha dejado. Puede que ya no sea padre ni marido, pero sigo siendo científico. Y lograré liberar a la gente de sus tormentos. Mi vida ya no tiene otro sentido.

Con determinación, volvió a alzar las gafas de realidad virtual.

A Nora le entró el pánico. —Pero, Dr. Feldmann, ¿de verdad cree que su hija habría querido que mate a personas en su nombre?

Ahora la miró indignado. —¿Cómo se atreve, Nora? ¡Yo no mato a nadie! Yo libero a los que sufren.

Nora lo miró atónita. El Dr. Feldmann se había ido por completo de la cabeza si ni siquiera veía sus actos por lo que eran. Probó un último intento. —Entonces déjeme liberarle yo a usted. Ya me lo ha explicado todo.

—No. Usted está óptimamente preparada.

Volvía a sonar mucho más aséptico; su mirada, concentrada. Lo había perdido.

Nora se puso rígida cuando él se inclinó sobre ella y le colocó las gafas de realidad virtual. Aún estaban apagadas. Ante los ojos de Nora todo era negro. Un lienzo vacío de oscuridad sobre el que, en cualquier momento, se proyectaría el horror. El corazón le galopaba, la respiración se le aceleró. Oyó cómo el Dr. Feldmann volvía al ordenador y tecleaba algo, abriendo archivos o programas con clics. Probablemente estaba eligiendo la simulación adecuada para ella.

Nora ya no percibía nada: ni la aguja punzante en el brazo, ni las correas que le escocían en muñecas y tobillos, ni las letales láminas de electrodos sobre la cabeza. Solo tenía miedo de lo que estaba a punto de ver. Más incluso que a una muerte cruel. Durante años había intentado en vano borrar los recuerdos de aquel día con los Lindberg. Había hecho todo lo imaginable por huir de los pensamientos y sentimientos entretejidos con ello. No quería volver a sentir ese dolor. Y ahora se veía obligada a revivirlo todo. Ya sentía un miedo sin fondo. Pero si quería salir viva de allí, solo le quedaba una opción: debía intentar no reaccionar con miedo a los desencadenantes. Tenía que fingir que estaba curada. Pero en el sillón de tortura personalizado de un asesino en serie era casi imposible no mostrar una respuesta de miedo.

Capítulo 40

Cuando David redujo la marcha de su trepidante conducción frente al número 77, la consulta estaba a oscuras. Pero eso no tenía por qué significar nada. Fuera de sí, salió del coche y corrió hacia la entrada cubierta de la consulta del Dr. Feldmann. David ni siquiera llamó al timbre; ordenó de inmediato que forzasen la puerta. Los compañeros dejaron pasar primero a David y a Leon. Pegados el uno al otro y cubriéndose mutuamente, fueron avanzando poco a poco por la consulta. Se quedaron inmóviles en el vestíbulo y aguzaron el oído en la oscuridad. No se oía nada. Delante de ellos, la recepción se recortaba en la penumbra.

—Dr. Feldmann, salga con las manos en alto —gritó David en la consulta vacía.

Pero no pasó nada. Avanzaron con cautela. Ahora empezaban a abrirse estancias a ambos lados del pasillo. David hizo señas a Leon y al resto del equipo para que se repartieran a izquierda y derecha. David y su equipo entraron en la habitación de la izquierda. También allí todo estaba oscuro. Pero las linternas frontales de los compañeros iluminaban el cuarto a golpes de luz. Había varias sillas alineadas junto a la pared y, en el centro, una mesa baja con revistas. Estaban en la sala de espera, vacía. —¡Despejado! —gritó por encima de los hombres que tenía detrás, en dirección a Leon.

Un momento después, oyó también a su lado un —¡Despejado!.

Regresaron al pasillo y pasaron a las dos salas siguientes. Allí había algunos aparatos esparcidos. Uno de ellos era un EEG. Pero en conjunto la sala daba la impresión de haber sido vaciada. —¡Despejado! —gritó, frustrado.

—¡Despejado! —respondió Leon. Volvieron a reunirse en el pasillo. Solo quedaba una puerta. David intentó abrirla, pero estaba firmemente cerrada. Hizo señas para forzar también esa puerta. Los compañeros embistieron un par de veces y, por fin, la puerta reventó. En el cono de luz de las linternas frontales, unos peldaños surgieron de la oscuridad. Delante tenían el acceso a un sótano.

—¿Nora? —llamó David hacia abajo con un hilo de esperanza. Pero lo único que oyó fue el eco de su propia voz rebotando en los fríos muros de piedra—. Dr. Feldmann, se lo exijo por última vez. Suba con las manos en alto.

Pero de nuevo, ninguna reacción. David indicó a la unidad que le siguieran hacia abajo. Bajó peldaño a peldaño, internándose en la oscuridad. Por fin volvió a notar suelo firme bajo los pies. Miró alrededor. Al parecer, el Dr. Feldmann utilizaba el sótano como almacén. En una esquina se apilaba papeleo; en otra había aparatos viejos; los desinfectantes y otros fármacos estaban guardados en cajas. En conjunto, decepcionante. Pero una caja llamó la atención de David: una caja de midazolam.

Leon también la había visto.—Ese es nuestro hombre.

David asintió. No le salía la voz. El miedo le atenazaba la garganta. Ojalá se hubiera equivocado, porque su hombre no estaba allí. Y Nora tampoco. Jamás podría perdonarse que le pasara algo. ¿Qué demonios le estaba haciendo? ¿Y, sobre todo, dónde? —Mierda, ¿dónde están? —maldijo David en voz alta.

Subió las escaleras a toda prisa, presa del pánico, y salió de la consulta. Leon y el equipo le siguieron. David giró sobre sí mismo y escudriñó el vecindario. Casi maniático, señaló las viviendas de alrededor.—Llamad a todas las puertas y preguntad si han visto algo. ¡Ya!

***

Ante los ojos de Nora todo centelleó, y la nada negra dejó paso a la imagen de un pasillo de hospital. Personal médico y de enfermería cruzaba a toda prisa su campo de visión con batas blancas y azules; camillas pasaban empujadas a su lado. A su alrededor reinaba un ajetreo constante, un batiburrillo de sonidos de lo más variado. El olor a desinfectante le subió a la nariz. Había que reconocerle algo al Dr. Feldmann: la simulación era realmente muy realista.

Entonces su verdugo empezó a hablarle: —Es 28 de mayo de 2015. Usted es estudiante de Medicina en el último año en la Clínica Universitaria de Mannheim y trabaja en su tesis doctoral sobre la extirpación microscópica de la amígdala en pacientes epilépticos, por lo cual también participa regularmente en operaciones.

La imagen avanzó con ella por el pasillo del hospital y giró hacia una puerta de quirófano de doble hoja. El pulso de Nora se aceleró. Se preguntó si el Dr. Feldmann ya habría notado esa reacción. Para calmarse, se imaginó que aquella era la puerta de su sala de autopsias. Pero cuando esta se abrió, vio a una niña pequeña, sin rostro, tendida en la mesa de operaciones. Nora cerró los ojos y se obligó con todas sus fuerzas a imaginar que lo que tenía delante no era más que un cadáver anónimo.

Pero el Dr. Feldmann siguió hablando: —En la mesa de operaciones está Finja Lindberg, una paciente de seis años con una epilepsia muy marcada. Numerosos tratamientos ya han fracasado en su caso, por lo que se ha tomado la decisión de extirparle la amígdala.

Todo en ella se rebelaba contra permitir que afloraran esos recuerdos, pero ya era tarde. Irrevocablemente, el rostro de Finja Lindberg apareció ante su mente. El corazón de Nora ya le martilleaba con furia. El pecho se le alzaba y bajaba a un ritmo acelerado. Su primer impulso fue simular una respiración tranquila para que su reacción no la delatara, pero el qEEG sin duda le revelaría la verdad al Dr. Feldmann. Su amígdala probablemente ya trabajaba a toda máquina. Era solo cuestión de tiempo que recibiera la primera descarga.

—Usted inicia la operación y, fatalmente, alcanza un vaso que empieza a sangrar profusamente.

No pudo resistir el reflejo de abrir los ojos, y ahora vio un cuadro rojo.

—La hemorragia se propaga con rapidez y ya no se puede detener.

Nora volvió a cerrar los ojos con presteza. Intentó imaginar otro lugar. Uno seguro, idílico. Pensó en una playa y el rumor del mar, en el cielo azul y el sol, pero el Dr. Feldmann no dejaba de hablar.—Finja Lindberg está muerta. Su cuerpecito yace tan inmóvil como antes bajo la anestesia, pero está muerta.

Entonces, Nora se desconectó. Su nivel de adrenalina se disparó, le entró el pánico y supo que esa sería su sentencia de muerte.

Capítulo 41

MIENTRAS Leon y los compañeros iban de puerta en puerta interrogando a los vecinos, David volvió a marcar el número de la doctora Braun. —Señora doctora Braun, ¿está el doctor Feldmann con usted?— Casi gritaba al teléfono.

La doctora Braun sonó sorprendida. —No, ya le dije que no hemos sabido nada de él desde hace mucho.

—Aun así, por favor, haga que comprueben si se encuentra en las dependencias del ZI.

—De acuerdo. Llamo a seguridad. Espere.

La línea crepitó y David quedó en espera.

Nervioso, cambió el peso de una pierna a otra y observó la casa. Al lado había un garaje. Hizo señas a uno de sus compañeros. —¡Abrid el garaje!— ordenó.

Mientras el equipo de intervención forzaba la puerta, David oyó a la vecina hablar con Leon a su lado. —No, la consulta lleva vacía una eternidad. Llevamos esperando todo este tiempo a que entre alguien nuevo. El doctor Feldmann se llevó sus aparatos médicos hace meses. Por eso supusimos que se había mudado.

Por fin el garaje quedó abierto. Pero no había ni rastro de Nora, ni del doctor Feldmann, ni siquiera un coche.

La señora doctora Braun volvió a ponerse al aparato. —Señor Richter, ¿sigue ahí?

—Sí.

—El doctor Feldmann no está en el edificio. Las dependencias del sótano están vacías.

—Gracias—, dijo David y colgó. Feldmann no estaba en el ZI, no estaba en la consulta, la consulta estaba vaciada, el garaje vacío. Pero tenía que estar en algún sitio. David marcó el número de la Jefatura. —Necesito ahora mismo el domicilio declarado del doctor Robert Feldmann, de Mannheim. Y también la matrícula de su coche.

Poco después, David, Leon y el equipo del SEK volvían a atravesar Feudenheim a toda velocidad. Pero esta vez se alejaban del barrio, rumbo a la zona rural. David había averiguado la dirección privada del doctor Feldmann. Vivía en una casa grande y apartada, en los campos entre el barrio más extremo de Mannheim, Wallstadt, y el municipio más cercano, Straßenheim. Al menos ésa era su última dirección registrada, la que había compartido con su familia y en la que aún estaba matriculado su coche. Por eso David rezaba para que aquel fuera el lugar en el que se encontraban él y Nora. Y, sobre todo, esperaba que ella estuviera bien. Mientras pisaba a fondo y el destello del rotativo azul le rebotaba en los ojos, se imaginaba todo lo que podría haberle pasado ya a Nora mientras él perdía el tiempo en la consulta de Feldmann. En realidad, casi no podía concentrarse en conducir del pánico que tenía. Pero tampoco podía dejar que Leon se pusiera al volante. David necesitaba la sensación de estar haciendo algo. Fuera de sí, lanzó el coche por la vía rápida hasta llegar a un desvío que conducía a un camino agrícola y a los campos. Los baches le obligaron a aminorar. A izquierda y derecha se alzaba un muro de maleza de altas cañas de maíz y trigo por el que ni siquiera se filtraba la luz azul. Por fin, el imponente caserón del doctor Feldmann se alzó ante ellos. Una casa de tres plantas, de un frío estilo bauhaus, muy distinta a su consulta en Feudenheim. David frenó, abrió la puerta de un tirón y echó a correr hacia la entrada. La puerta era de acero. Feldmann no había escatimado en la seguridad de la vivienda. David se volvió hacia el equipo del SEK, que ya le pisaba los talones, y les gritó: —¡Sacad el soplete para abrir la puerta!

Uno de los hombres dio media vuelta para coger el aparato del furgón.

Leon se colocó junto a David. —Eh—. Le dio una palmada en el hombro para que lo mirara—. Seguro que llegamos a tiempo. Vamos a salvar a Nora.

—Eso espero. Si no…— David negó con la cabeza. Ni quería pensarlo.

El compañero con el soplete ya estaba allí y se puso a trabajar en la puerta de acero. David y Leon apartaron la cara para que no les saltaran chispas en los ojos. Poco después, el hombre del soplete se retiró y dejó sitio a dos compañeros, que forzaron la puerta. David y Leon desenvainaron sus armas y entraron en cabeza. El equipo del SEK les siguió.

Se encontraban en la entrada. Desde allí partía un pasillo hacia las estancias de la planta baja, una escalera subía al piso superior y otra bajaba al sótano. David no quería perder más tiempo y hizo señales para volver a dividirse. Leon y unos cuantos hombres subieron las escaleras al piso de arriba; él y el resto entraron en el pasillo de la planta baja.

La primera estancia era el salón. Lo dominaban un completo equipo de entretenimiento y un enorme sofá modular. Todo tenía aspecto de no haberse usado, como si nadie hubiera estado allí desde hacía tiempo. Dejaron el salón atrás y siguieron. Llegaron a la cocina. También allí todo parecía de casa piloto. Ni platos ni tazas usados. A David empezó a invadirle el temor de que el doctor Feldmann ya no viviera allí. Pero si tampoco estaba allí, había perdido a Nora. No tenían ninguna otra pista de dónde podría encontrarse el doctor Feldmann.

Tras encontrar también el comedor desierto, regresaron al vestíbulo.

Leon y su equipo se asomaron a la barandilla del primer piso. Negó con la cabeza para señalar que arriba no habían hallado nada.

Solo les quedaba el sótano. Los dos grupos volvieron a juntarse y bajaron los peldaños hacia la planta inferior. También allí se abrían varias estancias, pero una puerta de acero al fondo del pasillo atrajo

la atención de David. Estaba extraordinariamente bien asegurada y, por lo visto, también bien aislada y acorazada acústicamente. Señaló hacia ella y se dirigió allí. Tenía varios cerrojos. —¡El soplete!—, volvió a pedir, apartándose para dejar sitio al compañero. Mientras esperaba a que las llamas devoraran el acero, se preguntó qué horror le aguardaría al otro lado.

Capítulo 42

NORA estaba a punto de hiperventilar. Yacía empapada en sudor sobre el cuero frío del sillón de tratamiento de Dr. Feldmann y no sabía qué realidad le resultaba más espantosa: el pasado simulado o el laboratorio real, enfermo, en el que estaba. No quería estar en ninguno de los dos mundos, pero las correas la sujetaban con fuerza; las gafas de realidad virtual la enfrentaban sin piedad a su pasado y no le dejaban percibir nada a su alrededor.

Dr. Feldmann siguió hablando implacable: —El médico jefe documenta para el historial clínico: causa de la muerte, hemorragia cerebral; hora de la muerte, 16:00. Y ahora viene la parte que hará irrevocable para usted la muerte de Finja Lindberg: tiene que avisar a los padres, que esperan fuera del quirófano.

La imagen volvió a llevar a Nora por las puertas al pasillo del hospital, donde dos figuras la esperaban. Ahora oyó a una mujer gritar y a un hombre bramar. Era demasiado para ella. —¡Deje de hacerlo, Dr. Feldmann! ¡Por favor! —gritó Nora. Estaba al límite de sus fuerzas.

—Ese es exactamente el miedo que queremos superar, Nora. Ese miedo no queremos volver a sentirlo nunca más.

A la espera de la descarga, Nora cerró los ojos y tensó todos los músculos, como si así pudiera mitigar de algún modo el dolor. El hombre y la mujer de la simulación seguían gritando de desesperación, pero entonces oyó además un golpe fuerte. Por miedo a que fuese el cuerpo sin vida del señor Lindberg estrellándose contra el asfalto, mantuvo los ojos cerrados. Pero después oyó chisporroteos como en un castillo de fuegos artificiales. No sabía explicarse ese ruido y abrió los ojos. La pantalla estaba

negra, pero el sonido extraño seguía oyéndose. Parecía venir de la puerta trasera. En la habitación le pareció oír a Dr. Feldmann trastear con nerviosismo. —¿Dr. Feldmann? —llamó, insegura, a la negrura.

De pronto, él estaba muy cerca y le tapó la boca con una mano. —Chist —le siseó al oído. Nora dio un respingo. ¿Qué estaba pasando allí?

Dr. Feldmann le apartó las gafas de realidad virtual de la cabeza. Enseguida la deslumbró la luz intensa de la lámpara y parpadeó. Al cabo de un momento por fin volvió a distinguir algo. Pero el alivio duró poco. En la mano sostenía el orbitoclasto y la miraba con aire conspirativo. —Tenemos que salir de aquí.

Nora dio un brinco cuando varios golpes retumbaron contra la puerta trasera. La puerta vibró bajo la embestida.

¿David?

En Nora se encendió una nueva esperanza.

Dr. Feldmann le apartó la mano de la boca para soltarle las ataduras.

Instintivamente, Nora pidió ayuda a gritos. En ese instante la puerta de acero se abrió de golpe y una auténtica tropa de personas con trajes negros de asalto irrumpió en la sala.

—¡Robert Feldmann, levante las manos ahora mismo!

Nora reconoció la voz de David.

Dr. Feldmann tiró de Nora para bajarla del sillón, se colocó detrás de ella, la atrajo con un brazo con fuerza contra sí y, con el otro, le apretó amenazante el orbitoclasto a la sien.

Nora se estremeció al sentir la punta fría sobre la piel. Se esforzó por mantenerse quieta, pero Dr. Feldmann tironeaba de ella con nerviosismo.

—¡Un paso más y le clavo el orbitoclasto en la cabeza! —le bramó a David.

—Muy tranquilo —David se quedó clavado en el sitio, pero siguió encañonando a Dr. Feldmann con su arma—, igual que Leon y el resto del equipo del SEK.

Nora estaba ahora pegada a Dr. Feldmann. A través de la bata de médico podía notar la jeringuilla de midazolam. Despacio y sin que se notara, dejó resbalar la mano en su bolsillo y tanteó la jeringuilla.

—Dr. Feldmann, déjela marchar y no le pasará nada —siguió David tratando de razonar con él.

—Pero la necesito —gritó Feldmann, histérico.

En la discusión con David había aflojado el agarre sobre Nora. Por fin consiguió asir la jeringuilla. La apretó con fuerza, la sacó del bolsillo y se la clavó, con todas sus fuerzas, en la pierna de Dr. Feldmann.

Se dobló de dolor. David aprovechó el momento y le disparó en la otra pierna, de modo que cayó al suelo.

En un abrir y cerrar de ojos, David llegó hasta Nora y la apartó de Feldmann. Este soltó un grito desgarrador. Nora tuvo la impresión de que no gritaba tanto por sus heridas como porque su misión había fracasado. Con la mirada atormentada, la miró. —¡Continúe con mi legado, Nora! —dijo. Luego se hundió con toda su fuerza el orbitoclasto, que aún tenía en la mano, en la cabeza.

El equipo del SEK se abalanzó sobre él, pero ya era tarde. De la sien del Dr. Feldmann manaba un torrente de sangre imparable.

Conmocionada, Nora apartó la mirada.

David la estrechó entre sus brazos, la sostuvo un momento, luego la apartó un poco y la examinó de arriba abajo. —¿Estás bien?

Nora no supo qué responder. Nada estaba bien.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó David.

Ella negó con la cabeza.

Aliviado, volvió a estrecharla contra sí.

Nora lo permitió. Rodeó con los brazos su robusto torso y apoyó la cabeza, exhausta, en su hombro. En su abrazo seguro, por fin dio rienda suelta a su miedo y empezó a sollozar con fuerza. Por encima de su hombro, Leon le dedicó una sonrisa de alivio. A su espalda oyó el estertor de muerte del Dr. Feldmann. Al final no pudo evitarlo y se volvió hacia el Dr. Feldmann, tendido en el suelo. Cuando atrapó su mirada, sus labios articularon trabajosamente una frase: —¡Sálveme! Sus ojos aletearon y se desplazaron hacia el orbitoclasto en su mano. Su herramienta de liberación. Pero antes de que ella pudiera siquiera negar con la cabeza, exhaló por fin su último aliento.

Nora se estremeció. El Dr. Feldmann estaba realmente convencido de que con sus actos ayudaba a las mujeres. Y ahora había recibido para él el peor de los castigos. No había podido verificar su método y él mismo no fue liberado. Nora llegó a sentir casi lástima por él. Los traumas podían provocar reacciones diferentes en las personas. Cada uno lidiaba con ellos a su manera. Algunos lograban procesarlos, algunos se dañaban a sí mismos, otros herían a los demás y así transmitían el dolor, causando un bucle interminable de sufrimiento. Pero en algo tenía razón: Nora nunca se había admitido que ella misma padecía un TEPT. Tendría que enfrentarse a su trauma de nuevo, pero de otra forma distinta a la que el Dr. Feldmann había imaginado.

David aflojó el abrazo para poder volver a mirarla. —Estoy tan contento de que no te haya pasado nada. Sus ojos castaños recorrieron con cariño su rostro. —¿Qué ha pasado en tu casa?

—El Dr. Feldmann secuestró a Clara cuando volvía a casa y así me atrajo hasta el Feudenheimer Friedhof… Dios mío, tenéis que mandar a alguien enseguida. Sigue allí atada a una lápida.

—Tranquila —la calmó—. Ya la hemos encontrado, lleva rato en el hospital. Un compañero está con ella. —Sacó el móvil—. Ahora mismo pregunto cómo se encuentra.

—Pero tengo que llamar a Kai —su prometido—. Estará enfermo de preocupación. Y a mis padres.

David tomó su cara entre las manos. —Nora, piensa en ti ahora. Yo me encargo de todo lo demás.

Agradecida, lo miró y asintió. Luego se dejó caer en el sillón de tratamiento y contempló, con extraña distancia, el ajetreo en el laboratorio improvisado del Dr. Feldmann. Por primera vez en años, soltó el control: no sintió que tuviera que controlarlo todo de manera compulsiva, sino que lo dejó todo, confiada, en manos de David. Él se aseguró de que Clara estuviera bien, averiguó en qué habitación se encontraba, avisó a su familia e hizo que un médico examinara a Nora. Después tuvo que responder él mismo a preguntas sobre el disparo en la pierna del Dr. Feldmann. Una y otra vez venía a verla para saber cómo estaba. El equipo de criminalística llegó, lo documentó todo y tomó muestras sin fin. En algún momento pasó Philipp para certificar la muerte del Dr. Feldmann para Medicina Forense. Después, se llevaron a Feldmann. Poco a poco, la sala se fue vaciando y el trajín se fue calmando.

A la luz cegadora de los focos, que habían colocado para iluminarlo todo, y con la policía cercando el lugar, el laboratorio parecía perder parte de su horror. Pero Nora jamás olvidaría lo que había sucedido aquí —ni en su propia piel ni en la de Laura Lindberg, Charlotte Kinzig, Sarah Schubert y Josephine Weiland—. Todas esas mujeres no habían escapado a la locura del Dr. Feldmann y habían sido liberadas por él —liberadas de una vida de tormento—. También Nora se había atormentado y castigado a sí misma en los últimos años, se había negado el derecho a vivir. Pero ahora, después de haber sobrevivido a esto, decidió, aquí y ahora, sobre el cruel sillón de tratamiento del Dr. Feldmann, ponerle fin. Su vida volvería a ser digna de ser vivida. Ella misma se liberaría.

Epílogo

Un mes después, el escándalo en torno al asesino del trauma, como lo bautizaron los medios, aún no se había apagado. Un asesino en serie en Mannheim que creía estar liberando a enfermos psíquicos con un método cuyo fundamento se había desarrollado en el *Zentralinstitut für Seelische Gesundheit* era un tema de conversación que se prolongó durante mucho tiempo y tuvo amplias repercusiones. Se había intentado mantener al ZI Mannheim, en la medida de lo posible, al margen de la mala prensa. Al fin y al cabo, el doctor Feldmann solo había sido asesor externo y el principio básico del tratamiento era, en sí, un buen enfoque. Pero no se pudo evitar un regusto desagradable.

En la rueda de prensa de la Kripo Mannheim se mencionó a Nora con elogios. Ella había contribuido de manera decisiva a atrapar al asesino en serie. Andreas Müller expresó que le gustaría contar con Nora también en el futuro como asesora de medicina forense. A sus ojos, el equipo Mors y Richter sería el reparto ideal para casos de este tipo. Y Nora se lo planteó seriamente. A fin de cuentas, con sus conocimientos especializados había contribuido de forma determinante a resolver el caso. Reconfortaba poder vincular por fin otra vez un logro a la neurocirugía. Y con David también se imaginaba seguir colaborando. Pero primero tenía que recuperarse de las vivencias traumáticas de este caso y poner en orden su vida. Fuera lo que fuera por lo que se decidiera, David era ya una parte fija de su vida. Era la primera persona, aparte de su familia, en quien confiaba. Su alta sensibilidad era justo lo que Nora necesitaba. Pero su secreto estaba a buen recaudo con ella. Él también había podido demostrar su valía con este caso tan particular y mediático —

tanto ante Andreas Müller como ante la OFA. Hasta su padre, por una vez, estaba orgulloso de él.

Clara estaba bien. Aquella noche había salido con un buen susto.

Se acusó a Tim Stahl de la violación de Josephine Weiland. Las familias de las víctimas conocían ahora toda la verdad y por fin podían cerrar capítulo. Con el fin de la incertidumbre, para todos los allegados comenzó la fase de duelo. Y para Nora también se iniciaba una nueva etapa. Por fin iba a empezar una terapia para procesar su trauma. Nora estaba firmemente decidida a superar el dolor de su pasado, a dejar de huir de la vida, plantarle cara y, por fin, volver a mirar al futuro.

FIN

Una pequeña petición para terminar…

¡Gracias por leer!

Este libro fue traducido del alemán. Si durante la lectura notas algo que podría mejorar, no dudes en escribirme a feedback@gunnarschwarz.de.

Si te gustó el libro, me encantaría que dejaras una reseña positiva – eso me ayuda a llegar a nuevos lectores y a seguir publicando historias que emocionan.

Tus comentarios también me ayudan a ver mis historias a través de los ojos de los lectores – a entender qué los conmueve, los toca o los sorprende. Es una forma maravillosa de apoyar mi trabajo y de mostrar aprecio por las muchas horas dedicadas a la creación de este libro.

Muchas gracias por tomarte el tiempo de compartir tus impresiones – por ejemplo dejando una breve reseña en Amazon.